

ALMANAQUE
DE
LA ILUSTRACIÓN

PARA EL AÑO DE

1891

ESCRITO POR LOS SEÑORES

BALART (D. Federico), BECERRO DE BENGOA (D. Ricardo), CAMPILLO (D. Narciso), CASTRO Y SERRANO (D. José de),
CAVESTANY (D. J. Antonio), FABRA (D. Nilo María), FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José), FERNÁNDEZ GRILLO (D. Antonio), FERNÁNDEZ SHAW (D. Carlos),
FRONTAURA (D. Carlos), LANDERER (D. José J.), MONREAL (D. Julio), NAVARRETE (D. Ramón de),
ORTEGA DE LA PARRA (D. Federico), ORTIZ DE PINEDO (D. M.), PAZ (D. Abdón de), PALACIO (D. Manuel del), REINA (D. Manuel),
SABANDO (D. Julián Manuel de), SÁNCHEZ DE CASTILLA (D. Eduardo), SBARBI (D. José María), SEPÚLVEDA (D. Ricardo), THEBUSSEM (El Doctor),
VALDELOMAR Y FÁBREGUES (D. Julio), VELARDE (D. José), VIDART (D. Luis), ZORRILLA (D. José).

Año XVIII



UNIVERSIDAD DE LEÓN
Biblioteca Valverde y Telles

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, número 20
1890

AY1005

M3

S

1

1

48515



A
.M
15
C.

255

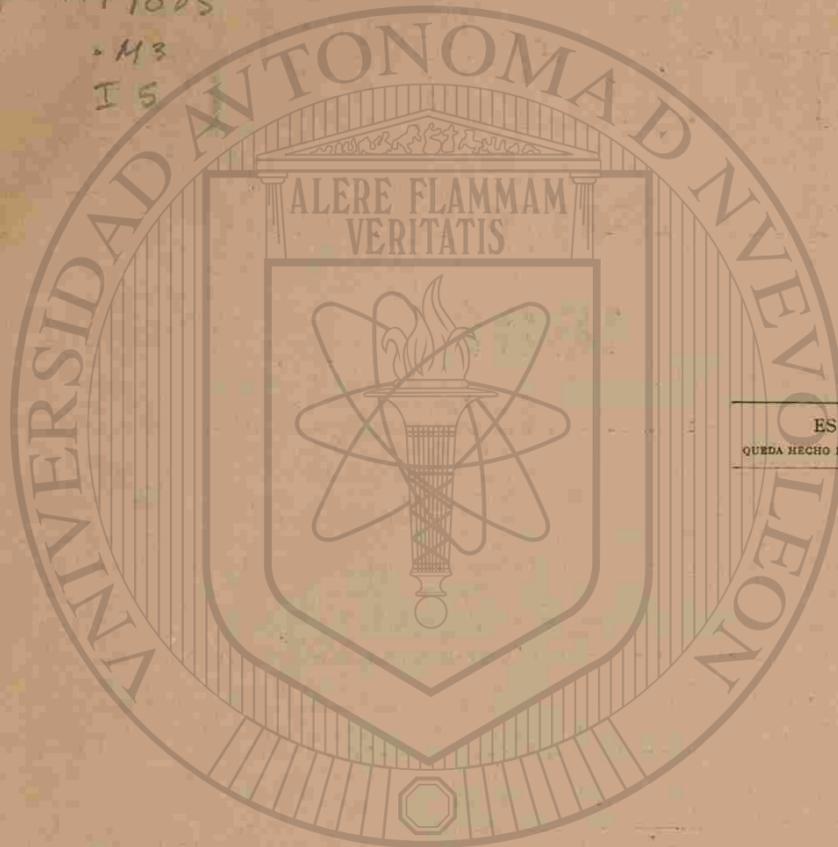


1080023581

AY 1005

M3

IS



ES PROPIEDAD.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

ÍNDICE GENERAL.

TEXTO.

	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S...	5	Filosofía conyugal, por D. Abdón de Paz.....	98
Año astronómico, por D. A. P.....	5	El mendigo, poesía, por D. Manuel del Palacio....	100
Santoral.....	6	Misterios del alma, poesía, por D. Eduardo Sánchez de Castilla.....	101
Vasco Núñez de Balboa, por D. Luis Vidart.....	11	El pozo de Santa Casilda, por D. Julián Manuel de Sabando.....	102
La toma del fuerte, poesía, por D. Juan Antonio Ca- vestany.....	26	Corrección milagrosa (cuento), por D. Narciso Cam- pillo.....	107
El marido de la Vaca, por D. Julio Monreal.....	31	La Musa abandonada, poesía, por D. Federico Ortega de la Parra.....	114
El patio de Córdoba, poesía, por D. Antonio Fernán- dez Grilo.....	39	Epístola al autor de «La Musa abandonada», poesía, por D. Manuel Reina.....	121
Pendiente de una cuerda, por D. José Fernández Bremón.....	40	Una indicación echada en saco no roto, por D. José María Sbarbi.....	124
Artículo nominal, por el Dr. Thebussem.....	46	En un álbum.—La Música, poesías, por D. Ricardo Sepúlveda.....	129
Á la memoria de Gayarre, poesía, por D. Carlos Fer- nández Shaw.....	55	La única paz, poesía, por D. Nilo María Fabra.....	129
La virtud de una tiple, ó la perdición de un hombre, por D. Carlos Frontaura.....	59	La Creación, poesía, por D. M. Ortiz de Pinedo.....	129
Vuelta á la patria, poesía, por D. José Zorrilla.....	65	La Alhambra, poesía, por D. Julio Valdelomar y Fá- bregues.....	131
El cielo en 1891, por D. José Landerer.....	69	La «Bêtise humaine», por D. José de Castro y Se- rrano.....	133
Restitución, poesía, por D. Federico Balart.....	74	Alegria, poema, canto V, por D. José Velarde.....	138
¡Pepito mío! (idilio castellano), por D. Ricardo Bece- rro de Bengoa.....	76		
Díos, poesía, por D. Luis del Río.....	87		
Diario de una recién casada, por D. Ramón de Nava- rrete.....	94		

GRABADOS.

	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
Retrato de Vasco Núñez de Balboa, por Badillo.....	10	Juana de Arco, cuadro del artista lorenés Dernet, del siglo XVII.....	25
Marina: Rocas de Corbière, en Jersey, dibujo origi- nal de D. José Gärtner.....	15	Corneta de la Vieja Guardia (estudio de Meissonier).....	30
Cádiz. Castillo y faro de San Sebastián (de fotografía).....	18	Cuento humorístico, cuadro de A. Lonza.....	35
El teniente de navío D. Isaac Peral, y el submarino de su invención, por D. A. de Caula.....	21	Ilustración de la poesía «El patio de Córdoba», di- bujo de D. Manuel M. Bringas.....	39



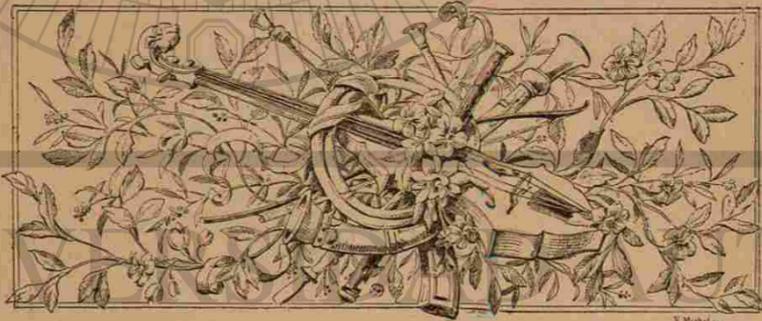
FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

012551

	<i>Págs.</i>		<i>Págs.</i>
Problema. Solución.....	42 y 43	Salida de la Ópera.....	97
Casto Plasencia, dibujo de D. Alfredo Perea.....	45	Ilustración de la poesía «El Mendigo».....	100
De la corte de Carlos IV, dibujo de D. J. Llovera.....	48	Patio árabe.....	103
Vistas de Berlín.....	52	La canción del muezín.....	104
Pamplona. Fundición de Pinaquí, dibujo de D. Ricardo Ojeda.....	54	Final de una sesión, cuadro de Badmann.....	109
Retrato de D. Julián Gayarre.....	55	Ilustración de la poesía «La Musa abandonada», dibujo de D. Manuel M. Bringas.....	114
Angelina, cuadro de Eugenio de Blaas.....	58	Amor que empieza, cuadro de Kellerbach.....	117
El arte en el campo.....	64	«1807», cuadro de Meissonier.....	120
Un canal de Amsterdam, dibujo de D. A. de Caula.....	68	Odalisca.....	123
Una parisiense.....	73	Dama del siglo XVI.....	126
En el jardín.....	79	La Mariposa y el Caracol.....	128
Sibarita.....	81	Alhambra.—Sala de la Barca, antes del incendio ocurrido el 15 de Septiembre de 1890.....	130
El crucero «Infanta María Teresa» en la ría de Bilbao (de fotografía).....	83	El descanso de la favorita, dibujo de D. Manuel M. Bringas.....	132
Á orillas del Cantábrico.....	85	Diana cazadora.....	141
Ilustración de la poesía «Dios», dibujo de D. Manuel M. Bringas.....	87	VINETAS VARIAS: 11, 26, 29, 40, 46, 57, 59, 61, 65, 71, 72, 75, 76, 77, 86, 93, 94, 95, 98, 99, 101, 102, 106, 107, 112, 113, 119, 121, 129, 133.	
Capilla en la Catedral de Burgos.....	89		
Catedral y Sagrario de Méjico.....	91		

CROMOTIPOGRABADOS.

¡FELICES PASCUAS!, por Garland.—RIÑA DE GALLOS, por Coghe.—¡QUE LINDA ESTAS!, por Toulmouche.
BUENOS AMIGOS, por Garland.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria



Almanaque de la Ilustración Española.

Chromotypographie & Lithographie Boussod, Valadon & Cie.

« ¡FELICES PASCUÁS! »

POR GARLAND.

PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número	11	Indicción romana	4
Epacta	XXI	Letra dominical	d
Ciclo solar	24	Letra del martirologio romano	A

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús	18 de Enero.
Septuagésima	25 de Enero.
Sexagésima	1 de Febrero.
Quincuagésima	8 de Febrero.
Miércoles de Ceniza	11 de Febrero.
Pascua de Resurrección	29 de Marzo.
Patrocinio de San José	19 de Abril.
Letanías	4, 5 y 6 de Mayo.
Ascensión del Señor	7 de Mayo.
Pascua de Pentecostés	17 de Mayo.
La Santísima Trinidad	24 de Mayo.
Santísimo Corpus Christi	28 de Mayo.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento	27
Santísimo Corazón de Jesús	6 de Junio.
Purísimo Corazón de María	7 de Junio.
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo	5 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora	16 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario	4 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora	8 de Noviembre.
Adviento	29 de Noviembre.

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.
 Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la Purísima Concepción de Nuestra Señora cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.
 La Vigilia de Pentecostés (con abstinencia de carne).
 Miércoles, Viernes y Sábado de las cuatro Tiempos.
 Vigilia de San Pedro y San Pablo (con abstinencia de carne).
 Vigilia de Santiago Apóstol.
 Vigilia de la Asunción de Nuestra Señora (con abstinencia de carne).
 Vigilia de Todos los Santos.
 Vigilia de Navidad (con abstinencia de carne).
 También es ayuno con abstinencia de carne el Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa, 25, 26, 27 y 28 de Marzo.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado; y durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 6 de Abril, y se cierran respectivamente el 10 de Febrero y el 28 de Noviembre.

TEMPORAS.

I.— El 1º, 20 y 25 de Febrero.	III.— El 16, 18 y 19 de Septiembre.
II.— El 20, 22 y 23 de Mayo.	IV.— El 16, 18 y 19 de Diciembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ANIMA.

El 25 de Enero; el 17 y 28 de Febrero; el 1, 8, 20 y 21 de Marzo; el 1 de Abril y el 21 y 23 de Mayo.

AÑO ASTRONÓMICO.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud	40° 24' 30" N.
Longitud	0° 10' 42" al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

20 de Enero, en Acuario.	23 de Julio, en Leo.—Canclela.
18 de Febrero, en Piscis.	23 de Agosto, en Virgo.
20 de Marzo, en Aries.—Primavera.	23 de Septiembre, en Libra.—Otoño.
20 de Abril, en Tauro.	23 de Octubre, en Escorpio.
21 de Mayo, en Géminis.	22 de Noviembre, en Sagitario.
21 de Junio, en Cáncer.—Eslío.	22 de Dic., en Capricornio.—Invierno.

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA.— Entra el 20 de Marzo á las 9 h. y 10 m. de la noche.
 ESTIVIO.— Entra el 21 de Junio á las 5 h. y 17 m. de la tarde.
 OTOÑO.— Entra el 23 de Septiembre á las 7 h. y 59 m. de la mañana.
 INVIERNO.— Entra el 22 de Diciembre á las 2 h. y 28 m. de la madrugada.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

MAYO 23. Eclipse total de Luna, en parte visible en Madrid.
 Principio del eclipse á las 4 h. 27 m. de la tarde.
 Principio del eclipse total á las 5 h. 35 m. de la tarde.
 Medio del eclipse á las 6 h. 15 m. de la tarde.
 Fin del eclipse total á las 6 h. 54 m. de la tarde.
 Fin del eclipse á las 8 h. 2 m. de la noche.
 El principio de este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa, en el Asia, en parte de África, en la Australia, en las Islas Filipinas, en el Océano Indico, en parte del Pacífico y en casi todo el mar Polar Antártico.
 El fin de este eclipse será visible en casi toda Europa y Asia, en el África, en una pequeña parte de la América Meridional, en la Australia, en las Islas Filipinas, en casi todo el Océano Atlántico, en el Indico, en una pequeña parte del Pacífico y en casi todo el mar Polar Antártico.
 El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 56° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).
 El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 96° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).
 En Madrid la Luna sale eclipsada á las 7 h. 15 m. de la tarde.
 JUNIO 6. Eclipse total de Sol, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra á las 1 h. 58 m., 7 tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 126° 22' al O. de San Fernando, y latitud 25° 13' N.
 El eclipse central principia en la Tierra á las 2 h. 27 m., 5 tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 176° 49' al E. de San Fernando, y latitud 57° 38' N.
 El eclipse central á mediodía sucede á las 13 m., 2 tiempo medio astronómico

de San Fernando, en la longitud de 116° 18' al E. de San Fernando, y latitud 71° 7' N.
 El eclipse central termina en la Tierra á las 4 h. 14 m., 3 tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 14° 36' al E. de San Fernando, y latitud 67° 27' N.
 El eclipse termina en la Tierra á las 6 h. 8 m., 1 tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 24° 8' al E. de San Fernando, y latitud 45° 51' N.
 Este eclipse será visible en casi toda Europa, en parte de Asia y de la América Septentrional, en el Estrecho de Behring, en parte del Océano Atlántico y Pacífico, y en todo el mar Polar Artico.
 NOVIEMBRE 15-16. Eclipse total de Luna, visible en Madrid.
 Principio del eclipse á las 10 h. 20 m. de la noche del 15.
 Principio del eclipse total á las 11 h. 23 m. de idem.
 Medio del eclipse á las 12 h. y 4 m. de idem.
 Fin del eclipse total á las 12 h. 46 m. de idem.
 Fin del eclipse á las 1 h. 46 m. de la madrugada del 16.
 El principio de este eclipse será visible en toda Europa y África, en casi toda el Asia y en la América Meridional, en parte de la Septentrional, en el Océano Atlántico, en el Indico, en casi todo el mar Polar Artico y en una pequeña parte del Antártico.
 El fin de este eclipse será visible en toda Europa y África, en parte de Asia, en las dos Américas, en el estrecho de Behring, en el Océano Atlántico, en parte del Pacífico, en una pequeña parte del Indico, en casi todo el mar Polar Artico y en una pequeña parte del Antártico.
 El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 55° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa).
 El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 85° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).
 NOVIEMBRE 30.—DICIEMBRE 1.º Eclipse parcial de Sol, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra el día 30 de Noviembre á las 21 h. 19 m., 4 tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 69° 14' al O. de San Fernando, y latitud 35° 48' S.
 El medio del eclipse se verificará en la Tierra el día 30 de Noviembre, á las 23 h. 6 m., 3 tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que verá la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 134° 41' al O. de S. Fernando y latitud 64° 12' S.
 El eclipse termina en la Tierra el día 1 de Diciembre á las 0 h. 53 m., 2 tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 118° 21' al E. de San Fernando, y latitud 59° 18' S.
 Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general 0,534; tomando como unidad el diámetro del Sol.
 Este eclipse será visible en parte del Océano Pacífico del Sur.

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1891.

Table for January (ENERO) and February (FEBRERO) containing feast days, saints, and astronomical data like moon phases and sunrise times.

MARZO.

Table for March (MARZO) containing feast days, saints, and astronomical data like moon phases and sunrise times.

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION.

Table for April (ABRIL) and May (MAYO) containing feast days, saints, and astronomical data like moon phases and sunrise times.

JUNIO.

Table for June (JUNIO) containing feast days, saints, and astronomical data like moon phases and sunrise times.

Table for July and August. Columns include month, day, feast name, and time. July entries range from 1st to 31st. August entries range from 1st to 31st. Includes sections for 'Luna nueva', 'Cuarto creciente', and 'Cuarto menguante'.

SEPTIEMBRE.

Table for September. Columns include day, feast name, and time. Entries range from 1st to 30th. Includes sections for 'Luna nueva', 'Cuarto creciente', and 'Cuarto menguante'.

Table for October and November. Columns include month, day, feast name, and time. October entries range from 1st to 31st. November entries range from 1st to 30th. Includes sections for 'Luna nueva', 'Cuarto creciente', and 'Cuarto menguante'.

DICIEMBRE.

Table for December. Columns include day, feast name, and time. Entries range from 1st to 31st. Includes sections for 'Luna nueva', 'Cuarto creciente', and 'Cuarto menguante'.



VASCO NÚÑEZ DE BALBOA,

DESCUBRIDOR DEL OCÉANO PACÍFICO.

Nació en Jerez de los Caballeros por los años de 1475. Fué ajusticiado en Acla (Castilla del Oro) el año de 1519

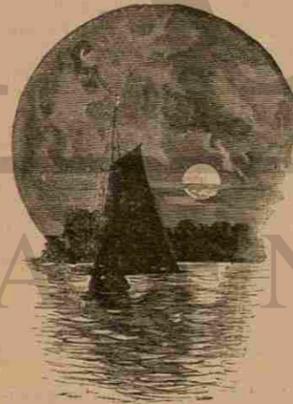
VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

BOSQUEJO BIOGRÁFICO

Naves aventureras,
Un ignorado mundo.
A nuestra vista están, y en la alta proa
De la velera capitana quilla,
Con el pendón triunfante de Castilla,
Saludando al Darién, Vasco Balboa.

El DUQUE DE FRÍAS.

INTRODUCCIÓN.



Le Globe terrestre au millionième, éste era el nombre con que se designaba en la última Exposición Universal de París á una esfera geográfica, cuyo diámetro era 12 metros y 73 centímetros. En el edificio donde se hallaba expuesto *Le Globe terrestre au millionième* se vendía un folleto en que se encoñaba, mucho más de lo justo, el mérito de los señores Villard y Cotard, que eran los constructores de aquella esfera geográfica, y se hacía una reseña del progresivo conocimiento de la superficie y forma del planeta en que habitamos; reseña en que parece debieran haber ocupado pñesto de preferencia los navegantes portugueses y españoles de los siglos xv y xvi; pero no sucedía así. El autor ó autores del folleto se limitaban á decir lo siguiente:

«Al finalizar el siglo xv, Cristóbal Colón abrió al Occidente el camino de un Nuevo Mundo; y casi al mismo tiempo Vasco de Gama doblaba el cabo de Buena Esperanza, descubriendo doce años antes por Bartolomé Díaz. Las naciones europeas se repartieron desde entonces las glorias de los descubrimientos geográficos, y en estas empresas han adquirido imperecedero renombre, entre otros muchos, Magallanes, que cruzó en 1520 el estrecho á que dió su nombre; Jacques Cartier, que descubrió el Canadá, y Champlain, que fundó á Quebec; Walter Raleigh y Drake; Hudson, Baffin, Davis, Van-Diemen, Bering, Vancouver, cuyos nombres están unidos á las tierras y á los mares que descubrieron; Cabral, que fué el primero que desembarcó en el Brasil; Tasman, que dió la vuelta á la Australia y á la Nueva-Zelandia; Cook, cuyos descubrimientos en Oceanía se extendieron desde los hielos del polo Sur hasta más allá del estrecho de Bering; Dampierre, Roggeween, Bougainville, La Pérouse, Ross, Parry, Dumont d'Urville, Franklin, Nordenskjöld, etc., etc.»

Pertenece al número de los que creen que existe una cierta mancomunidad de intereses entre las llamadas, con más ó menos propiedad, naciones neo-latinas, Italia, Francia, Portugal y España. Por esta y por otras muchas razones juzgamos con benevolencia el carácter del pueblo francés; pero, como dice la frase proverbial, pasión no quita conocimiento, si la pasión no se transforma en locura; y así como no desconocemos los defectos de nuestros compatriotas, tampoco desconocemos los de nuestros vecinos de allende los Pirineos; defecto entre los cuales se veían algunos bien á las claras en la exposición del *globo terrestre á la millonésima*, no de su volumen, ni de su superficie, sino de su diámetro; ó lo que es lo mismo, del radio de su círculo máximo, considerando á nuestro planeta como si fuese una esfera perfecta.

Todos los viajeros medianamente cultos que visitaban la

exposición de la esfera geográfica construida bajo la dirección de los Sres. Villard y Cotard, hallaban cierta dificultad en concebir que aumentando un millón de veces aquel pequeño volumen que á su vista aparecía, resultase un volumen tan grande como el que tiene el planeta en que vivimos. Y esta dificultad que se presentaba ante el pensamiento reflexivo, era, digámoslo así, como una intuición de la verdad científica; puesto que la superficie de la esfera que contemplaban era una *billonésima parte*, y su volumen una *trillonésima parte* respectivamente de la superficie y del volumen de la Tierra. Sabido es, como dice D. Eduardo Benot en su libro *Temas varios*, que hablar de billones y trillones no es otra cosa que poner nombres á indecifrables enigmas.

Al callar los Sres. Villard y Cotard que la millonésima de que se trataba no era la millonésima parte del volumen de la Tierra, sino que habían construido una esfera cuyo diámetro era la millonésima parte del de la Tierra, inducían á error; error que al fin y al cabo podía desvanecerse con un sencillo cálculo matemático (1); pero al pretender propagar entre los millares de viajeros que acudían á la Exposición de París el exacto resumen, la síntesis, si vale la palabra, de la historia de los descubrimientos geográficos, pasar en silencio el nombre de aquel ilustre príncipe D. Enrique de Portugal, que fué el glorioso antecesor, y en cierto modo el maestro de Cristóbal Colón; callar el nombre de Juan Sebastián de Elcano, *el primero que dió la vuelta al mundo*, según el verso de Adelardo Ayala; olvidarse de Gil Eannes, que al doblar el cabo Bojador, en 1434, hizo posibles los ulteriores descubrimientos de los marineros portugueses en África y en Asia; en suma, no decir clara y terminantemente, porque así lo exige la verdad histórica, que Portugal y España son las naciones que más han contribuido al exacto conocimiento de la superficie del planeta en que vivimos, constituye, ó una falta de ciencia, no muy lejana de la absoluta ignorancia, ó un propósito de extraviar la opinión pública, para enaltecer los méritos de los navegantes y descubridores de estos últimos tiempos, á costa de la gloria que alcanzan merecen sus insignes predecesores de los siglos XV y XVI.

Acaso se dirá que hemos dado demasiada importancia á las apreciaciones que se hacen en un folleto, que puede considerarse como un prospecto encomiástico del globo terrestre que se hallaba expuesto en la última Exposición de París; pero adviértase que este folleto llevaba en sus primeras hojas una lista de sabios y personajes políticos que aparecían como protectores de la empresa llevada á cabo por los Sres. Villard y Cotard—lista en que nuestra patria se hallaba representada por el ilustre orador D. Antonio Cánovas del Castillo—y que la narración histórica de que hemos tratado aparecía, por la ocasión en que se publicaba, como el

(1) He aquí este cálculo. Las superficies de dos esferas son entre sí como los cuadrados de sus radios.
Superficie del globo de París = 1^2 = 1
Superficie del globo terráqueo = $1.000.000^2$ = 1.000.000.000.000

Los volúmenes de dos esferas son entre sí como los cubos de sus radios.
Volumen del globo de París = 1^3 = 1
Volumen del globo terráqueo = $1.000.000^3$ = 1.000.000.000.000.000.000

resumen y última palabra de la ciencia en lo concerniente á los estudios geográficos.

Si por falta de saber, y no de buena voluntad, callaron los redactores del folleto *Le Globe terrestre au millonème* los altos merecimientos de los descubridores ibéricos de los siglos XV y XVI, alguna parte de culpa en este lamentable silencio nos alcanza á los hijos de la Península Ibérica, que, pregonando un día y otro día el nombre de los conquistadores que hicieron ondear las banderas de Portugal y España en Asia, África, América y Oceanía, han olvidado con frecuencia los méritos de los inteligentes marineros catalanes y mallorquines que conservaron en la Edad Media algunos vestigios de la sabiduría náutica de la antigüedad greco-romana; de aquellos marineros que estudiaban en las obras de Raimundo Lulio lo que en su época se podía saber acerca de la forma y extensión de la Tierra; de aquellos marineros que fueron llamados por el infante D. Enrique de Portugal para propagar sus conocimientos en la escuela de Sagres, escuela y enseñanza que produjo los descubrimientos de los portugueses en África y Asia, y que facilitó grandemente la empresa llevada á cabo por Cristóbal Colón y por sus compañeros y sucesores, hasta dar como su más feliz resultado el primer viaje de circunnavegación, que comenzó el portugués Fernando de Magallanes, saliendo de la barra de Sanlúcar el 27 de Septiembre de 1519, y terminó el español Juan Sebastián de Elcano, regresando al mismo puerto el 6 de Septiembre de 1522 (1).

Cuando el petulante enciclopedista M. Masson de Morvillier se permitió preguntar: «*¿Que doit-on à l'Espagne? Et depuis deux siècles, depuis quatre, depuis dix, qu'a-t-elle fait pour l'Europe?*» no había necesidad de que el abate Denina, ni el presbítero Cabanilles, ni D. Juan Pablo Forner, hiciesen gala de su erudición recordando las glorias científicas y literarias de la nación española; porque hubiera sido suficiente señalar en una esfera geográfica los millones, ¿qué decimos? los billones de varas cuadradas de mares y de tierras descubiertos y explorados por los navegantes españoles. Dar á conocer experimentalmente la forma y la extensión superficial del globo terráqueo, tal ha sido la magna empresa que llevaron á cabo los hijos de la Península Ibérica en los primeros tiempos de la Edad Moderna, empleando en sus arriesgadas navegaciones barcos tan pequeños, que hoy son mayores que ellos los que se destinan al cabotaje, y cuando era imperfecto el uso y escaso el número de los instrumentos náuticos.

El épico cantor de las glorias ibéricas ha podido escribir con tanto entusiasmo como verdad histórica, relatando los descubrimientos y conquistas de sus compatriotas:

*Na quarta parte nota os campos ara,
E se mais mundo houera, la chegara.*

Y sin embargo de todo lo dicho aquí, Portugal y España recuerdan los nombres de Alfonso de Albuquerque y de Hernán Cortés, de Pizarro y de D. Juan de Castro, guerreros

(1) Uno de los compañeros de Magallanes y de Elcano decía «que nadie se atrevería á hacer otro viaje de circunnavegación.» Así sucedió durante cincuenta y seis años. Drake fué el segundo marino que dió la vuelta al mundo.

ilustres que realizaron ó extendieron sus conquistas ultramarinas; pero como dice muy bien el capitán de navío don Francisco Javier de Salas: «¿Quién en nuestro país que sea ajeno á la literatura ó á la profesión marítima conoce á un Díaz de Solís, Quirós, Elcano, Ferrer, Ojeda, Vizcaíno ó Sarmiento?» Y añade el Sr. Salas que, si se objetase que los conquistadores añadieron riquísimos florones á la Corona de Castilla, «responderíamos que el descubridor de Yucatán y de Janeiro, el explorador de la Polinesia y el primer nauta que circunvaló el mundo, conquistaron regiones enteras para el humano linaje, tesoros para el saber, y para la patria la gloria de que su estandarte fuese el primero conocido y saludado en toda la haz del globo.»

Si, tiene razón el Sr. Salas; sólo los marineros estudiosos y los literatos, aun de éstos sólo los que consagran su atención á los conocimientos históricos, pueden estimar en toda su valía las altas empresas que llevaron á cabo los sabios y valerosos navegantes portugueses y españoles, cuyos nombres no han alcanzado aún la resonante celebridad con que se repiten los de los conquistadores ibéricos de África y Asia, de América y Oceanía. Más de una vez la poesía de los siglos de oro de nuestras letras ha cantado en poemas heroicos y ha presentado en obras dramáticas á Hernán Cortés, á Francisco Pizarro, al Marqués de Cañete y á otros insignes caudillos de la conquista de América; pero la musa castellana de aquella misma época ha enmudecido ante la gloria de Colón descubriendo las tierras del Nuevo Mundo, y ante la heroica intrepidez de Vasco Núñez de Balboa llegando al límite de estas tierras en las playas del mar del Sur, llamado hoy el Océano Pacífico (1).

La próxima conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América ha de servir seguramente para rectificar antiguos errores históricos y para reparar en lo posible las injusticias que se cometen por el predominio de las opiniones vulgares. Entre estas injusticias, acaso es la mayor el olvido en que yacen el nombre y los merecimientos de muchos descubridores de los mares y territorios de América y Oceanía, y así lo hemos visto confirmado en *El Globo terráqueo á la millonésima* de la última Exposición Universal de París.

Nos parece que lo hasta aquí dicho basta para indicar las razones que nos han impulsado á escribir un bosquejo histórico de la vida heroica y muerte infortunada del descubridor del Océano Pacífico, Vasco Núñez de Balboa.

Época y lugar del nacimiento de Vasco Núñez de Balboa.—Noticia de su linaje noble ó plebeyo.—Descubrimientos y conquistas de los españoles en los últimos años del siglo XV y principios del XVI.

Extremadura, la patria de los conquistadores de Méjico, del Perú y de la Florida, lo es también de Vasco Núñez de

(1) En estos últimos años el teniente de navío D. Pedro de Novo y Colson, en su drama, *Vasco Núñez de Balboa*, ha rendido un tributo de admiración al descubridor del Océano Pacífico, obteniendo su obra merecidos aplausos del público y de la crítica literaria.

Balboa, que nació en Jerez de los Caballeros por los años de 1475. Dicese que su familia, aunque pobre, era de hidalga estirpe; pero como ha sido inveterada costumbre de los antiguos biógrafos declarar nobles de abolengo á todos los que por sus memorables hechos podían ser fundadores de nobleza hereditaria, repetimos el aserto de los que nos han precedido en la narración de la vida de Vasco Núñez, como dato de escasa importancia, cuya exactitud no merece la pena de ser investigada con exquisita diligencia. Noble ó plebeyo por su nacimiento, pero ciertamente sin bienes de fortuna con que sustentar su nobleza ó cubrir la falta de ella entre los esplendores de la opulencia, el futuro adelantado del mar del Sur y gobernador de las provincias de Coiba y Panamá comenzó á ganarse la vida, en los primeros años de su juventud, sirviendo de criado á D. Pedro Puerocarrero, señor de Moguer; y después, no aviéndose su carácter á este género de humildes ocupaciones, pasó á las Indias, que fueron en los siglos XVI y XVII, según nos dice Cervantes, «refugio y amparo de los desesperados de España; iglesia de los alzados; salvoconducto de los homicidas; pala y cubierta de los jugadores; añaaga general de mujeres libres; engaño común de muchos, y remedio particular de pocos.»

Vasco Núñez contaba diez y siete años de edad cuando Cristóbal Colón pisó por vez primera el suelo americano. Escuchemos la voz del ilustre Guillermo H. Prescott, que en su *Historia de la conquista del Perú* escribió lo siguiente: «No es fácil comprender en la época actual el impulso que dió á Europa el descubrimiento de América. No fué la adquisición gradual de un territorio limitrofe de una provincia lo que se alcanzó; fué un Mundo Nuevo que abrió de repente sus puertas al europeo. Las razas de animales, los tesoros de minerales, las formas del mundo vegetal y los aspectos variados de la Naturaleza; el hombre, por fin, en las diferentes fases de la civilización, llenaron el ánimo de una multitud de ideas enteramente nuevas, que cambiaron el curso de la corriente habitual del pensamiento y lo estimularon á conjeturas indefinidas. El ansia de explorar los secretos maravillosos del nuevo hemisferio llegó á ser tan activa, que las ciudades principales de España casi llegaron á despoblarse á medida que los emigrados se reunían á la orilla del mar para ir á probar fortuna. Era un mundo de ilusiones novelescas el que se abría; porque cualquiera que fuese la suerte del aventurero, lo que contaba al volver tenía un color tan novelesco, que estimulaba más y más la ardiente imaginación de sus compatriotas, y daba pasto á los sentimientos quiméricos de un siglo de caballería análoga. Era grande el interés con que se escuchaban cuentos de las amazonas, que parecían realizar las leyendas clásicas de la antigüedad, historias de los gigantes patagones y brillantes pinturas de un *El Dorado*, donde la arena se componía de piedras preciosas, y donde se sacaban de los ríos, con redes de pescar, piedras de oro del tamaño de huevos.»

Mala, muy mala es la traducción de la obra histórica de Prescott que nos ha servido de texto en la cita que acabamos de hacer; pero, así y todo, en las palabras del historiador de la conquista del Perú se presenta al vivo el cuadro de las ideas que agitaban la mente de los europeos, y singularmente la de los españoles, en los tiempos cercanos al descubrimiento del mundo de Colón. No es de extrañar que, aun

en vida del gran marino genovés, se sucediesen sin cesar las expediciones de audaces navegantes que pretendían conseguir gloria y fortuna en las desconocidas regiones á que les llevase su sabiduría náutica ó el azar de los desencadenados vientos.

«Alonso de Ojeda, dice D. Francisco Barado en su *Museo militar*, inaugura estos viajes: asociado con algunos ricos comerciantes de Sevilla, equipó cuatro buques, con los que se dió á la mar en Puerto de Santa María el 20 de Mayo de 1499, acompañado de los no menos célebres pilotos Juan de la Cosa (1) y Américo Vespucio. Esta flota, después de haber tocado en las Canarias, cruzó en dirección oblicua al Océano, siguiendo casi el mismo derrotero que el inmortal genovés en su tercer viaje, y descubriendo á los veinticuatro días de haber dejado aquellas islas, las costas de Surinán, situadas más hacia el Mediodía que la isla de la Trinidad, en que aquél abordó; costó luego el golfo de Paria y arribó al de las Perlas, desde cuyo punto emprendió diferentes viajes á Cumaná y Maracapaná, á las islas Caribes y á Curazao; navegando seguidamente á lo largo de la costa hasta el golfo de Venezuela y desembarcando las tripulaciones en Maracibo, desde cuyo punto continuaron hasta el cabo de la Vela, y de allí á la Española.... Al mes siguiente de haberse dado Ojeda á la mar, Per Alonso Niño y Cristóbal Guerra organizaron en el puerto de Palos (Junio de 1499) una nueva expedición. Era aquel un piloto falto de recursos, y aunque se había concedido á su nombre la autorización Real, buscó el auxilio de los armadores sevillanos, quienes le impusieron como primera condición el que se pusiera al frente Cristóbal Guerra. Fletaron una carabela de 50 toneles (60 toneladas), tripulada por 33 hombres, y con esta única embarcación lanzáronse á través del Océano, siguiendo igual rumbo que Ojeda, si bien llegaron más allá de Paria, cuyo golfo costearon también, atravesando por las bocas del Drago, desembarcando en la isla Margarita, y siguiendo á lo largo de Cumaná y de la Guaira.... A este viaje siguió en el mismo año de 1499, seis meses después, el de Vicente Yáñez Pinzón, que saliendo de Palos con cuatro carabelas equipadas por su cuenta, tomó desde las islas de Cabo Verde la dirección Sudoeste, y fué el primer español que cruzó la línea equinoccial por los mares occidentales, descubriendo en el hemisferio del Sur el gran imperio del Brasil. Yáñez divisó esta tierra navegando al Este, y dirigiendo á ella su rumbo desembarcó en el cabo de San Agustín, y tomó posesión de aquellos dominios á nombre de Castilla en 28 de Enero de 1500. Allí hubo de luchar con los indígenas, y aunque fué bien acogido al llegar al caudaloso río Marañón, vióse obligado á levar anclas, por ser aquellos mares por extremo peligrosos para sus buques, continuando entonces su viaje de 600 leguas á lo largo de la costa, hasta el golfo de Paria, en cuyo trayecto descubrió las bocas del Orinoco. Desde el mentado golfo pasó esta expedición á la Española y de allí á las Bahamas. Un desatado temporal arrebató á la flota dos carabelas con toda su gente, y las dos restantes, que no sin graves averías arribaron á

(1) El Sr. D. Barique de Leguina, en su libro titulado: *Juan de la Cosa* (Madrid, 1877), da noticias muy curiosas acerca de la vida de este célebre piloto y de sus descubrimientos en el continente de América.

Santo Domingo, regresaron á España en Septiembre de 1500. En este año salió de Palos Diego de Lepe con dos buques; tocó en la isla del Fuego; navegando en dirección á Levante, dobló el cabo descubierto por Pinzón, y enderezando su rumbo hacia el Nordeste, llegó al río Marañón, desde donde pasó al golfo de Paria y de allí regresó á España. Igual reconocimiento efectuó Pedro Alvarez Cabral; pero el viaje de Lepe es importante por haber observado éste que el continente Sur se extendía hacia el Sudoeste, y porque tuvo ocasión de estudiar aquella costa con algún detenimiento, levantando un mapa de la misma y adelantando más que los anteriores en dirección al Sur. Otro fué el rumbo que tomó Rodrigo de Bastidas, que en 1.º de Octubre de 1500, acompañado del experto piloto Juan de la Cosa, se hizo á la mar y continuó los descubrimientos desde el punto á que llegara Ojeda hasta el puerto de Nombre de Dios. Bastidas descubrió las costas de Santa Marta, el gran río de la Magdalena, el puerto de Cartagena y el golfo de Darién del Norte, hasta el puerto ya citado. En este viaje figuró como marinero Vasco Núñez de Balboa.»

Hasta aquí lo escrito por el capitán D. Francisco Barado. Resulta, pues, que Vasco Núñez, á quien dejamos ocupado en el servicio doméstico del Señor de Moguer, ya en el año de 1500 había comenzado su vida de navegante y de soldado en que, andando el tiempo, había de alcanzar imperecedero renombre.

El gran poeta D. Manuel José Quintana, en sus *Vidas de los españoles célebres*, dice que la memoria de Rodrigo de Bastidas «debe ser grata á todos los amantes de la justicia y de la humanidad, por haber sido uno de los pocos que trataron á los indios con equidad y mansedumbre, considerando á aquel país más bien como objeto de especulaciones mercantiles con iguales, que como campo de gloria y de conquista. *Siempre le cognosci*, decía el P. Casas, *ser para con los indios piadoso, y que de los que les hacían agravios blasfemaba*. No es menos ventajosa la opinión de Antonio de Herrera: *Y en todo aquel viaje no hizo Bastidas ningún enojo á los indios*, dice en el capítulo XI, libro IV, década primera. Estos principios de moderación le acarrearón la muerte. Estando de gobernador en Santa Marta, sus feroces compañeros le dieron de puñaladas porque no les dejaba robar y destruir á su voluntad.»

Las empresas comerciales de Rodrigo de Bastidas en las costas de Cumaná y Cartagena comenzaron el año de 1501, y no sabemos cuánto fué el tiempo que permaneció en su compañía Vasco Núñez; pero no es lícito manchar la memoria del descubridor del mar del Sur con la sospecha de que pudiese tener ni la más pequeña responsabilidad en la desastrosa muerte de Bastidas, aun suponiendo que continuase á sus órdenes cuando se verificó tan horrible crimen.

Se ignora por completo si Vasco Núñez de Balboa poseía conocimientos militares y náuticos cuando comenzó su azarosa vida de soldado y navegante; pero su nacimiento en una población del interior de España y su escasez de bienes de fortuna nos inducen á presumir que toda su ciencia se reduciría á bien poca cosa, dado que alguna tuviese; pero esta falta se hallaba ampliamente compensada con la grandeza de su inteligencia y el temple de su ánimo, cualidades nativas que superan en mucho á las que pueden adquirirse en las aulas universitarias.



«MARINA»: ROCAS DE CORBIERE, EN JERSEY.
DIBUJO ORIGINAL DE D. JOSÉ GARTNER.

II.

Vasco Núñez de Balboa llega al Nuevo Mundo sirviendo como soldado ó marinero en la expedición de Rodrigo de Bastidas.—Su residencia en Salcasterra.—Toma parte en la expedición de Martín Fernández de Enciso.—Comienza á señalarse por el acierto de sus consejos.

Los Reyes Católicos, después del feliz resultado que tuvieron los primeros viajes de Cristóbal Colón, otorgaban con facilidad permisos para descubrir islas y tierra firme á los navegantes que por su cuenta y riesgo á tal empresa dedicasen su actividad y sus caudales. A nuestro juicio, dos eran los principales fines que se proponían los Reyes Católicos al conceder estas licencias: aumentar los dominios de la monarquía española, y disminuir en lo posible, sin faltar á la fe de su palabra legalmente empeñada, los excesivos privilegios de que se hallaba investido, según el tratado de Santa Fe, el primer almirante de las Indias.

En el tomo II de la *Colección de los viajes y descubrimientos*, coordinada é ilustrada por D. Martín Fernández de Navarrete (1), se halla el *Asiento con Rodrigo de Bastidas, vecino de la ciudad de Sevilla, para descubrir por el mar Océano en dos navios el año de 1500*. Es este *Asiento* á modo de una escritura pública, en que los reyes D.^a Isabel de Castilla y D. Fernando de Aragón dicen, entre otras cosas, lo que á la letra copiamos:

«Nos, damos licencia á vos, el dicho Rodrigo de Bastidas, para que dos navios vuestros vais á vuestra costa é misión por el dicho mar Océano á descubrir é descubrais islas é tierra firme á las partes de las Indias, ó á otra qualquier parte, con tal que no sea de las islas é tierra firme que fasta aquí son descubiertas por el Almirante D. Cristóbal Colón, nuestro Almirante del dicho mar Océano, é por Cristóbal Guerra, ni de las que son descubiertas ó se descubrieren é se descubran antes que vos por otras personas por mandato é con licencia nuestra, ni sean de las islas é tierra firme que pertenecen al Serenísimo Señor Rey de Portugal y príncipe nuestro muy amado hijo.»

Se ve, pues, en la parte del *Asiento* que de copiar acabamos, que los Reyes Católicos respetaban los derechos adquiridos por Cristóbal Colón y por Cristóbal Guerra ó por otras personas á quienes se concediese licencia para descubrir islas y tierra firme; pero no se decía nada acerca de los derechos que pudiesen adquirirse sobre territorios que se descubrieran. Sin embargo, en la terminación del permiso decían los Reyes de España:

«Facemos nuestro capitán de los dichos navios é gente que en ellos fuere á vos el dicho Rodrigo de Bastidas, é vos damos nuestro poder cumplido é jurisdicción civil y criminal con todas sus incidencias y dependencias, emergencias, anexas é conexidades.»

Rodrigo de Bastidas, como ya escribió Quintana, se limitó á comerciar pacíficamente con los naturales de los países

(1) El título completo de la obra del Sr. Navarrete dice así: *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes á la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*.—Madrid, 1825.

recientemente descubiertos, y aun á aumentar la extensión de estos descubrimientos; pero otros navegantes se creyeron autorizados para apoderarse á nombre de España de las tierras que descubrían y hasta de sus habitantes, y aquí se plantea el problema del derecho de conquista de que ya nos ocuparemos en tiempo oportuno y con la extensión que por su importancia requiere.

Volviendo á tratar del soldado ó marinero en la expedición de Rodrigo de Bastidas, se sabe que cuando el bachiller Martín Fernández Enciso salió de la isla Española para auxiliar á Alonso de Ojeda, que en 1510 había fundado en la tierra firme de América un pueblo que se llamó San Sebastián, se hallaba Vasco Núñez de Balboa avecindado en la villa de Salvatierra, donde poseía alguna propiedad rústica, pero no la suficiente para atender á sus necesidades, como lo prueba el hecho de que sus deudas eran muy numerosas. Por un edicto del Almirante estaba prohibido que los deudores abandonasen la isla sin pagar antes lo que debían; pero Vasco Núñez, para eludir el cumplimiento de esta ley, se embarcó, sin dar conocimiento al jefe del buque, según cuentan algunos historiadores, escondido dentro de un tonel, y según otros envuelto en el lienzo de una vela; y no salió de su escondite hasta que la embarcación se halló alejada de la costa, ó en alta mar, como dicen los marinos. Martín Fernández de Enciso se irritó mucho cuando vió que Vasco Núñez había burlado la orden del Gobernador de la Española, y le amenazó con dejarle abandonado en la primera isla que á su paso encontrase; pero los ruegos de varios de los que en su expedición le acompañaban consiguieron aplacar su justo enojo, y consintió en que Balboa, después de pedir le perdonasen su falta, continuara en la expedición hasta el término del viaje.

Cuando el bachiller Enciso navegaba con rumbo á San Sebastián, esta colonia había tenido la misma infeliz suerte que la que Cristóbal Colón intentó fundar años antes en las tierras de Veragua. Más de doscientos habitantes habían constituido la naciente villa de San Sebastián; pero bien pronto aquellos colonos se hallaron sin medios de subsistencia y molestados á toda hora por las agresiones de los indígenas, que ya comenzaban á comprender las desventajas circunstancias en que se hallaban los españoles. Ojeda se vió obligado á separarse de sus compañeros para buscar recursos en la Española, y les dijo que si no regresaba en el plazo de cincuenta días, podían abandonar el pueblo y dirigirse á donde lo tuvieran por conveniente. Dejó encargado el mando de la colonia á Francisco Pizarro, que después había de adquirir tanta fama en la conquista del Perú. Pasaron los cincuenta días. Francisco Pizarro determinó abandonar la población de San Sebastián; embarcó su gente en dos buques, que por su pequeñez pudieran llamarse lanchas; uno de ellos se fué á pique, y con el otro consiguió llegar al puerto de Cartagena, donde se reunió con el buque de socorro que mandaba Enciso. Reunidos el resto de los pobladores de San Sebastián con las gentes de Enciso que habían salido de la Española, recayó en el bachiller Enciso el mando de la expedición. Regresaron todos á San Sebastián, y hallaron destruidas la fortaleza y las casas que Ojeda había hecho edificar, y para colmo de desventuras, los indios, ya convencidos de su superioridad, no les dejaban tranquilos ni de día ni de noche, menudeando sus ataques con singular arrojó. Desalentados los españoles, manifestaban ya claramente sus

deseos de abandonar aquellas costas, cuando Vasco Núñez de Balboa consiguió hacerles desistir de tal propósito, diciéndoles que cuando años anteriores había recorrido con Rodrigo de Bastidas las inmediaciones del lugar en que se hallaban, recordaba haber visto un río caudaloso y una población asentada en su orilla, donde sería fácil hallar medios de subsistencia. Esperanzados con las palabras de Balboa, los españoles se embarcaron, y atravesando el golfo de Urabá, hallaron en efecto el río y la población que buscaban. Adquirió Balboa con este buen resultado de su consejo el aplauso y la estimación de sus compañeros de armas; tuvo á su devoción un *partido*, como hoy decimos, que comenzó á considerarle merecedor de sustituir á Martín Fernández de Enciso en la dirección de las futuras empresas que intentasen llevar á cabo.

III.

Combate con los indios y victoria de los españoles.—Fundación de la colonia de Santa María de la Antigua ó del Darién.—De cómo Vasco Núñez de Balboa llegó á alcanzar el mando superior de esta colonia.

No están conformes los historiadores al señalar las causas que produjeron la guerra entre los españoles y los habitantes del territorio en que habían desembarcado. Sea de esto lo que quiera, el hecho es que los españoles, en número de unos ciento, combatieron contra unos quinientos indígenas, que acudillaba el cacique Camaco, y obtuvieron la victoria. Habían hecho voto de que si triunfaban darían á la ciudad de que se posesionarian el nombre de una imagen muy venerada en Sevilla; y cumpliendo este voto, llamaron al pueblo Santa María de la Antigua, pero frecuentemente se le ha denominado Santa María del Darién, aludiendo á su posición geográfica. El terreno en que se hallaba esta población no pertenecía al que se había concedido para sus descubrimientos á Alonso de Ojeda, y así, los partidarios de Balboa, aprovechando hábilmente tal circunstancia, se negaban á reconocer la autoridad del bachiller Martín Fernández de Enciso, que estaba delegada por quien en aquellos sitios carecía de propia jurisdicción.

Dos navios con bastimentos y municiones, que bajo las órdenes de Diego Enriquez de Colmenares dirigían su rumbo en busca de Diego de Nicuesa, tocaron en las costas próximas al sitio donde se hallaba establecida la villa de Santa María de la Antigua; y como para poner en duda la autoridad de Enciso se había invocado la que allí podía ejercer el dicho Nicuesa, se resolvió enviarle á buscar, comisionando para este fin al ya citado Colmenares con el acompañamiento de Diego Albítez y Diego del Corral.

Nicuesa, que no había conseguido establecerse en los terrenos del Darién, después de padecer grandes contratiempos, se había refugiado en Nombre-de-Dios, y allí recibió el mensaje que le ofrecía el mando de una colonia ya formada. Aceptó con júbilo la oferta y se embarcó inmediatamente con rumbo á Santa María de la Antigua; pero durante su viaje, los partidarios de Enciso y los de Balboa se habían unido en contra suya, y al desembarcar fué conducido á una prisión y de allí salió para reembarcarle en un

bergantín tripulado por doce hombres que voluntariamente se prestaron á participar de su próspera ó adversa fortuna. El día 1.^o de Marzo de 1511 zarpó de la costa del Darién la navecilla á cuyo bordo iban Diego de Nicuesa y sus valerosos compañeros, y sin duda el mar la sepultó prontamente en su seno, porque jamás se ha vuelto á saber nada de aquella nave, ni de Nicuesa, ni de sus compañeros de infortunio.

Desembarzado Vasco Núñez de la legítima autoridad que realmente pertenecía á Diego de Nicuesa, le fué fácil acusar de usurpador á Enciso, y después procesarle, confiscarle sus bienes y encerrarle en una prisión, hasta que por razones de prudencia le puso en libertad y le permitió que regresase á España.

Dice Quintana en sus *Vidas de los españoles célebres* que á Vasco Núñez de Balboa apudo considerársele hasta la expulsión de Enciso como un faccioso artero y atrevido que, ayudado de su popularidad, aspira á la primacía entre sus iguales, y logra, á fuerza de intrigas y de audacia, desembarazarse de cuantos, con mejor título, podían disputarle el mando. Mas después que se halló solo y sin rivales, entregado todo á la conservación y progreso de la colonia que se había puesto en sus manos, se le ve autorizar su ambición con sus servicios, levantar su pensamiento á la altura de su dignidad, y con la importancia y grandeza de sus descubrimientos ponerse en la opinión pública casi á la par con Colón.»

Es cierto; en la empresa de colonizar la tierra firme de América había fracasado Cristóbal Colón en Veragua; Alonso de Ojeda en la que llamó villa de San Sebastián, y Diego de Nicuesa en el territorio que le había concedido D. Fernando el Católico; territorio que se extendía desde el cabo de Gracias-á-Dios hasta la mitad de las costas del golfo de Urabá (1). Vasco Núñez de Balboa determinó, con su acertado consejo, el abandono del sitio donde se había edificado la villa de San Sebastián y la traslación de los españoles á la parte opuesta del golfo de Urabá, que fué donde se estableció la colonia de Santa María de la Antigua. Su encumbramiento hasta jefe militar y gobernador de la colonia puede decirse que reconocía por origen el acuerdo y la voluntad, tácita ó expresa, de sus compañeros de armas. Para conseguir este resultado, había procedido Vasco Núñez con más astucia y energía que rectitud de conciencia y respeto á las leyes; pero disculpa en parte su desapoderada ambición la confianza, más aún, la seguridad que tenía de aventurarse á grandes empeños y llevarlos á feliz remate cuando en sus manos se hallara el gobierno de la colonia. Y tan nobles propósitos no fueron defraudados por la realidad de los hechos.

No consienten los estrechos límites de este bosquejo biográfico que relatemos los pormenores de las empresas que

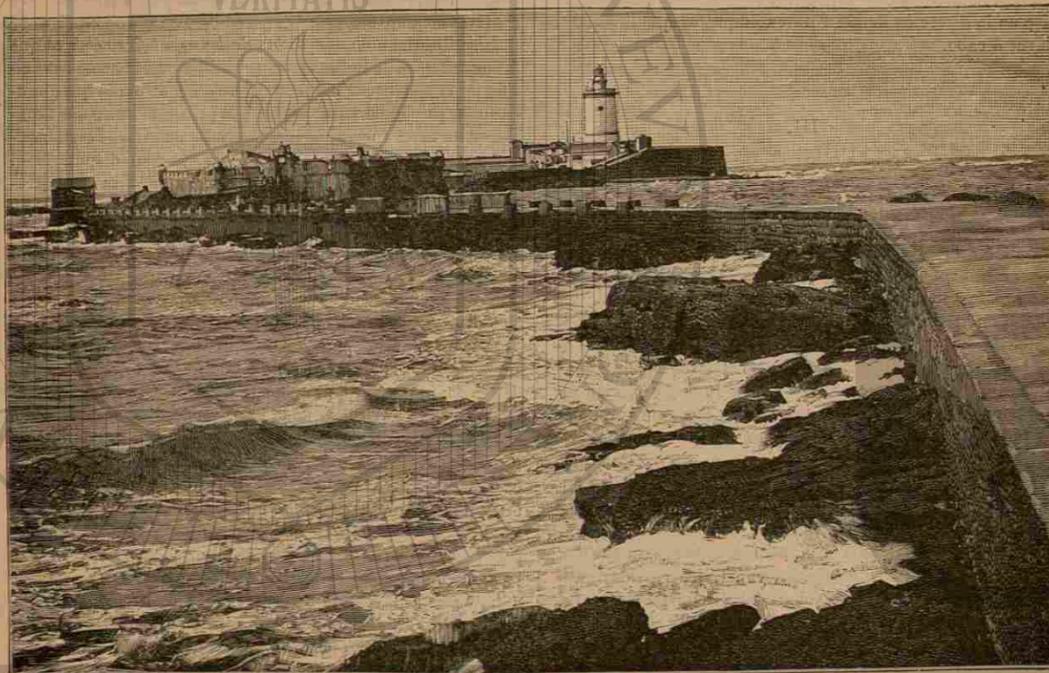
(1) En la *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía* se halla una carta dirigida al Rey D. Fernando el Católico, con fecha 2 de Enero de 1513, en que Balboa dice que Alonso de Ojeda y Diego de Nicuesa eran responsables del mal resultado que habían obtenido en las colonias que fundaron, porque carecían de la actividad y energía que para tales empresas se necesitaban. Esta carta de Vasco Núñez es por extremo curiosa é interesante.

llevó á cima Vasco Núñez desde el punto y hora en que Martín Fernández de Enciso partió con dirección á España, hasta que llegó á la colonia Pedro Arias Dávila, nombrado gobernador de ella, en 29 de Junio de 1514.

Describiendo el carácter moral de Vasco Núñez y al propio tiempo recordando sus empresas de caudillo y descubridor, dice un biógrafo anónimo: «Osado en sus proyectos, activo en ejecutarlos, con un ánimo que nunca se vió desmayar en los peligros y con una resistencia que las fatigas jamás pudieron abatir, era al mismo tiempo agasajador, franco y

por tan poco? Si tanta ansia tenéis de oro, que abandonáis por él á vuestra patria y atravesáis tantos mares, yo os diré dónde podéis ir á saciar vuestro deseo con ese metal despreciable á nuestros ojos; y en seguida les dió noticia del mar del Sur y de las ricas naciones que habitaban sus costas, aconsejándoles que para aquella empresa era preciso que fuesen más en número que los que entonces eran.»

El mismo biógrafo que elogia á Núñez de Balboa del modo que habrán visto nuestros lectores en las frases que de copiar acabamos, no quiere pasar plaza de ciego pane-



CÁDIZ.—CASTILLO Y FARO DE SAN SEBASTIÁN.—(De fotografía.)

popular con todos; y sus soldados, que le veían vestirse y alimentarse como el más inferior de ellos, consolar á los unos, alentar á los otros y ser siempre el primero en las facciones y en los trabajos, le adoraban y le seguían animosos á donde quiera que los llevaba. Enciso volvió á España á proseguir en la corte sus quejas y su resentimiento, mientras Vasco Núñez se ocupaba en asegurar su colonia y en pacificar las naciones salvajes que le rodeaban. Aterró á las unas con la superioridad de sus fuerzas, y se ganó las otras con la amistad y los presentes. Recorrió la tierra comarcana, y toda ella tuvo que reconocer el dominio español. En una de sus correrías sus compañeros disputaban sobre el oro que pesaban en una balanza; un indio presente á la disputa, echando á rodar el oro y la balanza. ¿Por qué reñir, les dijo,

girista de su héroe, y escribe lo siguiente: «Es preciso decirlo: más de una vez Balboa se dejó llevar de la violencia y la codicia, que ha deslucido la reputación de nuestros descubridores. Ya estos borrones, que oscurecen su gloria, han sido denunciados á la posteridad por los filósofos; pero nosotros observaremos, que saliendo aquellos españoles de un país donde en siete siglos no se había respirado más que guerras y combates, la mayor parte de ellos sin educación alguna, encontrándose en un mundo nuevo, mudo y terrible á sus ojos, donde la sed, el hambre, la guerra y la fatiga los desesperaban, no era tanto de extrañar que sus corazones terribles se desnudasen tal vez de todos los afectos sociales, y que su brio y energía degenerasen en ferocidad y violencia.»

IV.

Los méritos de Vasco Núñez de Balboa como buen colonizador y victorioso caudillo.—Descubrimiento del mar del Sur.—Balboa toma posesión de este mar y de sus tierras comarcanas en nombre de los Reyes de Castilla.

Si los méritos de Vasco Núñez de Balboa quedasen reducidos á los títulos que puede presentar como primer colonizador en la tierra firme de América y como valeroso caudillo que venció una y muchas veces á los guerreros indios, hasta conseguir que por todos ellos fuese respetada la bandera de Castilla, ciertamente que su memoria ya sería muy gloriosa, pero no tanto como lo es la de quien añadió á aquellos méritos el descubrimiento de lo que se llamó primeramente mar del Sur y hoy se conoce con el nombre del gran Océano Pacífico.

Lo que ahora se llama América Central, como dice muy bien D. Manuel María de Peralta en su libro *Costa-Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI*, es á modo de un puente gigantesco levantado entre los Océanos Atlántico y Pacífico para unir los grandes continentes del Norte y del Sur del Nuevo Mundo.... Su istmica estructura, que se acentúa más y más á medida que se desciende hacia el Sudeste, termina en Panamá y el Darién, donde se estrecha, tanto que forma el conocido istmo de Panamá.»

Claro se ve en las palabras del Sr. Peralta que acabamos de transcribir, que la colonia del Darién se hallaba establecida en sitio muy conveniente para facilitar todo lo más posible el descubrimiento del Océano Pacífico. Relataremos brevemente cómo se realizó este descubrimiento.

El indio que había anunciado á los españoles la existencia de una nación poderosa donde podrían saciar su sed de riquezas y de un mar para ellos desconocido, que servía de límite al lado opuesto, digámoslo así, del territorio que ocupaban, era el hijo mayor del cacique Comogre, con quien Balboa mantenía buenas relaciones de amistad personal y alianza política. Leales eran los consejos de aquel indio, y Vasco Núñez no dudó de la veracidad de sus palabras; pero el hijo de Comogre le dijo que para llevar á cabo la empresa que le proponía necesitaba acaudillar mil hombres cuando menos, y eran poco más de ciento los que en aquella sazón á sus órdenes estaban. Resolvió Vasco Núñez regresar al Darién para comunicar á sus compañeros las buenas noticias que había adquirido y buscar los medios de emprender la expedición al lugar donde tanto abundaba el oro, según les había manifestado el hijo de Comogre.

De vuelta ya en Santa María de la Antigua, recibió Balboa el nombramiento de gobernador del Darién, firmado por el Tesorero de la isla de Santo Domingo, que se creía ó estaba autorizado para conferir tan alta dignidad; pero bien poco le duró la alegría que el logro de sus ambiciosos deseos pudiera proporcionarle. Su amigo Martín Zamudio, que había pasado á España para desvirtuar el efecto que en la corte produjesen las quejas de Enciso, le escribió diciéndole que se oía la voz de su acusador con preferencia á la suya, y que sería procesado como usurpador de la autoridad que sólo á Diego de Nicuesa por derecho correspondía. No abatieron el ánimo de Balboa tan malas nuevas, y tratando de evitar las desgracias que le amenazaban, se

determinó á emprender con ciento noventa hombres la expedición que según el hijo de Comogre requería mil, por lo menos, para poder alcanzar en ella el resultado que se deseaba.

Salió Vasco Núñez de Santa María de la Antigua del Darién el jueves 1.º de Septiembre de 1513. Caminando por sitios enteramente desconocidos, ya vadeando impetuosos ríos, ya subiendo á la cumbre de altas montañas, ya descendiendo por rápidas pendientes á valles y cañadas; abriéndose paso á través de las selvas; combatiendo unas veces con los indios y otras negociando con sus caciques; siempre dudoso el necesario mantenimiento y siempre seguro el continuo peligro, Vasco Núñez de Balboa, guiado más por su buena estrella que por los informes de los indios, cuya sinceridad era harto sospechosa, logró divisar el mar del Sur desde la cumbre de una montaña el domingo 25 de Septiembre del antes citado año de 1513. Eran las diez de la mañana de este día cuando por vez primera fué visto por Vasco Núñez de Balboa y sus valerosos compañeros de armas el mar del Sur, como entonces se llamó, el Océano Pacífico, como hoy se nombra en los mapas de América; el gran Océano Pacífico, que mide la enorme extensión de ciento setenta y tres millones de kilómetros cuadrados, esto es, algo más de la tercera parte de la superficie del globo terráqueo, que, en número redondo, puede decirse que es quinientos diez millones de kilómetros cuadrados (1).

Vasco Núñez de Balboa, que fué el primero que subió á la montaña desde cuya cima pudo contemplar una parte de la inmensa extensión del mar del Sur, se postró de rodillas, y arrasados de lágrimas sus ojos, dió gracias á Dios que le había permitido alcanzar la gloria de descubrir aquel ignorado límite de las tierras del Nuevo Mundo. Llamó después por señas á sus compañeros, y cuando llegaron les mostró la grandeza del mar que á su vista se presentaba, y arrodillándose nuevamente volvió á dar gracias al Ser Supremo por el venturoso descubrimiento de aquel mar que facilitaría la posesión de la Tierra Firme en que ya se asentaba la colonia del Darién.

Cuatro días después, en la tarde del 29 de Septiembre, Vasco Núñez de Balboa, acompañado de veinticinco *caballeros, hidalgos y hombres de bien*, como dicen los documentos de aquella época, del clérigo Andrés de Vera y del escribano Andrés de Valderrabano, llegó á la orilla del mar del Sur. Esperaron allí á que subiese la marea, y cuando esto se verificó, Vasco Núñez, armado de punta en blanco y con la espada en su mano derecha y la bandera de Castilla en la izquierda, entró por el mar adelante, hasta que el agua le subía por cima de sus rodillas, exclamando con enérgicas y grandes voces: «Vivan los altos y poderosos Reyes de Castilla; yo en su nombre tomo posesión de estos mares y regiones; y si algún otro príncipe, sea cristiano, sea infiel, pretende á ellos algún derecho, yo estoy pronto y dispuesto á contradecirle y defenderlos.» El escribano Andrés

(1) Según Wolfers la extensión superficial de la Tierra es 509.990.553 kilómetros cuadrados, y según Encke, 509.950.838 kilómetros cuadrados.

Después de realizados los grandes descubrimientos geográficos de los siglos XV y XVI y los muchos menores que se han hecho en las tres últimas centurias, aun resta por explorar la vigésima parte de la superficie de la Tierra, es decir, unos veinticinco millones de kilómetros cuadrados.

de Valderrabano, en documento de carácter oficial, dice que Balboa «fechos sus autos é protestaciones convenientes obligándose á lo defender en el dicho nombre con la espada en la mano, así en la mar como en la tierra, contra todas é cualesquiera personas, pidiéndo por testimonio. E todos los que allí se hallaron respondieron al capitán Vasco Nuñez que ellos eran, como él, servidores de los Reyes de Castilla é de Leon, y eran sus naturales vasallos, y estaban prestos é aparejados para defender lo mesmo que su capitán decía, é morir si conviniese sobre ello contra todos los reyes é príncipes é personas del mundo, é pidiéronlo por testimonio.»

Del modo que brevemente hemos referido se verificó el descubrimiento y toma de posesión, en nombre de los Reyes de España, del mar del Sur por Vasco Nuñez de Balboa. Es rareza, merecedora de atención, que el descubrimiento del gran Océano Pacífico se haya conseguido, no por un sabio y audaz navegante, sino por un valeroso caudillo, que al frente de sus soldados marchó, arrojando peligros sin cuento, en busca de aquel mar, como podían hacerlo para poner sitio á una plaza ó sorprender al ejército enemigo. También merece notarse que toma posesión del mar del Sur á nombre de los Reyes de España, no una escuadra, ó un poderoso navio, ó al menos una embarcación, por pequeña que fuese, sino un guerrero, cubierto con la pesada armadura del siglo XVI, y se formaliza este acto de posesión, no con el estruendo de las salvas de artillería, sino con la escritura que firma un escribano, como si se tratase de un contrato de compra-venta ó de una carta de dote. Siempre se halla en la Historia la mezcla de lo grande y sublime con lo que es ó parece pequeño y acaso ridículo; que así lo dispone la mísera condición de la naturaleza humana.

V.

Contestación á las censuras con que se pretende manchar la memoria de los conquistadores españoles de la tierra americana.—Regreso de Vasco Nuñez á Santa María de la Antigua.—Su nombramiento de Adelantado del mar del Sur y Gobernador de las provincias de Cuba y de Panamá.

Se ha acusado con frecuencia á los conquistadores españoles, que llevaron á América la civilización europea, de codiciosos y de crueles. Ya hemos visto que nuestro Vasco Nuñez no está libre de estas censuras. El gran poeta Quintana, para disculpar á los conquistadores de América, escribió aquellos conocidos versos:

Su atroz codicia, su ineluctable saña,
Orígenes fueron del tiempo, no de España

La verdad es que Quintana parece suponer que la codicia y la crueldad de los conquistadores existió en los pasados tiempos, pero ya ha sido sustituida por la generosa liberalidad y la benigna tolerancia. Desgraciadamente esta suposición es de todo punto infundada. Los conquistadores del siglo XIX son tan codiciosos y tan crueles, con relación á la moral de su tiempo, como lo han sido, son y serán todos los conquistadores, mientras exista el derecho de conquista, mientras la fuerza sea, como es hoy, la única garantía de la existencia de las naciones.

M. Laurent, en sus *Estudios sobre la historia de la hu-*

manidad, al tratar de los descubrimientos y conquistas de América y Asia en el siglo XVI, á pesar del optimismo que generalmente domina en sus juicios, se indigna mucho y pone el grito en el cielo, como vulgarmente se dice, para condenar la bula de Alejandro VI, en que se concedía á los Reyes de Portugal y de España el dominio de los pueblos infieles que sus navegantes descubrieran y sus conquistadores sojuzgasen, entre ciertos límites que en la dicha bula se marcaban. El célebre historiador llega á afirmar que el catolicismo nada ha hecho para asegurar la independencia de los pueblos, y arremete, con más brío que fortuna, contra los teólogos y publicistas católicos que defienden la bondad de las bulas pontificias en que se concedía á los reyes la soberanía temporal sobre las naciones infieles.

Es cierto; ya no se reconoce á ninguna potestad el derecho de conceder la posesión de los territorios en donde existen naciones, ú hordas salvajes, libres é independientes; pero esta posesión se la toman sin permiso de nadie, arrollando todos los fueros de la justicia, las llamadas potencias de primer orden y aun las de segundo ó último, si hallan para ello ocasión propicia (1).

El derecho internacional, hoy, como en la más remota antigüedad, como en tiempo de las conquistas de Alejandro y de los romanos, como en la Edad Media, como en la época del Renacimiento, está reducido á consignar el hecho de que la voluntad de las naciones poderosas se impone como ley á las débiles ó temporalmente decaídas. Las razas fuertes conquistan, y frecuentemente exterminan á las razas débiles; y á la postre se cumple así la ley de la lucha por la vida, que ahora se pregoná por los sabios positivistas como la más alta concepción de la ciencia novísima.

Anudando el roto hilo de nuestra narración biográfica, podemos afirmar con evidente justicia que Vasco Nuñez de Balboa no fué ni más ambicioso ni más cruel que la mayor parte de los caudillos conquistadores, cuyos nombres ocupan señalado lugar en las páginas de la Historia. Si se le acusa de haber tenido alguna ó mucha participación en la infeliz muerte de Diego de Nicuesa, recuérdese, no la dureza de las costumbres en el siglo XVI, no; recuérdese que Napoleón, el gran Napoleón, dispuso, en pleno siglo XIX, el asesinato jurídico de un príncipe francés en el foso de una fortaleza, tan sólo por el temor de que aquel desdichado joven pudiera impedir que ciñese su frente con la imperial corona que su ambición anhelaba.

Y siguiendo el relato de las conquistas de Balboa, nos limitaremos á consignar aquí, que después del descubrimiento del mar del Sur, continuó su expedición recorriendo las tierras comarcanas y algunas islas, en que halló realmente no escasa cantidad de oro y perlas, que ora de grado ó por miedo le entregaban los caciques, diciéndole con frecuencia que aun había otros sitios más lejanos en que podría obtener mayor cantidad de aquel amarillo metal y de aquellas blancuecinas pedrezuelas. Sin duda se referían al grandioso im-

(1) En la hora presente, en los días que estas líneas escribimos, Inglaterra y Alemania se reparten el dominio de grandes regiones de África, sin respeto al derecho de los pueblos ó tribus que habitan aquellos territorios. Aun más, Inglaterra cede á Alemania la isla de Heligoland, sin contar para nada con la voluntad de sus 2,500 habitantes, que sin moverse de sus casas son trasladados de la tierra inglesa á la del imperio alemán.



EL TENIENTE DE NAVÍO D. ISAAC PERAL Y EL SUBMARINO DE SU INVENCIÓN.

perio del Perú, que años más tarde había de descubrir y conquistar el famoso Francisco Pizarro; pero Vasco Núñez no se halló con medios suficientes para continuar sus descubrimientos, y dispuso el regreso á Santa María del Darién. Había entrado el invierno cuando Balboa emprendió lo que llamaríamos su retirada, usando el lenguaje militar. Menudeaban las lluvias, los ríos se convertían en torrentes, el suelo pantanoso obligaba á caminar muy despacio. Los expedicionarios no siempre encontraban las provisiones necesarias para su alimento. Aunque Vasco Núñez era muy robusto, no pudo resistir las fatigas de aquel viaje, en que siendo poseedor de grandes cantidades de oro y perlas, que valían un dineral, carecía de los alimentos necesarios para su sustento. Acostado en una hamaca, que en sus hombros llevaban los guías indios, llegó Balboa á la colonia del Darién el 19 de Enero de 1514, donde fué recibido por sus habitantes con indescriptible entusiasmo; no superior, sin embargo, á lo que merecía la grandeza del descubrimiento del Océano Pacífico, y de las hazañas que había llevado á buen término durante su larga expedición.

A fines de Octubre de 1512 habían enviado á España los colonos del Darién á Juan de Caicedo y Rodrigo Enriquez de Colmenares, remitiendo el quinto del oro recaudado, que pertenecía á la Corona, y encargándoles que diesen noticia de lo sucedido en la Antigua desde su fundación y de las esperanzas que sus moradores abrigan de llegar á aquellas ansiadas regiones donde el oro y la plata y las piedras preciosas eran cosas de uso vulgar y facilísima adquisición. Cuando Balboa regresó de su descubrimiento del mar del Sur, determinó enviar á la corte de España otro nuevo representante de la colonia, que llevase, además del oro y de las perlas que de derecho correspondían al Rey, un rico presente de las mejores y las más gruesas perlas elegidas entre las que los caciques indios le habían entregado; y designó para desempeñar esta comisión á su íntimo amigo Pedro de Arbolancha, que partió del Darién en el mes de Marzo de 1514. La llegada á España de Caicedo y Colmenares ya había contrarrestado un poco la influencia, para Balboa desastrosa, que las quejas del bachiller Martín Fernández de Enciso habían ejercido en el ánimo del rey D. Fernando el Católico. Los presentes que llevó Pedro de Arbolancha y las noticias que dió del descubrimiento del mar del Sur y de la existencia de un riquísimo imperio, afirmadas repetidamente por los indios sometidos al dominio español, cambiaron de tal modo los pensamientos del Rey, que tal vez hubiese confirmado el nombramiento de gobernador de la colonia que hizo en favor de Balboa el tesorero de la Española, Miguel de Pasamonte, si ya no hubiera designado para este cargo al caballero segoviano Pedro Arias Dávila, que se embarcó en el puerto de Sanlúcar, llevando á sus órdenes una respetable armada, el 11 de Abril de 1514, mucho antes, como se puede notar, de que llegase á la corte el enviado Arbolancha.

Sin embargo de todo lo referido, deseó el rey D. Fernando de premiar al descubridor insigne y al valeroso y experto caudillo, nombró á Vasco Núñez de Balboa adelantado del mar del Sur y gobernador de las provincias de Coiba y Panamá.

Las noticias de Caicedo, Colmenares y Arbolancha acerca de las riquezas ya encontradas y las que habían de encon-

trarse en el Darién, en sus contornos y en el imperio de que hablaban los indios de Comogre, excitaron la imaginación de los españoles, que, primero en sus conversaciones amistosas y después hasta oficialmente, dieron á aquellas tierras, que se habían llamado Nueva Andalucía, el nombre de Castilla del Oro, con que durante muchos años fueron designadas en la Historia y en los mapas de América.

VI.

Llegada de Pedrarias Dávila á Santa María de la Antigua.—Juicio de residencia de Vasco Núñez.—Su casamiento con la hija mayor de Pedrarias.—Buques contruidos en Acla y llevados por tierra á las costas del mar del Sur.—Navegación de Balboa en el gran Océano Pacífico.

Llegó Pedro Arias Dávila, á quien llamaremos Pedrarias, porque así, según parece, se firmaba y así le nombran los historiadores de su tiempo, llegó Pedrarias á Santa María de la Antigua el 29 de Junio de 1514. Acompañaban al nuevo Gobernador el franciscano Fr. Juan de Quevedo, nombrado obispo del Darién, el licenciado Gaspar de Espinosa, con el cargo de alcalde mayor, con el de tesorero Alonso de la Puente, con el de veedor el famoso cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y otros varios empleados, algunos sacerdotes y hasta dos mil hombres de armas, entre los cuales se hallaban muchos caballeros tan pobres de fortuna como deseosos de hacerla prontamente en las tierras del Nuevo Mundo.

Vasco Núñez de Balboa recibió con respeto y cortesía al nuevo Gobernador, pero no es aventurado suponer que bajo aquellas fórmulas de necesaria sumisión á lo dispuesto por el Gobierno de la metrópoli, palpitarían sentimientos de reprimido enojo contra el personaje cortesano que venía á privarle de la dirección de la colonia por su consejo fundada y á la sazón en estado de floreciente prosperidad, por su habilidad y esfuerzo penosamente conseguido. Si usurpador había sido Vasco Núñez del poder que legítimamente ejercía el bachiller Martín Fernández de Enciso, casi puede decirse que también fué víctima de la usurpación del fruto de sus afanes, cuando Pedrarias, sin ningún conocimiento en las cosas de Ultramar, vino á despojarle del mando de la colonia, por virtud de las órdenes legales, sí, pero no bien justificadas, del Rey D. Fernando el Católico.

Pedrarias, por su parte, recordando cómo el misero criado de D. Pedro Puertocarrero había conseguido sobreponerse á la autoridad del bachiller Enciso, temería, y no sin fundamento, que el descubridor del mar del Sur, y el caudillo siempre vencedor de los caciques indios, probablemente llegaría á desconocer su autoridad suprema, cuando no á destruirla con hábiles manejos, que acaso terminasen en sangrientas colisiones.

Pedrarias temía, y probablemente envidiaba, á Vasco Núñez; y éste es seguro que no podría ver con buenos ojos la inmerecida fortuna del caballero segoviano, á quien, además de confiarle el gobierno del Darién, se le facilitaban recursos para continuar los descubrimientos y conquistas; recursos que en vano habían pedido una y otra vez los que fundaron la colonia y sus primeros gobernadores.

Por miedo ó por envidia, por ambas cosas probablemente,

resolvió Pedrarias hundir en el polvo la gloria y la fortuna de Vasco Núñez; pero tal empresa no carecía de muchas dificultades y grandes inconvenientes. Los historiadores retratan á Balboa diciendo que era de alta estatura, de cuerpo delgado pero robusto; que sus cabellos eran rubios, varonil y agraciado su rostro, y marcial su continente; asemejándose más en la totalidad de su aspecto al tipo de los hijos del Norte de Europa que al de la calurosa provincia de Extremadura en que había nacido y según se cree vivieron sus ascendientes. De esta descripción se deduce que Vasco Núñez era un gentil caballero, y ya se ha dicho, con verdad, que la hermosura es una carta de recomendación que la Naturaleza concede á sus elegidos. Si de las prendas físicas pasamos á las morales, nadie intentará ornar la cabeza de Núñez de Balboa con el nimbo de la santidad, pero sí con la corona de laurel del capitán experto, valeroso hasta el heroísmo para combatir cuando la ocasión así lo demandaba, y hábil para negociar como político cuando por este medio podía ahorrarse la sangre de sus soldados y aun la de sus enemigos. Fuera de los actos del servicio, como hoy se dice, Vasco Núñez dejaba de ser jefe para transformarse en amigo de sus soldados. Buscaba el fundamento de la obediencia en el cariño de sus compañeros de armas y su respeto en el que pudiese inspirarles la grandeza de sus hazañas, no en la letra, siempre muerta, de órdenes autoritarias. Bien puede llamarse padre de sus soldados, como decía Cervantes del Marqués de Santa Cruz, al caudillo de quien afirma Gonzalo Fernández de Oviedo, tratando de cómo cuidaba á sus compañeros de armas, que ningún capitán de Indias lo había hecho mejor, ni aun tan bien, como Vasco Núñez de Balboa.

Los colonos del Darién se hacían lenguas en alabanza de Balboa, comparando el fin desdichado de los pueblos que habían querido fundar Colón y Ojeda en la tierra firme del Nuevo Mundo, y la prosperidad de Santa María de la Antigua, que podía considerarse, y realmente fué, el comienzo de la dominación española en el continente americano.

Pedrarias seguramente comprendería todos los obstáculos con que tenía que luchar hasta conseguir vencer al descubridor del mar del Sur; y con efecto, así sucedió. El alcalde, Gaspar de Espinosa, recibió el encargo de formar el juicio de residencia de Vasco Núñez, y al terminarlo dió sentencia absolviendo al antiguo Gobernador de la colonia de todos los cargos criminales que se le hacían; pero condenándole á la satisfacción de los daños y perjuicios causados á los particulares, caso en que se hallaban los bienes embargados al primer gobernador Martín Fernández de Enciso.

Por este tiempo, ya muy entrado el año 1515, llegaron las cartas en que el Rey Católico nombraba, como ya dijimos, á Vasco Núñez de Balboa adelantado de las costas del mar del Sur y gobernador de las provincias de Coiba y Panamá. Intentó Pedrarias no dar cuenta de estas cartas, pero el obispo Quevedo combatió su propósito con razones tan poderosas, que se vió obligado á ceder, llamando á Vasco Núñez para notificarle las mercedes que el Rey le había concedido. Le exigió, sin embargo, la promesa de que no tomaría posesión del gobierno de Coiba y Panamá hasta que para ello se le diese especial licencia. Aceptó Vasco Núñez esta condición, porque sin duda no se halló con fuerza suficiente para proceder de otro modo.

La alta dignidad concedida á Balboa y los buenos oficios del obispo Quevedo, que se había hecho muy amigo suyo, inclinaron el ánimo de Pedrarias hacia una extraña resolución. Llamó al nuevo Adelantado del mar del Sur y le propuso que se casara con su hija mayor doña María Arias Dávila, que en aquel entonces residía en España. Como era natural, Vasco Núñez no negó su consentimiento á tan ventajosa proposición, y el matrimonio se verificó por poderes; pero, según creemos, doña María Arias, que después se casó en segundas nupcias, no llegó jamás á reunirse con su primer marido.

Se verificó el matrimonio de Balboa el año de 1516, y poco después de este acontecimiento el obispo Quevedo partió para España, pensando que ya nada podía temer su amigo de las malas pasiones del Gobernador de Castilla del Oro. Estas generosas esperanzas del Obispo del Darién parecían que se iban á realizar de todo en todo, porque Pedrarias comenzó á mostrarse muy complacido de haber casado á su hija con el descubridor del mar del Sur; y como en aquel tiempo se estaba fundando en el puerto de Cáreta una ciudad llamada Acla, recibió Vasco Núñez la orden de ir á dicha ciudad para apresurar su establecimiento y construir allí unos buques que, llevados por tierra, habían de botarse al agua en las costas del mar del Sur, para ver si se podía llegar prontamente al rico imperio de que los indios daban noticias.

Vasco Núñez cumplió las órdenes que se le dieron, con su acostumbrada energía y singular acierto. Se construyeron cuatro bergantines y se trasladaron en hombros por sendas unas veces y las más á campo travieso, venciendo dificultades sin número y sin cuento, hasta las costas del mar del Sur. Lució el sol de un glorioso día en que Vasco Núñez de Balboa y sus compañeros de armas fueron los primeros europeos que rompieron con las praus de sus buques las agnas del gran Océano Pacífico.

Washington Irving, en su libro *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón*, escribe lo siguiente: «Hay puntos en la historia del descubrimiento del hemisferio occidental, que nos llenan hasta de asombro y admiración. ¡Qué osadía la de los hombres que dieron cima á tales empresas! ¡Qué grandes dificultades vencidas á fuerza de valor y perseverancia! Conocemos pocas cosas que nos admiren más que la traslación al través de los montes del Darién de los primeros buques españoles lanzados á las aguas del mar Pacífico; y perdonamos de buen grado el orgullo de los antiguos escritores castellanos cuando exclamaban: *Nadie más que los españoles podían haber concebido y persistido en semejante empresa; ningún jefe que no fuese Vasco Núñez la hubiese llevado á cabo con tanta felicidad.*»

El Adelantado del mar del Sur había llegado á la cumbre de su fortuna. Después de haber navegado más de veinte leguas por el Pacífico, y de haber desembarcado en varias islas y en el puerto de Piñas, se disponía á aumentar su escuadra para emprender decididamente la navegación que había de conducirle al riquísimo imperio de los Incas de que de continuo le hablaban los indios, cuando recibió una orden de Pedrarias para que inmediatamente se presentase en la ciudad de Acla. Obedeció Balboa sin vacilar, y á su llegada á Acla fué encerrado en una prisión, y Gaspar de Espinosa recibió la orden de procesarle.

VII.

Rectificación de un error de fecha que se halla en las biografías de Vasco Núñez, escritas por Washington Irving y D. Manuel José Quintana.—Mueren degollados en la plaza de Acla el descubridor del mar del Sur y algunos amigos suyos.—Suceso de la Historia acerca del gobernador Pedrarias.

En el tomo XXXVII de la Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía (Madrid, 1882), existe un documento histórico que rectifica un error de fecha que han cometido, al tratar de la muerte de Balboa, sus dos célebres biógrafos Washington Irving y D. Manuel José Quintana. Ambos escritores dicen que Vasco Núñez de Balboa fué degollado en la plaza de Acla el año de 1517. El documento á que nos referimos antes comienza en esta forma:

«Pedrarias Dávila, teniente general en estos reinos de Castilla del Oro por Sus Altezas, digo: que por cuanto al tiempo que por mandato é comision de Sus Altezas yo vine por su teniente general é gobernador de estos reinos, puede haber cuatro años y medio, poco más ó menos, por Sus Altezas me fué mandado que tomase residencia á Vasco Núñez de Balboa, capitán é justicia que en aquella sazón era por Sus Altezas, é á otros oficiales que hasta entonces habian tenido la administración de la justicia desde que la ciudad de Santa María del Antigua se ganó y pobló hasta entonces; y así mismo liciese justicia al bachiller Martín Fernández de Enciso, etc., etc.»

Este documento es una providencia en que se acusa á Vasco Núñez de la desdichada muerte de Nicuesa, de la destitución del gobernador Enciso, de ocultaciones de oro, de planes de desobediencia, y aun de desobediencia ya consumada, á las órdenes del teniente general de Castilla del Oro, y de otros delitos; y después se manda al alcalde mayor, Gaspar de Espinosa, que proceda con toda severidad para que el delincuente y sus cómplices sean castigados con arreglo á lo preceptuado en las leyes, sin aguardar más aprobación que la que allí ampliamente se concede. Esto escribió Pedrarias, y autorizó su firma el escribano Antonio Cuadrado, en Acla, á 12 de Enero de 1519. Pruébase que esta fecha no está equivocada recordando las palabras cuatro años y medio, que antes subrayamos, porque precisamente este es el tiempo transcurrido desde el 29 de Junio de 1514, en que Pedrarias llegó al Darién, hasta el 12 de Enero de 1519 en que mandaba que se castigase rigurosamente al ilustre Balboa.

De lo dicho resulta con claridad demostrado que Vasco Núñez aun vivía dos años después de la fecha en que los historiadores han fijado el día de su muerte y la de sus amigos y compañeros en sus arriesgadas expediciones marítimas y terrestres, Hernán Muñoz, Andrés de Valderrabano, Luis Botello y Fernando de Argüello. La muerte, mejor dicho, el asesinato revestido de formas legales de Vasco Núñez de Balboa y de sus infortunados amigos desdoro para siempre la memoria de Pedrarias Dávila, si es que ya cabía desdoro para el gobernador inepto que no

supo conservar la prosperidad de la colonia que á su mando se había confiado, y para el anciano cruel y avariento, que sólo atendió á sus personales medros, sin cuidarse para nada de la honra de su nombre ni de la gloria de patria.

¿Cuál fué la causa inmediata que produjo el procesamiento y muerte de Balboa? Washington Irving dice que Vasco Núñez había conservado siempre á su lado á una hija del cacique Cáreta, con la cual no se casó, pero si la quiso muy de veras; y que uno de sus enemigos, que se llamaba Andrés Garabito, se aprovechó de esta circunstancia para indisponerle con su suegro Pedrarias, propalando que la pasión amorosa que dominaba á Balboa sería invencible obstáculo para que D.^a María Arias Dávila se reuniera y fuese feliz con su marido. Carácter novelesco tiene esta explicación, pero á veces la vida es una novela, y de las más interesantes. Sea de esto lo que quiera, todos los autores están conformes en que la muerte de Balboa fué muy sentida por los soldados y colonos que habian admirado sus grandes cualidades de sagaz gobernante, valeroso caudillo é insigne descubridor.

A fines del siglo XVI el Conde de Puñonrostro presentó una demanda para que el cronista Antonio de Herrera modificase el juicio condenatorio que habia emitido acerca de su abuelo Pedrarias Dávila en su *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*. En el antes citado tomo XXXVII de la Colección de documentos inéditos, se halla la controversia entre el Conde y el cronista Herrera. Este último decía que: «El Conde no fué bien aconsejado en atentar á desacreditar la historia, é si se diese lugar á su pretension, lo mismo querían Zúñigas, Sandoval, Manriques, Guzmanes, Ayalas y Mendozas é otros muchos no inferiores al conde de Puñonrostro.»

Si algún crítico escrupuloso pusiera en duda la injusticia, la horrenda injusticia, que llevó á cabo Pedrarias al hacer morir en el cadalso á Vasco Núñez, lea la controversia acerca de este punto entre Antonio de Herrera y el Conde de Puñonrostro, y en ella encontrará razones para desvanecer todas sus dudas.

Si murió injustamente en el cadalso el descubridor del Océano Pacífico, el descubridor de la tercera parte de la superficie del globo terráqueo; murieron desdichadamente Ojeda, Nicuesa, Almagro, Pizarro, y tantos otros que ahora no recordamos; pero la obra realizada por los esforzados navegantes y victoriosos caudillos que descubrieron y conquistaron las islas y la tierra firme de América en nombre y por delegación de los reyes de España, vive y vivirá eternamente. No repetiremos aquí los inspirados versos del Duque de Frías:

Mas ahora y siempre el argonauta osado
Que del mar arrostare los furiosos,
Al arrojar el áncora pesada
En las playas antipodas, distantes,
Vera la cruz del Gólgota plantada,
Y esconchará la lengua de Cervantes.

Tomemos en nuestras manos el muy conocido *Grand Dictionnaire Universel* de M. Pierre Larousse, y allí veremos que un escritor extranjero dice: «que si los descendien-

tes de Felipe II no ven ya, como en otra época, llegar á los puertos de su patria los galeones cargados con el oro americano, aun pueden afirmar altivamente que el sol no se pone nunca en las tierras donde existe el influjo moral y los recuerdos de España.» Esta es la obra imperecedera de Colón y de Balboa, de Vasco de Gama y Alfonso de Albuquer-

que, y de otros y otros heroicos descubridores é invictos capitanes, cuyos hechos ocupan las más gloriosas páginas de la historia de la Península Ibérica y de sus conquistas ultramarinas.

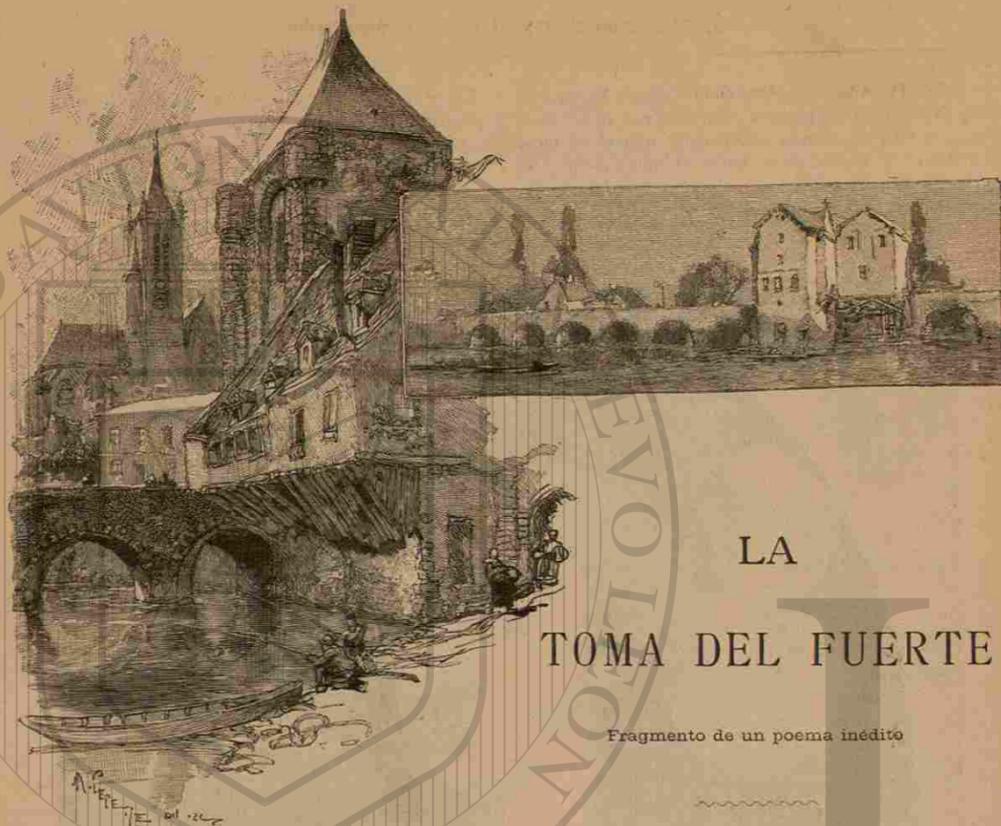
LUIS VIDART.

Madrid, 21 de Junio de 1890.



JUANA DE ARCO.

CUADRO DEL ARTISTA LORENÉS DERUET, DEL SIGLO XVII.



LA
TOMA DEL FUERTE

Fragmento de un poema inédito

DESCRIPCIÓN DE UNA BATALLA

Cuando su débil lumbre
Que al cielo dora
Encendió tras los montes
La blanca aurora,
Y su tibio destello
De luz incierta
A la tierra dormida
Dijo «despierta»,
Del sol los refulgentes
Rayos primeros
Ya quebraron las lanzas
Y los aceros,
Y al despuntar el día
Sobre la sierra
Encontró á los soldados
En pie de guerra.
¿Qué mucho, si su auxilio
La patria implora,
Que madrugue el guerrero
Más que la aurora?
Allá, sobre un collado
Por donde trepa

Al pie de los olivos
La verde cepa,
Detrás de su estandarte
Que agita el viento
Avanza en anchas filas
Un regimiento.
El redoblar constante
De los tambores
Ensordece doquiera.
Valles y alcóres,
Y se mezcla del campo
Por los confines
Con la voz penetrante
De mil clarines.
Cuando con movimientos
Acompasados
Descendiendo hacia el valle
Van los soldados,
Los bellos uniformes
Vistos de lejos
Al moverse despiden
Vivos reflejos,

Y las filas semejan
De un mar las olas
Que salpican de espuma
Las banderolas.
El sol reverberando
Por las cañadas
Sobre las bayonetas
Y las espadas,
Finge en las lejanías
Del horizonte
Que una sierpe de fuego
Se enrosca al monte,
Ó que un torrente de oro,
Que la luz baña,
Raudo se precipita
Por la montaña.

Más lejos, por seguras
Manos sujetos
Millares de corceles
Piafan inquietos,
Levantando á los aires
Nubes de arena
Cuando la fuerte brida
Su ardor refrena.
No esperan largas horas
El duro trance;
Pronto dan las cornetas
Señal de avance,
Y á carrera se lanzan
Los escuadrones
Excitando la furia
De sus bridones,
Que van ijadeantes
En la embestida,
La ancha nariz abierta,
La crin tendida,
Sangrienta la mirada
Que la ira altera,
Del huracán rivales
En su carrera.
El polvo que levantan,
Y al cielo sube,
Envuelve á los soldados
En densa nube,
Nube cuyas entrañas
Conmueve el trueno
Y el rayo que aniquila
Lleva en su seno.

Detrás, por el camino
Que al pueblo guía,
Rueda pesadamente
La artillería.
Los carros atestados
De municiones;

El trepidar constante
De los cañones;
De las voces de mando
Los mil sonidos;
El trotar de los brutos
Enardecidos;
El cornetín sonoro
Que al campo atruena....
Todo en rudo concierto
Los aires llena.

¡Cuán bello el panorama!
Por todas partes,
Cañones coronando
Los baluartes;
Fortísimos reductos;
Torres escuetas
Y campos erizados
De bayonetas.
Batallones que marchan
Contra la altura
Por caminos ocultos
En la espesura;
Tropeles de caballos
En las praderas
Dando constantemente
Cargas ligeras;
Y aquí y allá, las voces
De la guerrilla;
Cascos resplandecientes
Donde el sol brilla;
Hurras y maldiciones,
Gritos ahogados,
Las músicas que animan
A los soldados;
Banderas desplegadas,
Semblantes fieros,
Relinchar de corceles,
Chocar de aceros,
Sangre, muerte, quejidos,
Fuego, metralla....
¡Todo el séquito horrible
De la batalla!

El fuerte apercebido
Mira sereno
Avanzar al contrario
De furia lleno;
Pero al mirar de cerca
Sus energías
Rompen en vivo fuego
Las baterías.
Á las roncadas descargas
De los soldados
Que suben por el monte

Diseminados,
Responde con tremendas
Detonaciones
La voz atronadora
De los cañones.
«¡Adelante!» diciendo
«¡Siempre adelante!»
La tropa sigue y sigue
Terca y pujante.
¿Qué importa los que caigan
En la subida?
¿Quién que triunfar desea
Piensa en la vida?
¡Adelante! ¡adelante!
Tras la victoria!
Cuanto mayor el riesgo,
Mayor la gloria.

Como volcán enorme
Que estalla ciego
Convertido en torrente
De lava y fuego,
Del fuerte las trincheras
Y baluartes
Hierro y metralla arrojan
Por todas partes.
Excitando el coraje
De los valientes
Que oyen silbar las balas
Sobre sus frentes,
«¡Más de prisa, muchachos!»
Grita altanero
Un coronel que marcha
Siempre el primero.
«Pendiente de vosotros
La patria espera
Ver sobre aquellas torres
Nuestra bandera:
La nación sufre el yugo
Del enemigo.....
Si queréis libertarla,
Venid conmigo.»
Su voz de los soldados
La ira espolea,
Y se lanzan furiosos
Á la pelea.
Descarga tras descarga
Repite el viento,
Y los hombres combaten
Con nuevo aliento.
Ya no ven en su marcha
Ni aun la yerba,
Envueltos en la nube
De la humareda;
Pero en cambio avanzando
Van de tal suerte,
Que ya llegan algunos
Al pie del fuerte.

Cuerpo á cuerpo á la lucha
Todos se lanzan;
Aquéllos se resisten,
Éstos avanzan;
Los golpes ya de cerca
Son más certeros;
Saltan chispas al choque
De los aceros;
Infernal vocerío
Doquier resuena,
Que mar, montaña y valles
Todo lo atruena;
Una hoguera es el monte
Cuyos reflejos
Cual los del sol poniente
Brillan de lejos;
Y en medio del estrago
De la pelea,
Cuando en rojo torrente
La sangre humea,
Dominando el estruendo
Y el vocerío
Allí donde se lucha
Con mayor brío,
Una voz vigorosa
Llena y vibrante:
«¡Adelante!» repite,
«¡Siempre adelante!»

Mientras sigue la lucha
De horrores llena,
Á la sombra de un árbol
Pasa esta escena:
—«Venid acá conmigo»—
Grave y pausado
Dice un jefe á un sargento,
Que va á su lado—
Sostenedme un instante.
—¿Qué os ha ocurrido,
Mi coronel?— Bien poco;
Que me han herido.
¿Qué tengo en esta pierna?
No será nada.....
—¡Si la tenéis partida
De una lanzada!
Llamaré.....— Ni por pienso:
Callad, amigo.
—Os estáis desangrando.
—¡Necio recelo!
Atadme bien la herida
Con mi pañuelo.
—No basta.— ¡Apretad fuerte.
—Pero es locura.....
—Para andar á caballo
Basta esta cura.
Ea, que se hace tarde;
Vamos al trote:
Envolvedme la pierna
Con el capote,

Y que no sepa nadie
Que estoy herido;
Os lo mando..... os lo ruego.
—Seréis servido.»
Y hundiendo á su caballo
La espuela dura,
El coronel se aleja
Por la espesura,
Y al pie de las trincheras
Con voz vibrante,
De nuevo entre las filas
Grita: «¡Adelante!»

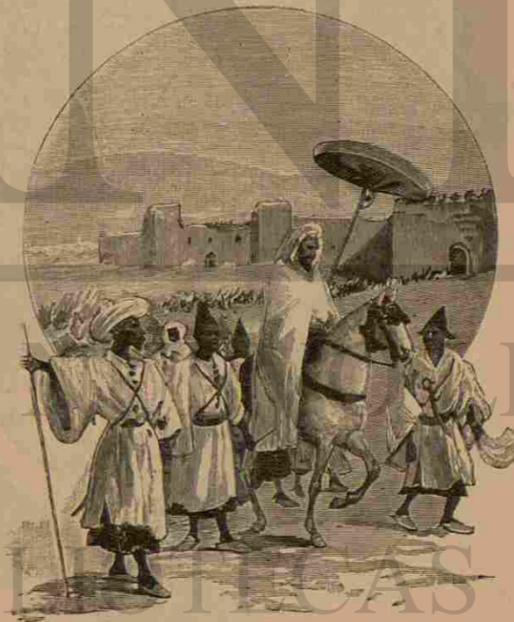
Prosigue encarnizada
La lucha impía;
Los que atacan redoblan
Su valentía;
Están las municiones
Casi agotadas.....
Mas las balas ¿qué importan
Si aun hay espadas?
—«Ya son nuestros, muchachos;
Vamos de prisa»,
El coronel exclama

Con voz concisa;
Y en efecto, son suyos,
Porqué la muerte
Produjo tantas bajas
En los del fuerte,
Que apenas hay cien hombres
En sus almenas,
Ahora tan solitarias
Y antes tan llenas.

Un esfuerzo, y el lauro
De la victoria
Á las huestes que atacan
Dará la gloria.
Ya comienza el asalto;
Ya á las trincheras
Llegan los batallones
Con sus banderas;
Ya no existe enemigo
Que los provoque.....
¡Pronto!..... Pero..... ¡silencio!.....
¿Qué es ese toque?

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

Junio 1890.



EL MARIDO DE LA VACA



UANDO publiqué mi libro titulado *Cuadros viejos*, y lo mismo al dar á la estampa en *La Ilustración Española y Americana* mi composición en verso *Duques y comediantas*, dije una y otra vez que los famosos recitantes del siglo XVII *Jusepa Vaca* y *Juan de Morales Medrano* fueron marido y mujer.

Insertó mi buen amigo Ricardo Sepúlveda la segunda en su curioso y bien aliñado libro *El Corral de la Pacheca*, y en una nota no se mostró del todo conforme con aquel aserto, que suponía, y suponía bien, que yo había tomado del libro, debido á la pulcra y erudita pluma de D. Luis Fernández-Guerra, titulado *D. Juan de Alarcón*.

Fundaba Sepúlveda sus escrúpulos para admitir el consorcio de Juan y la Jusepa en «que el mundo de los literatos, de los bibliófilos y de los faranduleros ha estado hasta el advenimiento del libro de D. Luis en la segurísima idea de que la *Jusepa* fué esposa de Alonso de Morales (llamado el Divino) y no de Juan».

Robustecía sus aprensiones la confirmación del peritísimo Conde de Schack en su *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, y me rogaba que me pusiese de acuerdo con D. Luis Fernández-Guerra para determinar aquel punto de una vez para siempre.

Por desdicha la muerte nos arrebató á tan diligente erudito y eximio literato, que por sí solo se bastaba y sobraba para disipar los recelos del más nimio, y yo voy ahora á ver si logro dejar sosegada la conciencia literaria de mi excelente amigo el timorato cronista de *El Corral de la Pacheca*.

Tres representantes de apellido *Morales*, y todos tres famosos, eran delicia de los cómicos corrales en los comienzos del siglo XVII.

Llamábanse *Alonso*, *Pedro* y *Juan*, y todos lograron que encomiaran su mérito los escritores más eminentes de entonces.

Aunque los tres fueron contemporáneos, era de todos el de más edad Alonso, coetáneo de otro Alonso, el renombrado

Cisneros, que en sus mocedades había pertenecido á la compañía de Lope de Rueda y floreció en tiempo de Felipe II, como lo expresa Mateo Alemán, en su *Guzmán de Alfarache*.

Á tal perfección llegó en el arte, que le dieron renombre de *Divino*, como lo consignó Cristóbal Suárez de Figueroa en su *Plaza universal de todas las ciencias y artes*, libro publicado en 1615, y en el que enumera á Alonso entre los farisantes que habían ya muerto, no expresando el año, si bien le cita antes que á Ríos (Nicolás), que falleció en 1610. Puede suponerse, pues, sin gran violencia, que murió antes que este último y acaso con anterioridad al año 1603, durante el cual preparó para la estampa Lope de Vega su libro *El Peregrino*, en donde consigna los autores de compañías que representaron unas comedias, farsantes los más insignes que entonces vivían, y siendo de ellos, como fueron, el mencionado Nicolás de los Ríos, Villegas y el viejo Cisneros, todos ya muertos en 1615, según Suárez de Figueroa, no tomó parte en aquellas representaciones el *Divino* Alonso, por lo que no será aventurado creer que se debió el no citarle Lope, á que había ya entonces fallecido.

Pedro de Morales fué otro de los que en aquellas representaciones aparece como autor, haciendo con su compañía la comedia *Los amantes sin amor*. Con tal motivo le llama Lope *cierto, adornado y afectuoso representante* (1).

(1) *El Peregrino en su patria* es una novela de Lope, en que éste refiere las varias aventuras que en Barcelona, Valencia, Zaragoza y Toledo suceden á Nise y Pánfilo, que es el Peregrino. En la novela se insertan algunos autos sacramentales, uno de los que se imagina representado á la puerta del templo de la Virgen del Pilar de Zaragoza, y cuando termina el libro, no sólo con las bodas de los protagonistas, sino con las de otros personajes, como la de Celso con Finea, Lisardo con Tiberia, Leandro con Elisa y Jacinto con Lucinda, el padre de Nise, Leoncio, hace que tan fastuosos sucesos se solemnicen en Toledo, en donde el desenlace ocurre, con ocho días seguidos de representaciones teatrales, ó mejor dicho diez. Y es de notar que aun cuando el asunto del libro es una ficción, las diez comedias que se supone representadas son verdaderas, del mismo Lope, incluidas todas en el catálogo que insertó en el prólogo del libro para que se supiese cuáles eran genuinamente suyas, ya que la codicia de los libreros le atribuía muchas que no lo eran, para venderlas bajo tal salvoconducto. Supone además que dichas diez



CORNETA DE LA «VIEJA GUARDIA».

(Estudio de Meissonier.)

Pedro debiera hallarse entonces en toda su lozanía, pues sobrevivió á Lope, sabido falleció de setenta y dos años el día de la festividad de San Agustín, 28 de Agosto de 1635, y á su muerte escribió Pedro un soneto que principia:

Desde que fué pastor tierno Belardo

nombre poético que tomó el monstruo de la naturaleza (1). Por tanto, Pedro de Morales debía de ser á esta sazón de más que madura edad, pues sin duda era ya autor de compañías cuando Cervantes daba comedias á los corrales, que fué, según Moratin, antes del año de 1578.

Entonces debió de acoger favorablemente las del autor del *Quijote*, y agradecido éste dijo de él por eso en el *Viaje del Parnaso*:

Éste, que de las musas es recreo,
La gracia y el donaire y la cordura,
Que de la discreción lleva el trofeo,
Es Pedro de Morales, propia hechura
Del gusto cortesano, y es asilo
A donde se repara mi ventura.

(CAP. II.)

comedias fueron representadas en aquellas fiestas por otros tantos farsantes, que lo eran verdaderos, tales como Porras, Alcaraz, Pinedo, Cisneros, Ríos, Villegas, Santander, Granados, Vergara y Pedro de Morales, único de quien pone nombre y apellido, sin duda para que no se le confundiese con los otros Morales. Estos autores serian, seguramente, los que las representaron al estrenarse.

Debido de terminar este libro el fecundo Lope en los últimos meses del año 1603, por cuanto la aprobación del secretario Tomás Gracián Dantisco es de 25 de Noviembre de dicho año, puesta en Valladolid, donde entonces estaba establecida la Corte, y la dedicatoria de Lope á D. Pedro Fernández de Córdoba, marqués de Priego y Montalván, es de Sevilla último día del año 1603, y se imprimió en 1604.

Pues bien; es de notar que de todos los autores que dice que representaron dichas comedias, acaso todas escritas en aquel año, Porras, Ríos, Granados y Villegas, son cuatro de los ocho á quienes únicamente se dió licencia para representar en toda España, según ordenanza fechada en Valladolid, en 26 de Abril de 1603, año en que precisamente se terminó el libro y en el que probablemente lo escribiría todo escritor tan fácil y fecundo como Lope. Uno de esos ocho autores de compañías era Juan de Morales.

(1) El soneto se insertó en la *Fama póstuma* de Montalván. Respecto de la fecha de la muerte de Lope de Vega, dijo D. Cayetano Rosell, en la biografía de aquél, publicada en el tomo de la Biblioteca de Rivadeneyra que contiene sus obras no dramáticas, que por la cuenta de Montalván, fué el 21 de Agosto de 1635, que lord Holland dice que el 26, y que el doctor Fernando Cardoso en su oración fúnebre afirma que fué el 27. Esta última fecha consignó el Sr. Rosell en la biografía de Lope, que escribió para el Almanaque de *La Ilustración* de 1873. Don Juan Eugenio Hartzenbusch, en el tomo cuarto de Calderón de la mencionada Biblioteca, asigna al fallecimiento la fecha del 21 de Agosto.

Esto no obstante, en el códice manuscrito C. n. 180 de la Biblioteca Nacional, al fol. 16, dice: «En 28 de Agosto, día del glorioso Doctor de la Iglesia, San Agustín, murió en Madrid el fénix Lope de Vega Carpio, teniendo setenta y dos años de edad, dejando impresos enarenta libros y más de mil y siete cientos comedias depositó su cuerpo en la parroquia de San Sebastián de la corte.» La circunstancia de añadir á la fecha la festividad de San Agustín, tanto tan señalado en la Iglesia y en aquel tiempo, dadas las ideas dominantes, tan venerado, parece dar autoridad á este manuscrito, por cuanto advierte una coincidencia muy de notar entonces. Échase de ver además en el autor de aquellos avisos la particularidad de hacer constar la festividad en que los hechos acontecían, cuando era notable; así, al referir la muerte de Montalván, dice: «Murió en esta corte de Madrid el doctor Juan Pérez de Montalván, en 24 de Junio (1638), día del Precursor Bautista, en edad de treinta y seis años; sepultóronle en la iglesia parroquia de San Miguel, dejando escritas ciento treinta y seis comedias y autos sacramentales.

Por cierto que el Sr. Hartzenbusch, en la obra mencionada, discurrendo acerca del año en que debió de escribir Calderón su comedia *No hay burlas con el amor*, dice que Montalván murió el 25 de Junio.

Cervantes encarece á Pedro mucho más que Lope, y estas frases últimas parecen expresar la buena acogida del historiador poeta á las obras del poeta manco, reparando así su ventura, con lo que ganaba el dinero, de que nunca estuvo muy sobrado, el antiguo cautivo de Argel.

Por eso cuando éste, ya viejo, tornó á escribir para el teatro y le halló invadido por Lope, y cuando *no halló pájaros en los nidos de antaño* (1) y supo que un autor de compañías, de los de título, despreciaba sus comedias, porque de su verso *no se podía esperar nada*, debió recordar con amargo reconocimiento la acogida de Morales, tan distinta de la de aquél su maldiciente autor, como le llama.

El viejo Miguel echaba de menos á su contemporáneo Pedro (2), á quien seguramente hubiera llevado sus comedias y no al otro, de seguir siendo autor.

Juan de Morales Medrano era también, á principios del siglo XVII, renombrado autor de compañías.

Demuéstralo que cuando á los albores de aquella centuria, ó sea á 26 de Abril de 1603, mandó Su Majestad que en todos sus reinos no pudiese haber sino ocho compañías de representantes, uno de éstos fué Juan de Morales (3).

Muerta la joven reina D.^a Margarita de Austria en 3 de Octubre de 1611, cerráronse los teatros, durante su clausura hasta Abril del año siguiente, y entonces, en 8 de este mes, se autorizó para representar á doce compañías, siendo una de ellas la de Juan de Morales Medrano.

Renovadas las licencias de dos en dos años, Juan sigue figurando como autor en el bienio de 1623 á 1625.

Por este tiempo no se halla mención de Pedro de Morales como autor de compañías; de Alonso queda dicho que había fallecido muchos años hacia (4).

Peró vengamos al punto de la dificultad.

¿Cuál de los dos Morales, Alonso ó Juan (á Pedro nadie lo ha tomado en boca) fué el asendereado marido de Jusepa Vaca?

Dicho queda en qué me fundo para suponer que Alonso el *Divino* ya no existía en 1603.

Por esta época hechizaba ya con sus encantos físicos y su talento de comedianta la Josefa Vaca, que según el conde Adolfo Federico Schack, fué mujer de Alonso.

El mismo escritor facilita la noticia de que en la biblioteca del Duque de Osuna se conserva el manuscrito original de la comedia de Luis Vélez de Guevara *La serrana de la Vera*, fechado en Valladolid en 1603, viéndose en la hoja del título la nota: *Para la señora Josefa Vaca* (5).

(1) Palabras de Cervantes mismo en el prólogo de sus comedias, impresas en 1615. El *Viaje del Parnaso* salió á luz á fines del año anterior 1614.

(2) Aunque contemporáneo, debió ser bastante más joven que Cervantes y alcanzar edad avanzada, pues aquél murió de sesenta y ocho años en 1616, y el soneto de Pedro á Lope fué escrito cerca de veinte años después.

(3) Estos ocho farsantes, entonces privilegiados, fueron: Porras, Ríos, Pinedo, León, Granados, Alcaraz, Villegas y Juan de Morales. Dico así el Conde de Schack en su *Historia de la literatura y del arte dramático en España*, refiriéndose á un manuscrito de la biblioteca de la Real Academia de la Historia. Siempre que cito aquella obra aludo á la traducción de don Eduardo de Mier.

(4) Estas noticias sobre los años en que Juan de Morales fué autor de título, trae las D. Luis Fernández-Guerra en su *Alarcón*.

(5) Tenía Luis Vélez de Guevara, á la fecha de la comedia treinta y tres años, pues nació en 1570.

Hallábase, pues, ésta en la corte al tiempo de la dedicatoria, porque es sabido que de 1600 á 1605 fué Valladolid residencia de Felipe III.

Recordemos que en aquel mismo año de 1603 se dió título de autor de compañía en aquella ciudad á Juan de Morales, según el documento citado por Schack.

¿No sería, pues, él ni no Alonso (tal vez ya difunto) quien al llegar á la corte, establecida en las orillas del Pisuerga y no en las del Manzanares (1), se encararía con la Jusepa, espetándole, por vía de exhortación, aquel soneto, que al efecto debía de haberle proporcionado el conde de Villamediana, mal avenido con las cómicas famosas, que dice así?

—Oiga, Josefa, y mire que ya pisa
Esta corte del rey; cordura tenga.
Mire que el vulgo en murmurar se venga,
Y el tiempo siempre, sin hablar, avisa.
Por esta santa y celestial divisa (*Muestra un Cristo*)
Que de hablar con los principes se abstenga.
Y, aunque uno y otro Duque á verla venga,
Su marido no más, su honor y misa.—
Dijo Morales y rióse un poco;
Mas la Josefa le responde airada:
—¡Oh, lleve el diablo tanto «guarda el coco!»
¡Mal haya yo si fuere más honrada!—
Pero como ella es simple y él es loco,
Miró al soslayo, fuése y no hubo nada (2).

Cristóbal Suárez de Figueroa, que en su *Plaza universal* mencionó tantos comediantes de fama, ya muertos, ya vivos, no citó ni á Pedro ni á Juan de Morales, cuyo renombre, no obstante, era positivo cuando publicó su obra, y había sido Juan de los contados farsantes que obtuvieron el privilegio de título real.

Sin embargo, enumera entre los que llama *prodigiosos hombres y mujeres en representación* á la Jusepa Vaca, y también á María de Morales, que parece era hija de Alonso.

La Jusepa, que en tal fecha estaba en el apogeo de su gloria, no podía ser madre de la hija del difunto Alonso, citada ya como *prodigiosa* á la par que la Jusepa.

Á ésta, en otro soneto que copiaré después, dijo Villamediana, muerto en 1622, que tenía *edad poca*.

Jusepa, sin embargo, tuvo una hija llamada Mariana Vaca (3), que más de veinte años después de publicarse el libro de Figueroa era mujer del autor de compañías Antonio García de Prado, y con él representó en Madrid la comedia de Calderón *No hay burlas con el amor* y el *Sansón* de Montalván (4).

(1) Schack, al referir esta anécdota, que atribuye á Alonso, dice que éste lo ejecutó al llegar á Madrid.

(2) Tal como aquí transcribo el soneto se halla en el manuscrito de la Biblioteca Nacional, M. 200; pero en el que lleva la signatura M. 8. hay otra copia en la que el primer verso del primer terceto está del siguiente modo:

Dijo Morales y rezó su poco.

(3) En la *Plaza universal* de Figueroa se menciona entre las farsantas ya fallecidas en 1615 una *Mariana Vaca*. ¿Sería madre de la Josefa, que en memoria suya pondría igual nombre á su hija? Sabido es que entonces se tomaba á voluntad el apellido del padre, de la madre ó de más lejanos dudosos.

(4) Entre las loas de Benavente hay una que representó Antonio García

Villamediana dejó escritas sus diatribas en verso contra la Jusepa y la María de Córdoba, á quienes defendieron, también en verso, Quevedo y el alcalde de corte y poeta don García de Porras.

Por el último vemos que en este tiempo la hija de Jusepa no era una histriónisa ya famosa, como la María de Morales que nombró Figueroa, sino una jovencuela, á quien, por aquello de que la madre era *Vaca*, llama *ternera*, con equívoco de dudoso buen gusto.

Copiaré unas estrofas del buen alcalde, que dicen así:

Á JUSEPA VACA Y Á SU HIJA.

Para mí solamente, Amor,
Para mí tienes tus manos.
Haced burla de Amor, serranos,
Que no tiene fuerza Amor.
Perded el temor,
Que una *Vaca* y una *ternera*,
A quien nunca se atrevió,
Pacén libres en la ribera.

Con presumida exención
Se apacientan descuidadas,
Más de tus tiros erradas
Que del hierro de tu arpón:
Donde hay resistencia son
Hidalgos los vencimientos,
Mira que en mis rendimientos
Son tus rigores villanos.
Haced burla de Amor, serranos,
Pues no tiene fuerza Amor, etc. (1).

Según el Sr. Fernández-Guerra en su *Alarcón*, Juan de Morales continuaba siendo autor en 1626, y autor áulico, por decirlo así, pues aquel año siguió con su compañía al rey D. Felipe IV á Zaragoza y Barbastro con el objeto de

de Prado, en la que él mismo y la autora, ó sea su mujer, que lo era en segundas nupcias la Mariana Vaca, dicen al público:

PRADO.
Tres comedias tengo nuevas
De Don Pedro Calderón.

AUTORA.
Y es la primera que hacemos
No hay burlas con el amor,
.....
.....

PRADO.
También el doctor Juan Pérez
Me ha dado otra de *Sansón*.

Habiendo fallecido Montalván en 24 de Junio de 1638, es de parecer el señor Hartzenbusch, en la obra ya dicha, que esa loa debió ser representada en la Pascua de Resurrección de 1637. Por esta época la María de Morales, contemporánea de la Jusepa en 1615, debía de contar más de cincuenta años, si se tiene presente que aquella era ya famosa en 1603, en que Vélez le dedicaba comedias. La autora Mariana Vaca estaría en la flor de su edad, siendo como era más joven que su marido Antonio García de Prado, pues primero que con ella estuvo casado con Isabel Ana, hija de otra autora, que se hacía llamar Doña Luisa Garcés, porque antes de meterse á farandulera fué mujer de un cierto médico toledano, hidalgo y de bastante crédito.

(1) Se halla esta letrilla en una colección de poesías manuscritas, formando dos tomos, que posee la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza. Véase el tomo II, folio 152.

hacer al Rey *particulares*, ó sea comedias en su regio hospedaje, por cuyo trabajo se le dieron 3.000 reales, á buena cuenta, el 4 de Febrero de dicho año.

En esa expedición fué con el Monarca el insigne D. Francisco de Quevedo, quien no perdió el tiempo, pues en Zaragoza sacó á luz en aquel año su famosa novela picaresca conocida por *El gran Tacaño*. El héroe, entre sus muchas aventuras, corre la de meterse comediante en una compañía que iba á Toledo.

Al mes ya Alonso de Morales, ó sea Pablos, había logrado gran aceptación de los mosqueteros y chusma vulgar, y envanecido, hablaba de entender de la comedia y murmuraba de los cómicos famosos, reprendiendo los gestos á Pinedo, dando su voto en el reposo natural de Sánchez y llamaba bonico á Morales (1).

Este Morales, citado en el libro de Quevedo, no puede ser otro que Juan, que en aquel año de 1626 estaba también en Zaragoza, formando parte de la regia comitiva, como don Francisco.

Alonso había muerto antes de 1615, y de Pedro no hizo nunca mención Quevedo, ni suena como ejerciente ya en aquel tiempo.

Quevedo escribió también otra obra en que cita á Morales y la señora Jusepa, obra destinada al teatro y escrita seguramente, no sólo para su compañía, sino para ser representada por ellos, por lo menos por la Josefa, que no se desdenaría de bailar por agradar al público, cuando también bailaban histrionisas que no le fueron á la zaga, como la renombradísima María de Córdova y la inimitable María Riquelme, sus contemporáneas.

Digo esto, porque la obrilla dramática á que me refiero es el baile titulado *Cortes de los bailes*.

Supone en ella el poeta que los *padres del regodeo* convocan á cortes aquellos bailes apicardos y revoltosos, delicias del vulgo, como fueron el *Escarramán*, el *Rastro viejo*, el *¡Ay, ay, ay!* y otros, para remudar sus meneos, porque estaban ya

Tan traídos y tan sucios,
Que conviene que inventemos
Novedades de más gusto,

como les dice el propio Escarramán.

Discuten los convocados de quién tomarán los *movimientos traviesos*, si de los locos, si de los bravos, si de los endemoniados—¡tan alborotados eran!—y deciden tomarlos de las *cosquillas por hurto*, esto es, hechas á hurtadillas, y entonces dice:

Siempre ha tenido Morales
Cosquillas en el lugar,
Mas la señora Jusepa
No las consintió jamás.

Pero ¿cuándo escribió Quevedo este baile y otros varios, como *Las valentonas*, *Los galeotes*, *Las sacadoras*, etc.?

Seguramente en pleno reinado de Felipe IV, que no

(1) Quevedo, al llamar bonico á Juan de Morales, no quiso decir, como parece suponer Sepúlveda, que fuese hermoso. Bonico no es sinónimo de bonito en aquella acepción, sino diminutivo de bueno. Era que el engreído Alonso de Morales sólo conceptuaba menos que bueno al famoso Morales. Después de todo, éste era calvo.

alcanzó Alonso de Morales, pues sabido es que aquel Monarca subió al solio en 1621.

Quevedo, de tan universal talento, sin rival en la agudeza, no sintió inclinación al teatro, y entonces que había

En cada calle cuatro mil poetas,

apenas si, como ensayo, se puso la máscara de Talía.

Esto no obstante, ni él ni otros poetas famosos se desdenaron de escribir entremeses, jácaras y bailes hacia mediados del siglo XVII, según escribe el Conde de Schack (1).

En el año 1663, muerto hacia ya tiempo D. Francisco, se publicaron los bailes en Zaragoza en la edición de *Romances varios*.

La *Joco-seria*, de Quiñones de Benavente, que contiene las loas, entremeses y bailes del poeta, vió la luz en 1645.

El célebre Roque de Figueroa, autor de los de más nota á mediados del siglo (2), una de las veces que fué á representar á la corte empezó con una de las loas de Benavente.

No se descuidó el rubio Roque en hacer que el poeta dijese en verso al público, por su boca, no sólo que traía seis comedias, tres estudiadas ya y tres por estudiar, todas nuevas, sino que mencionaba los bailes, añadiendo que él mismo estaba dispuesto á bailar si se lo mandaban, y eso que el buen Roque era más que medianamente grueso. Decía:

Los que cantan
Letras y bailes famosos,
Aunque aquí dicen que bailan
A cuarenta, y que bailando
Corren toros, juegan cañas;
Los que traigo son de á ocho,
Y si más gente os agrada,
¡Vive Dios! que baile yo,
Porque de más importancia
Es hacer lo que mandáis,
Que las silbas que me aguardan.

A ese género de bailes, en que se corrían toros y jugaban cañas, pertenecían, en cierto modo, los escritos por Quevedo, remedando una escuela de esgrima, una boda, unas cortes, etc., bailes tan en uso en el tiempo á que se refiere Schack, que como escribía aquel flamenco que viajó por España y publicó su viaje en 1665, muchas veces era lo más entretenido de las funciones teatrales (3).

Por eso el arrendador Baltasar Ruiz estipulaba «que los bailes no se han de quitar honestamente, que es la salsa de las comedias y no valen nada sin ellos.»

Ya se ve, pues, en qué época escribía Quevedo sus bailes, y por tanto cuál era el *cosquilloso* Morales, marido de la se-

(1) Schack dice que hacia mediados del siglo XVII, cuando á consecuencia de la afición al lujo de Felipe IV se aumentó considerablemente el aparato escénico, no se desdenaron de escribir bailes Quevedo, Lope, Quiñones, Mendoza, Calderón y otros.

(2) Roque de Figueroa, que llegó á ser octogenario, estaba en auge á mediados del siglo XVII, como lo prueba que cuando D.^a Mariana de Austria desembarcó en Tarragona en 1649, como esposa de su tío D. Felipe IV, aquel farsante representó una comedia á la Reina en la antepopa de la galera Real, según dice D. José Pellicer en sus *Artes*.

(3) Cítalo D. Casiano Pellicer en su *Tratado histórico sobre el origen y progreso de la comedia y del histrionismo en España*.



CUENTO HUMORÍSTICO. — Cuadro de A. Lonza.

ñora Jusepa. Sin duda alguna el mismo Morales el *bonico* de su *Buscón*.

Por cierto, allí vemos que le nombra á la par que á Sánchez, porque los dos estarían en auge: pues bien; Quiñones de Benavente los cita juntos asimismo en un solo verso, en cierta loa con que empezó en Madrid Lorenzo Hurtado, y dice que uno y otro son autores *del tercio viejo*, de los que fueron, *soltan*.

Podría conjeturarse de aquí que dicha loa era muy posterior al *Buscón* de Quevedo, acaso una de las más modernas de Benavente en su *Joco-seria*. De otros datos podría deducirse también, ya que en dicho libro existe otra loa con la que principió en la corte Roque de Figueroa (1).

En ella se cita á los autores Prado y Romero,

Y tras ellos diz que baja
El rayo de la comedia,
El autor de más pujanza,
Gran Turco Andrés de la Vega,
Y Amarilis Gran Saltana.

Se menciona asimismo á Damian Arias;

De los versos nueva vida
Y de las acciones alma,

y por fin á un Lorenzo,

Parte de tanta importancia
Que, para hacer los segundos,
Sólo la humildad bastara.

Este humilde Lorenzo, que hacía los segundos en la compañía de Roque, era, á no dudar, Lorenzo Hurtado, que con el transcurso del tiempo había subido á autor y empezaba, ya por *segunda vez*, con la loa citada, y por eso, pasados los años, el autor de más pujanza, Andrés de la Vega, era ya *autor jubilado*, había *dejado de serlo* Arias: lo era sólo por su gusto Bartolomé Romero, que habría juntado dineros (2), y pertenecían ya *al tercio viejo* Sánchez y Morales.

Uno de los interlocutores de esta loa es el gracioso *Pinelo*, de quien hablaré luego, porque contra él, así como contra Jusepa, María de Córdoba, Morales y Figueroa, escribió epigramas cierto poeta, hecho que demuestra que eran todos contemporáneos.

Pero como el Conde de Schack, en su *Historia de la literatura*, escribe como cosa corriente que Josefa Vaca fué mujer de Alonso de Morales, mi amigo Sepúlveda siente sobre sí el peso de esta autorizada opinión, y duda de la de D. Luis Fernández-Guerra.

No obstante, ahora veremos que precisamente el Conde de Schack suministra en su obra los datos más concluyentes que prueban que Jusepa y Juan fueron marido y mujer,

(1) Lorenzo Hurtado era autor más moderno que Sánchez y Morales, como que fué sucesor de Avendaño el mozo, que murió hacia 1635. Avendaño el viejo había fallecido ya en 1615, según Figueroa. Por eso la loa con que Lorenzo empezó en Madrid, ya por segunda vez, aunque es la primera que se inserta en la *Joco-seria* de Benavente, debió de escribirla con mucha posterioridad á la que recitó la compañía de Roque.

(2) En *El Donado hablador* se dice: «Así no hay autor que no esté empujado, lleno de deudas, y por maravilla alguno llegó á ser rico» (Primera parte, cap. IX). Podría creerse así de Bartolomé Romero, que era autor por su gusto.

porque tales datos se refieren á ambos como vivos, en tiempo en que había fallecido Alonso.

Sabida cosa es que en 17 de Marzo de 1623, reinando Felipe IV, llegó á Madrid de incógnito el príncipe de Gales, Carlos Estuardo, con ánimo de casarse con la infanta doña María; y aunque la boda no tuvo efecto, permaneció el príncipe inglés en la corte hasta el 9 de Septiembre, siendo muy festejado durante todo este tiempo.

En 26 de Marzo hizo su entrada pública, y para ello, según era costumbre en tales casos, se había trasladado previamente el Príncipe de Gales al cuarto del monasterio de San Jerónimo. Esto lo verificó aquel día, que era domingo, sobre las once de la mañana, no siendo obstáculo su calidad de hereje para que la santa comunidad saliese á recibirle á la primera puerta y le acompañase hasta dicho aposento ó cuarto, donde quedaron con el de Gales el prior y el padre Pedrosa, predicador de S. M.

Por entonces no se había construido todavía el Buen Retiro.

Por la tarde, á las cuatro, fué el Rey á reunirse con él, en coche y con las cortinas echadas; pero luego salieron ambos juntos á caballo, aunque la tarde estaba lluviosa, dirigiéndose al regio alcázar, donde desde aquel día había de estar aposentado el inglés.

Lenguas se hacen varios papeles de aquel tiempo del sorprendente boato que en todo y por todos se desplegó aquella tarde, y entre tales documentos el código manuscrito de la Biblioteca Nacional, X, 157, del que tomo estas noticias, añade que en las bocacalles había tablados, y en los cuatro mayores representaban las cuatro compañías que había en Madrid, que eran las de Avendaño, Morales, Prado y Vallejo.

Este Morales era Juan.

El Conde de Schack nos dice (1) que en una cuenta antigua original, del alcázar Real de Madrid, que llegó á sus manos, consta que desde el 5 de Octubre de 1622, los domingos, jueves y días festivos de cada semana se representaron en el aposento de la Reina muchas comedias, que hasta el 8 de Febrero siguiente fueron cuarenta y tres, y costaron 13.500 reales.

Las representaciones se suspenderían seguramente por la llegada de la cuaresma.

Pues bien, dice la cuenta citada por Schack que los autores de compañías que las representaron fueron Pedro Valdés, Alonso de Omedo, Cristóbal de Avendaño, Juan de Morales y Manuel Vallejo; es decir, que de los cinco, tres eran los mismos que poco más de un mes después representaron en los públicos tablados la tarde de la entrada del de Gales, uno de ellos nuestro Juan de Morales.

Adviértase que no fué la cuaresma obstáculo para las comedias en aquella ocasión.

Por cierto que otro manuscrito de la citada Biblioteca Nacional, el R. 27, que contiene asimismo la relación de la venida del Príncipe de Gales, escrita por un tal Andrés de Mendoza, dice que los tablados en que se representaron comedias la tarde del 26 de Marzo fueron cinco, y que estaban en la plaza de Palacio, San Salvador, bocacalle de San

(1) Tomo IV, nota de la pág. 122.



Almanaque de La Ilustración Española.

Chromotypographie & Imprimerie Boussot, Valadon & Cie.

« ¡QUÉ LINDA ESTÁS! »

POR TOULMOUCHE.

Ginés, puerta del Buen Suceso y el Hospital de los Italianos, y que representaron en ellos las compañías de Valdés, Vallejo, los Valencianos, Avendaño y Morales, resultando aquí cuatro de los de la cuenta.

El analista de Madrid, León Pinelo, citado por Schack, narra también lo de los tablados, y especifica asimismo los sitios donde estuvieron, que bien mirado son los mismos del códice R. 27, pero no expresa los farsantes que en ellos representaron.

Cita igualmente Schack, en el propio lugar, á cierto viajero inglés, llamado James Howell, de quien copia parte de una carta de fecha 6 de Julio de aquel año 1623, donde refiere que se notaba gran empeño en agradar al Príncipe, y que una vez á la semana iban cómicos á palacio, en donde, bajo un gran solio, se sentaban la Reina y la Infanta, nuestro Príncipe y D. Carlos á la derecha de la Reina; el Rey y el pequeño cardenal (el infante D. Fernando) á la izquierda de la Infanta.

Este Howell, testigo presencial, que en sus cartas va refiriendo los sucesos que más le llaman la atención en la corte, estaba ya en Madrid en el año anterior de 1622; y en otra carta de 1.º de Agosto de este año, apunta cierta anécdota picaresca referente á la Jusepa de Vaca, así la llama, y su marido, á quien da el nombre de «el comediante Vaca», error explicable en un extranjero, que creería que marido y mujer usaban el mismo apellido.

Refiere que el tal marido salió á la escena con una capa con vueltas de felpa negra y una gran cadena al cuello, con cuyo motivo el Duque de Mediana improvisó estos ingeniosos versos:

Con tanta felpa en la capa
Y tanta cadena de oro,
El marido de la Vaca
¿Qué puede ser sino toro? (1).

Estando Juan de Morales y la Jusepa representando en Madrid en 1622, y habiendo muerto Alonso de Morales años hacía, ¿no es evidente que Juan era el consorte de la Vaca, por más que otra cosa digan D. Casiano Pellicer, Mesonero Romanos, el Conde de Schack y «el mundo de los literatos, de los bibliófilos y de los faranduleros?»

Pero apuntemos para remate otro dato concluyente que nos suministra también el Conde de Schack.

Dice que en la biblioteca del Duque de Osuna se conserva el manuscrito autógrafa de la comedia de Lope de Vega *El poder en el discreto*, con la fecha de Madrid á 8 de Mayo de 1623, es decir, durante la estancia del Príncipe de Gales.

(1) Este desaliñado epigrama es igual en sus equívocos á la quintilla que inserto más adelante, debida á Casanate. Ese Duque de Mediana debió de ser el Duque de Medina de las Torres, grande aficionado á las comedias y no poco á las comediantas, inspector por orden de Felipe IV, juntamente con el disipado Marqués de Heliche, de las comedias que años adelante se representaron en el Buen Retiro. La malicia cortesana le supuso rival del Rey en los favores de la histriónica María Calderón, cuyo hijo fué el segundo D. Juan de Austria. Por eso durante las rivalidades que hubo entre la reina viuda D.ª Mariana y el bastardo de Austria, un su enemigo, el jesuita padre Juan Cortés Osorio, escribió aquellas doce décimas que principian:

Un fralle y una corona,
Un Duque y un cartelista
Anduvieron en la lista
De la linda Calderona, etc.

En la cubierta de la comedia se hace la distribución de papeles, que es doble, sin duda para dos compañías distintas; pero la de la derecha es de mano de Lope, y en ella el papel de la dama Serafina está repartido á Jusepa, el de Conde Augusto á Morales, y el de Flora, en ambas distribuciones, á Mariana, que, á no dudar, era la hija de aquellos, Mariana Vaca, que fué mujer en segundas nupcias del autor Antonio García de Prado, quien precisamente en aquel año trabajaba también en Madrid con su compañía, distinta de la de Morales, é hizo comedias en los tablados y en el cuarto de la Reina.

Seguramente la Mariana estaría soltera; de otro modo hubiera trabajado como autora, según años adelante lo hizo, en la compañía de su marido y no en la de sus padres.

Ahora que ni al más estrecho de conciencia pueden quedar escrúpulos de que Juan de Morales Medrano fué la legítima conjunta persona de Jusepa Vaca, copiaré aquí algunas de las diatribas dirigidas á entrambos.

Ya he transcrito uno de los sonetos del conde de Villamediana: otro muy conocido también es el en que el mordaz magnate alude implacable á la larga lista de señores de título, uno y otro duque, según dice el soneto referido, de quienes supone, malévolo, que recibió galanteos la Jusepa. Dice así:

Á JOSEFA VACA, COMEDIANTA (1).

Oye, Josefa, á quien tu bien desea,
Que es Villaneta aquesta vida humana,
Y á Villafuerte pasará mañana,
Que es flor que al sol que mira lisonjea.
Muéstrate Peñafiel al que desea,
Si en ferias te da Feria, y á Pastrana,
Que anda el diablo suelto en Cantillana,
Y en Barcelona su candal se emplea.
Que es Rionco aquesta corte loca,
Que lleva agua salobre, y á Saldaña,
Que pica el gusto y el amor provoca.
Que hasta marido el tiempo desengaña,
Que mucha presunción con edad poca,
Al valor miente y al amor engaña.
Que hallarás, si empiñares,
Salices Alcañices, no Olivares.

La frase «mucha presunción con edad poca», parece indicar que la Josefa era de años juveniles cuando escribió Villamediana sus sonetos.

Éste la zahirió también de rechazo en cierta décima, harto desenvuelta, dirigida al buen Juan, que, con las debidas reservas, dice:

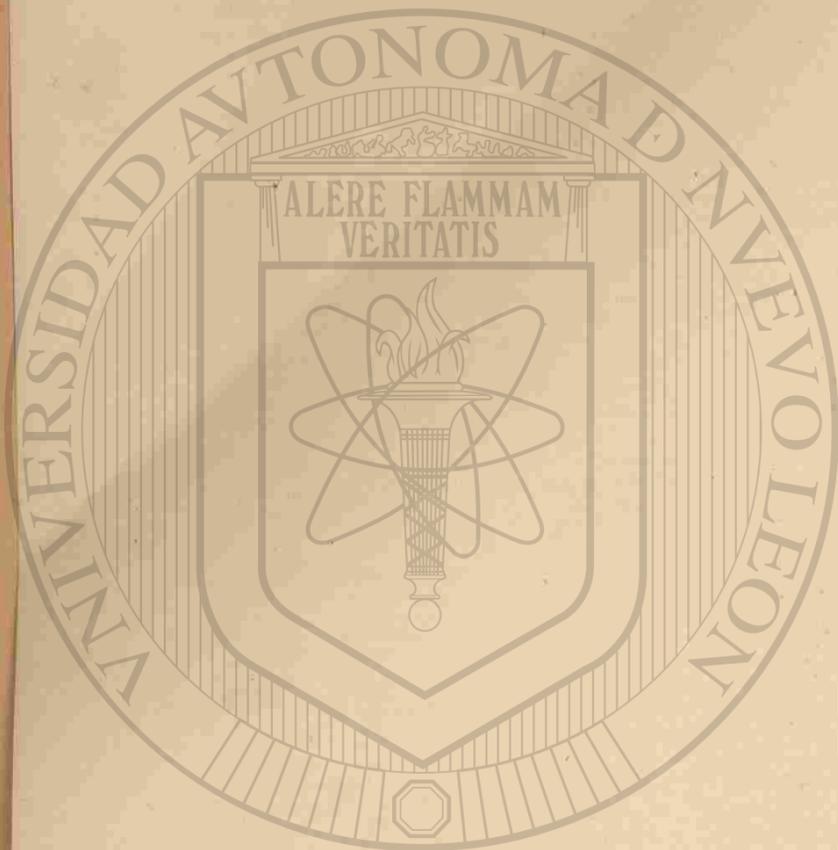
Á MORALES, EL AUTOR DE COMEDIAS (2).

Morales no quiero ser
..... y es cosa justa;
Mental..... si le gusta
Que reciba su mujer:
Recibir es prometer,
Llave es de amor un diamante,

(1) En esta forma se halla en el códice manuscrito de la Biblioteca Nacional, M. 200, pero en el M. 8 concluye de este modo:

Que á tu marido á tiempo desengaña,
Que mucha presunción con edad poca
Al valor miente y al amor engaña.
Que hallarás, si plantares,
Fáciles Alcañices, no Olivares.

(2) Hállase en el citado manuscrito M. 8, folio 84.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



Y adquiere dominio el dante;
El cuerno en oro se salva,
Porque está mal frente calva
En tan buen representante.

Este epigrama nos suministra el dato de que Morales era calvo.

El Conde de Schack apunta otro dicho punzante contra la Jusepa en una carta de Lope de Vega (1), escrita, á lo que parece, en Toledo, hacia el año 1606, supuesto que dice que su hijo Carlos, que nació en 1603, anda con calzones. Va la epístola dirigida al Duque de Sessa, amigo de comediantes, y le dice: «No hay acá cosa nueva más de que el gran Morales vino, y anoche estaban Pastrana, etc.; la señora Josefa Vaca descolorida y menos arrepentida. Hicieronles bailes; vilos desde la calle por la reja, y habiendo dicho ¡vitor! respondió dentro Pastrana: «Esto habíamos de decir nosotros»; y llovieron albricias de boca por todo el aposento.»

Este Pastrana, uno de los que agasajaban á la pareja de histriones, y cuya frase antojábase algo equívoca y maleante, ¿sería el Duque de Pastrana del soneto del Conde? Resuélvalo el pio lector.

El dulce Lope, según se ve, no opinaba respecto á la señora Josefa como el punzante Quevedo, que en punto á cosquillas dijo que

No las consintió jamás.

En aquellos tiempos ruaba por la corte un cierto D. Juan Navarro de Casanate, hombre estafalario, á quien se hizo este epitafio:

Aquí yace Casanate
Debajo de aquesta losa,
Que en su vida dijo cosa
Que no fuera un disparate.

Picaba en coplero satírico y disparaba sus dardos muy especialmente contra la gente de la farándula (2), no viéndose libres de su vena Juan y la Jusepa, á quienes dedicó esta ambigua quintilla:

(1) Tomo II, nota de la pág. 208.

(2) Hállanse las copias de Casanate en el manuscrito de la Biblioteca Nacional, M. 40, donde se le apellida poeta rídiculo. En la quintilla que dedica á Roque de Figueroa hace alusión al apellido de otro Roque famoso, Guinart, de quien hizo mención Cervantes en el Quijote. Roque Guinart ó Guinarte floreció por los caminos de Cataluña, juntamente con Testa de Ferro, Fadri del San, el Miñón y otros, hasta los años de 1614, poco más ó menos. La quintilla de Casanate dice:

Á ROQUE, FARSANTE.

No pensé tan falso hallarte,
Roque, á mi piedra de toque,
Ni dado á bandolearte;
Mas pues tú me guías, Roque,
Yo pienso Roque-guñarte.

Otra quintilla dedicó al gracioso Pinelo, que es quien en la loa de Lorenzo Hurtado llamó autores del *tercio viejo* á Sánchez y Morales.

Dijo Casanate:

Á PINELO, FARSANTE.

Digo, que pues habla al vuelo,
Cuando habla el grande bellaco
Pinelo, bebedorzuelo,
Que Pinelo hecho está Baco
Y que está Baco-empínelo.

Á MORALES, FARSANTE.

Si á Morales el decoro
No guardara, por ser flaco,
La Vaca, casto tesoro,
Quién es cabeza de Vaca
Fuera cabeza de toro.

Pero ya hemos visto que no todos zaherían á la Vaca por liviana ni por sufrido á Juan, y en confirmación copiaré aquí parte de un romance, debido al alcalde D. García de Porras, de quien es la letrilla anteriormente inserta:

Á JUSEPA VACA.

Hermosa Jusepa, en quien
Con veneraciones miro
El crédito de los tiempos,
La afrenta de los antiguos:
Peregrino asombro, donde
Es lo menos peregrino
Acción con fuerza de lengua,
Lengua con fuerza de hechizo;
Á cuyo nombre le ofrecen,
En las memorias escrito,
Poco bronco todo un cielo,
Poca esfera muchos siglos.

Si Argos vigilante es guarda
De tus despojos divinos,
Ciega sus despiertos ojos,
Pues deslumbra al sol mismo.
Digáno las veces cuantas
Vencieron en desafío
Todos sus rayos tus ojos,
Todo su pelo tus rizos.
Por guirnaldas, por collares,
Prometen servir festivos
Sus delicias Amaltea,
El Zodíaco su cinto (1).

Pero queden ya en paz los huesos de la Jusepa y de Juan de Morales allá donde reposen, después de tan zarandados en vida; y los aficionados, que tanta importancia damos á estas bagatelas, tras de las que nos comemos las manos, no desconfiemos de que el día menos pensado alguno del gremio nos presente alborozado la partida de matrimonio de Juan de Morales y la Jusepa Vaca.

JULIO MONREAL.

Contra María de Córdova dijo, con chiste nada pulcro:

Á AMABILIS, FARSANTE.

¡Qué bizarranza salió!
¡No hay quien á ésta se iguale!
El vestido que sacó
¡Aquí de Dios! ¿de dó sale?
Sale

(1) Inserto en el mismo manuscrito que la letrilla. Para deducir el tiempo en que D. García de Porras escribía sus versos á las cómicas de entonces (tiene otros á Anica de Cáceres), puede tenerse presente que dirigió unas décimas á María de Córdova cuando representó *El Purgatorio de San Patricio*, comedia que opina el Sr. Hartzensbusch debió escribirse antes del 23 de Noviembre de 1635, fecha en que el maestro Joseph de Valdivielso firmó la aprobación del primer tomo de las comedias de Calderón, en el que aquella se incluyó.



EL PATIO DE CÓRDOBA.

Vierte el toldo su sombra bienhechora
De gardenias y nardos en las filas,
Y se van entornando las pupilas
Al vaivén de la fresca mecedora.

Quando luego la tarde se evapora,
Suenan las gotas en las anchas pilas,
Como lágrimas lentas y tranquilas
De un soñoliento espíritu que llora.

Avisa la oración el campanario;
Queda en silencio la ciudad moruna;
Abre la madre selva su incensario;
Se adormecen las flores, una á una,
Y Dios desciende al patio solitario
En el rayo de nácar de la luna.

ANTONIO FERNÁNDEZ GRILLO.

PENDIENTE DE UNA CUERDA



Ricardo Blásez no podía resignarse á vivir en un mundo tan indiferente con el genio. ¿Qué le importaba ser comprendido de tres ó cuatro compañeros de clase que aseguraban á sus veros la inmortalidad, si sólo había vendido cuatro ejemplares de sus *Nitroglicerinas*, colección de poesías amargas, en

que renegaba de las mujeres y los hombres? Y no era un soñador: había procurado estudiar experimentalmente la vida, como convenía á un hombre de su época, que sabe la obligación social de todo joven de ideas elevadas: ser moderno. Porque decía, y decía muy bien: «Si no somos modernos los jóvenes, ¿quién lo será en nuestro tiempo?»

¡Nuestro tiempo!—añadía con desdén.—¿Acaso lo es la época en que podíamos disfrutar de la vida, si todo nos lo encontramos ocupado? No hay casa que no tenga su dueño, mujer que no tenga marido ó amante, destino sin su funcionario correspondiente, carrera que no tenga completo el escalafón, ni utilidad que no esté acaparada. He venido á habitar en una sociedad donde no quepo, á menos que me resigno á llevar espaldas de tierra para que otros se hagan casas. Todo el que llega á los cuarenta años pertenece á otro tiempo, no tiene derecho para influir en el nuestro, y decorosamente debería suicidarse para dejar paso á los que vienen. ¿Por qué se obstinan en vivir, si todo lo que poseen y ocupan son nuestras vacantes naturales? ¡Jamás! ¡Jamás llegará la verdadera edad moderna, mientras sean los viejos árbitros del mundo. Ya lo he dicho en la siguiente

I.

NITROGLICERINA.

El mundo está caduco y de su vieja mole
Podrido el armazón:
Hay que prenderle fuego
Y edificarle luego:
Hace falta una nueva creación.
La historia es un cadáver, un sueño lo pasado
Que no ha de revivir:
¡Abajo ese esqueleto!
Que ya palpita en feto
Y empieza á rebullirse el porvenir.
Al fuego las vejezas de Homero y de Virgilio
Y toda vetustez!
No puede haber progreso
Sin destruir lo impreso
Para escribir los libros otra vez.
Ancianos, daos prisa, pedid los santos óleos,
Comprad el ataúd:
Que todo viejo serio
Se marcha al cementerio
Cuando estorba á la alegre juventud.

Este y otros monólogos, y la certidumbre que adquirió experimentalmente Ricardo de que ni los viejos accedían á la delicada invitación de irse al otro mundo, ni él podría disfrutar de su tiempo, sino del futuro, del correspondiente á la generación venidera, le determinaron á quitarse la vida, por no tener de qué vivir en aquel intervalo probable.

—¿No hay nada detrás de la muerte, ó hay otro mundo?—reflexionaba mientras daba cera apresuradamente á la cuerda que había comprado para ahorcarse:—si hay otro mundo, sin duda será más ancho que éste; y si no le hubiera, nada más ancho que la nada, puesto que en ella se tiene que albergar todo lo que acaba para siempre.

Era preciso concluir, y una mañana se encaminó al Retiro; buscó el sitio más frecuentado por las niñas madrugadoras, eligió el árbol más simpático, ató la cuerda á una de las ramas, dispuso el lazo, y el ruido de unas pisadas próximas le determinó á alejarse unos instantes. Cuando volvió no había nadie en las inmediaciones del árbol: trepó por el tronco, y al ir á montar en la rama, vió un viejo que tenía su cuerda puesta al cuello, y le miraba con disgusto.

—¡Todo está ocupado en este mundo!—exclamó con ira Ricardo.—Hasta la cuerda con que quiero estrangularme.

II.

—Anciano—dijo el joven en actitud respetuosa—esa cuerda es mía.

—Joven—repuso el viejo algo confuso—no pienso llevarme al otro mundo este cordel; puede usted recuperarle apenas me haya ahorcado.

—Le he comprado para mi uso particular y tengo el derecho de estrenarle.

—La propiedad varía de carácter según sus condiciones: una horca pertenece por su naturaleza al primer cuello que la ocupa. Puede usted retirarse, que estoy tomando posesión.

—Le niego mi permiso, y cortaré la cuerda al primer movimiento que haga usted para colgarse.

—Quiero irme al otro mundo: no obstruya usted el camino, y déjeme pasar.

—Yo sólo le impido que se balancee usted en mi columpio. Hay doscientas maneras de quitarse la vida.

—Joven, soy más antiguo que usted y debo morir antes. Además, la vida pertenece á la juventud.

—¿Qué está usted diciendo?

—Que el mundo es de ustedes, y lo que en él tiene valor: el amor, la alegría, la esperanza y la salud.

Ricardo no pudo contener su irritación y cortó la cuerda, diciendo:

—Caballero, puede usted bajar del árbol; me llevo mi cordel.

—¡Joven, joven! Espere usted un momento.

—Ya estoy en el suelo.

—Ayúdeme á bajar.

—Los desesperados se tiran de cabeza.

—Es que he reflexionado y suspendo mi ejecución para otro día.

—Eso es otra cosa: ponga usted la rodilla sobre mi hombro: así. Ya está usted servido.

—Dispénsese usted—dijo el anciano:—la cuerda encajada con su nudo, pendiente de la rama, incitaba á colgarse por el pescuezo; los escalones del tronco facilitaban la subida, y no pude contenerme. Vendré mañana con un cordel de mi propiedad, y si es preciso traeré un lacayo para que me ahorque. Está usted convidado.

—Agradezco la invitación, pero no puedo aceptarla; no es desaire; crea usted que tendría un gran placer en verle colgado de ese árbol; pero me ahorco hoy mismo y no estoy para perder tiempo.

—Comprendo: le urge á usted abandonar un mundo completamente transformado é insoportable. Ya no se puede vivir. El hombre perdió su dignidad desde que dejó de usar aquellos corbatines de muelle que eran el corsé de la garganta; perdió su tranquilidad cuando introdujo en su despacho el timbre del teléfono; se despidió de la música al advenimiento de una instrumentación complicada, que sólo está al alcance de los sabios; renunció á la literatura amena para leer obras de medicina dialogadas; los que teníamos algunas onzas de oro, sólo tenemos créditos en cuenta acaso imaginarios. Viviamos en salones y hoy nos embuten en alhacenas. Las malas noticias llegan con rapidez abrumadora; nos creía-

mos únicos dueños de nuestro cuerpo, y sabemos que está atestado de microbios. Hace usted bien en abandonarle. Es verdad que hoy es usted joven; pero esa cualidad pasa en un abrir y cerrar de ojos. Beso á usted la mano.

—Un instante, caballero—repuso Ricardo.—¿Es cierto que encuentra usted verdaderamente moderna la sociedad en que vivimos?

—No le digo á usted más, sino que soy un hombre chapsado á la antigua, enamorado de lo viejo, y ni siquiera puedo tomar el chocolate legítimo que sorbia por las mañanas siendo muchacho. Soy madrileño rancio, y puedo asegurarle que en el transcurso de mi vida se ha perdido el acento neto y puro de los hijos de Madrid. Las carnes tenían otro sabor antiguamente; bebemos otras aguas y respiramos otro aire; los chicos de hoy son hombrecillos de corta edad, y de tal modo se me impone lo moderno, que ni siquiera puedo pensar á la antigua libremente.

—Caballero, he sido un grosero al impedir á usted el uso del cordel con que pensaba suicidarme: ¿quiere usted hacerme el obsequio de aceptarlo?

—No; sería abusar.

—De ningún modo; si usted no se sirve de esa cuerda, creeré que me guarda usted rencor.

—Para probarle lo contrario, voy ayudarle á usted á estrangularse tirándole de los pies.

—No lo consiento: va usted á ahorcarse ahora mismo con toda confianza.

—¡Usted!

—¡Usted primero!....

Y después de instarse mutuamente y hacerse cumplidos un buen rato, el viejo se alejó incólume y erguido, y el joven se quedó con la cuerda rota entre sus manos.

III.

—Ese viejo es un impostor—murmuró para sí Ricardo cuando el anciano desapareció de su vista;—dice que lo moderno se nos impone, y yo, que me considero el joven de ideas más modernas, no he sabido elegir otro género de muerte que el usado por Judas hace diez y nueve siglos. Es verdad que yo tenía una idea muy mía; si quise ahorcarme, fué por morir haciendo á la humanidad una mueca despreciativa sacándole la lengua.

Sin embargo, no debo morir sin explicarme, sin escribir otra *nitroglicerina*.

Y sacando la cartera, empezó á versificar en esta forma:

¿Por qué el mundo es tan exiguo
Y ilimitado lo eterno?

¡Eterno!.... Temo que este consonante me obligue á interpelar al Gobierno. No; es preferible evocar al infierno ó echar un ternero. ¡Ah! ya he encontrado la cuarteta.

Porque acapara lo antiguo
La extensión de lo moderno
Pensemos de golpe todo,
Dijeron nuestros mayores
Desde el fenicio hasta el godó....

¿Fenicio? ¿godo? ¿A qué aludir á nadie? Suprimo este verso.

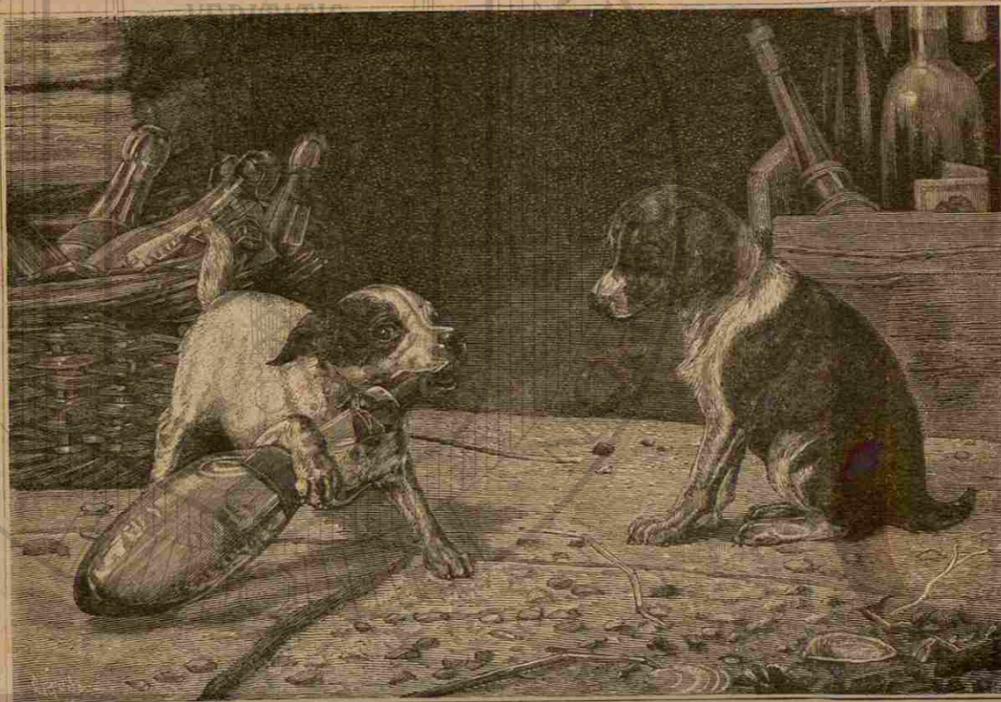
Pensemós de goipe toio,
Dijeron nuestros mayores
Y evitamos de ese modo
Que haya librepensadores.
Desde el sabio hasta el salvaje
Descubrirán con plantilla...
E inventaron el lenguaje
Que hablamos de carretilla.

IV.

—¡Ricardo! ¡Aquí está Ricardo!—gritaron algunas voces infantiles.

Y mientras aquél guardaba la cartera, se vió rodeado de tres ó cuatro niños, que le acometieron cabalgando en sus piernas y trepando por su espalda.

—¡Quietos! ¡Quietos!



PROBLEMA.

¿Carretilla? ¿Es poética esa voz? Todo es poético en el verso cuando lo usa un autor bueno.

En las edades oscuras
Tuvo este siglo su albor,
Como las flores futuras
En el germen de la flor.
Y es que en este mundo viejo,
Lo que parece reciente
Tiene el sabor del pellejo
En que estuvo antiguamente.
Hasta la concha de nácar
Que al brillar parece nueva...

¿Nácar? Apurado mé voy á ver para encontrar el consonante.... y no puedo, no debo suicidarme decorosamente sin terminar esta cuarteta.

—¿Para qué has traído esa cuerda?—decía Gabrielito, que se había apoderado del cordel.

—¿Para qué ha de ser una cuerda en el Retiro? Para jugar á la comba—respondió Juanita, saltando con extraordinaria ligereza.

Mientras el joven saludaba á D. Cipriano y D.^a Petra, padres de las criaturas, dos niños se habían dejado enganchar como caballos, y Juanita tiraba de las riendas.

—Ya están mis hijos haciendo de caballerías—dijo doña Petra;—no tienen otra vocación.

Los chiquillos, trotando con delicia, lanzaban relinchos de alegría, amarrados á la cuerda.

D. Cipriano repuso por su parte:

—Se han empeñado en que les llevemos á la Casa de fieras. Y como no van ahora al colegio, á alguna parte han de

ir los angelitos. ¡Si viera usted cómo las remedan! Mi hijo Luis aulla como un lobo. ¡Luis! da un aullido para que te oiga este caballero.

El niño no se hizo rogar, y aulló con perfección.

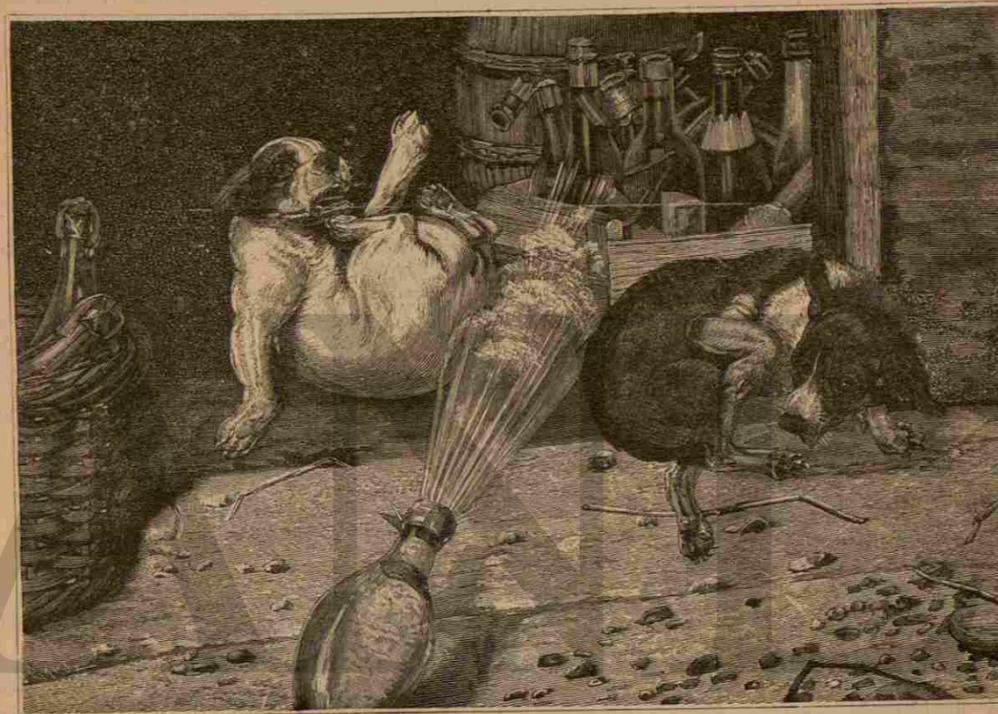
—¿Qué le parece á usted?—dijo el padre.

—Que es todo un artista. Dedíquele usted á la escena: eso que hace el niño se paga á peso de oro. Niños, ¡adiós! ¿Me dais la cuerdecita? Yo os la regalaría, pero se me ha escapado un perro....

Los jóvenes no somos hoy los más modernos, sino los niños; pero ¿qué es lo moderno en esa familia donde los niños aullan como lobos?

Antes no me hubiera suicidado hasta terminar mi estrofa: ahora me ahorcaría por no concluir la; pero ¿cómo? Esos chiquillos han convertido el instrumento de muerte en un juguete, y los padres ni aun sospechan que sus hijos se han enganchado en una horca.

¿Por qué nos estorbaremos tanto los unos á los otros?



SOLUCIÓN.

—¡No! ¡no! ¡Ya es nuestra!
Y se alejaron á galope tendido, sin atender los gritos de los padres.

—¡Niños! Niños!—gritaban éstos inútilmente.

—No se molesten ustedes; me pasará sin ella, y en vez del perro, me dedicaré á buscar un consonante que no encuentro.

—Si puedo servirle....—añadió D. Cipriano.

—Es muy difícil: busco un consonante á nácar....

—Pues le diré que conozco una familia que rima con esa voz: la familia de Acar. Y por si vale el aviso, recuerde usted la acción de Lácar.

—¡Acar! ¡Lácar!—repetía Ricardo al quedarse solo;—aunque tuviera la cuerda, no podría atar á mi cuarteta ninguno de esos consonantes.

Unos me impiden vivir, y los otros no me dejan morir. ¿A que tendré necesidad de quitarle mañana al viejo su cuerda y su lacayo?

Hasta la concha de nácar
Que al brillar parece nueva,
Acaro escrito en el nácar
Signos del diluvio lleva.

Pero ¿cómo me ha salido tan fácilmente esta cuarteta? Ya puedo morir tranquilo. ...

Soy un imbécil: un farsante; he rimado nácar con nácar.

Y lleno de furor arrojó lejos de sí la cartera con tan mala suerte, que dió en la nariz de una señorita que en aquél momento aparecía, acompañada de su mamá.

V.

La joven dió un pequeño grito: la mamá miró colérica á Ricardo. Este perdió un momento el uso de la palabra, y por último dijo:

—Señoras, he sido un bárbaro y un torpe. Merecería que me castigasen ustedes, y como no han de hacerlo, voy á castigarme yo mismo. Ojo por ojo, diente por diente y nariz por nariz.

Y dándose en la suya un puñetazo, lo hizo tan al vivo y con tan poca fortuna, que brotó por sus fosas nasales un caño de sangre.

—¿Qué ha hecho usted, caballero?

—¿Qué atrocidad!

—Va usted á desangrarse....

—Ha llenado su pañuelo: tome usted el mío....—decía la señorita.

—Yo necesitaba darles á ustedes una satisfacción.

—Y nos ha dado un disgusto.

—No le hagas hablar, niña. Caballero, tápese usted la nariz, y vamos hacia el estanque: esa hemorragia no se corta hasta lavarse: tú también debes lavarte, Elisa, porque tu nariz se empieza á hinchar. ¡Vamos, pronto!

Y apretando el paso, llegaron á la fuente egipcia, de cuyo pilón se sirvieron como de jofaina, no sin que se detuvieran á corta distancia, con curiosidad, las gentes madrugadoras que paseaban á orillas del estanque.

—Caballero—dijo la mamá—sentimos haberle ocasionado este percance, pero debemos separarnos; hemos llamado la atención.

—Señora—repuso Ricardo—por lo mismo que hemos llamado la atención, no podemos separarnos.

—¿Qué dice usted?

—Que las gentes nos han visto juntos, á mi sangrando por la nariz y á Elisa con la nariz hinchada; y si ahora nos separamos, creerán que esta señorita y yo nos hemos dado de puñetazos, y como yo he llevado la peor parte, dirán que usted también ha intervenido en nuestra cachetina.

—¡Ay, mamá, tiene razón!

—¿Y qué haremos?

—Reinos, pasear juntos, entrar en una lancha y hacer ver á los curiosos que estamos en la mejor armonía.

—¿Qué te parece, niña?

—Me parece necesario lo que dice este caballero.

—Pues que empiece él á reírse....

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

—¡Jel! ¡je! ¡je!

—¡Jil! ¡ji! ¡ji!

—Los curiosos se retiran disgustados.

—Creían presenciara una tragedia.

—Y ven que todo era un sainete.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

VI.

Cuando tres personas se han reído juntas, se establece entre ellas muy pronto la confianza, y es que el placer une á los hombres, como la tristeza los separa.

—¿Le duele á usted la nariz?—decía Ricardo con interés á Elisa.

—Ni siquiera siento que la tengo. ¿Y usted?

—Yo la estoy disfrutando.

—No entiendo.

—Es muy sencillo: nadie siente que tiene nariz hasta que le incomoda; de manera, que la poseemos sin gozar su dominio. Ahora no me duele, pero noto que me está creciendo, y sé no sólo que existe en mi cara y es mía, sino que estoy en la plenitud de su posesión. ¿Tiene usted la bondad de decirme si ha ensanchado con exceso?

—Puede pasar todavía.

Y con el pretexto de mirarse la nariz, sus miradas se rozaban con placer, mezclando su fluido.

Media hora después habían tomado juntos el chocolate, y Ricardo no podía comprender cómo había podido pensar en el suicidio, en una mañana tan risueña, entre arboledas tan verdes, y cuando los pájaros piaban con tanto regocijo.

Los ojos de Elisa cada vez eran más simpáticos; Ricardo sintió por primera vez que era joven; hasta entonces sólo había sido moderno, es decir, innovador, en un sentido literario y filosófico.

Cuando tres personas han tomado juntas el chocolate en el Retiro, la confianza se convierte en intimidad, sobre todo si el mozo ha preguntado, como lo hizo, dirigiéndose á Ricardo:

—El chocolate, ¿le quiere usted con mojiócn?

A lo que contestó Ricardo con presteza:

—Gracias: el mojiócn ya le he tomado.

VII.

¿Quién había de decir á Ricardo que el paseo en lancha por el estanque, á que invitó á las dos señoras, había de concluir en un naufragio?

¿Quién piensa en la muerte, cuando se siente en plena eflorescencia y entre dos cielos, el de arriba, de un azul celeste, y el de dos ojos negros que llevan al ánimo promesas celestiales?

Un solo momento sintió escrúpulos....

¿Se estaría enamorando como sus bisabuelos? ¿Rendiría el reformador culto á la tradición de amar?

Pero la lancha era algo estrecha. Cuando las miradas de dos jóvenes se cruzan con insistencia, se establece una corriente de simpatía: si los pies se rozan al mismo tiempo, se forma círculo magnético. Nada se ve, nada se oye y no se atiende á nada. Ricardo y Elisa no veían á la mamá, que estaba al lado.

Bogaban y bogaban hacia la barandilla del estanque. Ricardo quiso aproximarse á la niña: ésta se retiró modestamente: el joven se deslizó para ganar terreno, y desnivelándose la barca, amenazó con irse á pique.

Ricardo se levantó instintivamente, mientras las señoras se acurrucaban en el banco. El galán vaciló, quiso mantener el equilibrio, oyó voces infantiles que le llamaban por su nombre y sintió una impresión de frialdad en todo el cuerpo, ansia de vivir, angustia y el vacío en todas partes. Luego

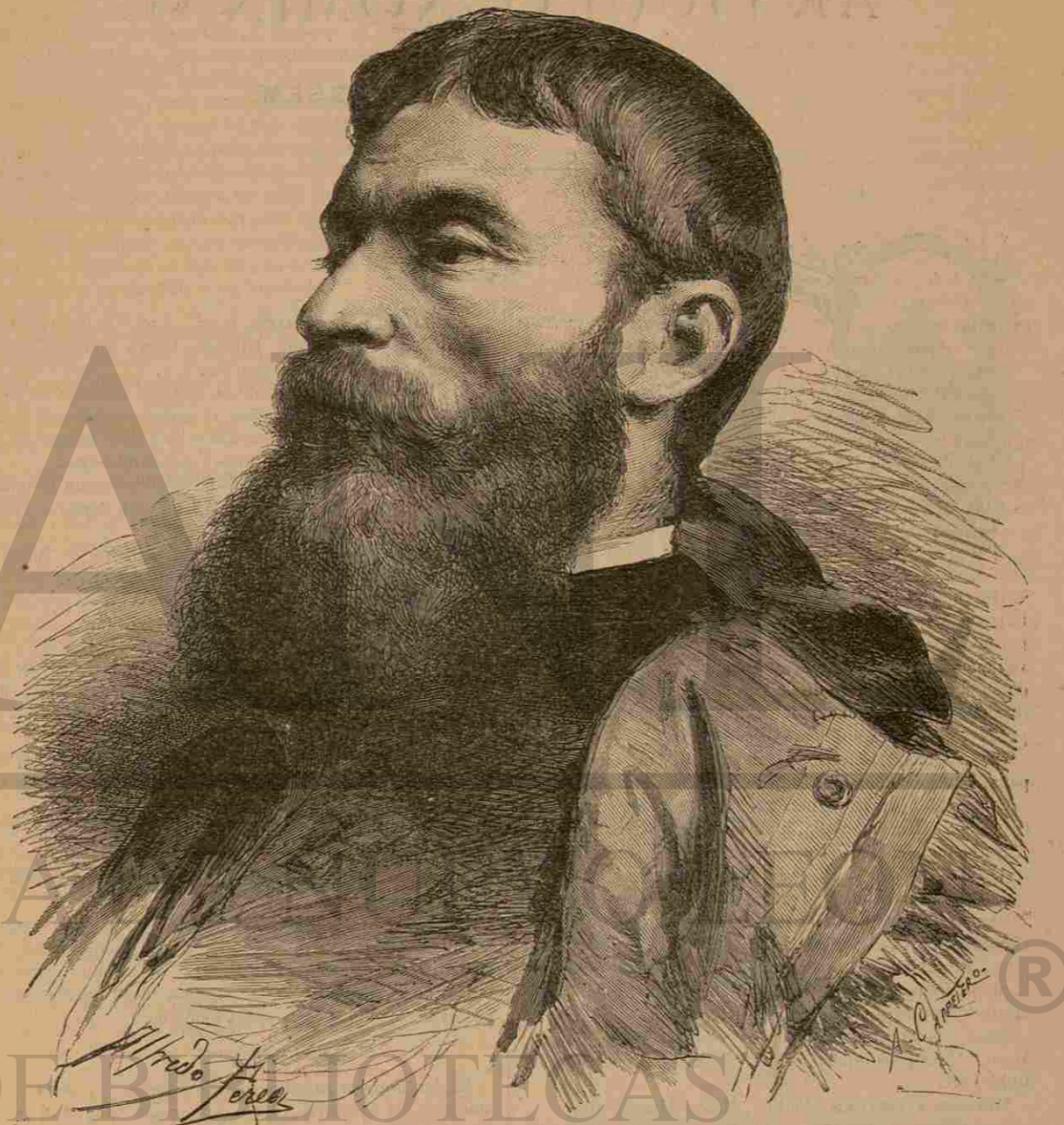
sus manos oprimieron con fuerza un objeto resistente.... se sintió arrastrado hacia el aire, y respiró con avidez.

Primero vió á Elisa en la barca abrazada á su madre y que lloraba y reía á la vez: después á Gabrielito y Luis y D. Cipriano, en la barandilla del estanque, y vió en su mano

el objeto salvador que le había devuelto á la vida sacándole del agua.

Era la cuerda que había llevado al Retiro para ahorcarse.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



CASTO PLASEÑCIA, LAUREADO PINTOR.

Nació en Cañizar (Guadalajara), en 1846; † en Madrid el 18 de Mayo de 1890

ARTÍCULO NOMINAL

POR EL DOCTOR THEBUSSEM



Así como se ofrecen premios á los que escriben acertadamente sobre determinadas materias, deberían existir concursos en que se galardonara á los que leyesen y entendiesen ciertos libros. Y como ejemplo de las obras llamadas á certamen de lectura, propondría yo el *Ensayo histórico sobre los apellidos castellanos* del sabio D. José Godoy Alcántara.

Hay muchas gentes que nunca se han fijado en la investigación histórica y filológica del apellido, y que ignoran, por no haber parado mientes en ello, de dónde proviene esa voz que sirve de lazo moral á las familias. No pasa el apellido en el mayor número de los casos, y exceptuando los patronímicos, de ser una palabra del propio idioma, según puede verse en los siguientes ejemplos:

GEOGRÁFICOS: Castellano, Gallego, Catalán, Silvela, España, Cánovas, Moratin, Burgos, Valencia, etc.

CALIDADES Ó DESTINO DEL TERRENO: Arenal, Vega, Castro, Monte, Huerta, Valle, Pineda, Carvajal, Salinas, etc.

EDIFICIOS: Castillo, Torre, Casa, Puente, Calzada, Corral, Puerta, Escalera, Tejado, etc.

AGUAS: Río, Fuente, Arroyo, Pozo, Lago, Laguna, etc.

CREENCIAS RELIGIOSAS, DIGNIDADES, CARGOS Y OFICIOS: Diosdado, Salvador, Mesía, Asensio, Cruz, Iglesia, Santoyo, Santaolalla, Samper, Cardenal, Coronado, Merino, Capitán, Duque, Conde, Rey, Jurado, Adalid, Paje, Abad, Herrero, Zapatero, Verdugo, Espartero, etc.

EDAD, ESTADO, PARENTESCO Y COLORES: Viejo, Casado, Mozo, Chico, Sobrino, Primo, Blanco, Rojo, Moreno, Rubio, etc.

MUEBLES Y VESTIDOS: Padilla, Mesa, Abarca, etc.

CUALIDADES Y DEFECTOS: Lozano, Garrido, Gallardo, Bueno, Malo, Valiente, Crespo, Izquierdo, Mellado, Calvo, Delgado, etc.

ANIMALES Y VEGETALES: Lobo, Toro, Palomo, Gallo, Sardina, Pino, Manzano, Higuera, Rosal, Álamo, Cebada, Lechuga, Pita, Junco, Cañas, etc.

Si desde el árido campo de la filología pasamos al frondoso terreno de los nobiliarios, el ánimo se ensancha y alega al considerar la hondísima ciencia y gran talento de los intérpretes de apellidos. Veamos algunas muestras:

Preséntase un valeroso cristiano delante de una fortaleza guardada por moros, y diciéndole éstos *¡vil, llegas?.....*, nace la familia de los *Villegas*.

Otro caballero corta unas cuantas cabezas de infieles; cárgalas en una mula y se presenta con ellas al rey. Era sin duda tiempo de verano; acude gran número de moscas, y el monarca le pregunta:—¿De dónde vienes tan *moscoso*?—Ese será mi apellido, responde el adalid.

Fortún Gómez se porta bizarramente en la pelea. El rey lo halla digno de galardón, y no sabiendo el nombre del soldado, que era flaquísimo de cuerpo, dice: *Prémiese al magro.....*, y de aquí nace el apellido *Almagro*.

—Señor, deseo que me concedáis aquella tierra.—Pues *háyala*, replicó el emperador, motivando el tronco de los *Ayalas*.

Alonso Fernández corre veloz de una parte á otra, y á su brio y ligereza se debe el buen éxito del combate.—No hombre sino *águila era*, dice el capitán, y forma la raíz de los *Aguileras*.

Los aficionados á esta clase de historias pueden recurrir á los genealogistas si quieren dejar plenamente satisfecha su curiosidad. Basten estas ligeras indicaciones, pues mi objeto no es más que apuntar algunas ideas ligadas con el uso de los apellidos en la época moderna.

En los tiempos pasados reinaba libertad completa en la adopción del apelativo, y por esta razón cada cual podía elegir el que le fuese más grato.

*Diagote Melendo vi,
Fijo de Ximén Velásquez.*

dice un personaje de Vélez de Guevara; y Sancho Panza advierte que D.^a Mencía de *Quiñones* fué hija de D. Alonso *Marañón*, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura. No hay, pues, el motivo de sorpresa y admiración que muchos demuestran al notar en documentos oficiales que el hijo de Pérez se apellidaba *Suárez*, y el de Palomino *Cornejo*.

Hoy es forzosa la herencia del nombre de familia, y por tanto los descendientes de los que se llamen Manteca, Degollada, Tocino y Taravilla, no tienen más remedio que seguir apellidándose Taravilla, Tocino, Degollada y Manteca. Si desean hacer cambio, adición ó modificación, no pueden tomarse la justicia por su mano. Necesitan alegar los fundamentos necesarios y seguir el prolijo y minucioso expediente que señalan las leyes del Registro civil. No hace mucho tiempo (Enero 1890) que en el Juzgado de primera instancia de Morón se han presentado el Conde de Daoiz y otros parientes del célebre capitán de artillería D. Luis Daoiz y Torres (que no dejó sucesión) pretendiendo que se les autorice para adicionar su primer apellido *Villalón*, y usar como uno solo de *Villalón-Daoiz*.

La ley quiere que los apellidos paterno y materno se unan por medio de las conjunciones *y ó é*, diciendo:

Juan Rodríguez y Sánchez.
Teodora García é Infante,

con cuyas oraciones se forman verdaderas elipsis equivalentes á

JUAN, hijo de Fulano Rodríguez y de Fulana Sánchez; y TEODORA, hija de Mengano García y de Mengana Infante. Notemos que D. Alfonso de Ercilla y Zúñiga, y D. Francisco de Quevedo y Villegas, usaron sus apellidos del modo y con los requisitos que en la actualidad se exigen.

Si el principal objeto del nombre es el de señalar y particularizar al individuo, justo es que éste haga lo posible para señalarse, distinguirse y diferenciarse de los demás. Por eso los comunes patronímicos españoles piden á voces una añadidura que los levante de su vulgaridad, y que llegue á constituir con el tiempo, y á despecho de las leyes, un nuevo apelativo formado con dos palabras.

Supongamos que alguien dijese que le habían regalado un magnífico retrato de *Fernández*. El auditorio se quedaría en ayunas, pues Fernández ó un tal Fernández, es sinónimo de un cualquiera. Es necesario agregar, para que se entienda á quién nos referimos, que la imagen es de

Fernández-Guerra
Fernández Grilo
Fernández Flórez
Fernández Bremón
Fernández Cuesta
Fernández Jiménez
Fernández Duro
Fernández Villaverde
Fernández Shaw
Fernández Espino
Fernández San Román
Fernández de Castro

Fernández de Córdoba
Fernández de los Ríos, etc., etc., etc.

Claro es que la supresión de la *y* es la que parece evadir el precepto legal en algunos de los nombres de la lista anterior. Inventarios semejantes podían formarse con los Sánchez, Jiménez, Garcías, Rodríguez, etc.

Federico Bedoya
Y el nuevo alcalde
Y el *Frascueto* y el *Tato*,
Son cuatro Sánchez,

decía un salado artículo de mi amigo Mariano de Cavia, que publicó *El Liberal* del 22 de Julio de 1890.

Existen, sin embargo, individuos que han mantenido y mantienen á palo seco su patronímico, sin más acompañamiento que el nombre de pila. Si no sabemos quiénes sean Álvarez, Pérez, González ó López á secas, si se conocen diciendo

D. Cirilo Álvarez
Miguel de los Santos Álvarez
Antonio Pérez
Fray Diego González
Fray Zeferino González
D. Venancio González.
D. Juan Gualberto González
D. Antonio López
D. Leocadio López
Matias López
D. Joaquín María López
Gregorio López, etc., etc.

Ciertos apellidos dobles se dicen siempre por entero; de otros solamente la mitad menos común, sea ésta la primera ó sea la segunda. Se nombran por entero á

Martínez de la Rosa
Martínez Campos
López Baños
López Domínguez
Romero Ortiz
Bravo Murillo
González Bravo
Posada Herrera
Sánchez Silva
Ferrer del Río
Núñez de Arce
García Gutiérrez
Ríos Rosas, etc., etc.

Con su primera mitad se citan á

Calderón,
Cánovas y
Bretón,

que nadie los conocería si tan sólo dijésemos Barca, Castillo y Herreros, ó sean las segundas mitades de sus nombres.

El caso contrario tenemos en



«DE LA CORTE DE CARLOS IV.» — Dibujo original de J. Llovera.

Galiano,
Ayala y
Mendizábal,

que serían desconocidos llamándoles Alcalá, López y Álvarez.

Por esta misma causa á los que llevan los ilustres apellidos de Ponce de León, Lasso de la Vega ó Espinosa de los Monteros, se les dice *Ponce*, *Lasso* y *Espinosa*; y en cambio á los Pérez de Guzmán, Fernández de Córdoba y Álvarez de Toledo se les designa por *Guzmán*, *Córdoba* y *Toledo*.

Dejamos indicada la razón que á nuestro juicio hace preferir una ú otra porción de cada apellido. A lo que no le hallamos más fundamento que el uso, es al modo de consignar los nombres de pila. No es raro firmarse

Antonio Abad,
Luis Gonzaga y
Domingo de Silos,

y en cambio ignoro si alguien escribe

Antonio de Padua,
Luis Rey de Francia, ó
Domingo de la Calzada.

Los numerosos *Juanes* aparecen, cuando más, Bautista, Crisóstomo, de Dios, de Mata, de la Cruz, Nepomuceno y Gualberto, y casi nunca Capistrano, Colombini, Damasceno, Ortega, Ribera, Sahagún, Climaco, etc.

Suelen algunos *Pedros* agregar Nolasco ó Alcántara, y pocos Damián, Apóstol, Verona, Obispo, Regalado, Celestino, Advíncula, etc.

Los abundantísimos *Josés* dan á entender que pertenecen al *Esposo de Nuestra Señora*, cuando no explican ser de Arimatea, Copertino, Leonisa, Oriol, Calasanz, etc.

Suelen los *Franciscos* ser escrupulosos en advertir que se llaman

de Paula,
de Asis,
de Borja ó
de Sales;

pero se callan cuando su patrón es Sena, Solano, Posadas, Jerónimo, Caracciolo, etc. Siempre he tenido curiosidad de saber en qué se funda el gran privilegio de que disfrutaban los *Franciscos* *Javier* ¿Por qué razón los *Xavieres* pueden omitir el *Francisco* y firmarse *Xavier* á secas, llamándose en documentos históricos y oficiales D. *Xavier* Castaños, D. *Xavier* de Ulloa, D. *Xavier* Istúriz y D. *Xavier* de Burgos? ¿Por qué no gozan de semejante laconismo los *Franciscos* de Asis, de Paula, de Borja ó de Sales, y se nombran Don Asis, Don Paula, Don Borja ó Don Sales? Lo ignoro.

Abandonemos el almanaque para volver á los apellidos, abriendo antes un paréntesis para tratar de la partícula *DE*

antepuesta á los mismos. Salvá y Godoy Alcántara afirman que en España jamás ha tenido otro valor que el de procedencia, cuando se antepone á un nombre geográfico con el cual formaba sinalefa, como D' Aoiz, D' Abalos, D' Oñate, D' Ávila; que el *DE* se halla á disposición de todo el mundo como cosa baldía y aplicada arbitrariamente por la costumbre; que lo usan algunas familias nobles, y lo comprueban D. Luis de Castro, D. Juan de Silva, D. Diego de Saavedra y otros, pero que es desconocido en muchas de la más alta prosapia; que los autores de Guzmán de Alfarache, Juan de las Viñas, Pedro de Urdemalas y Marcos de Obregón, no tuvieron la mira de suponer nobles á estos personajes; que entre las alcurnias más antiguas y esclarecidas de España hay muchas que no llevan semejante partícula, como los Duques de Osuna y de Arcos; los Condes de Benavente y Trastámara; los Marqueses de Villena y Astorga, y otros de la primera grandeza, que se llaman D. Pedro Girón, don Manuel Ponce, D. Rodrigo Pimentel, D. Juan Pacheco, don Luis Osorio, etc.; que ni Hernán Cortés, ni Luis Quijada, ni Alonso Quijano (¡el Ingenioso *Hidalgo!*), ni Íñigo Arista, ni D. Juan Tenorio, el tipo de los caballeros, llevan el *DE*, que tampoco usaron Arias Gonzalo, Diego Ordóñez, Jorge Manrique, Alfonso Téllez y otros maestros de las órdenes militares.

Claro es que cuando el *DE* sirve para distinguir con un segundo apellido las ramas de un tronco común, como sucede en Vélez de Guevara ó Ponce de León, es perfectamente lógico; lo mismo que cuando se coloca entre los apellidos de la mujer y del esposo, puesto que D.^a Juana Morales de Peña, equivale á decir que dicha señora es *consorte de Peña*.

Entiendo que puede asentarse como axioma que la partícula en cuestión no forma ni ha formado jamás en España *parte integrante del apellido*. Es lazo de unión entre éste y el nombre en los casos en que se usa, y no indica calidad de noble ni de plebeyo. Al citar al P. Juan de Mariana, á D. Antonio de Solís ó á Juan de Mena, no se le ha ocurrido á nadie nombrarlos *de Mariana*, *de Solís*, ó *de Mena*, sino sencillamente *Mena*, *Solís* y *Mariana*.

En el donoso y grande escrutinio de la librería de Don Quijote se leen estas palabras: «¿Pero qué libro es ése.....? *La Galatea* de Miguel de Cervantes, dijo el barbero. Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes.....» Vemos que el príncipe de los escritores no ponía ni contaba el *DE* como parte de su apellido.

Insisto en esta trivialidad, porque si tiene algo de tonto nombrarse Juan *de* Muñoz ó Pedro *de* Moreno, llega al campo de lo ridículo el apuntar, como hacen algunos, Diego Morales y *de* Padilla ó Antonio Rodríguez y *de* Lara. Ni aun los miembros de la familia Real usan la partícula en su segundo apellido. Los documentos oficiales dicen:

S. M. el Rey D. Francisco de Asis *de* Borbón y Borbón;
S. M. la Reina Madre D.^a Isabel II *de* Borbón y Borbón;

D. Luis *de* Baviera y Borbón; y en decreto de 5 de Noviembre de 1885 se autoriza el matrimonio de la infanta D.^a María Eulalia con D. Antonio María *de* Orleans y Borbón. Es decir, que la partícula se descarta de los apellidos que la llevan, cuando éstos entran como maternos. No debió ser de esta opinión el ilustre literato cordobés, cuya firma (la más larga que yo he conocido) rezaba en sus

ocho palabras Luis María Ramírez y de las Casas-Deza (1).

Y si fuésemos á tratar de firmas y antefirmas poco comunes (que capítulo por sí merecen), citaríamos la del *Himno á la pacificación de España*, impreso sobre foja en cuarto, que empieza:

« España por Alfonso! su nombre inmortal funda
Cuanto de grande ostenta el ámbito español... »

y acaba

« La prensa, la tribuna, los pueblos, las historias,
Bendicen en España tu tránsito inmortal... »

Dicho documento lleva la suscripción en esta forma:

EL ILMO SR.

Caballero del Cuerpo Colegiado matritense de la
noblez española, Auditor de Marina, etc., etc., etc.
D. MANUEL SÁNCHEZ ESCANDON Y MORQUECHO.

Es evidente que la muestra de humildad que daba el religioso al abandonar el nombre de familia, reconoce por fundamento la propensión y deseo que las gentes tienen de ennoblecerse con su prosapia.—No era Dulcinea, dijo don Quijote, de la alcurnia de los Gayos, Colonas, Moncadas, Lunas, Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes...: pero sí de los del Toboso de la Mancha, linaje aunque moderno tal, que podía dar generoso principio á las más ilustres familias de los venideros siglos.

Castro y Serrano, en su linda novela intitulada *Antonio Sánchez*, manifiesta que «una de las mayores vulgaridades que se han dicho en el mundo, y como tal de las que mayor fortuna han alcanzado entre los humanos, es aquella de que *le nom ne fait rien á la chose*. Por el contrario, sin nombre no hay cosa, y cuando se tiene nombre se tiene cosa. Llamarse Antonio Sánchez en España, y ser poeta épico, es punto menos que imposible. El héroe de la historia compaginó uno de sus nombres de bautismo y el segundo apellido paterno, obteniendo el artístico y literario apelativo de *Alberto Sandoval*.»

Un caso verdadero igual á esta ficción novelesca tenemos en el celeberrimo y popular Duque de la Victoria. Creo que se llamaba Juan Baldomero Fernández Álvarez y *Espartero*; y aun cuando no fué hombre que brillara por su agudeza de ingenio, comprendió que no podría medrar con el *Juan Fernández*, y por eso sin duda eligió y usó el luego famosísimo de Baldomero Espartero.

Aquellos repetidos versos que dicen

« El Doctor tú te lo pones
El Montalván no lo eres.
Con que quitándote el Don
Vienes á quedar Juan Pérez »

(1) Uno de los académicos de mayor talento de España y cuyas obras me encantan por su erudición, ciencia y lenguaje, se firma *Ledón Galindo y de Vera*. Este voto lo juzgo de tanto peso, que quizá sea yo el equivocado en la opinión que sustentó.

justifican que el poeta aludido trató también de encubrir ó disimular la vulgaridad de su nombre.

Sterne, en el *Tristram Shandy*, habló de la influencia de ellos en la vida entera, para demostrar que la tienen favorable, adversa ó neutra. «La tía Dinah se ha casado con su cochero! Culpa es de su nombre y no de ella»—dice Shandy.

Y es tan cierta la opinión de Sterne, que una de las primeras circunstancias que deben tener los nombres célebres, ó mejor dicho, la que más contribuye á perpetuar la celebridad de los nombres, es la de amoldarse á formar derivados. Platón, Góngora, Churriguera, Lutero, Jansenio, Hipócrates, Virgilio, Calderón, Cervantes y otros ciento constituyen las raíces de platónico, gongorino, churrigueresco, luterano, jansenista, hipocrático, virgiliano, calderoniano y cervántico.

María Cristina, Isabel II, Carlos V y Espartero crean cristinos, isabelinos, carlistas y esparteristas, mientras que ni Fernando VII, ni Prim, ni O'Donnell pueden dar nacimiento á fernandinos, primistas y o'donnellistas. Estériles, por desgracia, resultan también Lope de Vega, Solís, Quevedo, Garcilaso, Herrera, Velázquez, Murillo, Zurbarán, Goya y otros varones de la misma talla, dignos todos ellos de un derivativo eufónico que marcara el gusto, sabor y escuela de sus obras artísticas y literarias. Culpen de ello á sus nombres.

Ya queda indicado que la supresión de la *y* entre los apellidos paterno y materno ha sido el primer paso para abreviar, ennoblecer ó *elegantizar* los nombres de familia. De aquí los apelativos de Méndez-Núñez, Moreno-Nieto, García-López, Ruiz-Zorrilla, etc.

Otro recurso es el de unir ambos apellidos sin omitir las partículas que preceden al segundo, las cuales pueden ser *de, del, de la, de las* y *de los*.

Supongamos á D. Juan Ruiz casado con D.^a Josefa de Cárdenas;

A D. Pedro García con D.^a Luisa del Castillo;
A D. Manuel Pérez con D.^a Inés de la Vega;
A D. José Rodríguez con D.^a María de las Casas, y
A D. Diego Núñez con D.^a Petra de los Ríos.

Y los hijos de estos matrimonios, en vez de nombrarse Ruiz y Cárdenas, García y Castillo, Pérez y Vega, Rodríguez y Casas ó Núñez y Ríos, se apellidan y transmiten á sus descendientes convertidos ya en un solo nombre los eufónicos, altos, sonoros y significativos de

Ruiz de Cárdenas
García del Castillo
Pérez de la Vega
Rodríguez de las Casas y
Núñez de los Ríos.

Entiendo que la ley debe tolerar y aun fomentar estas argucias, para que las gentes venideras puedan resistir á la crisis que amenaza á los apellidos.

Aun cuando tanto los vocablos que los forman como los nombres de bautismo son de los que más resisten á las variantes ortográficas, es tan ineludible la ley del progreso humano, que á despecho de la tradición aristocrática y del

cariño con que el uso intenta conservar dichas palabras, éstas sufren cambios y alteraciones. Sean prueba de ello las conversiones de

Per y Pero, en.....	Pedro
Fernán, Hernán y Hernando...	Fernando
Joseph y Josef.....	José
Christóval y Xpóval.....	Cristóbal
Joachín.....	Joaquín
Hierónimo.....	Jerónimo
Joan y Johan.....	Juan
Elcano.....	Cano
Çapata y Çurita.....	Zapata y Zurita
Quadro y Quadros.....	Cuadrado y Cuadros
Sayavedra.....	Saavedra
Puertocarrero.....	Portocarrero
Ossorio.....	Osoño
Destúñiga, Estúñiga y Stúñiga.	Zúñiga
D'Avila.....	Dávila
Ximénez y Giménez.....	Jiménez, etc.

Como prueba del apego que ciertas gentes tienen á lo antiguo, recuerdo haber escuchado el siguiente diálogo:

«—¿Es Vm. pariente de la familia de Rojas de.... tal pueblo?»

«—No, señor—respondió el interpelado con acritud y enojo;—esos á quienes Vm. se refiere son *Rojas* con jota, y yo soy *Roxas* con equis.

«—De manera—replicó el preguntante con sorna—que Vm. no leerá jamás las ediciones modernas del *Quijote*?»

«—¿Por qué no he de leerlas?»

«—Muy claro; porque en ellas escriben á Don Quijote con jota, y el tal Don Quijote no debe ser ni prójimo del Don Quixote con equis.»

La *Gramática* de la Academia Española dijo en su edición de 1874, pero no lo repitió en la de 1880, que en la ortografía de los apellidos se respetase la práctica de las familias, pero sin adoptarla como ley. Es pues lícito escribir *Velásquez* con S ó *Velázquez* con Z, *Faxardo* con X ó *Fajardo* con J, etc.

¿Autorizará este buleto de la Academia para que con una palabra se formen dos? Y hago esta pregunta para decir que considero al apellido *Palomino* (salvo el parecer de los reyes de armas), como derivado del *pollo de la paloma*. Ni dicho nombre despierta ideas mal olientes, ni pasa de ser vulgaridad aquello de que

Palomino que no sea Bendón
Es Palomino de camión.

De modo que si tal nombre de familia, hidalgo é ilustre en artes y letras, siempre ha constituido una sola palabra, ¿será lícito, como hacen algunos, convertirlo en dos escribiendo *Palo-Mino*? ¿No pierde más que gana el apelativo con la voz *Mino* usada solamente para llamar á los gatos? Creo que si á los Palominos se les otorga este privilegio de división, no deberá negársele á los Benavides, Magallanes, Corominas y Marmolejos el derecho de firmarse Marmolejo, Coro-Mina, Maga-Llanes y Bena-Vides.

No es raro hallar firmas y tarjetas con leyendas poco acertadas, siendo al parecer cosas de redacción tan sencilla. Y esto consiste en que los muchachos comienzan á firmar cuando apenas saben escribir, y en que no reciben lecciones ni avisamientos sobre la manera de estampar su nombre y apellidos. Ninguno de los que acostumbran á suscribirse *Juan Manuel*, *Pedro Alonso*, *Francisco de Paula* ó *Antonio Abad*, ha sabido decirme por qué lo hace. Yo pregunté á Narváez y á Topete la causa de firmarse *Ramón María* el uno y *Juan Bautista* el otro, y no pudieron explicarme el motivo. Figúrome que así se oírían nombrar por sus parientes, y sin más ni más estamparon las palabras en las planas de la escuela, y luego en las cartas, y después en las tarjetas, y más adelante en el escalafón y en la *Guía oficial* de España. A nadie le interesa, ni las leyes piden el segundo nombre de los muchos con que se bautizan los españoles, ni tampoco quieren saber si su Luis es *Gonzaga* ó su Francisco de *Borja*. Exigen los documentos oficiales, para particularizar al sujeto, los apellidos paterno y materno. Con ellos y el nombre se consiguen la claridad, la brevedad y la legalidad. Entre otras muchas firmas y tarjetas que pudieran señalarse, citaré como autoridades y ejemplo, las de

Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe;
Manuel Tamayo y Baus;
José de Castro y Serrano, y
Marcelino Menéndez y Pelayo.

(Aun cuando el público suprime la *y* al nombrar á Menéndez Pelayo, éste no hace caso de la opinión de las gentes. Y obra con cordura mi sabio amigo, pues si fuera preciso atenderse á las pronunciaciones viciosas, el Marqués de la Vega de Arrijo, por ejemplo, debería firmarse *Marqués de Vegarniño*.)

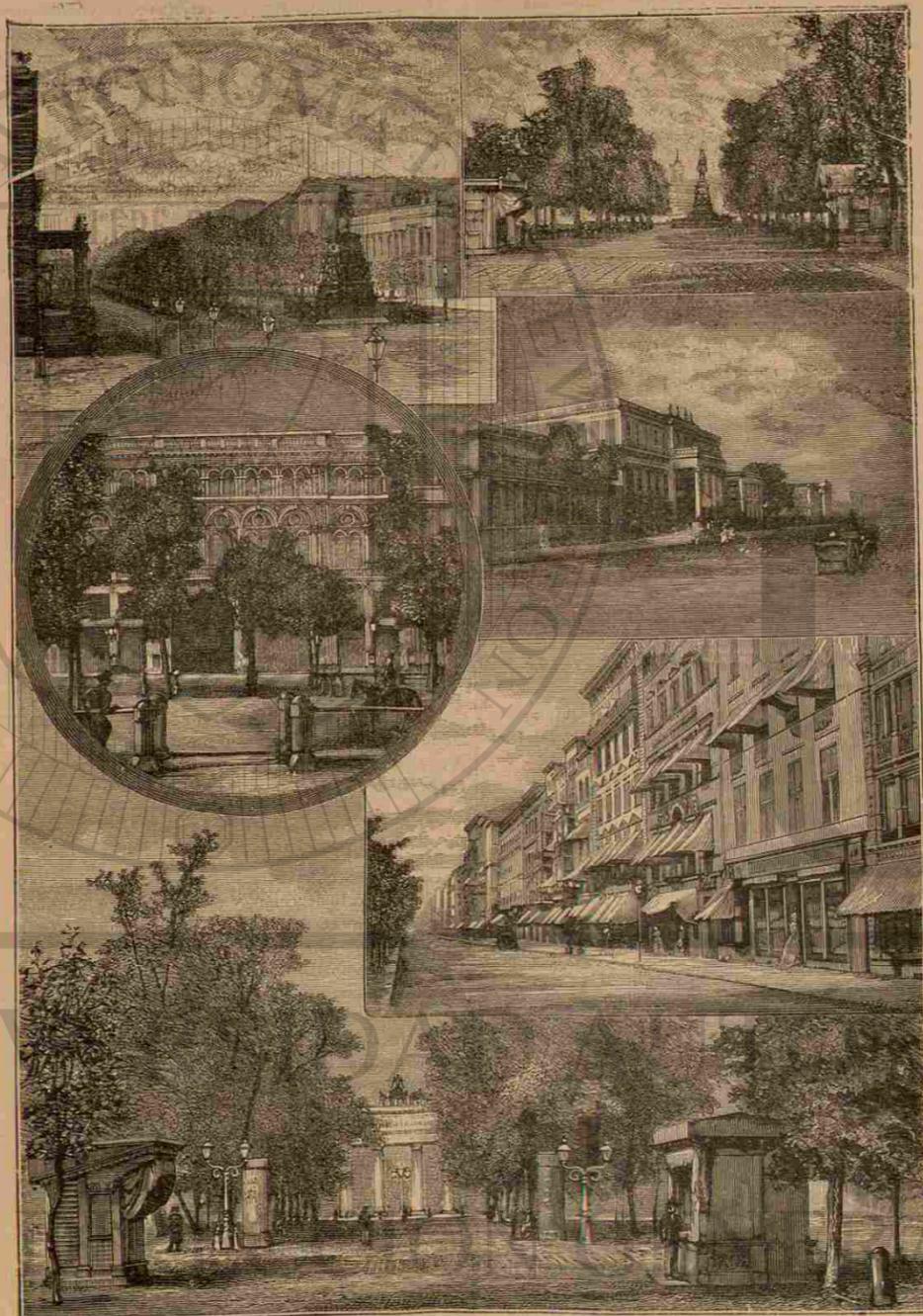
En esta época de adelanto y progreso, en que tanto han aumentado la instrucción, y el dinero, y los caminos, y los edificios, y las academias, y las comodidades y ventajas de todo género, lo único que empobrece, disminuye y amenaza crisis son los apellidos.

Mil y quinientos son próximamente los nombres de santos incluidos en el almanaque, que se aumentan con el ingreso de los nuevos canonizados. Pero el apellido sufre una continuada mengua, sin recibir otra compensación que la aportada por los extranjeros que contraen matrimonio en la península.

Según los cálculos más exactos, tenemos en España sobre cuatro mil apellidos.

Resulta que con las combinaciones de estas palabras habría surtido abundoso para diez y ocho millones de españoles, si la distribución fuese justa y equitativa.

No lo es, ni las leyes permiten que lo sea. Se repite el mismo fenómeno de las desigualdades notadas en la riqueza, en el vecindario, en la fama literaria y en las calles y plazas de las poblaciones. Entre los veinte primeros contribuyentes de cada localidad, pagan la cuarta parte del impuesto que al pueblo corresponde. Entre Sevilla, Madrid, Valencia,



VISTAS DE BERLÍN.

Málaga, Barcelona, Cádiz, Granada y otras cuantas capitales, se llevan el veinte por ciento de la población de España. Entre Tácito, Virgilio, Dante, Shakespeare, Milton, Cervantes, Molière, Racine, Zorrilla y otros pájaros de este vuelo, cargan con la mitad de los lectores que concurren á las bibliotecas. Entre la docena de calles y plazas principales de cada ciudad, reúnen mayor número de transeúntes que las infinitas callejas, callejuelas y callejones casi desconocidos por los mismos naturales de la población. Cuando imperen los socialistas y lo igualen todo, entonces sí que triunfará la verdadera justicia, y tendremos tantos paseantes en la Puerta del Sol como en la calle de Tabernillas, el mismo vecindario en Córdoba que en Ongallo, é igual número de lectores para Melo, Mendoza y Lafuente que para Rufo, Ardila y Venegas.

Los veinte apellidos más generalizados en España son, por su orden, los siguientes:

Fernández
Sánchez
García
López
González
Rodríguez
Martínez
Pérez
Alvarez
Díaz
Gómez
Moreno
Jiménez
Gutiérrez
Ruiz
Romero
Núñez
Muñoz
Dominguez
Benítez.

Y los veinte nombres de pila más usuales son éstos:

José
Juan
Pedro
Francisco
Manuel
Antonio
Miguel
Luis
Agustín
Carlos
Fernando
Vicente
Diego
Rafael
Tomás
Ramón
Joaquín
Felipe

Sebastián, y
Lorenzo.

Con el Dulce Nombre de María y sus multiformes advocaciones para señoras, y con las cuarenta palabras que anteceden, adicionadas á veces con un segundo nombre ó un segundo apellido, se surten y arreglan la cuarta parte de los españoles y de las españolas.

Si los santos y santas pudieran tener envidia, creo que San Tertulino, San Simplicio y San Babilas, con Santa Glicería, Santa Córdoba y Santa Maura, la tendrían á San Juan, San Pedro y San José, y á Santa Inés, Santa Leonor y la Virgen del Carmen. El gran partido y clientela de unos nombres, contrasta con el abandono y olvido á que parecen condenados los otros. La envidia de los apellidos es inversa á la anterior. Podríamos llamar á la primera envidia *positiva*, y á la segunda envidia *negativa*. El nombre de familia común y vulgar desearía quizá cambiarse por los Docavo, Milla, Dorda, Ranero, Parral ú otros por el estilo.

La disminución que sufren los apellidos se funda en extinguirse las líneas masculinas que los llevan. Fácil sería redactar una lista de los que existieron en los siglos XVI, XVII y XVIII, y que hoy han desaparecido. En cambio, cada año aumentan en progresión geométrica los nombres y apellidos usuales, porque la ley del Registro Civil manda á que cuando un niño no tenga padres conocidos se le ponga un nombre y un apellido usuales, que no revelen ni indiquen aquella circunstancia.»

Es decir, que al expósito no se le debe llamar Trifón, ni Amaranto, ni Madario, ni apellidarle Bonaparte, Bretón de los Herreros ó Cánovas del Castillo, puesto que ni estos nombres ni estos apellidos son usuales. La indulgencia y bondad de la ley quiere que la designación del que no tenga padres conocidos sea tal, que pase inadvertida para la generalidad de las gentes. Nadie le pregunta á Pedro López, ni á Manuel Fernández, ni á Luis Muñoz, quiénes eran sus padres ó sus parientes. Pero á los que se nombren Trifón, Amaranto ó Madario, alguien quizá mostraría curiosidad por saber si santos tan raros le fueron puestos en memoria de sus abuelos. Y al que apellidaran Bonaparte, Bretón ó Cánovas, muchos habrían de preguntarle si eran hijos ó nietos de los hombres célebres de iguales apellidos. En lo único que á mi juicio ha esta ley tacaña y miserable la ley, es en no dar á los expósitos *dos* apelativos que simulasen el paterno y el materno. De este modo, Antonio Leal y Campos, Luis Manzano y Ríos y Diego Ramírez y Carmona, hijos de la inclusa, podrían pasar con dichos nombres y apellidos usuales, y mientras no pretendiesen el hábito de Calatrava, por tres caballeros de nobilísima prosapia.

Los corolarios que pueden sacarse de cuanto dejamos apuntado, son los siguientes:

✠ Que algún día, con el constante aumento de apellidos frecuentes, llegarán á extinguirse los menos comunes y á llamarse todos los españoles *Sánchez, Fernández y García*:
✠ Que para impedir ó retardar semejante crisis, debe la ley hacer la vista gorda y tolerar el ennoblecimiento de

los apellidos (vulgares con cuantas partículas, efugios, triquiñuelas, amañes y soldaduras apetezcan sus poseedores:
 ✠ Que parecen malgastadas la tinta y tiempo que se emplean en firmarse con más de una palabra de nombre, aun cuando el nombre completo del santo conste de tres ó cuatro vocablos:
 ✠ Que en las escuelas debía indicarse á los niños el

modo de juntar los apellidos paterno y materno con arreglo á lo preceptado en las leyes;
 Y, por último, que son verdaderas nimiedades, futilidades y trivialidades aquellas en que se ocupa

EL DOCTOR THEBUSSEM,
 Cartero honorario.

Huerta de Cigarra, año de 1890.



PAMPLONA.—FUNDICIÓN PINAQUI, DONDE TRABAJÓ JULIÁN GAYARRE ANTES DE DEDICARSE AL ARTE LÍRICO.

(Dibujo del natural, por D. Ricardo de Ojeda.)



Á LA MEMORIA DE GAYARRE ⁽¹⁾

Llegó, sobre fuerte racha
 De vendaval, el invierno.
 La nieve cubrió las flores,
 Infortunadas, que fueron
 Del otoño moribundo
 Melancólico recuerdo.
 Con niebla bordó las costas,
 Con escarcha los senderos,
 En los bosques, hace poco

Tan alegres y risueños,
 Ya están las ramas sin hojas
 Y los nidos ya desiertos.
 En los hogares no vibran,
 Cual siempre que llega el tiempo
 De la Navidad, tan claros
 Del regocijo los ecos.
 Trágica inmortal, la muerte
 Descarga sus golpes ciegos,
 Sin respetar ni la dicha,
 Ni la juventud, ni el mérito.
 ¿Por qué doquiera se escuchan
 Llantos, sollozos y rezos....?
 La epidemia, incomprensible,
 Velozmente va cundiendo.

(1) Esta composición fué escrita expresamente para ser leída en la velada que, en honor á la memoria de Gayarre, celebró el Centro Militar de Madrid, en la noche del 30 de Marzo de 1890.

los apellidos (vulgares con cuantas partículas, efugios, triquiñuelas, amañes y soldaduras apetezcan sus poseedores:
 ✠ Que parecen malgastadas la tinta y tiempo que se emplean en firmarse con más de una palabra de nombre, aun cuando el nombre completo del santo conste de tres ó cuatro vocablos:
 ✠ Que en las escuelas debía indicarse á los niños el

modo de juntar los apellidos paterno y materno con arreglo á lo preceptado en las leyes;
 Y, por último, que son verdaderas nimiedades, futilidades y trivialidades aquellas en que se ocupa

EL DOCTOR THEBUSSEM,
 Cartero honorario.

Huerta de Cigarra, año de 1890.



PAMPLONA.—FUNDICIÓN PINAQUI, DONDE TRABAJÓ JULIÁN GAYARRE ANTES DE DEDICARSE AL ARTE LÍRICO.

(Dibujo del natural, por D. Ricardo de Ojeda.)



Á LA MEMORIA DE GAYARRE ⁽¹⁾

Llegó, sobre fuerte racha
 De vendaval, el invierno.
 La nieve cubrió las flores,
 Infortunadas, que fueron
 Del otoño moribundo
 Melancólico recuerdo.
 Con niebla bordó las costas,
 Con escarcha los senderos,
 En los bosques, hace poco

Tan alegres y risueños,
 Ya están las ramas sin hojas
 Y los nidos ya desiertos.
 En los hogares no vibran,
 Cual siempre que llega el tiempo
 De la Navidad, tan claros
 Del regocijo los ecos.
 Trágica inmortal, la muerte
 Descarga sus golpes ciegos,
 Sin respetar ni la dicha,
 Ni la juventud, ni el mérito.
 ¿Por qué doquiera se escuchan
 Llantos, sollozos y rezos....?
 La epidemia, incomprensible,
 Velozmente va cundiendo.

(1) Esta composición fué escrita expresamente para ser leída en la velada que, en honor á la memoria de Gayarre, celebró el Centro Militar de Madrid, en la noche del 30 de Marzo de 1890.

Victimas ilustres caen,
Una y otra y otra luego.
¿Qué valen contra su empuje
Salud, corazón y genio?
¡Cayó el gran artista! ¡Pobre
Gayarre! ¡Gayarre muerto!

ALERE FLAMMAM
II.
VERITATIS

Como después que yace
Preciosa flor marchita
Despréndense los últimos
Aromas todavía,
Dijérase que el eco
De aquella voz purísima,
De indefinible encanto,
Aun en el aire vibra,
Como de arroyo débil
Cadencia fugitiva,
Cual de lejana música
Doliente melodía.
¿Será que padecemos
Tremenda pesadilla
Que á todos nos invade,
Que á todos nos domina.....?
¿Quizá el enamorado
Esposo de *Selika*,
El amador constante
De la infeliz *Lucia*
Y adorador ferviente
De aquella *Favorita*,
Virgen, al pie del ara,
Y en sueños entrevista,
Nadir..... y *Arturo*..... y *Fausto*.....
Vive..... con esa vida
Que se prestan y cambian
El Arte y el artista?.....
¡Oh mágicos prestigios
Los de su voz dulcísima,
Eco de la de un ángel!.....
¡Oh vagas perspectivas
De la ilusión! ¡Oh *Espíritu
Gentil*; brillaste un día!
¡Oh *paraíso*, tierra
Fecunda..... y bendecida!
¡Recuerdos inefables!
¡Soñadas armonías!
¡Si volverle pudierais
El soplo de la vida!
Sí, como en el invierno,
De improviso, desliza
Un rayo el sol, de oro,
Que rasga la neblina,
De súbito, calmando
Nuestra profunda cuita,
Su acento resonara,
¿Quién no lo aclamaría?
¿Quién sabe?..... Acaso escucha

Nuestras voces amigas.
Acaso duerme sólo
Su espíritu de artista.....
¡Con el último ensueño
De la santa poesía!

III.

Desde el *paraíso* al *patio*,
Desde las *butacas* rojas
A las alturas que llena
Grande multitud ansiosa,
La sala de nuestro célebre
Coliseo de la Ópera
En noches extraordinarias
Ciega por lo esplendorosa,
Aturde por su bullicio,
Por su riqueza trastorna.
Viva luz en cien raudales
De su gran recinto forma
Como una hoguera de oro,
Como una gran aureola
De los palcos, donde brillan
Muchas mujeres hermosas,
Destacando su belleza
Y el primor con que la adornan,
Como sobre los cojines
De sus estuches las joyas.
¿Quién, con rasgos indelebles,
No conserva en la memoria,
Fiel, la de aquellos instantes,
Prólogo de tanta gloria,
Cuando *Gayarre*, poniendo
En su voz el alma toda,
Iba á comenzar alguna
De sus *romanzas* famosas?
En aquel hondo silencio,
Cual por ancho cauce brotan
Del arroyo cristalino
Transparentes, sueltas ondas,
Vibraban limpias, suaves,
Tennes, sus primeras notas,
Dulces cual brisa de Mayo
Que apenas mueve las hojas
De los árboles, y luego,
Lentamente, y en sonora
Progresión, como en el cielo
Después del alba medrosa
Poco á poco va lanzando
Sus resplandores la aurora,
Su voz iba desplegándose,
Con gradaciones armónicas,
Y creciendo, y alcanzando
La sonoridad grandiosa
Del viento rítmico y grave
Al cruzar bajo la bóveda
De los bosques y del lago
Cuando sus agnas desborda.....

Y después de que, tan sólo
Por maravilla, las notas
Agudas, escalonadas,
Como si en unas las otras
Se vinieran sosteniendo
En ascensión prodigiosa,
Llegaban á lo infinito
De la fuerza y de la forma,
Poco á poco, nuevamente,
Su voz acariciadora
Se replegaba, sumía
Sus arpegios en la sombra
Para terminar en una
Cadencia suave, sola,
Como murmullo de brisa
Al pasar entre las rosas,
Ó de fuente que sus aguas
Vertiendo va, gota á gota,
Ó de voces que se quejan,
Ó de alientos que sollozan,
Ó de lira que se rompe
Desmayada y quejumbrosa;
Y al conmover el espacio,
Por fin, la postrera nota,
Se unían sus vibraciones
Á los ecos de la gloria,
Y al artista contestaba
La ovación atronadora.

IV.

Pasó el invierno triste,
Con sus nieblas sombrías
Y sus noches de nieve

Y sus duras ventiscas....
Volvió la primavera,
Con sus hermosos días,
Derrochando sus flores
Y sus fáciles risas....
¿Torna cuanto el invierno
Destrozó con sus iras?
¡No, que la voz no suena
Del inspirado artista!

Allá, en rincón lejano
De su *tierra nativa*,
Yace su pobre cuerpo,
De la materia víctima.
Pero ¿quién sabe dónde
Su espíritu suspira?
¿Quién sabe?..... Acaso escucha
Nuestras voces amigas.
Acaso duerme sólo
Su espíritu de artista.....
¡Con el último ensueño
De la santa poesía!

¡La vida de la gloria
También es cierta vida!
Por eso, aunque la tierra
Devore las cenizas
Del generoso amigo,
Del malogrado artista,
¡Nosotros lo aclamamos.....
Y él vive todavía!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.



Victimas ilustres caen,
Una y otra y otra luego.
¿Qué valen contra su empuje
Salud, corazón y genio?
¡Cayó el gran artista! ¡Pobre
Gayarre! ¡Gayarre muerto!

ALERE FLAMMAM
II.
VERITATIS

Como después que yace
Preciosa flor marchita
Despréndense los últimos
Aromas todavía,
Dijérase que el eco
De aquella voz purísima,
De indefinible encanto,
Aun en el aire vibra,
Como de arroyo débil
Cadencia fugitiva,
Cual de lejana música
Doliente melodía.
¿Será que padecemos
Tremenda pesadilla
Que á todos nos invade,
Que á todos nos domina.....?
¿Quizá el enamorado
Esposo de *Selika*,
El amador constante
De la infeliz *Lucia*
Y adorador ferviente
De aquella *Favorita*,
Virgen, al pie del ara,
Y en sueños entrevista,
Nadir..... y *Arturo*..... y *Fausto*.....
Vive..... con esa vida
Que se prestan y cambian
El Arte y el artista?.....
¡Oh mágicos prestigios
Los de su voz dulcísima,
Eco de la de un ángel!.....
¡Oh vagas perspectivas
De la ilusión! ¡Oh *Espíritu
Gentil*; brillaste un día!
¡Oh *paraíso, tierra
Fecunda*..... y bendecida!
¡Recuerdos inefables!
¡Soñadas armonías!
¡Si volverle pudierais
El soplo de la vida!
Sí, como en el invierno,
De improviso, desliza
Un rayo el sol, de oro,
Que rasga la neblina,
De súbito, calmando
Nuestra profunda cuita,
Su acento resonara,
¿Quién no lo aclamaría?
¿Quién sabe?..... Acaso escucha

Nuestras voces amigas.
Acaso duerme sólo
Su espíritu de artista.....
¡Con el último ensueño
De la santa poesía!

III.

Desde el *paraíso* al *patio*,
Desde las *butacas* rojas
A las alturas que llena
Grande multitud ansiosa,
La sala de nuestro célebre
Coliseo de la Ópera
En noches extraordinarias
Ciega por lo esplendorosa,
Aturde por su bullicio,
Por su riqueza trastorna.
Viva luz en cien raudales
De su gran recinto forma
Como una hoguera de oro,
Como una gran aureola
De los palcos, donde brillan
Muchas mujeres hermosas,
Destacando su belleza
Y el primor con que la adornan,
Como sobre los cojines
De sus estuches las joyas.
¿Quién, con rasgos indelebles,
No conserva en la memoria,
Fiel, la de aquellos instantes,
Prólogo de tanta gloria,
Cuando *Gayarre*, poniendo
En su voz el alma toda,
Iba á comenzar alguna
De sus *romanzas* famosas?
En aquel hondo silencio,
Cual por ancho cauce brotan
Del arroyo cristalino
Transparentes, sueltas ondas,
Vibraban limpias, suaves,
Tennes, sus primeras notas,
Dulces cual brisa de Mayo
Que apenas mueve las hojas
De los árboles, y luego,
Lentamente, y en sonora
Progresión, como en el cielo
Después del alba medrosa
Poco á poco va lanzando
Sus resplandores la aurora,
Su voz iba desplegándose,
Con gradaciones armónicas,
Y creciendo, y alcanzando
La sonoridad grandiosa
Del viento rítmico y grave
Al cruzar bajo la bóveda
De los bosques y del lago
Cuando sus agnas desborda.....

Y después de que, tan sólo
Por maravilla, las notas
Agudas, escalonadas,
Como si en unas las otras
Se vinieran sosteniendo
En ascensión prodigiosa,
Llegaban á lo infinito
De la fuerza y de la forma,
Poco á poco, nuevamente,
Su voz acariciadora
Se replegaba, sumía
Sus arpegios en la sombra
Para terminar en una
Cadencia suave, sola,
Como murmullo de brisa
Al pasar entre las rosas,
Ó de fuente que sus aguas
Vertiendo va, gota á gota,
Ó de voces que se quejan,
Ó de alientos que sollozan,
Ó de lira que se rompe
Desmayada y quejumbrosa;
Y al conmover el espacio,
Por fin, la postrera nota,
Se unían sus vibraciones
Á los ecos de la gloria,
Y al artista contestaba
La ovación atronadora.

IV.

Pasó el invierno triste,
Con sus nieblas sombrías
Y sus noches de nieve

Y sus duras ventiscas....
Volvió la primavera,
Con sus hermosos días,
Derrochando sus flores
Y sus fáciles risas....
¿Torna cuanto el invierno
Destrozó con sus iras?
¡No, que la voz no suena
Del inspirado artista!

Allá, en rincón lejano
De su *tierra nativa*,
Yace su pobre cuerpo,
De la materia victima.
Pero ¿quién sabe dónde
Su espíritu suspira?
¿Quién sabe?..... Acaso escucha
Nuestras voces amigas.
Acaso duerme sólo
Su espíritu de artista.....
¡Con el último ensueño
De la santa poesía!

¡La vida de la gloria
También es cierta vida!
Por eso, aunque la tierra
Devore las cenizas
Del generoso amigo,
Del malogrado artista,
¡Nosotros lo aclamamos.....
Y él vive todavía!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.





ANGELINA. — Cuadro de Eugenio de Blaas.

TIPOS MADRILEÑOS

LA VIRTUD DE UNA TIPLA

Ó LA PERDICIÓN DE UN HOMBRE



ABRÁN ustedes que hace unos siete ú ocho meses encontré en la calle de Peligros á mi antiguo amigo Daniel Timbales, y en verdad digo que me produjo el mayor de los asombros hallarle sucio y derrotado, habiéndole conocido antes sumamente cuidadoso de su persona, atildado y elegante.

Heredó de sus padres Daniel una regular fortuna, suficiente para disfrutar una renta de 3.000 duros anuales, y con esto y con lo que trabajara de abogado, prestaba yo que había de vivir, si no como un potentado, á lo menos con cierta holgura y sin preocuparse del porvenir.

¿Cuál no sería mi sorpresa cuando el pobre Daniel, poco menos que sollozando, me dijo que no tenía qué comer?....

—Vente conmigo á casa—le dije—y comerás de mis fideos y de mis garbanzos, y me contarás, si quieres, las causas de la ruina en que te veo.

Pareció cobrar aliento mi amigo, con quien sin duda habíanse mostrado otros indiferentes ó esquivos, y me acompañó á casa, donde comimos en paz y en gracia de Dios. Y luego, dando á Daniel un puro de los de 20 céntimos de la Compañía Arrendataria, que recibí con visible regocijo, como fumador que no tiene para tabaco, díjele:

—Ahora, amigo Daniel, sepa yo, si me lo quieres decir, por qué fatales circunstancias has venido á dar en la extre-

ma situación de no tener qué comer, tú que tan bien acomodado estabas.

—Amigo mío—me dijo—solo por mi culpa, por mi grandísima culpa, me hallo hoy día de la fecha sin un céntimo en el bolsillo, separado de mi mujer y de mi hijo, que viven con mi suegra, una mujer implacable, y alojado en casa de mi antigua lavandera, la que me servía cuando yo tenía ropa blanca, que me ha cedido un rincón de su cuarto en el patio de la casa núm. 20 de la calle de las Maldonadas.....

—¿De suerte que has rifado con tu mujer y tu suegra?....

—No había de condenar á mi mujer y á mi hijo á morir de hambre; mi suegra, como es natural, tampoco podía consentir esta desgracia; pero respecto de mí ya es otra cosa.

—¿No le conmueve que tú no comas?

—También me daría de comer por humanidad; pero en medio de todo, aun conservo un resto, nada más que un resto, de pudor, y no he querido aceptar para mí esa gracia, que no podía rehusar para mi mujer y mi chico. Hubiérame dado hospitalidad también mi suegra, pero habría debido resignarme á oír constantemente sus quejas y sus reproches.... Mi suegra hubiera sido, de ser hombre, un excelente misionero ó temible diputado de oposición. Habla mucho y habla bien, es intencionada como un diablo, y su ironía abrasa la sangre de quien tiene la desgracia de oír sus convenciones.

—¿Es decir, que tú no quieres oírlo?

—No, porque tiene razón, y porque yo, como te digo, todavía tengo un resto de pudor.

—Pero vamos, ¿cómo te has arruinado? ¿Has jugado?

—¿Has querido divertirte y te has hecho un calaverón?

—Divertirme sí he querido, pero no lo he logrado. Has de saber que de mi ruina tiene la culpa la portera de mi casa.

—¿Una vieja? ¿Una portera?—exclamé contemplando con lástima á mi amigo, á quien comencé á considerar víctima de lamentable desequilibrio cerebral.

—Si; esa portera antipática y odiosa tenía una sobrina que era un ángel de la Escuela Nacional de Música y Declamación.

—¡Adiós mi dinero!

—¡Con una voz!....

—Ya supongo, angelical.

—Mi mujer y yo nos interesábamos mucho por ella. La hacíamos subir a casa, y acompañándola al piano mi mujer, cantaba como unruiseñor, encantando con su modestia y su donaire á cuantos la oían.... En los exámenes le hicieron una injusticia, le dieron el segundo premio de canto, aunque merecía el primero, lo que nos indignó á mi mujer y á mí. Para poner de manifiesto esta injusticia, un amigo de casa, autor de sainetes, le compuso una pieza, y la chica se presentó en el teatro de Eslava. Aquello fué un delirio; se le hizo una ovación como no hay memoria, con lluvia de flores, vuelo de palomas y versos improvisados. Y habiéndome gustado aquella noche cien duros para contribuir al mayor esplendor de la función, hubo alguien que se lo dijo á mi suegra, y desde el día siguiente los sentimientos afectuosos con que mi mujer y su madre favorecían á la artista, trocáronse en esquivéz, y á poco en declarado aborrecimiento. Consideraron sospechoso mi entusiasmo, y la segunda, que para mí había sido amiga cariñosa, se acordó de que era suegra y empezó á tratarme con la mayor dureza, coincidiendo esta actitud con la de mi mujer, que trocó en desabrimiento el cariño y la ternura con que hasta entonces había cumplido sus obligaciones de mujer casada. Tú no sabes probablemente, y por ello te felicito, lo que es vivir con dos mujeres irritadas y ofendidas; una suegra que cuando te hallas en su presencia clava en tí los ojos con miradas que te producen el mismo efecto que si te estuvieran pinchando el corazón con agujas de esterero, y una mujer que cuando te habla parece como si te hicieran en la cabeza inyecciones de plomo derretido. Una noche, al volver á casa, no hallé en la portería á la caricaturesca tía del segundo premio de canto del Conservatorio. Había tomado posesión de la portería un matrimonio sin hijos, guardia del Orden él, y ella una manchega que también parecía guardia. La otra había sido expulsada por habar nacido hermosa su angelical sobrina. Me indigné, te digo que me indigné.

—La cosa no era para menos.... Y buscaste á la víctima para consolarla.

—Si, la busqué y la encontré. La artista, como todos los genios, era víctima de las arterias y asechanzas de la envidia, y no había sido ajustada en el teatro donde obtuvo aquel triunfo colosal que me costó cien duros, porque se opuso una desfachatada tiple, la Comino, ya la conoces, que canta como un grajo, y no tiene otro mérito que su amistad con el empresario, y las exuberantes formas con que excita la admiración de los viejos verdes y los sietemesinos amarillos que constituyen la mayoría del público favorecedor de ese teatro. La situación de Adela era muy crítica; no hallar ajuste después de un éxito tan grande como legítimo, le había producido una pasión de ánimo, según afirmaba su tía, que le sería fatal. Haber soñado un porvenir de gloria, y después de gustar la incomparable embriaguez del aplauso popular, caer en la obscuridad y en el olvido, era golpe demasiado fuerte para aquella tierna sensitiva.... Conmoviéronme profundamente las amargas quejas de la víctima de

la envidia, y salió de aquel tugurio donde se había refugiado la portera despedida, con el firme propósito de hacer una obra de humanidad y amor al arte.

—¿Y qué hiciste?

—Había en Madrid un teatro que acababa de cerrarse por falta de público, y porque al empresario le faltaba dinero para tenerlo abierto. Los artistas que formaban la Compañía vagaban por la calle de Sevilla macilentos, demacrados, *parados*, sin más bienes que las papeletas de empeño y sin otra esperanza que la de hacer alguna feria en los pueblos más ilustrados de la provincia. Uno de estos cómicos líricos me habló de su mala ventura, y me pintó un cuadro lastimoso de los trabajos que él y sus compañeros pasaban, asegurándome que una nueva empresa que abriera el coliseo con una buena administración, podría hacer una bonita campaña. Él tenía hecho un presupuesto que con una media entrada los días de trabajo, y los dos llenos de los de fiesta, se cubría anchamente, sobrando dinero. Oyéndole pensé en mi protegida, é invitándole á entrar en el Inglés, donde se tomó una tortilla y un plato de riñones que daba miedo, me dió detalles minuciosos del negocio, me enteré del presupuesto y hasta hizo algunas rebajas en los sueldos de los compañeros, con lo que resultaba un sobrante para añadir cuatro duros en concepto de director al suyo de ocho, y otros ocho para otra primera tiple, que no sería otra que la sobrina de mi portera.

—¿Caíste en la red? Ahora lo comprendo todo, como dicen en las comedias.

—Si, hijo; ocho días después volvía á abrirse el teatro, y la diya obtenía otra ovación ruidosa. Los billetes los habíamos regalado todos, y el coliseo estaba brillante. Los periódicos dijeron el día siguiente que la nueva empresa no podía comenzar bajo mejores auspicios, elogiando mucho la acertada dirección del cómico aquel del plato de riñones. El hombre me decía: —«A usted no le importe que no se vendan billetes en la taquilla; si no se venden, se regalan; lo que importa es que el teatro esté lleno. «Y en efecto, era lo que sucedía; el teatro se llenaba y mi bolsillo se vaciaba, porque la primera y la segunda quincena tuve que hacer una resta considerable en mi cuenta corriente en el Bapeo de España, lo que, eso sí, me daba una grandísima importancia á los ojos del director y de todos los artistas de la Compañía, porque un empresario que paga en talones tiene asegurado el respeto y consideración de la *troupe*. La tercera quincena no fué menos costosa para mí que las anteriores, pero «no importa, me decía el cómico director, la obra nueva nos llenará el teatro cien noches». Figúrate con qué ansia esperaba yo el estreno de la obra nueva. Eso sí, era preciso hacer gastos extraordinarios; la obra nueva exigía decoraciones nuevas también, *atrezzo* considerable, y un gran vestuario. El autor del libro, el de la música y el cómico director de escena se ocupaban en todo esto, y disponían de mi bolsillo con la mayor franqueza, encargando á París trajes para las primeras partes y el coro, y la sobrina de mi portera estaba loca de gozo con su papel, no sólo porque tenía mucho verso y mucha música, sino porque en la representación luciría cuatro trajes, uno de amazona, otro de gitana ríca, otro de reina india, y el último de capitán de coraceros. Los directores de la tramoya, que suponían que no sólo por amor al arte sostenía ya la ruinosa empresa, creían que me

sería muy agradable todo lo que contribuyera al mayor lucimiento de la tiple, y con esto imaginaban servirme en mi empeño amoroso....

—¡Qué escándalo! ¡un hombre casado!

—No, no te escandalices, que mi protegida, además de sus cualidades de artista, poseía otra que nos llenaba de orgullo á su tía y á mí...., á su tía más que á mí, ¿entiendes? Era una virtud, una virtud de teatro, que no es como otra cualquiera, sino una virtud á prueba, una virtud más virtud, digámoslo así, que las otras. Desde sus primeros pasos por la senda escabrosa del arte había impuesto á cuantos la rodeaban el debido respeto á su virtud. Los intrépidos conquistadores que frecuentan los bastidores y vestuarios, en la cara cómicamente severa de la tía y en la actitud candorosa y púdica de la artista, conocían que allí no encontrarían la menor satisfacción sus pecaminosos propósitos. Mucha amabilidad en la niña al recibir plácemes y loores y algún regalito, eso sí, y la tía, ¡ah! la tía habíase aprendido una arenga que la repetía á todos los admiradores. Su sobrina no era como otras; si estaba en el teatro era porque con la disposición que tenía hubiera sido una lástima que no se presentase al público, y porque personas de mucho viso la habían obligado á salir á las tablas para que no se desconociera su mérito, y porque la intriga que le quitó el primer premio en el Conservatorio había sido un atentado, una picardía, que era preciso poner de manifiesto, y no había otro medio; pero ella, la tía, era una señora, y la sobrina una señorita, pero una señorita, repetía acentuando la frase, una señorita como no se estilan en el teatro, y lo que es de ella, de la señorita, nadie tendría que decir ni tanto así....

—¿Y tú te lo creías todo?

—Yo había tomado muy en serio mi grata misión protectora. La tía me decía, procurando en vano dulcificar su voz y su semblante: —«Don Daniel, usted es nuestros pies y nuestras manos». Y la sobrina, con su acento acariciador y bajando los ojos pudorosa, dejando su mano entre las mías, me repetía: —«Le quiero á usted como á un padre. Usted es mi segundo padre.» ¿Cómo, dime, se puede intentar siquiera la seducción de una inocente que te llama padre, aunque sea segundo?... No, hijo, no, yo sostenía una tremenda lucha épica entre mi carne y mi razón, pero al fin sobreponíase á los malos instintos de la carne los sentimientos de hidalguía y la satisfacción del bien obrar.

—¿Y te contentabas con tu papel de segundo padre y de empresario primerizo?

—Eso es.

—¿Y qué tal la zarzuela aquella?

—Un primor, hijo, un primor. Yo no entendía de zarzuelas, pero me entusiasma en los ensayos, lo mismo que mi protegida y su tía. Mas llegó el estreno, y me la reventaron. ¡Qué infamia! Desde la primera escena empezó el pateo, que sólo se interrumpía cuando se presentaba ella, tan bonita como un ángel, y el público la aplaudía por lo bien vestida, vestida á mi costa.

—A costa de su padre; es natural.

—En vano se propusieron el director y los autores hacer tragar al público la obra en las noches siguientes á la del pateo. Cada representación me costaba dos mil pesetas, porque el público no acudía al reclamo, y si el teatro estuvo



concurrido fué por el sistema del reparto gratuito de billetes. Al fin hubo que suspender la obra, y siguiendo el dictamen del director, que me repetía sin cesar: —«Don Daniel, usted fiése de mí y no tenga cuidado», recurrimos al repertorio antiguo, con lo que aquel gran farsante me aseguraba que recuperaría todo lo perdido. «Aprovechemos, decía, la tendencia que manifiesta el público hacia el decoro en el

arte, cansado de la política y el flamenquismo en el teatro. El fracaso que hemos tenido con la obra nueva ya lo preveía yo, pero no quise decir nada por respeto y consideración á los autores, y por no contrariar á Adelita, encaprichada con su traje de coracero, y además, yo podía equivocarme, aunque pocas veces me equivoco.

—¿Y no le tirabas de un empujón al foso?

—Tú le hubieras creído también. Hablaba con un tono de sinceridad y con tan persuasivo acento, que no había manera de contradecirle. Bavió un suelto á los periódicos, escrito en estilo ampuloso, en que encarecía los propósitos de la empresa de rendir ferviente culto al arte digno, abandonando para siempre el género híbrido, así decía, de la bufonería de que nos había contagiado el mal gusto transpirenaico.

—¿Y tuviste más fortuna con las zarzuelas por lo fino y lo culto?

—Te diré: lo que es de la prensa no me puedo quejar, porque unánimemente hizo justicia á mis levantados propósitos, considerándome como un regenerador del teatro y bienhechor de la humanidad. Y Adelita, que suspiraba por el género serio, me demostró el más vivo agradecimiento por ofrecerle ocasión de interpretar papeles de reinas como la de Portugal en *Los Diamantes de la Corona*, de nobilísimas y traviesas duquesitas como la de Medina en *Jugar con fuego*, de emperatrices rusas como *Catalina*, de niñas incantadas, candorosas, enamoradas, como *Marina*; pero aunque mi protegida creía cortados para ella los papeles de zarzuela fina, y su tía aseguraba que ninguna otra los habría desempeñado con tanto señorío, el público no se convenció, y los ingresos que me produjo el género selecto y clásico, por decirlo así, fueron como los del género cómico, es decir, que siguió costándome un ojo la empresa. —«Este, me decía el director, ya está visto, es un año perdido, pero no le importe á usted; en Mayo cerramos el teatro, y reduciendo la compañía, nos vamos á provincias, y malo ha de ser que no recupere usted lo perdido, ya que no gane, y en Septiembre, con las obras nuevas que me están escribiendo Fulano y Zutano, abrimos este mismo teatro, y con un éxito que tengamos, yo no quiero más que un éxito, se pone usted las botas.

—Pero, hombre, permítame que te exprese mi asombro de saber que á una persona de sana razón como tú la haya podido suggestionar y dominar un chisgarabís como me parece que ha de ser el director de tu compañía.

—¡Ah! mi querido amigo, es que tú no puedes figurarte lo que es la vida del teatro. ¡Ser empresario, estar en continuo íntimo trato con personas de singular y originalísimo carácter, que no se parecen á las que se encuentran en las relaciones de la vida ordinaria; recibir el homenaje del ingenio y de la hermosura, personificado aquél en los autores de comedias y ésta en las primeras partes femeninas, y hasta en el cuerpo de coros; oír constantemente chistes y agudezas de una fuerza cómica tan pronunciada como no se oyen en ninguna otra parte, y que si se dijieran ante el público producirían explosiones de carcajadas; saber historias curiosísimas de la bohemia teatral; la de los borrascosos amores de aquella dama matrona que ha enterrado tres maridos y quince amantes; la del hambre canina que pasó en Londres un matrimonio bailarín que, llevado á aquella gran

ciudad por un empresario trapisondista, quedó abandonado, sin un chelin, en medio de la calle, sin saber inglés ni francés, ni siquiera bailar; la de la boda forzosa del baritono con su patrona en pago de alimentos; la de la descomunal batalla en el escenario entre una característica y una dama joven, disputándose al apuntador; las aventuras de la que en la *Pasión* representaba la *moza de Pilatos* con el que hacía de *Judas*.... Y luego la diversidad de impresiones, la obra nueva de autor popular que hace entrever montones de dinero en la caja; los cuidados y los incidentes de los ensayos; las contradicciones que se ofrecen á cada paso y que es cuestión de honra dominar; las peticiones de las niñas del coro ó del baile, acompañadas de acariciadoras sonrisas y de miradas insinuantes; las repetidas francachelas para celebrar anticipadamente el éxito, que acaso luego será fracaso; para festejar la apertura del teatro; para consolidar la paz entre dos partes principales que estaban de punta, con grave daño del arte; ó cualquiera de los muchos sucesos que ocurren en la familia cómico-lírica. La vida del teatro es un semillero de placeres y amarguras incomparables, y quien á ella se acostumbra ya no se halla, luego que las circunstancias le alejan de ese medio, sin las continuas y variadas emociones que antes experimentó. Aquí me tienes arruinado, burlado, postrado y perdido en esa vida teatral, y es para mí el único deleite recordar los mil incidentes de mis empresas, y ahora que me encuentro en la imposibilidad absoluta de empeñarme en otro negocio teatral, es cuando imagino planes y proyectos que, si pudiera realizarlos, me darían una gran fortuna.

—Pero continúa tu historia. No hay que preguntar si te fué mejor en provincias que en Madrid, puesto que confiesas tu ruina.

—Recorrimos media España. En algunos puntos nos fué bien, y después de una excelente campaña en Zaragoza, pude suscribir á los deseos de Adela de abonarle doble sueldo. Me suplicaba con una humildad, con una gracia, con tan vivas demostraciones de gratitud.... y además, en los continuos viajes, alojándonos en las mismas fondas, almorzando y comiendo juntos, estando juntos casi todo el día y no separándonos más que cuando nos retirábamos á nuestros cuartos respectivos después de la función, habíamos intimado mucho.

—Pero la virtud....

—La suya no parecía haber sufrido el más ligero quebranto ni el más leve desfallecimiento, pero no te diré lo mismo de la mía.

—¡Ah, bribón!

—Sí, hijo, te lo confieso, la tentación era terrible, y la tía me lo conoció, y con aquella voz de sargento de reclutas, me decía: —«D. Daniel, que no le tenga yo que aborrecer á usted, queriéndole tanto...., que ya sabe usted que somos unas señoras, y cuidadito conmigo!....» Con estos y otros tan discretos avisos, la tía pretendía refrenarme. Yo le tenía miedo; aquella mujer me imponía, y en vano quería domesticarla aumentando el sueldo de la sobrina, y dándole beneficios libres, que me costaban el dinero. Después, de Zaragoza fuimos á Barcelona, tomé un teatro, para lucir á Adela, con onerosas condiciones, obligándome á dar un número fijo de funciones y á pagar el subido alquiler aunque no las diera. El segundo día y otros muchos hubo alarín

en la ciudad; los obreros estaban en huelga y se paseaban en grandes grupos sin más tregua que una hora para ir á comer, y la tropa se paseaba también, y en el paseo de Gracia había carreras á lo mejor, y circulaban las noticias más absurdas, con lo que la *burguesía* de la ciudad no se atrevía á salir de noche, y cada función me costaba seiscientos duros. Viéndome en peligro inminente de ruina, acudí á mis artistas, les hice presente mi apuro, les pedi rebaja en sus sueldos, y los que menos cobraban, la característica, el segundo tenor, el segundo apunte, las coristas, y hasta las cuatro enflaquecidas bailarinas, que ni para pantorrillas ganaban, mostraron la mejor voluntad de sacrificarse en mi obsequio, considerando lo desfavorable de las circunstancias y los sacrificios á que me veía obligado; pero, pásmate, amigo mío, Adela, mi protegida, la de los beneficios, la de los regalos, la del doble sueldo, negóse en absoluto, por boca de su tía, á modificar sus condiciones, y el director, el que había sido mi consejero, y con sus consejos me había comprometido, se colocó en igual actitud que la virtuosa tiple, intentando persuadirme de que la pérdida de aquellos nefastos días era cosa pasajera y de poquísima importancia para quien poseía una resma de talones del Banco. ¡Buenos talones los que yo tenía ya!.... Lo que sufrí no se puede explicar; pero hallaba, sin embargo, un consuelo en mi amargura. Adela se mostraba conmigo más expansiva, más amable que nunca, y la misma tía cedió un tanto en su severidad de principios, con lo que me empeñé más temerariamente en mi ruinosa empresa de sostener abierto un teatro sin público. Llegó al fin el día fatal en que me fué absolutamente imposible continuar, y tuve que exponer la verdad de la situación. Había acabado con lo mío y adquirido graves responsabilidades. Era preciso disolver la compañía. Mi primera visita de duelo fué para Adela, para la estrella del arte, por quien todo lo había perdido, dinero, amor conyugal, el afecto de mi suegra, las caricias de mi hijo, el tiempo, el pudor y la vergüenza, y la tía y ella me recibieron friamente. Allí estaba el director, que ya sabía mi forzosa resolución de *cerrar*, y se había adelantado á prevenir á la tiple.

—A ésta se lo decía yo ahora—dijo el grandísimo tuno—D. Daniel es una buena persona, pero de teatro no entiende una jota.

—Es verdad, D. Daniel—añadió la tía—y usted perdone, que no le quiero ofender, pero lo que es usted no debió nunca meterse en este trajín. Si usted lo hubiera entendido, mi sobrina sería á estas horas la primera tiple en el mundo, y usted hubiera ganado un dineral. Pero usted, eso sí, muy caballero en sus cosas, nadie se lo niega, pero como empresario no da usted pie con bola....

—Mire usted, D.^a Marciana—observó el cómico director—aunque el señor no lo entienda, si me da cinco mil duros, nada más que tristes cinco mil duros, me comprometo, y pongo la cabeza, á montar una magia que llene el teatro cien noches.

—¡Ah! sí, D. Daniel—exclamó la tiple con un dejo de ironía—una magia, yo estoy deseando hacer una magia. Vamos, ¿qué son para usted cinco mil duros?... Ande usted, que el bien para usted ha de ser.

Y ya empezaba yo á acariciar la idea de la magia, idea de imposible realización, puesto que no tenía dinero; pero aun creía poder recurrir al crédito. Y acaso habría salido de

allí con el propósito de resolver el grave problema, si mi director no me hubiese hecho caer de mi burro con una inesperada revelación.

—D. Daniel—me dijo—lo de la magia hay que decidirlo antes de tres días, porque si no quiere usted arriesgar esos cinco mil duros, ó menos, para ganar treinta mil ó más, ésta y yo nos vamos á las Baleares, donde tenemos ajuste para después de la boda.

—¿Qué boda, qué boda? pregunté.

—¡Toma! la nuestra; ¿para qué lo hemos de callar?

Me parece que no es ningún delito casarse. Ésta y yo nos casamos.

Cegué oyendo esta declaración de aquel infame le desafié, le dije cien mil picardías, y á Adela y á la tía las increpé duramente, y aquello fué un escándalo; á las voces acudieron los demás huéspedes, los camareros, el dueño acompañado de los municipales del punto inmediato, y entre todos tuvieron que sujetar á la tía, que no se contentaba con menos que sacarme los ojos.

Así terminó aquella desastrosa campaña teatral y amorosa.

—¡Pobre amigo!—exclamé—qué terrible escarmiento el tuyo. Y ¿qué piensas hacer? ¿Por qué no vuelves al seno de tu familia contrito y arrepentido? Tu mujer no podrá menos de perdonar al padre de su hijo, y tu suegra....

—No, no puedo. No volveré mientras no tenga recursos, no puedo recibir de mi suegra el favor de que me mantenga. Una esperanza tengo: mi tío carnal, el canónigo de Sigüenza, está muy malito, y sólo yo soy su heredero.

—¡Infeliz! ¿Deseas la muerte del canónigo?

—No, hombre, pero como está tan malito y tiene unos ochenta años, y este invierno es tan cruel, y allí hace tanto frío....

Otros días volvió á verme Daniel, que no sé cómo se mantenía cuando no venía á casa. Creo que copiaba comedias para un teatro. Una tarde me dejó un papel, en que había escrito: «Me voy á Sigüenza; mi pobre tío ha fallecido. Encomiéndale á Dios.»

Daniel le heredó, y la esposa, indulgente y piadosa como toda buena madre, perdonó al marido extraviado, y la suegra, discreta y buena madre también, perdonó al yerno tonto de capirote. Y en el hogar de Daniel parecía que ya no se reproduciría perturbación tan grave como la que produjo la desastrosa empresa teatral.

Hace dos meses que no he visto á Daniel. La última vez que le ví me dijo que se preparaba á abrir su bufete, resolución que celebré y aplaudí vivamente, por más que no tenga yo gran fe en los conocimientos de mi amigo en la ciencia del Derecho.

Pero ayer, anoche, en *La Correspondencia* he leído, con el asombro que puede suponer el lector, lo siguiente:

«En Septiembre próximo abrirá sus puertas el teatro de.... con una selecta compañía cómico-lírica, de la que formarán parte artistas de reconocido mérito, cuya lista publicaremos brevemente. El empresario es el activo é inteligente D. Daniel Timbales, que se propone ofrecer al público grande amenidad en los espectáculos, presentando obras en que sobresalgan, hábilmente combinados, el chiste picante y el más exquisito decoro, la belleza plástica

todo su esplendor y la belleza moral en toda su filosofía y en toda su pureza. Felicitamos al distinguido Sr. Timbales y le auguramos el más lisonjero éxito. El público no podrá menos de recompensar largamente sus sacrificios.»
No sé si formará parte de esta compañía la virtuosa ti-

ple, pero es de presumir que entre ella y otros se coman la herencia del canónigo de Sigüenza.

¡Pobre amigo Timbales! ¡Tú morirás en Leganés ó en el Asilo del Pardo! Y eso sí, lo mereces.

CARLOS FRONTAURA.



EL ARTE EN EL CAMPO



VUELTA Á LA PATRIA

(DE MIS MEMORIAS PÓSTUMAS)

I.

De mis recuerdos íntimos dejadme que hoy escoja
Y á leer os dé esta hoja, si versos aun léeis :
Volví yo de América temiendo un desengaño ;
Eran el mes y el año, Abril, sesenta y seis.

Sobrecogíome insólita penosa incertidumbre,
Que al fin en pesadumbre degeneró y afán :
Cual desertor que teme ser visto, avizoréme
Y anduve como prófugo un mes por Perpiñán.

Tras casos tan extraños y de tan largos años
De voluntaria, inútil y muda expatriación,
¿Cómo acoger debía la patria abandonada
Al que en su abono nada traía por razón?

Yo nunca me he adorado ni me he ensobrecido ;
Mas ¡ay! ¡ser olvidado donde famoso fui!
Ante esta duda extraña, no me atreví de miedo
Ni en Francia ni en España á preguntar por mí.

El ser reconocido temí por mi apellido,
Y el de mi madre en cambio del paternal tomé ;
Por fin surgió en mi mente, cual luminosa chispa,
La idea, clara chispa que incandesció mi fe.

Fantástica y excéntrica, rayaba en la locura :
Fiéme en mi ventura, y á emborronar papel
Para escribirme el mío y en él para ensayarme,
Determiné encerrarme en un modesto hotel.

¡ Es la comedia humana! — Sobre un plantel de plátano
Se abría mi ventana : y aprovechando yo
Las horas noche y día, detrás de su persiana
Forjé una pöesia que al vulgo alucinó.

Mayo era ya : asomábase tras mi tarea diurna
Y en la quietud nocturna contento á respirar
El aura en los intervalos de natural descanso
Y á oír el rumor manso del fresco platanar.

De su follaje ondisono por cima, en la manzana
De casas, no lejana, pero contigua no,
Veía yo de noche brillar en su buhardilla
Perenne lucecilla que mi atención llamó.

No sé por qué... (son cosas que bien jamás explica
Por más que las aplica la ciencia una razón)
De aquella luz perenne el resplandor hacia
Soñar mi fantasía, latir mi corazón.

Fué para mí atractivo de poderoso encanto
El foco siempre vivo de aquella claridad.
« ¿Quién velará allí tanto? » — decía yo forjándome
Quimeras mil, picándome pueril curiosidad.

« Tal vez dos criaturas por el amor dichosas,
Tal vez dos almas puras que velan laboriosas
En impropio trabajo para vivir con él :

Tal vez un estudiante : tal vez un escondido :
Tal vez mujer constante, que con atento oído

Aguarda á su marido, ó jugador ó infiel. »
Y he aquí lo que es la gente, curiosa, impertinente
Y del que vive en frente pensando siempre mal :

todo su esplendor y la belleza moral en toda su filosofía y en toda su pureza. Felicitamos al distinguido Sr. Timbales y le auguramos el más lisonjero éxito. El público no podrá menos de recompensar largamente sus sacrificios.»

No sé si formará parte de esta compañía la virtuosa ti-

ple, pero es de presumir que entre ella y otros se coman la herencia del canónigo de Sigüenza.

¡Pobre amigo Timbales! ¡Tú morirás en Leganés ó en el Asilo del Pardo! Y eso sí, lo mereces.

CARLOS FRONTAURA.



EL ARTE EN EL CAMPO



VUELTA Á LA PATRIA

(DE MIS MEMORIAS PÓSTUMAS)

I.

De mis recuerdos íntimos dejadme que hoy escoja
Y á leer os dé esta hoja, si versos aun leéis:
Volví yo de América temiendo un desengaño;
Eran el mes y el año, Abril, sesenta y seis.

Sobrecogíome insólita penosa incertidumbre,
Que al fin en pesadumbre degeneró y afán:
Cual desertor que teme ser visto, avizoréme
Y anduve como prófugo un mes por Perpiñán.

Tras casos tan extraños y de tan largos años
De voluntaria, inútil y muda expatriación,
¿Cómo acoger debía la patria abandonada
Al que en su abono nada traía por razón?

Yo nunca me he adorado ni me he ensobrecido;
Mas ¡ay! ¡ser olvidado donde famoso fui!
Ante esta duda extraña, no me atreví de miedo
Ni en Francia ni en España á preguntar por mí.

El ser reconocido temí por mi apellido,
Y el de mi madre en cambio del paternal tomé;
Por fin surgió en mi mente, cual luminosa chispa,
La idea, clara chispa que incandesció mi fe.

Fantástica y excéntrica, rayaba en la locura:
Fiéme en mi ventura, y á emborronar papel
Para escribirme el mío y en él para ensayarme,
Determiné encerrarme en un modesto hotel.

¡Es la comedia humana!—Sobre un plantel de plátano
Se abría mi ventana: y aprovechando yo
Las horas noche y día, detrás de su persiana
Forjé una pöesia que al vulgo alucinó.

Mayo era ya: asomábanse tras mi tarea diurna
Y en la quietud nocturna contento á respirar
El aura en los intervalos de natural descanso
Y á oír el rumor manso del fresco platanar.

De su follaje ondisono por cima, en la manzana
De casas, no lejana, pero contigua no,
Veía yo de noche brillar en su buhardilla
Perenne lucecilla que mi atención llamó.

No sé por qué... (son cosas que bien jamás explica
Por más que las aplica la ciencia una razón)
De aquella luz perenne el resplandor hacia
Soñar mi fantasía, latir mi corazón.

Fué para mí atractivo de poderoso encanto
El foco siempre vivo de aquella claridad.
«¿Quién velará allí tanto?»—decía yo forjándome
Quimeras mil, picándome pueril curiosidad.

«Tal vez dos criaturas por el amor dichosas,
Tal vez dos almas puras que velan laboriosas
En impropio trabajo para vivir con él:
Tal vez un estudiante: tal vez un escondido:

Tal vez mujer constante, que con atento oído
Aguarda á su marido, ó jugador ó infiel.»

Y he aquí lo que es la gente, curiosa, impertinente
Y del que vive en frente pensando siempre mal:

Pendiente siempre un ojo del ojo de su llave,
Cree todo que lo sabe y que lo ve, y no hay tal.

Yo así la erré forjándome quimera tras quimera;

Y el caso en suma no era embrollo de Babel:

Un español con su hijo vivía, al mundo extraño,

Hacia más de un año en el tugurio aquél.

El hijo estaba enfermo, el padre le velaba

Y no les visitaba jamás sino un doctor

Que era español como ellos, que lejos no vivía,

Y á quien pedir podía información mejor.

II.

El Doctor y yo.

—¿No hay remedio?

—Ninguno: estos extraños

Males cuanto más tarde desarrollan

Su morbosa infección, más pronto arrollan

Al ser enfermo de ellos: plazo fijo:

Nadie llega á cumplir veintidós años:

Cosa que ya bien saben padre é hijo.

Los otros dos hermanos de este mozo,

De una tísica madre como él hijos,

Vivieron poco y mal, y sin reboso

La enfermedad manifestóse en ellos

Llevándoles enclenques y canijos

A través de la vida:

Débil conformación, fuerzas escasas,

Ojos con baja luz, ralos cabellos,

Anemia, palidez, tos prematura....

Siempre se les creyó cosa perdida,

Flores de cementerio

Nacidas en su propia sepultura.

Más la niñez y juventud risueña,

Alegre y á la vista vigorosa

De éste que va á morir, tan engañosa

Esperanza ofreció, tan halagüeña

Persuasión infundió de que á ser iba

De la regla excepción, y que en él rota

La cadena iba á ser, que ni remota

Duda ofreció su salvación: y estriba

Precisamente en esto el infortunio

De este padre infeliz, que bien descubre

Sin velo el porvenir: último Junio

De su hijo es éste: morirá en Octubre.

Yo no sé qué impresión hizo en mi alma

La historia del doctor, al fin le dije:

Su situación me affige,

Doctor, y bien quisiera....

Si algún alivio procurarles puedo....

Y él dijo de la ciencia con la calma,

Ninguno: es fuerza que en Octubre muera.

Tal vez un medio hubiera

De aliviarle algo, más le tengo miedo.

—¿Cuál y por qué?

—Usted es para ellos

Un ser, una entidad de grande influjo

Que les atrae y les sujeta.

—No comprendo, doctor, ¿me cree usted brujo?

—Tal vez: el que se muere es un poeta.

Con sus libros de usted se ha amamantado.

—¿Otra víctima más! exclamé absorto.

—Fué usted siempre su autor privilegiado:

Y como ya la muerte le combate

Tan de cerca y su plazo es ya tan corto,

Remedio ya tardío y arriesgado,

En presencia de usted.... no sufriría;

Tan profunda emoción tal vez le mate.

No dijo el doctor más: y yo sumido

En la idea fatal que al alma mía

Atormenta años ha y es mi manía,

Dije: «¿Otro imbécil á quien ha perdido

Mi loca y desastrosa poesía!»

¿Sondó el doctor mi triste pensamiento?

¿Juzgó que yo, poeta, me holgaría

De hacer conocimiento

No con él, ¿á qué ya?, con el talento

Del poeta infeliz que se moría?

No sé: mas dijo así, mientras ponía

En mi mano el doctor este fragmento

De extraña y funeraria poesía:

«He aquí un trabajo suyo; si lo vale,

Guárdelo usted; si de vulgar no sale,

Olvídelo; que al fin nada hay perdido

En arrojar lo inútil al olvido.»

Y muertos ya hijo y padre,

Yo de este ruin trabajo haciendo tema

Del tísico al poema,

Le doy á luz por si hay á quien le cuadre

Tal poesía póstuma y extrema.

POEMA POSTUMO DEL POETA TÍSICO.

I.

¡Volved, alegres pájaros del platanar cantores;

Volved á abriros, flores, que os oiga y huela yo:

Llenad mis horas últimas de música y perfume;

Mi vida se consume: Dios trunca me la dió.

En todo el largo invierno no he visto flores ni aves

Su aroma y trinos suaves mi solo goce son;

Mi tiempo se hace eterno sin pájaros ni flores:

No tuvo otros amores jamás mi corazón.

Mi mal es profiláctico, mi tiempo está medido;

El día en que he nacido nací cadáver ya:

Mi madre al darme su hábito me dió su pobre vida:

Mi cuna suspendida sobre mi fosa está.

Mi infancia fué del alba de la esperanza brisa,

Mi juventud, sonrisa falaz del porvenir;

El niño aparecía robusto y satisfecho,

El áspid que en su pecho llevaba sin sentir.

Mi juventud mostraba desarrollarse á gusto

En mi gallardo busto y en mi salud sin mal;

Crecía y despejábame mi clara inteligencia,

Cumpliendo mi existencia su evolución vital.

La ciencia nada hallaba que el germen revelase

De profilaxis, base del morbo de mi ser;

Mas fueron de ilusiones años diez y ocho: un día

El áspid mis pulmones mordió y me hizo toser.

Palidecimos todos: mi tisis era un hecho;

La muerte ya á mi pecho llamaba con su tos:

Mi mal venía á escape: me desahució la ciencia;

De muerte es la sentencia, y me la impone Dios.

De todos los deleites vedado me está el goce;

No hay dicha que alboroce mi estéril juventud;

Amar me está vedado: soy árbol sin retoño,

Soy ráfaga de otoño, flor seca de ataúd.

Yo nada alcanzar debo de lo que el hombre alcanza;

Nací sin esperanza, vivi sin porvenir:

Inútil fué el estudio, inútil fué el ingenio....

¡En mi tercer setenio por fuerza he de morir!

Y nada amar pudiendo quien vive en la agonia,

Amé la poesía, la creación amé.

Las flores y los pájaros, que siempre en Abril vienen,

Alegren y mantienen mi espíritu y mi fe.

II.

—¡Abril!—Ya se echa el viento, la atmósfera se entibia,

Ya todo mal se alivia al sol que vuelve á arder;

De vida un germen nuevo por donde quier renace;

Ya todo se rehace y anima por doquier.

¡Ya están aquí!.... Ya vuelven, anuales peregrinas,

Las pardas golondrinas del viejo nido en pos:

Ya á rehacerle empiezan y en él cama aderezan

A sus implumes hijos.... ¡Que las bendiga Dios!

Mayo comienza, cuájanse las lilas de botones:

Ya salen los gorriones de la saqueada troj;

La mariposa ciérnese sobre sus alas flojas

En las tupidas hojas del inmarchito boj.

Deslumbra el sol: la tierra se viste ya de verde:

De vista ya se pierde loabierto del país;

Achican ya los árboles las vistas y horizontes,

La luz tiñe los montes de azul que tira á gris.

Ya al alba matutina va á saludar la alondra

Y el ruiseñor ya trina á su hembra al reclamar;

Ya cuando duerme el viento, prudente la cigüeña,

Sobre la torre enseña sus pollos á volar.

Tupidos ya los céspedes y tréboles del prado;

Ya todo está alfombrado de vegetal tapiz;

Ya están en flor los árboles; ya el nido la oropéndola

Colgó, y cernese viéndola dormita la perdiz.

Ya quema el sol; ya Junio de nuestro globo activa

La acción vegetativa, ya en plena floración

Se envuelve él en su manto de flores y de aroma,

De los que el hombre toma vital respiración.

Ya quema el sol: ya suelto no vaga nada; han vuelto

Ya al fin todos los pájaros y ya incubando están:

Los tordos y los mirlos con la curiosa urraca

Son solos ya alharaca los que metiendo van.

Ya Julio el campo agosta y el páramo achicharra;

De día la cigarra chirrea entre la mies;

La noche turba sólo en su árbol el cucullito,

Entre la hierba el grillo, y el buho en el ciprés.

Del río por la orilla pasea la abubilla

Los martinetes triplices de su crestón condal;

Y en la agua contemplándose se ufana y pavonea,

Se esponja y galardea junto á la garza real.

El cuco, que es un píllo, desde su hueco tronco

Con el graznido ronco de su áspero cantar

Se burla de ella, mientras los peces de la orilla

Se van de la abubilla la imagen á picar.

III.

¡Oh Sol, de tierra y aire vital calor y esencia!....

¡Oh Sol, que á mi existencia no puedes dar calor!

Mantén el año entero tu fuego del estío:

Mantén en torno mío el pájaro y la flor.

¡Anhélicos inútiles de mi último deseo!

Los últimos que veo los de este Julio son.

Ya lleva mal mi espíritu la carne que le cubre:

¡Con la hojarasca Octubre me arrojará al panteón!

¡Dos meses más.... y muero frío, aterido, inerte!

¡Ó ven más pronto, muerte, ó dura, estío, más!

No quiero con la niebla morir en el otoño,

Que no trae un retoño ni un pájaro jamás.

No huyáis, alegres pájaros, del platanar cantores:

Volved á abriros, flores, para que os huela yo;

Mi vida se consume: de música y perfume

Llenad mis horas últimas.... ¡no me digáis que no!

Enviadme, frescas flores, vuestra vital fragancia

Dos meses más en Francia para poder vivir.

¡Cautadme, ruiseñores, cantad, pájaros míos,

Al son de vuestros píos para poder morir!

No quiso Dios: su vida

Se prolongó hasta Octubre:

La piedra que le cubre

Sin fecha y nombre está.

Ser pudo un gran poeta,

Mas se perdió ignorado;

¡Y aun de él lo que he contado

Tal vez no se creerá!

JOSÉ ZORRILLA.

Octubre de 1888.

Pendiente siempre un ojo del ojo de su llave,
Cree todo que lo sabe y que lo ve, y no hay tal.

Yo así la erré forjándome quimera tras quimera;

Y el caso en suma no era embrollo de Babel:

Un español con su hijo vivía, al mundo extraño,

Hacia más de un año en el tugurio aquél.

El hijo estaba enfermo, el padre le velaba

Y no les visitaba jamás sino un doctor

Que era español como ellos, que lejos no vivía,

Y á quien pedir podía información mejor.

II.

El Doctor y yo.

—¿No hay remedio?

—Ninguno: estos extraños

Males cuanto más tarde desarrollan

Su morbosa infección, más pronto arrollan

Al ser enfermo de ellos: plazo fijo:

Nadie llega á cumplir veintidós años:

Cosa que ya bien saben padre é hijo.

Los otros dos hermanos de este mozo,

De una tísica madre como él hijos,

Vivieron poco y mal, y sin reboso

La enfermedad manifestóse en ellos

Llevándoles enclenques y canijos

A través de la vida:

Débil conformación, fuerzas escasas,

Ojos con baja luz, ralos cabellos,

Anemia, palidez, tos prematura....

Siempre se les creyó cosa perdida.

Flores de cementerio

Nacidas en su propia sepultura.

Más la niñez y juventud risueña,

Alegre y á la vista vigorosa

De éste que va á morir, tan engañosa

Esperanza ofreció, tan halagüeña

Persuasión infundió de que á ser iba

De la regla excepción, y que en él rota

La cadena iba á ser, que ni remota

Duda ofreció su salvación: y estriba

Precisamente en esto el infortunio

De este padre infeliz, que bien descubre

Sin velo el porvenir: último Junio

De su hijo es éste: morirá en Octubre.

Yo no sé qué impresión hizo en mi alma

La historia del doctor, al fin le dije:

Su situación me affige,

Doctor, y bien quisiera....

Si algún alivio procurarles puedo....

Y él dijo de la ciencia con la calma,

Ninguno: es fuerza que en Octubre muera.

Tal vez un medio hubiera

De aliviarle algo, más le tengo miedo.

—¿Cuál y por qué?

—Usted es para ellos

Un ser, una entidad de grande influjo

Que les atrae y les sujeta.

—No comprendo, doctor, ¿me cree usted brujo?

—Tal vez: el que se muere es un poeta.

Con sus libros de usted se ha amamantado.

—¿Otra víctima más! exclamé absorto.

—Fué usted siempre su autor privilegiado:

Y como ya la muerte le combate

Tan de cerca y su plazo es ya tan corto,

Remedio ya tardío y arriesgado,

En presencia de usted.... no sufriría;

Tan profunda emoción tal vez le mate.

No dijo el doctor más: y yo sumido

En la idea fatal que al alma mía

Atormenta años ha y es mi manía,

Dije: «¿Otro imbécil á quien ha perdido

Mi loca y desastrosa poesía!»

¿Sondó el doctor mi triste pensamiento?

¿Juzgó que yo, poeta, me holgaría

De hacer conocimiento

No con él, ¿á qué ya?, con el talento

Del poeta infeliz que se moría?

No sé: mas dijo así, mientras ponía

En mi mano el doctor este fragmento

De extraña y funeraria poesía:

«He aquí un trabajo suyo; si lo vale,

Guárdelo usted; si de vulgar no sale,

Olvídelo; que al fin nada hay perdido

En arrojar lo inútil al olvido.»

Y muertos ya hijo y padre,

Yo de este ruin trabajo haciendo tema

Del tísico al poema,

Le doy á luz por si hay á quien le cuadre

Tal poesía póstuma y extrema.

POEMA POSTUMO DEL POETA TÍSICO.

I.

¡Volved, alegres pájaros del platanar cantores;

Volved á abriros, flores, que os oiga y huela yo:

Llenad mis horas últimas de música y perfume;

Mi vida se consume: Dios trunca me la dió.

En todo el largo invierno no he visto flores ni aves

Su aroma y trinos suaves mi solo goce son;

Mi tiempo se hace eterno sin pájaros ni flores:

No tuvo otros amores jamás mi corazón.

Mi mal es profiláctico, mi tiempo está medido;

El día en que he nacido nací cadáver ya:

Mi madre al darme su hálito me dió su pobre vida:

Mi cuna suspendida sobre mi fosa está.

Mi infancia fué del alba de la esperanza brisa,

Mi juventud, sonrisa falaz del porvenir;

El niño aparecía robusto y satisfecho,

El áspid que en su pecho llevaba sin sentir.

Mi juventud mostraba desarrollarse á gusto

En mi gallardo busto y en mi salud sin mal;

Crecía y despejábame mi clara inteligencia,

Cumpliendo mi existencia su evolución vital.

La ciencia nada hallaba que el germen revelase

De profilaxis, base del morbo de mi ser;

Mas fueron de ilusiones años diez y ocho: un día

El áspid mis pulmones mordió y me hizo toser.

Palidecimos todos: mi tisis era un hecho;

La muerte ya á mi pecho llamaba con su tos:

Mi mal venía á escape: me desahució la ciencia;

De muerte es la sentencia, y me la impone Dios.

De todos los deleites vedado me está el goce;

No hay dicha que alboroce mi estéril juventud;

Amar me está vedado: soy árbol sin retoño,

Soy ráfaga de otoño, flor seca de ataúd.

Yo nada alcanzar debo de lo que el hombre alcanza;

Nací sin esperanza, vivi sin porvenir:

Inútil fué el estudio, inútil fué el ingenio....

¡En mi tercer setenio por fuerza he de morir!

Y nada amar pudiendo quien vive en la agonia,

Amé la poesía, la creación amé.

Las flores y los pájaros, que siempre en Abril vienen,

Alegren y mantienen mi espíritu y mi fe.

II.

—¡Abril!—Ya se echa el viento, la atmósfera se entibia,

Ya todo mal se alivia al sol que vuelve á arder;

De vida un germen nuevo por donde quier renace;

Ya todo se rehace y anima por doquier.

¡Ya están aquí!.... Ya vuelven, anuales peregrinas,

Las pardas golondrinas del viejo nido en pos:

Ya á rehacerle empiezan y en él cama aderezan

A sus implumes hijos.... ¡Que las bendiga Dios!

Mayo comienza, cuájanse las lilas de botones:

Ya salen los gorriones de la saqueada troj;

La mariposa ciérnese sobre sus alas flojas

En las tupidas hojas del inmarchito boj.

Deslumbra el sol: la tierra se viste ya de verde:

De vista ya se pierde loabierto del país;

Achican ya los árboles las vistas y horizontes,

La luz tiñe los montes de azul que tira á gris.

Ya al alba matutina va á saludar la alondra

Y el ruiseñor ya trina á su hembra al reclamar;

Ya cuando duerme el viento, prudente la cigüeña,

Sobre la torre enseña sus pollos á volar.

Tupidos ya los céspedes y tréboles del prado;

Ya todo está alfombrado de vegetal tapiz;

Ya están en flor los árboles; ya el nido la oropéndola

Colgó, y cernese viéndola dormita la perdiz.

Ya quema el sol; ya Junio de nuestro globo activa

La acción vegetativa, ya en plena floración

Se envuelve él en su manto de flores y de aroma,

De los que el hombre toma vital respiración.

Ya quema el sol: ya suelto no vaga nada; han vuelto

Ya al fin todos los pájaros y ya incubando están:

Los tordos y los mirlos con la curiosa urraca

Son solos ya alharaca los que metiendo van.

Ya Julio el campo agosta y el páramo achicharra;

De día la cigarra chirrea entre la mies;

La noche turba sólo en su árbol el cucullillo,

Entre la hierba el grillo, y el buho en el ciprés.

Del río por la orilla pasea la abubilla

Los martinetes triplices de su crestón condal;

Y en la agua contemplándose se ufana y pavonea,

Se esponja y gallearda junto á la garza real.

El cuco, que es un píllo, desde su hueco tronco

Con el graznido ronco de su áspero cantar

Se burla de ella, mientras los peces de la orilla

Se van de la abubilla la imagen á picar.

III.

¡Oh Sol, de tierra y aire vital calor y esencia!....

¡Oh Sol, que á mi existencia no puedes dar calor!

Mantén el año entero tu fuego del estío:

Mantén en torno mío el pájaro y la flor.

¡Anhélitos inútiles de mi último deseo!

Los últimos que veo los de este Julio son.

Ya lleva mal mi espíritu la carne que le cubre:

¡Con la hojarasca Octubre me arrojará al panteón!

¡Dos meses más.... y muero frío, aterido, inerte!

¡Ó ven más pronto, muerte, ó dura, estío, más!

No quiero con la niebla morir en el otoño,

Que no trae un retoño ni un pájaro jamás.

No huyáis, alegres pájaros, del platanar cantores:

Volved á abriros, flores, para que os huela yo;

Mi vida se consume: de música y perfume

Llenad mis horas últimas.... ¡no me digáis que no!

Enviadme, frescas flores, vuestra vital fragancia

Dos meses más en Francia para poder vivir.

¡Cautadme, ruiseñores, cantad, pájaros míos,

Al son de vuestros píos para poder morir!

No quiso Dios: su vida

Se prolongó hasta Octubre:

La piedra que le cubre

Sin fecha y nombre está.

Ser pudo un gran poeta,

Mas se perdió ignorado;

¡Y aun de él lo que he contado

Tal vez no se creerá!

JOSÉ ZORRILLA.

Octubre de 1888.

EL CIELO EN 1891



No sé si la propaganda que en favor de la vulgarización de las ciencias en España vengo haciendo desde hace años en *La Ilustración* ha producido frutos tangibles; pero, á juzgar por el interés con que una parte del público acoge ya los escritos que á dicho particular se contraen, y por el número de los admiradores del cielo, licito parece pensar que algo debe haber contribuido, cuando menos, á atenuar el inconcebible atraso intelectual que en tales materias existía. Mucho, sin embargo, queda por hacer todavía, pues no cabe duda de que los resultados obtenidos son asaz exiguos para elevar nuestro país al nivel de los pueblos instruidos de Europa y de la América del Norte; mas, aunque deficientes, esos resultados algo significan, y á conseguirlos mayores han de converger los esfuerzos de todo espíritu cultivado, ya que entre nosotros tamaña empresa se abandona, en virtud de un sistema que sólo es deplorable por lo que entraña de inconsciente, á la iniciativa privada.

Hallábame bajo la impresión de estas reflexiones, considerando hasta qué punto podrá contribuir á aminorar la inferioridad relativa de nuestro país el triunfo inaudito de Peral, cuando recibo de mi buen amigo D. Abelardo José de Carlos afectuosa invitación para escribir un artículo con destino al *Almanaque* de 1891. La invitación me es doblemente grata, por la persona de quien procede y por el levantado fin que la motiva; por manera que no he titubeado en aceptarla, eligiendo como tema de mi trabajo el que sirve de epígrafe á estas líneas, con lo cual los aficionados á observar las maravillas del firmamento y á elevar el pensamiento sobre este mundo sublunar, tendrán anticipada noticia de los principales fenómenos celestes que han de tener forzoso cumplimiento durante el año venidero. Y puesto que, como dirían en ocasión análoga nuestros simpáticos vecinos de allende el Pirineo, «à tout seigneur, tout honneur», daré principio á mi reseña por el astro central de nuestro sistema.

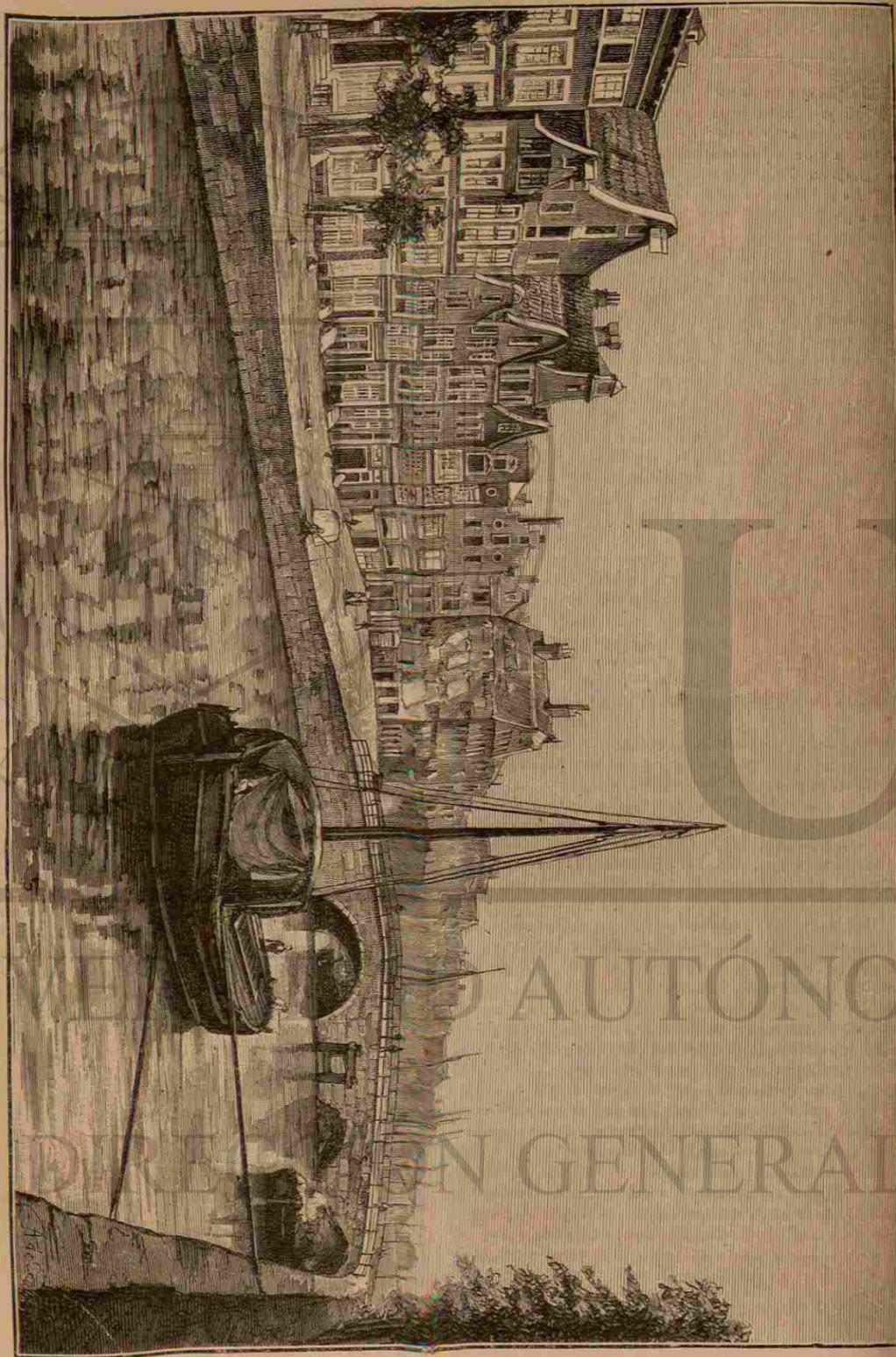
SOL.—Poco hay que decir acerca del gran luminar, sino es la necesidad de inspeccionar su disco con frecuencia, á fin de ver cuándo aparecen las primeras manchas que han de iniciar de un modo manifiesto el período de las grandes actividades del astro, dado que el de relativa tranquilidad puede considerarse como espirado en los momentos en que escribo (primeros de Julio de 1890). Las energías solares van á hacerse ostensibles, principalmente, en el hemisferio boreal, debiendo tenerse en cuenta esta circunstancia para converger allí de preferencia la atención.

Recuerde el lector que en este género de observaciones conviene, en general, emplear el ocular cuyo aumento sea igual ó un poco superior al número de milímetros que mide el diámetro del objetivo. Por ejemplo, para un instrumento de 75 milímetros de abertura, el ocular que aumenta 75 ú 85 diámetros; para un antejo de 95 milímetros, el ocular cuyo aumento sea de 95 á 120 diámetros. Es regla general que para que las imágenes resulten tranquilas y bien definidas no ha de reinar régimen meteorológico del N., ni del NW. (1), cuyos vientos son, en nuestro territorio, los que originan mayores perturbaciones en la definición de las imágenes telescópicas.

MERCURIO.—Pocos astros revisten en la actualidad interés comparable al de Mercurio, á consecuencia del descubrimiento que el insigne Schiaparelli ha hecho público recientemente. Según el sabio Director del Observatorio de Milán, el indicado planeta presenta constantemente al Sol una misma faz, de que resulta que los tiempos de rotación sobre su eje y de revolución alrededor del Sol, son iguales, particularidad análoga á la que ofrece la Luna con respecto á la Tierra, y de que no se tenía ni el más remoto asomo de sospecha. Los aficionados que posean un buen instrumento de 13 á 16 centímetros de abertura, harán bien en dirigirlo hacia el tórrido planeta para ver si pueden distinguir sus manchas y cerciorarse de la inmovilidad de las mismas.

Las épocas más favorables para la observación serán, antes de salir el Sol, 5 de Febrero, 5 de Junio, 28 de Sep-

(1) La letra W significa *oeste*, según convenio establecido entre los meteorologistas.



UN CANAL DE AMSTERDAM.

tiembre; y después del ocaso, 18 de Abril, 16 de Agosto y 11 de Diciembre. La más propicia, el 16 de Agosto.

VENUS.—Este planeta se mostrará como estrella de la aurora durante los primeros meses del año, y brillará con la máxima intensidad el 8 de Enero, sepultándose luego gradualmente en los resplandores del astro del día, para no volver á aparecer hasta los últimos días del año, en cuya época brillará como estrella de la tarde, mas sólo durante cortos intervalos en nuestras latitudes.

Según recientes observaciones de Schiaparelli, parece resultar que también en Venus son iguales los tiempos de rotación y de revolución. El problema no está resuelto todavía, por lo que puede colegirse el interés que han de entrañar durante largo tiempo las observaciones que á este particular se contraen.

MARTE.—Por su proximidad al Sol, Marte no se presentará durante el año 1891 en buenas condiciones para la observación.

JÚPITER.—El gigantesco planeta ofrecerá el interés que entraña siempre la observación de sus manchas, cuyos cambios son un motivo permanente de estudio para descifrar el enigma de la constitución física del astro.

De Julio á Octubre, Júpiter se hallará en la constelación de Acuario. El 1.º de Julio su posición en el cielo estará al NE. y á corta distancia de la estrella γ de la aludida constelación; el 1.º de Septiembre, casi junto á la estrella de quinta magnitud que se conoce con la designación de 83 λ ; el 1.º de Octubre, muy cerca de la μ . La oposición ocurrirá el 5 de Septiembre, en cuya época su diámetro ecuatorial subtenderá un ángulo de 50'', y su mayor altura aparente sobre el horizonte de Madrid llegará á 41º 34' 32".

Los eclipses de los satélites y los pasos de sus sombras sobre el disco del planeta son, sin disputa, los fenómenos más curiosos de aquel mundo, y merecen, por consiguiente, anunciarse aquí los que podrán ser observados á horas cómodas. En las tablas adjuntas, los satélites van indicados con números romanos, empezando á contar por el que se halla más próximo al planeta. Las horas son de tiempo medio astronómico del Meridiano de Madrid (1):

ECLIPSES DE LOS SATÉLITES.

14	Julio	I,	á	11 ^h	25 ^m	12 ^s	inmersión.
21	»	»	á	13	19	49	i.
23	»	IV,	á	10	56	53	emersión.
5	Agosto	II,	á	13	25	10	i.
6	»	I,	á	11	37	20	i.
13	»	»	á	13	32	1	i.
22	»	»	á	9	55	36	i.
23	»	III,	á	9	42	40	i.
»	»	»	á	13	0	39	e.
30	»	II,	á	10	27	12	i.

(1) En el día astronómico se cuentan las horas de cero á veinticuatro, y la hora cero corresponde á mediodía medio, por donde se colige que, de medianoche á mediodía, el día astronómico se atrasa doce horas con respecto al civil.

7	Septiembre	I,	á	10	28	44	emersión.
11	»	IV,	á	13	34	52	inmersión.
16	»	I,	á	6	54	45	e.
17	»	II,	á	7	41	29	e.
24	»	»	á	10	17	0	e.
28	»	IV,	á	7	52	14	i.
»	»	»	á	11	33	36	e.
»	»	III,	á	9	5	31	e.
30	»	I,	á	10	43	19	e.
5	Octubre	III,	á	9	53	40	i.
15	»	IV,	á	5	44	6	e.
16	»	I,	á	9	3	1	e.
19	»	II,	á	7	22	58	e.
23	»	I,	á	10	58	36	e.
25	»	»	á	5	27	36	e.
26	»	II,	á	9	59	27	e.
1	Noviembre	I,	á	7	23	11	e.
3	»	III,	á	5	12	49	e.
8	»	I,	á	9	18	50	e.
10	»	III,	á	6	6	28	i.
»	»	»	á	9	14	19	e.

PASOS DE LAS SOMBRAS.

6	Julio	I,	á	12 ^h	18 ^m	entrada.
»	»	»	á	14	37	salida.
13	»	II,	á	10	47	ent.
»	»	»	á	13	42	sal.
15	»	I,	á	10	59	sal.
22	»	»	á	10	34	ent.
»	»	»	á	12	53	sal.
29	»	III,	á	11	9	sal.
6	Agosto	»	á	11	39	ent.
»	»	»	á	15	9	sal.
7	»	II,	á	10	52	sal.
»	»	I,	á	11	11	sal.
14	»	II,	á	10	36	ent.
»	»	»	á	13	30	sal.
»	»	I,	á	10	44	ent.
»	»	»	á	13	3	sal.
17	»	IV,	á	11	39	ent.
»	»	»	á	15	54	sal.
23	»	I,	á	9	26	sal.
30	»	»	á	9	1	ent.
»	»	»	á	11	20	sal.
1	Septiembre	II,	á	8	5	sal.
3	»	IV,	á	10	4	sal.
6	»	I,	á	10	56	ent.
»	»	»	á	13	14	sal.
8	»	»	á	7	43	sal.
»	»	II,	á	7	50	ent.
»	»	»	á	10	43	sal.
10	»	III,	á	7	44	ent.
»	»	»	á	11	11	sal.
15	»	I,	á	7	19	ent.
»	»	»	á	9	38	sal.
»	»	II,	á	10	28	ent.
»	»	»	á	13	21	sal.
17	»	III,	á	12	46	ent.
»	»	»	á	15	11	sal.

22	Septiembre	I,	á	9	14	entrada.
»	»	»	á	11	32	salida.
29	»	»	á	11	9	ent.
»	»	»	á	13	27	sal.
1	Octubre	»	á	5	27	ent.
»	»	»	á	7	56	sal.
3	»	II,	á	7	56	sal.
8	»	I,	á	7	32	ent.
»	»	»	á	9	51	sal.
10	»	II,	á	7	42	ent.
»	»	»	á	10	34	sal.
15	»	I,	á	9	28	ent.
»	»	»	á	11	46	sal.
17	»	II,	á	10	21	ent.
23	»	III,	á	7	56	ent.
»	»	»	á	11	17	sal.
24	»	I,	á	5	52	ent.
»	»	»	á	8	10	sal.
30	»	III,	á	11	58	ent.
31	»	I,	á	7	47	ent.
»	»	»	á	10	5	sal.
9	Noviembre	IV,	á	7	12	ent.
»	»	»	á	10	52	sal.
11	»	II,	á	7	35	ent.
»	»	»	á	10	25	sal.
26	»	IV,	á	5	3	sal.

En la observación de estos fenómenos hay que emplear el ocular de aumento medio. Debe tenerse presente que en anteojos inversos, las sombras corren de derecha á izquierda. En las proximidades de la oposición del planeta, ó sea, de fines de Agosto á mediados de Septiembre, la del I correrá junto al borde de la gran banda austral; la del II, entre las dos bandas, casi á igual distancia de ambas; las del III y IV, entre el borde austral del disco y la banda del mismo nombre, como se indica en la figura 1.^a, en la cual el punto negro mayor representa la sombra del III, y el que se halla encima, la del IV.



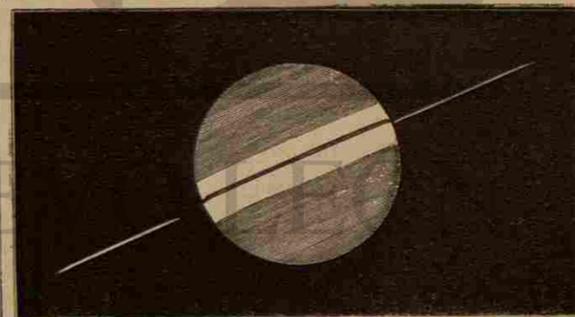
Los eclipses se distinguen bastante bien con un antejo

de 55 milímetros de abertura y un aumento de 50 diámetros. Las sombras de los satélites I y IV, y mejor aún la del III, se distinguen, en la época de la oposición, con un antejo de 75 milímetros, dado que el acromatismo y el aplanatismo del objetivo sean excelentes. Con un buen instrumento de 95 milímetros se ven perfectamente, en cualquiera época, las sombras de estos satélites, y hasta la del II, si bien ésta, en épocas apartadas de la oposición, no se percibe con claridad al proyectarse cerca del borde. Un instrumento de 108 milímetros la define bien en tal circunstancia.

SATURNO.—Á primeros de Febrero se hallará Saturno entre las estrellas θ y ι de la constelación de Leo, el 1.º de Junio al Norte de α , el 1.º de Agosto al NW. de σ , y el 1.º de Noviembre al NE. de β de la Virgen. Su oposición ocurrirá el 4 de Marzo, en cuya época el diámetro polar subtenderá un ángulo de 18'', y las dimensiones aparentes del anillo serán: diámetro mayor, 45''; diámetro menor, 3''.

Durante el año se efectuarán dos fenómenos muy notables y dignos de ser observados, para dar solución á los problemas que todavía están por resolver sobre la configuración de los anillos. Dichos fenómenos serán: primero, el paso de la Tierra por el plano del anillo, lo cual debe dar origen á su desaparición casi completa, por presentarse de canto y ser su espesor muy pequeño, y después el paso del Sol por el mismo plano.

La observación del primero será casi imposible, por efectuarse el 22 de Septiembre, época en que la proximidad del planeta al Sol ha de dificultar en extremo su visibilidad; mas no así la del segundo, que tendrá efecto entre el 30 y 31 de Octubre, en cuyos días el planeta sale más de tres horas antes que el Sol. El 13 de Noviembre la altura angular de Sol sobre el plano del anillo será de 12', ofreciendo éste el aspecto representado en la figura 2.^a En dicho día Saturno saldrá á 2^h 6^m de la madrugada.



URANO Y NEPTUNO.—El primero de estos planetas se hallará en oposición á mediados de Abril, al Oriente de la Espiga, y su diámetro aparente medirá 4''.

Neptuno estará en oposición á fines de Noviembre, en la constelación de Tauro, al N. de Aldebarán.

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.—Habrá dos eclipses de Sol y dos de Luna.

23 de Mayo: *Eclipse total de Luna*.—Visible como parcial, y las horas de las fases observables desde Madrid, serán:

Salida de la sombra.....	8 ^h 2 ^m
» penumbra.....	9 7

6 de Junio. *Eclipse total y anular de Sol*.—Visible como parcial, tan sólo en el extremo de la región NE. de la Península. Las horas de tiempo medio local á que se verificarán las principales fases serán:

Para Santander.—Principio....	5 ^h 24 ^m 9 ^s
Medio.....	5 39 55
Fin.....	5 54 59,

siendo la parte eclipsada del Sol las tres centésimas del diámetro del astro.

Para Barcelona.—Principio....	5 ^h 51 ^m 18 ^s
Medio.....	6 7 24
Fin.....	6 23 7,

y la parte eclipsada, las 35 milésimas.

15 de Noviembre. *Eclipse total de Luna*.—Visible en todas sus fases, y las horas serán, para Madrid:

Entrada en la penumbra....	9 ^h 22 ^m
» sombra.....	10 20
Principio de la totalidad....	11 23
Medio.....	12 4
Fin.....	12 46
Salida de la sombra.....	14 48
» penumbra.....	15 46

Este eclipse será notable por penetrar la Luna completamente en el cono de sombra de la Tierra. La observación ha de hacerse con el ocular celeste de menor aumento, ó sea el

de mayor campo, que es el que da más luz, como conviene para el caso, en que se trata de percibir, si es posible, el astro en los momentos de máxima obscuridad, y de estudiar su coloración y demás particularidades que puedan ofrecerse.

30 de Noviembre. *Eclipse parcial de Sol*.—Invisible.

El 9 de Mayo pasará Mercurio por delante del Sol; pero este tránsito, que ha de ofrecer interés, apenas será visible en España. Tan sólo una mínima parte, y en circunstancias muy desfavorables por la proximidad del Sol al horizonte, podrá verse en el punto extremo del NE. de la Península.

MEDIDA DEL TIEMPO.—Una vez más importa advertir que para prepararse á toda observación es necesario previamente poner en hora el reloj, cuya marcha se supone ya arreglada al tiempo medio, y para entender lo que este tiempo significa, no tengo sino referirme á lo que sobre el asunto llevo explicado en *Almanques* de los años precedentes. Puedo ahora añadir, que si no se quieren emplear los procedimientos que allí he descrito, hay un medio muy expedito para poner el reloj en hora, empleando un pequeño instrumento, llamado *cronómetro solar*, que fabrica el constructor Molteni, de Paris, y cuyo coste apenas excede de 100 francos. Con dicho instrumento se puede conocer la hora con medio minuto de incertidumbre. Hay otro aparato, llamado *cronodeik*, inventado no ha mucho por el astrónomo austriaco Palisa, y que viene á costar casi lo mismo. Es un aparatito muy práctico y sencillo, mediante el cual se puede conocer la hora con gran exactitud. No hay, por supuesto, que confiar en la hora de los relojes públicos, ni aun en poblaciones de importancia, pues Valencia figura en primera línea y Tortosa en segunda en tal concepto, y todavía marchan sus relojes en tranquilo desacuerdo con el Sol. En la segunda de estas localidades las discrepancias son siempre considerables, elevándose invariablemente á *media hora* en los meses de Febrero.

JOSÉ J. LANDERER.

Julio de 1890.



UNA PARISIENSE.

RESTITUCIÓN ⁽¹⁾

Estas pobres canciones que te consagro,
En mi mente han nacido por un milagro.
Desnudas de las galas que presta el arte,
Mi voluntad en ellas no tiene parte:
Yo no sé resistirlas ni suscitárlas;
Yo ni aun sé comprenderlas al formularlas;
Y es en mí su lamento, sentido y grave,
Natural como el trino que lanza el ave.
Santas inspiraciones que tú me envías,
Puedo decir, esposa, que no son mías:
Pensamiento y palabra de tí recibo;
Tú en silencio las dictas, yo las escribo.

Desde que abandonaste nuestra morada,
De la mortal escoria purificada,
Transformado está el fondo del alma mía,
Y voces oigo en ella que antes no oía.

Todo cuanto en la tierra y el mar y el viento
Tiene matiz, aroma, forma ó acento,
De mi ánimo abatido turba la calma,
Y en canción se convierte dentro del alma.
Y es que, en estas tinieblas donde me pierdo,
Todo está confundido con tu recuerdo:
Sin él, todo es silencio, sombra y vacío
En la tierra, y el viento, y el mar bravío.

Revueltos peñascales, áspera breña
Donde salta el torrente de peña en peña;
Corrientes vividoras del claro río,
Religiosos murmullos del bosque umbrío;
Tórtola que en sus frondas unes tus quejas
Al calmante zumbido de las abejas;
Águila que te elevas en corvo vuelo
Por el azul espacio que cubre el cielo;
Golondrina que emigras cuando el Octubre
Con sus pálidas hojas el suelo cubre,

(1) Dedicatoria de un libro inédito.

Y al amor de tu nido tornas ligera
Cuando esparce sus flores la primavera;
Aura mansa que llevas en vuelo tardo
Efluvios de azucena, jazmín y nardo;
Brisas que en el desierto sois mensajeras
De los tiernos amores de las palmeras:—
De las pobres palmeras que, separadas,
Se miran silenciosas y enamoradas:—
Pardas nieblas del valle, nieves del monte,
Cambiantes y vislumbres del horizonte;
Tempestad que bramando con ronco acento
Tus cabellos de lluvia tiendes al viento;
Solitaria ensenada, restinga ignota
Donde oculta su nido la gaviota;
Olas embravecidas que pone á raya
Con sus rubias arenas la corva playa;
Grutas donde repiten con sordo acento
Sus querellas y halagos el mar y el viento;
Velas desconocidas que, en lontananza,
Pasáis como los sueños de la esperanza;
Nebuloso horizonte, tras cuyo velo
Sus límites confunden la mar y el cielo;
Rayo de sol poniente que te abres paso
Por los rotos celajes del triste ocaso;
Melancólico rayo de blanca luna
Reflejado en la cresta de escueta duna;
Lamento misterioso de la campana
Que en la nocturna sombra suena lejana;
Plegaria que te elevas entre la nube
Del incienso que en ondas al cielo sube
Cuando al Señor levantan himnos fervientes
Santos anacoretas y penitentes;
Ruinosas catedrales mudas y muertas
Cuyas góticas naves halló desiertas,
Cuyas leves agujas al cielo alzadas
Parecen oraciones petrificadas;
Torres donde, por cima de la veleta
Que á merced de los vientos se agita inquieta,
Señalando regiones que nadie ha visto
Tiende inmóvil sus brazos la cruz de Cristo;

Luces, sombras, murmullos, flores, espumas,
Transparentes neblinas, espesas brumas,
Valles, montes, abismos, tormentas, mares,
Auras, brisas, aromas, nidos y altares,
Vosotros en el fondo del alma mía
Despertáis siempre un eco de poesía,
Y es que siempre á vosotros encuentro unido
El recuerdo doliente del bien perdido:
Sin él, ¿qué es la grandeza, qué es el tesoro
De la tierra, y el viento, y el mar sonoro?

Ya lo ves: las canciones que te consagro
En mi mente han nacido por un milagro.
Nada en ellas es mío, todo es don tuyo:
Por eso á tí, de hinojos, las restituyo.
¡Pobres hojas caídas de la arboleda,
Sin su verdor el alma desnuda queda!

Pero no, que aun te deben mis amarguras
Otras más delicadas, otras más puras:
Canciones que, por miedo de profanarlas,
En el alma conservo sin pronunciarlas;
Recuerdos de las horas que, embelesado,
En nuestro pobre albergue pasé á tu lado
Cuando al alma y al cuerpo daban pujanza
Juventud y cariño, fe y esperanza;
Cuando, lejos del mundo parlero y vano,
Íbamos por la vida, mano con mano;
Cuando húmedos los ojos, juntas las palmas,

En una se fundían nuestras dos almas:
¡Canciones silenciosas que el alma hieren!
¡Canciones que en mí nacen, y que en mí mueren!
¡Hechizadas canciones con cuyo encanto
A mis áridos ojos se agolpa el llanto!

Y aun á veces alivian mis amarguras
Otras más misteriosas, otras más puras:
Canciones sin palabra, sin pensamiento,
Vagas emanaciones del sentimiento;
Silencioso gemido de amor y pena
Que en el fondo del pecho callado suena;
Aspiración confusa que, en vivo anhelo,
Ya es canción, ya plegaria que sube al cielo:
Inquietudes del alma, de amor herida,
Vagos presentimientos de la otra vida;
Éxtasis de la mente que á Dios se lanza;
Luminosos destellos de la esperanza;
Voces que me aseguran que podré verte
Cuando al mundo mis ojos cierre la muerte;
¡Canciones que, por santas, no tienen nombres
En la lengua grosera que hablan los hombres!
¡Los ángeles las cantan en las alturas,
Y en la tierra las oyen las almas puras!
Esas son las que endulzan mi amargo duelo;
Esas son las que el alma llaman al cielo;
Esas de mi esperanza fijan el polo:—
¡Y esas son las que guardo para mí solo!

FEDERICO BALART.



®

PEPITO MÍO!

(IDILIO CASTELLANO)



I.

CONSTA que el Barón de Aspe era un santo varón. Miguel Rui de Peralta y Rui de Peralta, barón de Aspe y señor de Onecha, en la villa de Dueñas, heredó de sus mayores pingüe fortuna, y por poder ostentar algún título más que los de noble y rico, estudió en Segovia, llegó á capitán de artillería, y muy pronto dejó su carrera, «el cuerpo» y «el arma», en cuanto su anciana madre le llamó á Dueñas, para que la acompañara en los últimos años de su vida.

En la villa residían los amigos de su padre, sus propios condiscípulos de primeras letras y de correrías, y allí disfrutaba del sencillez y rudo trato y de las simpatías de todos los vecinos.

Cuando cogió su espada á los veintiseis años, se dedicó á hermostrar la casa y finca de sus antepasados, situada en medio de la pintoresca ribera de huertas donde se unen los ríos Pisuerga y Carrión. Cambió sus libros de artillería por los del arte rural, sus panoplias guerreras por trofeos de podaderas, azadillas, pulverizadores y alambiques, y olvidó los González Hontoria de 32 centímetros por la niquelada escopeta de Eibar, que fué en sus manos terror de los conejos del páramo, de las liebres de la vega y de las perdices del soto.

Después de una de las jornadas de invierno que pasaba con su madre en su vetusto palacio de Madrid, y antes de volver á disfrutar de la del otoño en Dueñas, recorrieron ambos durante el estío sus posesiones de Peralta, Falces y Funes, y fueron á reposar, según costumbre, á las playas de Deva.

Entre la distinguida sociedad que concurría á aquel puerto, conoció el Barón á la empingorotada familia de los Leivas de Tormantos, cuya única hija, Irene de Leiva y Ochánduri, hacía gala de llevar con toda prosopopeya el empaque de sus tatarabuelos, los primos hermanos del marqués de Pescara, gracias á algunos miles de cántaros de clarete que su padre cosechaba en la Rioja.

Tenia Irene dos años más que el Barón, y doscientos volúmenes de letra menuda más que él en la cabeza. Era hermosa en su físico y revelaba estudiada distinción en su atavío. Murmurábase entre la colonia veraniega que había desdeñado excelentes proporciones de casamiento, porque, según decía ella, «eran gentes de poco meollo los aristócratas que la asediaban, y en cambio, trascendían á plebe los sabios que con aquéllos concursaban á conquistar su corazón.»

Debió encontrar, sin embargo, en el Barón de Aspe alicurnia y talento bastantes, cuando, habiéndose entendido con él, decidieron, muy complacidos, la Baronesa vieja y el señor D. Crisógono de Leiva y de Tormantos, que en el próximo día de la Concepción se celebrara la boda de los chicos.

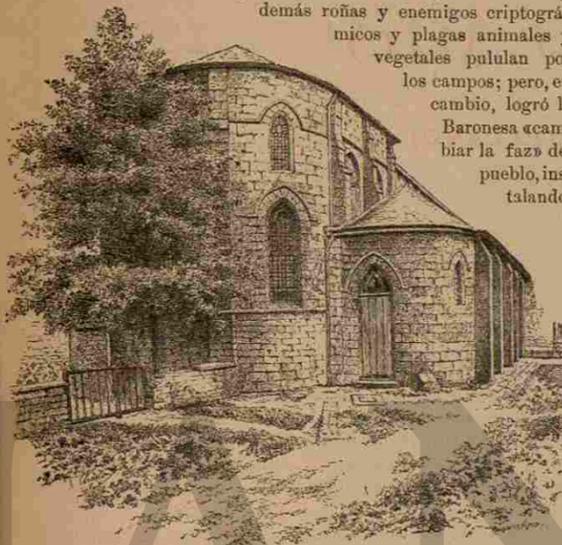
Y en el otoño siguiente, pasadas la luna llena de miel y todas las mieles del casamiento, regalos, oropeles, viajes y demás solemnidades del caso, se encontró la nueva Baronesa de Aspe y Señora de Onecha, en su chalet de Dueñas, asentada y reconocida como patrona, cacique y emperatriz de la merindad de Campos.

No quiso el cielo dar frutos de bendición al matrimonio, y á consecuencia de ello empezaron á descubrirse en la superficie de la vida de aquella feliz pareja así como algunas motitas del moño del aburrimiento.

La Baronesa se sintió muy inclinada á la meditación y á la iglesia, ampliando un tanto sus características cualidades de cristiana vieja, mujer fuerte y ortodoxa pensadora; y el Barón, «dejándola ir», se engolfó en la química agrícola, en la enología, en la apicultura y en otras diversas y muy inocentes maneras de gastar el tiempo y el dinero, sin

que lograrse encontrar un discípulo, ni un imitador en la comarca.

No progresó él mucho en sus experiencias rurales, porque parece que se conjuraron contra los esfuerzos de su sabiduría las heladas, los pedriscos, las avenidas, las sequías y cuantos *peronosperas*, *oidiums*, *melononthas* y demás roñas y enemigos criptográficos y plagas animales y vegetales pululan por los campos; pero, en cambio, logró la Baronesa «cambiar la faz» del pueblo, instalando,



con la ayuda de las principales damas que en él vivían, escuelas dominicales, asilos para muchachas desvalidas, cofradías diversas, conferencias doctrinales, velas constantes, propagandas contra la blasfemia, la embriaguez y el juego, y logrando, en fin, que se dulcificaran en mucho las costumbres y prácticas de gran parte de las gentes.

El éxito de esta campaña sublimó las afecciones místicas de la Baronesa, que empezó por dar magistral ejemplo con la vida recogida y edificante que hacía en su propia casa. En nada la contradujo su marido, considerando que así era ella completamente feliz, único ideal por él acariciado.

Convencido ó conforme con la pretensión de su mujer, de que no debía tratar con sus antiguos amigos de la villa, porque entre ellos había mucha plebe, se encerró en su chalet durante las largas temporadas de su permanencia en Dueñas, y no hizo al fin más que dos salidas diarias: la de la mañanita temprano, para ir á misa con su costilla, y la de la tarde, de paseo á la huerta de la ribera, amén de algunas otras que en los mejores días de otoño solía realizar, marchándose á los páramos, al monte ó al soto con sus criados y sus perros.

Así transcurrieron ocho años.

Una tarde del mes de Agosto, en que habían concluido de comer, y en que el Barón, apurando su café, su copita doble de *fine Champagne* y su veguero, sentía que se le cerraban los ojos con el dulce sopor de la cotidiana siesta, que solía dormir en la butaca, en la apacible sombra del comedor—galería inmediata á la huerta, le dijo la Baronesa,

mientras gustaba los últimos sorbos del té, en su taza de Pikman, ornada con los timbres de Aspe:

—Miguel, oye.

El Barón abrió perezosamente un ojo, miró á su mujer, lo volvió á cerrar y contestó:

—Oigo, Irene.

—Mañana saldré para El Henar con la doncella y una de las muchachas; voy á hacer la novena que tengo prometida.

El Barón, dando la última chupada al cigarro, y sin abrir los ojos, añadió:

—Está muy bien.

—Oye, Miguel.

—Oigo.

—Estaré fuera de casa once días; dos en el viaje y nueve en El Henar.

—Muy bien.

—El ama de gobierno, Eliodora, está ya enterada de cuanto ha de disponer para el servicio de la casa, durante mi ausencia.

—Perfectamente.

—Excuso recomendarte lo de siempre, Miguel. A misa por la mañana; no te detengas en la calle, háblete quien te hable; nada de confianza con tus antiguos conocidos, ¿eh? —Enterado.

—No te duermas; escucha. En los dos viernes que hay en esos once días, ya lo sabes, la vigilia.

—¿Qué más?

—Mira, para que entretengas dignamente el tiempo por la mañana, en mi gabinete te dejo el ejemplar de la *Práctica de contemplativos* del P. Toribio Torralva, que escribió hace doscientos treinta años y que se ha editado ahora de nuevo en Barcelona, cuya obra me ha enviado ayer desde Madrid Felicia, nuestra prima la Marquesa de Luco.

—Muy bien.

—Si ocurre alguna cosa, que creo que no ocurrirá, escríbeme, y lo dejaré todo y vendré al momento. Yo no necesito escribirte, porque supongo que no me pasará nada; ¿oyes?

El Barón no contestó. Se había dormido.

La Baronesa se levantó, cerró cuidadosamente las persianas y la puerta de la mitad de la galería y se fué al otro



extremo de ella, donde una muchacha la esperaba con una gran fuente llena de trozos de pan, de grano y de frutas. En cuanto asomó hacia la huerta, se oyó el estrépito del

vuelo de varias palomas, que descendieron desde lo alto de la casa hacia aquel lugar, y alguna de las cuales se posó en los hombros de la señora: una legión de gallinas acudió presurosa desde la empalizada abic. ta del corral cercano; por el sendero central de la huerta avanzaron desde un estanque, tambaleándose y con el pico abierto, graznando ansiosamente, un grupo de patos de múltiples colores, y en cuanto se oyó la algarabía que armaba aquel concurso alado, no quedó en los árboles de los alrededores ni un solo gorrion que no acudiera á la asamblea. La muchacha lanzó por el aire, á puñados y en diferentes direcciones, el contenido de la fuente, cuyo regalo se disputaron y devoraron en confuso revoltorio los convidados y los intrusos.

Terminado este pasatiempo diario, la señora de la casa se retiró; cada regimiento buscó la sombra en sus nidos, rincónes y ramas, y volvió á reinar por todas partes el silencio, sólo alterado por los sosegados y largos ronquidos del Barón, que reposaba como un patriarca.

H.

Al día siguiente, muy de mañana y después de misa, los Barones salieron en un landó, seguidos de un familiar, en el que iban una doncella y una criada, y llegaron á la estación del ferrocarril, donde Irene, con sus domésticas, tomó el tren correo con dirección á Valladolid.

Volvió el Barón á su casa, hizo su visita de inspección á la pajarrera, dedicando cuatro mimos y silbidos á los canarios, puso á la sombra las perlices y reclamos, soltó los perros para que diesen una vuelta por el cercado, encendió un cigarro, se sentó á la sombra de una parra, cuyos colgantes racimos no rojeaban aún, y abrió el correo de Francia, entreteniéndose largo rato con la lectura de los periódicos que recibía de París y de Burdeos.

Dió después un largo paseo por la huerta, y cuando el sol empezaba ya á molestar, subió á sus habitaciones, diciendo: —Vamos á ver lo que dice el padre Toribio Torralba en sus *Contemplativos*.

Entró en el gabinete de su mujer, cuya estancia á la suave luz del poniente, filtrada al través de las vidrieras decoradas con grupos de guirnaldas, tramas de cintas y geniecillos, parecía una capilla del Renacimiento, oreada por delicado perfume. En dos librerías de ébano, terminadas en su cornisa por los escudos enlazados de Aspe y Tormantos, lucían sus lomos policrómicos un centenar de escogidos volúmenes; varios artísticos cobres del arte flamenco, guarnecidos por oscuros marcos, ocupaban con simétrica distribución los blancos lienzos de las paredes, listadas por dorados frisos, y al lado de un reclinatorio de gusto plateresco, colocado al pie de una linda escultura francesa de la Virgen, ocultaba uno de los ángulos un arrogante escritorio de marfil del siglo XVII, con columnas mosaicas, cartelas, mascarones y colgantes, listado y tachonado con barrocas labores de plata.

El Barón, al entrar, separó un poco las cortinas, de labrado realce, del balcón, entreabrió más los visillos exteriores, y se dirigió al amplio velador del centro del gabinete, en el que, al lado de un gran jarrón de flores naturales, estaba en diminuto caballete de oro su retrato en traje de ca-

pitán de artillería, y en otros ricos marcos, el de la Baronesa mamá-suegra, el de don Crisógono y los de otros varios individuos de la familia. No se veía allí el libro del padre Torralba; pero pronto lo divisó, sobre la cubierta del soberbio piano de palosanto, casa Edmund Paulus, Stuttgart, que ocupaba el testero del gabinete.

La obra mística, en edición elzeviriana, estilo Carlos II, estaba sin abrir. El Barón buscó inútilmente en el velador y en el escritorio la plegadera, cuchillo de marfil, que usaba su mujer. Para poderla encontrar mejor, abrió de par en par las vidrieras del balcón, y ya con más luz, empezó á sacar y registrar los cajoncitos largos del escritorio, repletos de cartas, de apuntes y de curiosidades, que allí iba archivando la Baronesa á través del tiempo. La plegadera no parecía. Ya iba á terminar el Barón su tarea de rebusca, cuando, en el cajón del centro, debajo de su cartela, que ostentaba las armas de Onecha, halló, cuidadosamente envueltos en finísima tela de raso blanco, un ajado ramillete de antiguos pensamientos y claveles, y una cartera de dos hojas, sobre cuya cubierta aparecían entrelazadas y bordadae en oro con todo primor las iniciales *I y J*.

Excitado por la curiosidad, abrió la cartera y sacó de ella un medio plieguecito de cartas, timbrado con los atributos de Aspe y escrito con letra de la Baronesa.

El Barón empezó á leerlo, se detuvo, se restregó los ojos, acudió rápido á la claridad del balcón, con el rostro encendido y las manos crispadas, y leyó de nuevo con ansiedad, deteniéndose iracundo al fin de cada palabra. El escrito decía de esta manera:

«José, Pepe, ¡Pepito mío! tuyos son y serán mi corazón y mi espíritu; te amo en mi vida, en mis pensamientos y en mis acciones. No me olvides un solo instante y seré feliz. Nada me importa de cuanto me rodea sino el servirme. Hoy te dedico y pongo á tus pies estas flores, prenda segura de mi primero y único amor, que vivirá en mi pecho hasta la muerte.

«Cuando tú quieras llámame, porque estoy dispuesta siempre á seguirte con tal de que me acompañes en el momento supremo.

«José, Pepe, ¡Pepito mío! ¡Bendito seas!»

El Barón se llevó las manos á la frente, lanzó una exclamación horrible y dolorosa, y dijo, cerrando los puños:

—¡José, Pepe, Pepito mío! ¡Infame mujer! El cielo se me ha caído encima. ¿Sera verdad lo que veo? Si; esta es su letra, este es el papel que ha usado Irene muchas veces cuando se ha dirigido á personas de su intimidad. Este es seguramente el borrador de una carta; el testimonio vivo de su pérdida y solemne promesa.... ¡Pepe! pero ¿quién es este Pepe?.... ¿Dónde está este Pepito de mis entrañas, para buscarle y hacer que él ó yo desaparezcamos del mundo para siempre?

¡Oh infames y maldecidas mujeres! ¡y qué bien me tiene sorbido el seso con sus hipócritas y zalamerías marrullerías! ¿Habrá en la tierra ser más imbécil y despreciable que yo? ¡Imposible!

Y mientras hablaba y vociferaba, dando vueltas por el gabinete y derribando á puñetazos retratos, flores y *bibelots*, fijó sus ojos en el libro del padre Torralba, y cogiéndolo frenético, lo arrojó por el balcón, acompañado de un terno sonoro, y exclamando:

—¡Váyanse el diablo y para siempre las *contemplaciones*!

Luego se encerró en su cuarto, leyó cuarenta veces la carta de su mujer, saturándose más y más de dinamita, y haciendo mil espantosos y variados propósitos, que iba á poner en práctica inmediatamente.

Su preocupación constante mientras almorzó y paseó por la tarde, fué la de averiguar quién sería aquel José tan idolatrado. Recorrió con la memoria todas las amistades de su casa, desde que conoció á Irene, y no le resultó ningún Pepe pintiparado para el caso del enamoramiento de la Baronesa.

Apenas pudo comer; retirado en la galería hasta más de la media noche, pensó de nuevo en realizar estupendos propósitos. Proyectó sucesivamente:

Pegarse un tiro.

Desheredar á la Baronesa y marcharse á América.

Ir á El Henar, matarla y tirarse de cabeza al Duero.

Devolverla á la casa de Tormantos y embarraganarse en cualquier rincón del mundo.

Despedir á la servidumbre, pagar fuego á la casa y meterse á fraile.

Pero.... todos estos propósitos ofrecían la misma deficiencia: ¡Pepe quedaría vivo y triunfante, y tan fresco como si no hubiera roto un plato!

El problema grave, pues, era dar con Pepito; por él debía empezar la epopeya de su venganza.

Pero ¿quién era Pepe? ¿dónde estaba Pepe?

No había más remedio que esperar al regreso de su mujer, y obligarla á confesar quién era el culpable.

El Barón se decidió á esperar, aunque para ello hubiera de pasar diez días de mortales ansias.

A eso de las dos de la mañana se acostó, y procuró en vano conciliar el sueño; hasta que, al fin rendido, se durmió á las siete, y reposó malamente hasta las once, cuya circunstancia alarmó sobremanera á la servidumbre, siempre acostumbrada á que el Barón se desayunara muy temprano y fuera á primera misa.

El ama de gobierno, Eliodora, se aproximó cien veces á la puerta del gabinete de su señor, y al través de la cerradura, en medio del mayor silencio, oyó que el Barón roncaba y tosía de vez en cuando. No se atrevió á llamarle, ni á entreabrir la puerta, porque no tenía autorización para ello.

Los demás individuos de la servidumbre se enteraron de que el Barón seguía durmiendo, y Eliodora les dijo:

—Ayer estuvo el señorito muy disgustado; apenas comió y tal vez habrá tardado mucho en dormirse. Dejémosle descansar. Estoy segura de que le ha afectado mucho la ausencia de la señora Baronesa y de que por esto sufre. ¡Se quieren tanto!

III.

Pareciéndole al Barón que la casa se le venía encima y que aquel horizonte de sus hábitos caseros le ahogaba, salió á la calle en cuanto tomó un ligero desayuno. Instintivamente, y por antigua costumbre, durante algunos años interrumpida, se fué á pasear á la sombra de la plaza. Apenas desembocó en ella se halló con un caballero de su edad, semicanoso, muy estirado de bigotes y vestido con descuidada elegancia, el cual, al verle, se detuvo como admirado, se sonrió, abrió sus brazos y estrechó entre ellos al Barón, diciéndole:

—¡Querido Miguel, barón de mi vida! ¿A qué debo la satisfacción de verte en el mundo?

—Me aburría en casa, amigo Cándido, y como suele decirse, «me he echado á la calle.»

—¿Y la señora Baronesa?

—Está en Valladolid de compras.

—¡Ah, pícaro! ¿cómo te aprovechas de la ausencia de tu dueña, que, de seguro, á estar aquí, no te hubiera permitido semejante calaverada!

—Pues, permítala ó no, yo te juro que vuelvo á mi vida antigua, y que os haré compañía diariamente.

—¡Choca, Barón!—exclamó Cándido apretando su mano —así me gustan á mí los hombres, emancipados, y no recluidos siempre entre faldas como las monjas. Pero, en confianza, Miguel, ¿a qué se debe este cambio tan radical en tu conducta, cuando hace ya por lo menos tres años que no te veíamos el pelo en nuestras reuniones?

—No me lo preguntes, porque ni yo mismo lo sé. Lo que si te aseguro es que estoy firmemente decidido á hacer mi santa voluntad.

—De ello nos alegraremos en el alma todos los amigos;



EN EL JARDÍN.

porque, la verdad, chico, la vida de secuestrado que hacías no hablaba mucho en tu favor, y excuso manifestarte que la hemos censurado muchas veces.

—Teníais muchísima razón para ello. He sido un imbécil y ha llegado ya la hora de la enmienda.

Y mientras paseaban y hablaban de esta manera, vino hacia ellos, desde el extremo opuesto de la plaza, agitando los brazos y dando voces, un hombre grueso, viejo, bien conservado, D. Blas de la Pared, farmacéutico titular de la villa desde hacía medio siglo, propietario respetable y autor de cuantos progresos, innovaciones, enredos, fiestas y sucesos políticos é impolíticos de alguna resonancia habían ocurrido en ella en todo ese tiempo.

Traía D. Blas su sombrero de jipijapa en una mano, dando la calva al sol, y en la otra un pañuelo de hierbas, con el que se frotaba la mollera y el rostro. Vestía traje de dril claro muy holgado, con tiznes de almazarrón, lacre ó unto rojo en el chaleco, en las solapas y en las bocamangas; no llevaba cuello ni corbata, y sus calzones de zuavo, replegados en salomónicas curvas sobre sus zapatos blancos, bajaban á formar la línea de la entrepierna muy cerca de las rodillas, dejando entrever en la cintura, sobre el alto relieve del abdomen, y gracias al chaleco dado con un solo botón, las hebillas de su pretina de cuero y los arrebujados pliegues de la cantisa.

Llegó á donde el Barón y Cándido estaban, dió al primero un repique de palmadas en la espalda, y unos cuantos apretones de manos al segundo, y exclamó después mientras se abanicaba con el sombrero:

—Dudaban mis ojos, señor Baroncito, de que fuera verdad la «sorprendente sorpresa» é inusitado é inverosímil caso de que se viniera usted á pasear á la plaza, fenómeno feliz y deseado, no visto desde hace muchísimos tiempos. Así es que, ¡calle usted, hombre! ¡porra! no sé lo que me digo, al verle de nuevo, como resucitado, entre nosotros! Así es que, decía, estaba yo leyendo *La Iberia*, mi perpetuo periódico, en el portal de la oficina, cuando de pronto mi hija Clodomira, que despachaba una receta á unos tíos de Tariago, alza la voz y grita: «¡Padre, allí tiene usted al señor Barón paseando en la plaza con el comandante Cigales!» Elécticamente tiré el periódico, me quité las gafas y miré, sin poder dar crédito á lo que veía; y aun dudaba si sería usted ó no, cuando mi otra hija, Porcia, que regaba los tiestos en el balcón, gritó desde arriba: «¡Padre, padre, mire usted al señor Barón paseando con Cándido Cigales!» Y nada, aquí me tiene usted precipitado, para darle la bienvenida y preguntarle por la salud de la muy respetable señora Baronesa, cuyos pies beso.

El Barón oprimió cariñosamente contra su pecho al veterano D. Blas, y contestó:

—Mi mujer no tiene novedad. Yo agradezco á usted, don Blas, el afecto y entusiasmo con que viene á verme, sentimientos muy naturales en usted, que siempre me quiso tanto, y mucho más exaltados por el retraimiento en que yo he vivido.

—Respecto á lo de quererle—añadió el boticario—yo le he visto á usted nacer; y bien puede asegurar que jamás tuvo el señor Barón, su padre, que santa gloria haya, amigo más íntimo, más leal ni más desinteresado y respetuoso que yo. Yo le arreglé el colmenar, el invernadero y la bodega; le

enseñé á destilar licores, le embalsamé el perro *Galán*, y le curé un enfriamiento gástrico que le tuvo mortal por más de un año, después que le vieron todos los médicos de Madrid. En cuanto á usted, señor Barón, no podrá decirse que es discípulo mío de matemáticas, de artillería y de castrametación; pero ¿quién le enseñó á usted á hacer liga y lazos para coger pájaros? ¿quién le amaestró en el uso de la linterna mágica y en el arte de los veinticinco juegos de manos con que usted se lucía tantas veces cuando era soltero? Dejemos, pues, nuestro cariño aparte, que, como dicen los recetarios viejos, «es probado», y vamos á lo que importa, si es que se puede saber: ¿A qué debemos, señor Barón, el placer de verle entre nosotros?

—Ya se lo he dicho á Cigales; me aburre la vida casera; he llegado ya al límite de la conformidad, y vuelvo á mis antiguas costumbres; soy todo de ustedes.

—Me parece muy bien, señor Barón—prosiguió don Blas;—el hombre es autónomo y la mujer también, pero nunca deben la una ó el otro absorber al otro ó á la una. No sé si me explico. Bueno; pongo por caso que la señora Baronesa sea más santa y derecha que Santa Eduvigis, pero no empece el que á usted le deje con su peculiar autonomía de hombre social, comunicativo y transmisible. Creo que lo mismo se puede ganar el cielo viviendo metido en casa, cuidando canarios, podando ciruelos y leyendo libros fantásticos, que frecuentando el trato de las gentes, dejándose querer de los amigos y echando alguna que otra cana al aire. Francamente, señor Barón, ha estado usted así como metido tres años en presidio, sin culpa ninguna, y todos cuantos le queremos le consideráramos ya perdido y en camino de alguna deplorable chifladura. Pero, en fin.... Dios se ha compadecido de usted y de nosotros, y nos lo devuelve tan bueno y complaciente como lo fué siempre. Con que la señora Baronesa sigue tan admirablemente, ¿eh?

—Sí, señor: ayer salió para Valladolid á hacer unas compras, y no volverá en seis ú ocho días. ¿Y Clodomira y Porcia siguen lo mismo? ¿No se casan?

—¿Qué se han de casar, amigo mío! Ellas cumplen el precepto de su padre: «Para no ganar algo, no te muevas.» De vez en cuando les ha saltado por ahí algún pretendiente, más ó menos disimulado, cuyo análisis químico he hecho yo en cuanto les he visto; y ¿qué eran? abogadillos de pueblo, salidos de la Universidad, con escaso caudal en su casa y ninguno en la mollera, sin esperanza de mejorar de fortuna, ineptos para ganar una peseta en su profesión, con muchas aspiraciones y no pocos vicios, ansiosos de encontrar un suegro como yo, que al cabo de muchos años de trabajo se encuentra en desahogada posición, que podría muy bien traer á un par de yernos alojados á mi casa, para que me devoren la hacienda y me maten cuanto antes á malos ratos. Otras veces salta un empleaducho tiralíneas, que anda planeando alguna carretera, ó enredando el catastro, ó exprimiendo las contribuciones, ó persiguiendo la filoxera; ó algún teniente de la reserva, ó algún hidalgo propietario en liquidación, ó algún viajante en lanillas y calamidades. Total, nada: novios de á real y medio. Los hombres de provecho se han concluido, señor Barón. No hay porvenir para la juventud femenina. De la masculina no me ocupo, porque no he tenido hijos. Clodomira y Porcia están muy bien á mi lado. Es natural que como mucha has tengan grandes

deseos de casarse, y que discurran más que Galeno y Gay-Lussac para atisbar un novio tal cual lo han soñado; pero.... mientras tanto; quieto el perro! Clodomira es toda una farmacéutica, agricultora y mujer de administración, tan dispuesta para preparar la sal de Bethollet, y la Puchera de Campos en la oficina, como una paella de diez manjares en mi posesión de las Majadillas. Porcia es más artista; borda á maravilla, pinta cristales y transparentes, toca el piano y la guitarra, chapurrea el francés, sabe de memoria *La Traviata* y es maestra en el arte de rigodones, manchegas y

puso D. Blas;—porque á nuestro amigo, sin ofenderle, no tiene el diablo por donde atraparle. Comandante de cazadores á los treinta y dos años, se ve ya cansado de la vida, sin un terrón propio en su pueblo, por haberlos perdido todos al as de oros; sin salud, por haberla dejado hecha jirones en las callejuelas de los puntos de guarnición; sin fe en nada, porque jamás la tuvo; sin apego á ningún trabajo mental ni corporal más que al de fumarse sesenta cigarrillos diarios, y sin más que dos buenas cualidades: la de la simpatía que debe á su nombre, tan estimado por el de



SIBARITA.

sevillanas. Un poco veteranas son ya ambas; tienen al dedillo la historia pública y privada de toda la pollería de veinte leguas al contorno, y lo que es á pico no las gana nadie. En fin, han heredado, cada cual á su modo, el genio de su padre, y yo me encuentro entre ellas como el pez en el agua.

—¿Y por qué no casa usted á alguna de ellas con este picaro galeote que nos escucha?—dijo el Barón señalando á Cándido Cigales.

—Libreme Dios—contestó D. Blas—de semejante mal pensamiento.

—Y á mi, señor boticario—añadió Cigales—de semejante calamidad.

—¡Bien está el papa en Roma y Cigales soltero!—re-

sus padres y abuelos en esta villa, y la de su envidiable buen humor perpetuo, capaz de alegrar á todo el género humano.

—Bien pintado estoy, querido suegro—exclamó Cigales—¡Eso nunca! porque meterle á ti en mi casa, sería lo mismo que meter al nihilismo, á la Internacional y al cólera morbo.

—Pero ¿no es verdad, señor D. Blas—dijo el Barón—que, á pesar de tan estupenda historia, tiene el comandante muy buen corazón y que es un amigo modelo?

—Eso sí, señor Barón—contestó el boticario—eso sí; á cada cual lo suyo. Cándido es bueno por dentro, y como amigo resulta muy leal y caballero; y por eso precisamente lo ha sido siempre mío, aunque yo le he sermoneado como

nadie. Con que, señor Barón, ¿es verdad que podremos honrarnos en adelante con su compañía, en el paseo, en mi tertulia, en la caza y en todos los detalles de nuestra vida anterior?

—Creo que sí; y digo creo, porque dentro de breves días he de resolver un asunto muy grave para mí, después de cuyo tiempo podré dedicarme al método de vida que más me plazca.

El boticario se rascó una oreja, ante la misteriosa respuesta del Barón, diciendo para sus adentros:

—¿A que me lo encierra de nuevo la Baronesa en cuanto vuelva!

—Pero bien, entretanto —añadió Cigales— para celebrar tu vuelta al mundo, podíamos preparar una tarde de ceremonia en el soto.

—Eso me corresponde á mí, caballeros —exclamó don Blas;— ahora está mi huerta de las Majadillas echando gloria. Los árboles, la despensa y la bodega aguardan un ataque hace mucho tiempo, y mis hijas están siempre dispuestas á lucir sus habilidades culinarias. Habrá gran *menu* y música y baile, y yo prepararé para la noche una misaja de fuegos artificiales.

—No puedo aceptar los ofrecimientos de usted si antes no me complacen viniendo mañana á almorzar á mi casa.

El boticario y el comandante se miraron sorprendidos. Decididamente la conversión mundana del Barón iba de veras. En casa del Barón no había comido ni almorzado ninguno de la villa desde que la Baronesa llegó á Dueñas.

—Aceptado y agradecido —dijo Cigales, estrechando la mano al Barón.

—¡Superior, incomparable pensamiento! —exclamó el boticario frotándose las suyas.

Al sonar las doce, los amigos se separaron. Diez minutos después ya se sabía, con extrañeza y casi con escándalo, en toda la villa que la Baronesa estaba ausente, y que al siguiente día almorzarían con el Barón, en su aristocrática galería, el perdulario Cigales y D. Blas el tragador.

IV.

Cuando el Barón llegó á su casa, llamó al ama de gobierno Eliodora, y le dijo:

—Mañana viene á almorzar conmigo D. Blas y Cigales. Á las doce en punto estaremos en la mesa....

Eliodora, sorprendida y trémula, se santiguó y exclamó sin dejar que concluyera el Barón:

—¡Pero, señorito.... mañana es viernes!

—¿Y qué? —repuso él furioso.

—Que es día de vigilia, y ya sabe vucencia que la señorita tiene ordenado que en esos días....

—¡Idos al diablo tú y la Baronesa! Aquí no hay más órdenes que las mías, y el que no las cumpla se va á la calle. ¡Toma!

Y el Barón se puso á escribir, en media carta, la minuta del almuerzo, bien pensada y con clara letra; minuta que arrojó sobre una mesa, dirigiéndose después hacia la galería y diciendo:

—¡Que me sirvan el almuerzo!

Eliodora volvió á santiguarse; miró fijamente al Barón que se marchaba, recogió la minuta, la revisó y haciendo grandes aspavientos de asombro, se fué á la cocina y con las lágrimas en los ojos leyó ante el asombrado concurso de los criados la orden de la función para el día siguiente.

—¡El señorito se ha vuelto loco, no hay duda! —exclamó, dejando caer la minuta en manos de la cocinera.

La tarde la pasó el Barón en la botica, oyendo á las niñas de D. Blas, que estuvieron sublimes en el arte de despellear al prójimo. Al anochecer paseó con sus dos amigos, á los que se unieron otros varios: el secretario del Ayuntamiento; un ex funcionario de Cuba, fabricante de mentiras y poesías y un Labrador «de los principales», ex diputado provincial, romo de narices y de entendimiento, pero persona de muy buena pasta y de mejor apetito.

Todos quedaron convidados al almuerzo del Barón.

Las emociones de la vuelta «á la vida mundana» habían calmado un tanto la excitación de éste; pero así y todo, leyó de nuevo la picara carta de la Baronesa á su Pepito, crispó los puños cien veces, y se decidió á esperar su regreso, proponiéndose hacer entretanto, y como á modo de preliminar venganza, todo lo contrario de lo que ella le tenía recomendado.

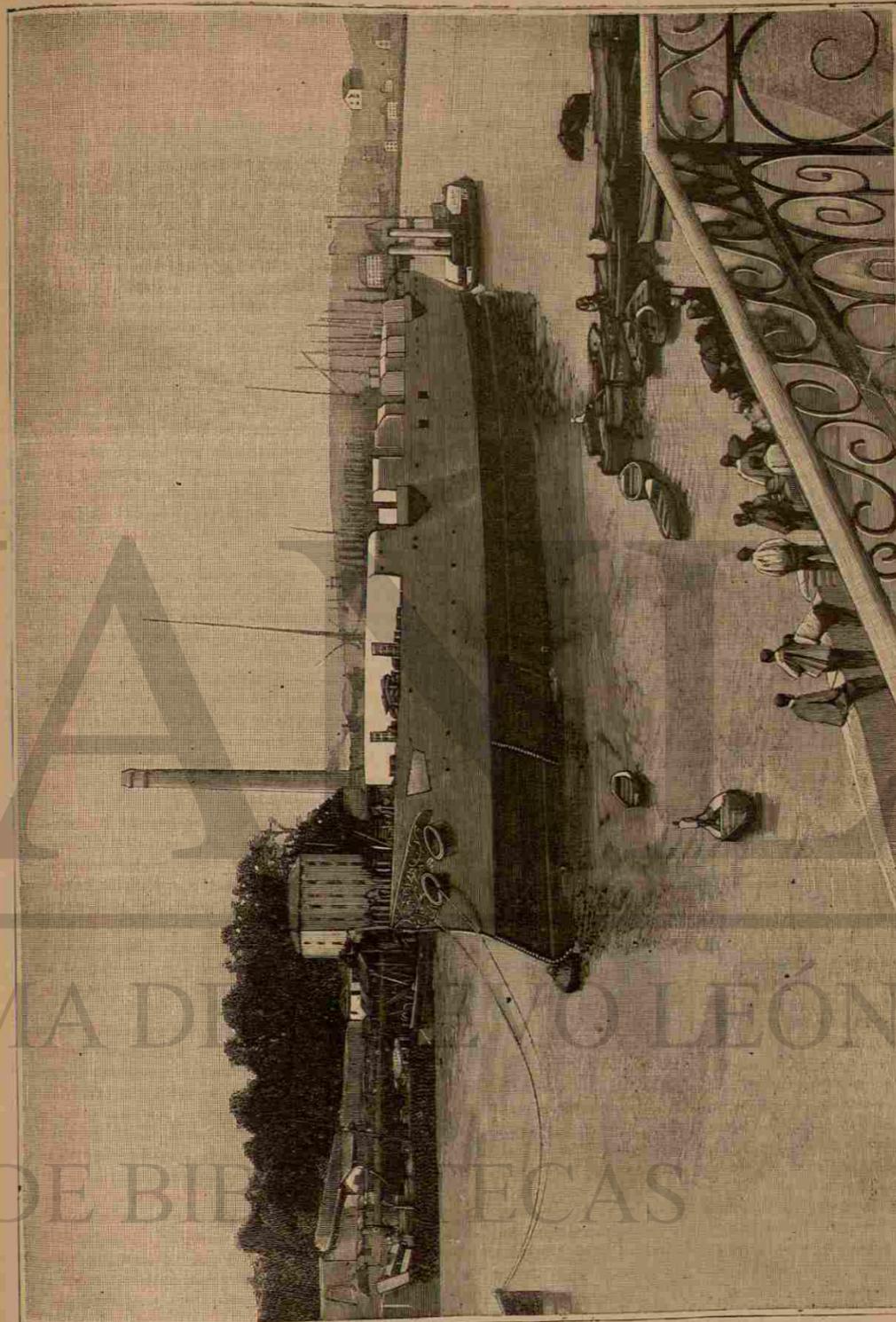
Volvió otra vez á ordenar á su cocinera vizcaína que el almuerzo fuera de lo más succulento y variado, «casi como para seis ó siete personas»; y él mismo escogió en la bodega los vinos más viejos y reputados que conservaba.

Y para entretener dignamente el tiempo en la siguiente mañana, mientras llegaba la hora de recibir á sus amigos, hizo un expurgo en los cajoncitos del escritorio de su mujer, en cuyos interiores departamentos jamás había puesto antes la mano, sacó á la galería un centenar de cartas de Irene, dirigidas á él antes y después de casada, y poniéndolas en un montón, les dió fuego y se deleitó con singular complacencia en ver cómo se reducían tantos carlitos á humo y pavesas.

El almuerzo resultó digno de la cocina del Barón y del incommensurable apetito de los invitados. Hubo cierta solemnidad y discreción al principio, las cuales desaparecieron con la primera docena de botellas, trocándose la formalidad en alegría y en placentero bullicio. Se probaron toda clase de vinos, se discutieron todos los principios políticos y sociales, se contaron cuentos de todos colores, y al fin hablaron, rieron y aplaudieron todos á un tiempo. Al anochecer hubo que llevar á su casa, en equilibrio inestable, á Cigales, al secretario y al poeta.

Eliodora, entretanto, encendió una vela á la Virgen como en día de nublado, y se pasó la tarde en su cuarto tiritando de horror ante las voces que daban los comensales.

Dos días después, el domingo, se verificó la excursión á Las Majadillas. Las niñas del boticario, con otras tres señoritas de la villa «y sus mamás», fueron en la tartana de D. Blas; el Barón llevó en su landó á Cigales y á otros dos amigos, y los demás salieron «á pata» por la mañana temprano, «con la fresca». El farmacéutico estaba en la finca desde el día anterior, preparando la fiesta. Se comió en la casa de campo y se merendó en la ribera. ¡Qué día tan inolvidable! Los tres ó cuatro años de recogimiento, de cilicios y de vigillas del Barón se neutralizaron con la franca alegría y con el gran esparcimiento de aquella jornada. No se



EL CRUCERO «INFANTA MARÍA TERESA» EN LA RÍA DE BILBAO.
(De fotografía.)



sabe por dónde, á mediados de la tarde apareció un guitero, ante cuyas armonías bailaron los mancebos de labor de aquellos campos y las labradoras que concluían las faenas de Agosto. D. Blas hizo colocar debajo del emparrado un antiguo piano clavicordio, que desde mozo conservaba en la casa de campo, y aunque Porcia declaró que el instrumento necesitaba afinación y temple, como los del convite estaban templados de sobra, aplaudieron á rabiár algunos «números» de la *Traviata* que la muchacha cantó, con acompañamiento de Cigales y del boticario mismo, y al fin el concurso pidió baile, y baile hubo; no pudiéndose eximir el Barón de bailar con la señora ex diputada provincial, jefa de los demagogos de la villa, y á la cual la Baronesa profesaba especial aversión y profunda *tírria*.

En cuanto anocheó se encendieron las carretillas, estrellas multicoloras, cohetes, culebras, mariposas y morteretes, que D. Blas había preparado con su enciclopédico cacumen. Á las once de la noche entraron los expedicionarios en Dueñas, celebrando á grito tendido la incomparable magnificencia de aquella hermosa fiesta.

El Barón, á quien el hormiguillo de su desventura no le permitía divertirse de veras, ni alegrarse sino en la apariencia, exclamó al verse en su casa:

—¡Qué lástima que después de tan buenos ratos tenga yo que estrangular á Pepe, donde quiera que dé con él!

El escándalo que la nueva conducta del Barón produjo en la villa y su comarca, no es para descrito. Hacíanse lenguas los vecinos tratando de adivinar la causa de semejante manera de proceder, y aunque ninguno podía dar con ella, unánimes declaraban que en cuanto volviera la Baronesa iba á sonar allí el trueno más gordo que oyeron los nacidos desde que el mundo se fundara.

Dos días después del jaleo de Las Majadillas, Cigales propuso al Barón una expedición á Valladolid.

—Allí ha llegado el empresario Pastor con una compañía de verso—le dijo—del mérito de los actores no sé una palabra, ni nos importa, pero sé que ha traído un cuerpo de baile... ¡pero qué cuerpo! ¡superior al que llevamos á Africa con Prim! Se compone de seis parejas «de primísimo», según la opinión del médico de Magáz, á quien he visto en la estación esta mañana. Vámonos, Barón, á Valladolid, y... veamos ese cuerpo de baile.

El de Aspe vaciló, porque la proposición del comandante le parecía demasiado realista; pero no era más real aún el que existía en el mundo un rival suyo, á quien la Baronesa llamaba «¡Pepito mío!» Con este razonamiento por delante, que era el que venía influyendo en su espíritu desde que se dedicó «á hacer la vida del hombre malo», cerró otra vez los ojos, y se fué á Valladolid.

Cuando se vió por la noche ante los bastidores del teatro de Calderón, le pareció bastante menos que mediano el cuerpo de baile; dejó á Cigales con sus ilusiones, y se retiró del campo de batalla. Al volver á Dueñas ya se repetía entre los vecinos una roín calumniosa: la de que el Barón había cenado con las suripantas.

Hasta el día mismo en que la Baronesa debía de regresar pasó el tiempo el Barón cazando por las mañanas en el soto, entreteniéndose por las tardes en la tertulia de la «rebotica» de D. Blas, y jugando al tresillo por la noche en el Casino «de los Comuneros».

V.

Al mediar la tarde del día señalado por la Baronesa para terminar su viaje, llegó ésta, en un carruaje, por la carretera de Cuéllar y de El Henar, á la estación de Valladolid. En el andén encontró á la vicepresidente de la Asociación de socorro de los pobres de Dueñas, la señora viuda del brigadier Rastrojo, que «por casualidad» se encontraba allí, de vuelta «de pasar un par de días con sus hermanas de Zaratán».

Ambas ocuparon el mismo departamento del tren que iba á salir para Dueñas, y durante el trayecto puso en práctica la brigadiera su «casual» y bien deliberado propósito de disparar sobre la Baronesa la relación total de los escandalosos hechos y picardías realizados por el Barón durante su ausencia, cuyas inesperadas noticias pusieron á la de Aspe en tal grado de desesperación, que la de Rastrojo tuvo que hacer grandes esfuerzos para que su muy respetable y querida presidenta no se arrojara por la ventanilla.

Confundida en un mar de lágrimas llegó á Dueñas, en cuya estación la aguardaba un coche de su casa, pero no su marido.

—¡Que me ha de aguardar ese monstruo!—dijo para sí, con profundo despecho, al tomar precipitadamente asiento en su carruaje, sin despedirse siquiera de la de Rastrojo, y procurando evitar las irónicas miradas de los curiosos que por allí abía.

Al pie de la escalera de su casa encontró á Eliodora mirando al suelo y deshaciéndose en suspiros. Ni el aya de gobierno dijo una palabra, ni la Baronesa, ciega por el despecho, aparentó fijarse en ella, sino que subiendo precipitadamente á la antesala de la galería inferior, preguntó á una de las muchachas que allí aguardaba:

—¿Dónde está el señor?

—En su despacho—contestó tímidamente la sirvienta, contemplando á la señora, que rápida y ansiosa desapareció por la puerta extrema del ancho pasillo, seguida también de las miradas de los demás criados, que en cuanto pasó, asomaron curiosos sus cabezas por la puerta del fondo de aquella estancia.

Eliodora, que había recogido de manos del cochero algunos pequeños bultos, pasó después en pos de su señora, obligando, con un altivo gesto de enfado, á retirarse á la curiosa servidumbre.

La Baronesa atravesó dos ó tres habitaciones, cerrando tras de sí las puertas con estrépito, y llegó á la del despacho de su marido, que abrió de un empellón, quedándose parada en medio de ella y exclamando con estridente voz:

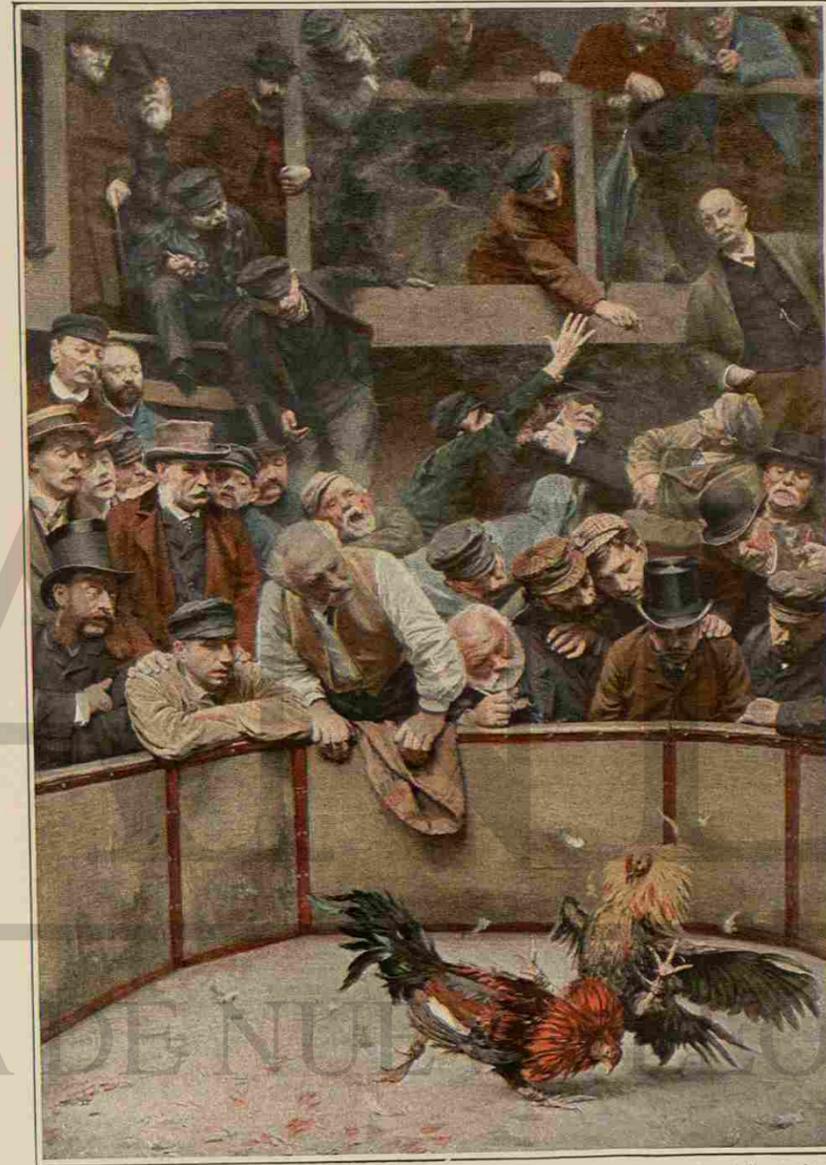
—¡Canalla!

El Barón fumaba y leía cuando llegó su mujer. Al oírse se levantó, tiró el cigarro y el libro, y mirándola fijamente contestó con aire provocativo.

—¡Mesalina!

Dejó caer la Baronesa su saquito de mano, su sombrilla y su libro de oraciones, extendió sus brazos, cerró los puños, lanzó una frenética carcajada, y con los ojos fuera de las órbitas repuso en medio de su ardiente furor:

—¡Señor Barón, yo sobro aquí! ¡Adiós para siempre!

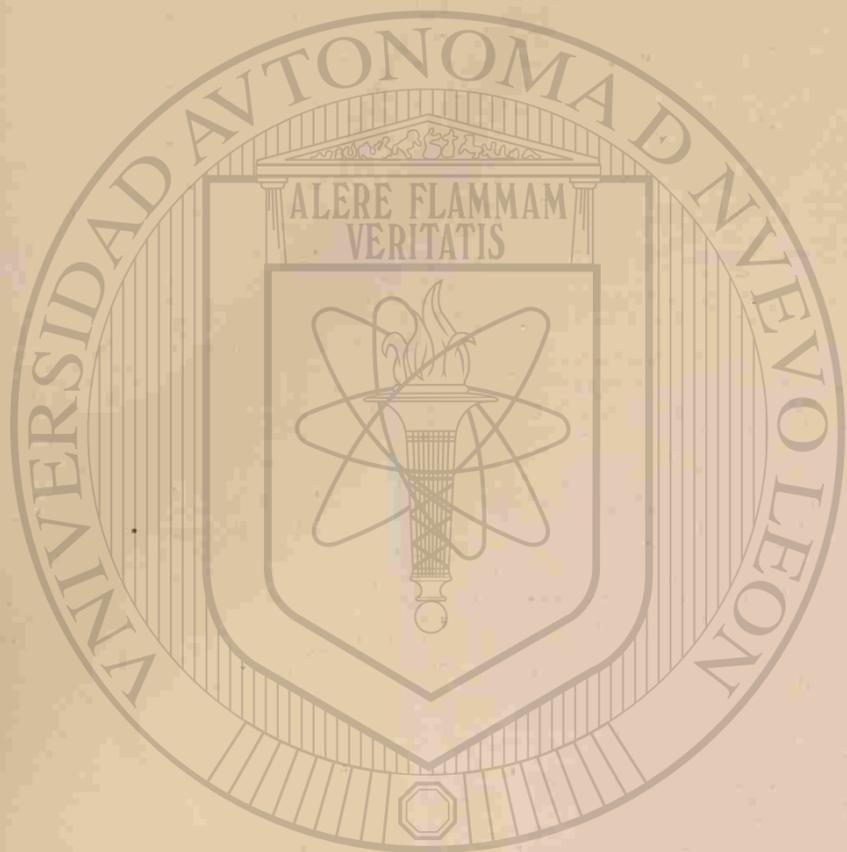


Almanaque de La Ilustración Española.

Chromotypographie & Imprimerie Bonassé, Viaudon & Co.

«RIÑA DE GALLOS»

POR COGHE.



El Barón se abalanzó hacia su mujer cuando ésta iba á trasponer la salida; la cogió por los brazos, la sentó con fuerza en una butaca y dijo después de cerrar la puerta:

—¡Señora Baronesa, de aquí no huye nadie! ¡Mi honor exige inmediatamente una explícita explicación!

Levantóse altanera la Baronesa, y desgarrando su pañuelo empapado en lágrimas, exclamó:

—¡Del mal el menos; mi marido está loco! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Miguel, ¿qué has dicho de tu honor?

—No hay locura que valga, Irene; estoy en mi pleno juicio: mi conducta durante tu ausencia, y la que seguiré en adelante, obedecen á tu pérfida conducta.

—¡Qué taimadas y qué grandes cómicas ha hecho la Naturaleza á las mujeres! Te lo contaré todo, por más que la parte principal de lo que voy á decirte la sabes tú mejor que yo.

—¿Qué parte?

—La de tu Pepito.

Abrió desmesuradamente la Baronesa sus ojos y su boca en señal de asombro, miró á su marido de arriba abajo se santiguó después y repuso:

—¿La de mi Pepito?

—Sí, señora; oye, pérfida, oye.

Y bajando la voz, se aproximó á su mujer y añadió:



Á ORILLAS DEL CANTABRICO.

La Baronesa quedó aterrada. ¿Á qué podía referirse su marido? Indudablemente el Barón estaba loco, aunque hablaba, al parecer, con entero y sereno razonamiento. Confundida y presa del mayor dolor, volvió á caer sobre la butaca, ocultó el rostro entre sus manos y sollozó amargamente, mientras el Barón añadía:

—¡Si, llora, llora tus culpas, pobre mujer! ¡llora el engaño en que me has tenido durante tanto tiempo! Tal vez tu sincero arrepentimiento me podría calmar algún día, pero ¡pobre de mí nuestro cariño concluyó para siempre.

Después de un largo rato de silencio, la Baronesa se acercó á su marido, y poniéndose ante él de rodillas, le dijo:

—Cuéntame, por Dios, cuanto te ha ocurrido desde que me marché. Dime en qué te he ofendido: habla pronto, antes de que el dolor me vuelva loca.

Levantó el Barón á su mujer, y dijo sonriendo maliciosamente:

—Tú, después de casada, has tenido un amante....

La Baronesa, al oír esto, iba á gritar; pero su marido la impuso silencio, y continuó:

—Un amante, por el cual estás dispuesta á abandonarme cuando él lo disponga; un amante, que es lo único que te importa de cuanto te rodea, al cual dedicas estas flores, como prenda de que es y será tu primero y único amor....

Y el Barón, mientras hablaba así, sacó de su cartera el ramilletito de flores que encontró en el escritorio de su mujer. Ella, presurosa, cogió las flores, las besó y repuso:

—¿Quién te ha dado esto?

—Y las besa, infame!—prosiguió él, sin poder dar crédito á lo que veía.—Eso me lo dió quien me dió esta otra relevante prueba de tu perfidia: ¡oye, oye tu propia acusación!—añadió, desdoblado el billete del escritorio y empezando á leer:

—«José, Pepe, ¡Pepito mío! Tuyo son y serán....»

La Baronesa cayó de nuevo de rodillas y exclamó:
—¡Bendito seas, Dios mío, porque al fin has llenado de luz mi corazón!

Y levantándose, continuó, dirigiéndose a su marido:
—¡No leas más, Miguel! Te voy a decir de memoria todo lo que hay escrito en ese papel. ¡Como que lo vengo repitiendo por la noche y por la mañana desde hace muchos años! No te molestes en leer; oye.

El Barón, asombrado, dejó de leer y contestó con furia:

—¡Habrá cinismo semejante!

Y sin dejarle concluir añadió la Baronesa:

—«Tuyos son y serán mi corazón y mi espíritu; te amo en mi vida, en mis pensamientos y en mis acciones. No me olvides un solo instante y seré feliz. Nada me importa cuanto me rodea, sino el servirte. Hoy te dedico y pongo a tus pies estas flores, prenda segura de mi primero y único amor, que vivirá en mi pecho hasta la muerte.»

—«Cuando tú quieras, llámame, porque estoy siempre dispuesta a seguirte, con tal de que me acompañes en el momento supremo. José, Pepe, ¡Pepito mío! ¡bendito seas!»

—Pero ¿quién es ese Pepe, señora Baronesa?—exclamó el Barón;—acabemos de una vez. ¿Dónde está ese señor de tu albedrío? ¡Concluyamos, y yo concluiré con él!

—Aquí llevo siempre su retrato sobre mi corazón, Miguel; ahora mismo lo vas a conocer.

El Barón se lanzó a desgarrar los broches del vestido de su mujer; pero ésta, separándole suavemente, dijo, mientras sacaba del pecho un hermoso medallón de oro, que ocultó entre sus manos:

—Aquí está tu rival. El día en que me casé contigo le de-

diqué el ramo de pensamientos y claveles que tú me diste y que yo recibí como emblema de mi primero y único amor. Y aquel día escribí gozosa ese billete que me enseñas, y lo aprendí de memoria y lo he recitado todos los días. Antes de conocerte ya trataba yo con él; pero en cuanto me casé, creí necesario dedicarle todo mi corazón y todo mi espíritu. Como no puedo verle, y lo siento mucho, llevo su imagen siempre conmigo. El también es casado y, según me consta, hombre de gusto, en cuanto á haber escogido hermosa compañera. Por lo mucho que me ha favorecido desde que me casé, creo firmemente que me quiere de veras. Ahora lo vas á conocer y si lo enenentras á mano, mávalo cuando gustes.

Tentado estuvo el Barón, mientras su mujer hablaba, de hacer pedazos una silla en su cabeza; pero dispuesto á agotar hasta las heces la copa de su amargura, se contuvo.

—¡Mira, qué simpático es!—añadió la Baronesa, poniendo el medallón en manos de su marido.

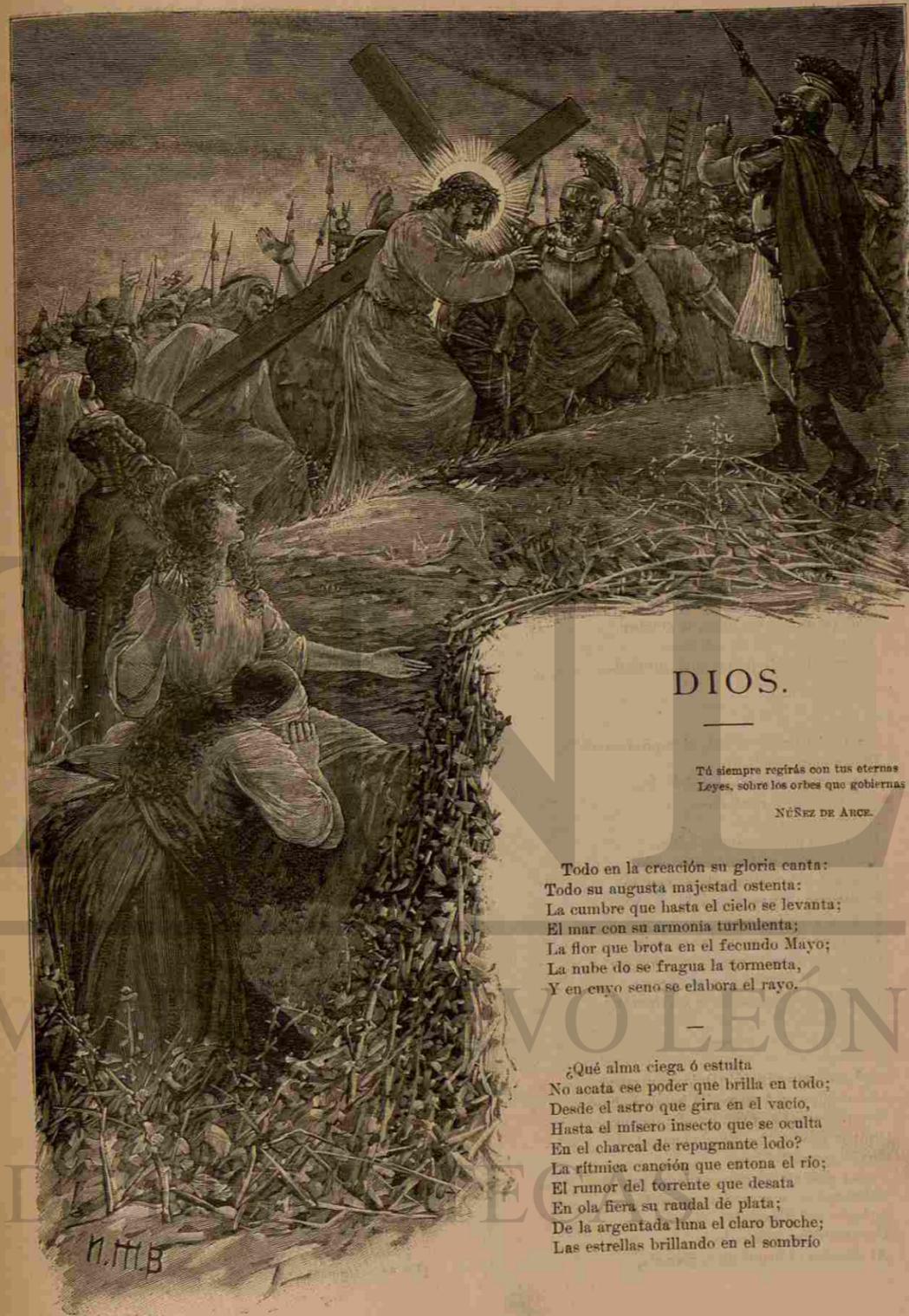
Cogió éste con frenesí el medallón; pasó por él rápidamente la vista, miró á su mujer y se quedó como ensimismado, con la boca abierta.

El medallón contenía una preciosa miniatura, que representaba á San José.

Después, entre gozoso y avergonzado, abrazó á su mujer, diciendo:

—Mira, Irene, si quieres que vivamos en paz, trata á los santos con menos confianza y á mí con más consideración. No te olvides nunca de que por creer yo que ese Pepito era uno de tantos, has estado fatalmente expuesta á quedarte sin marido.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.



DIOS.

Tú siempre regirás con tus eternas
Leyes, sobre los orbes que gobiernas

NÉSZ DE ANGE.

Todo en la creación su gloria canta:
Todo su augusta majestad ostenta:
La cumbre que hasta el cielo se levanta;
El mar con su armonia turbulenta;
La flor que brota en el fecundo Mayo;
La nube do se fragua la tormenta,
Y en cuyo seno se elabora el rayo.

¿Qué alma ciega ó estulta
No acata ese poder que brilla en todo;
Desde el astro que gira en el vacío,
Hasta el mísero insecto que se oculta
En el charcal de repugnante lodo?
La rítmica canción que entona el río;
El rumor del torrente que desata
En ola fiera su raudal de plata;
De la argentada luna el claro broche;
Las estrellas brillando en el sombrío

Y puro azul del cielo de la noche,
Pruebas son de su inmenso poderío.

¡Dios! Al pensar en Él, el alma inquieta
Se abisma en misteriosas reflexiones.
El enciende en la mente del poeta
El fuego de las bellas creaciones,
Y dulcifica su áspero destino
Dándole las doradas ilusiones;
El inflama en el alma del asceta
El sacro fuego del amor divino,
Y santa inspiración presta al profeta.

El hombre en el revuelto torbellino
De la vida, queriendo, miserable,
El velo desgarrar que a Dios envuelve,
Intenta descubrir lo impenetrable;
Pero toda su ciencia
Se estrella ante el arcano,
Y queda reducido a la impotencia;
Y furioso y blasfemo se revuelve
Queriendo analizar lo sobrehumano,
Cual si tuviera el mísero gusano
Alas para elevarse hasta la cumbre,
Y ya del aire dueño soberano
Beber del sol la inmaculada lumbre.

¡Dios! Eterna verdad, siempre escondida,
Pero siempre patente
Ante la humanidad que, dolorida,
Sólo encuentra consuelo
Al levantar la frente
Por lucha pertinaz enardecida,
Y al pasear con la mirada el cielo.
Entonces la oración al labio acude;
El fatigado corazón sacude
Su pena abrumadora;
El alma aspira una divina esencia
Que baja envuelta en luz consoladora,
Y rosada y gentil viene la aurora
La noche a iluminar de la existencia.

¡La santa religión! ¡Dulce esperanza,
Que siempre al bien y a la bondad abierto,
Nos muestra en la sombría lontananza,
De paz y calma bendecido puerto!
Destello esplendoroso
De un alba eterna que comienza cuando
Salvamos de la muerte el negro foso;
¡Isla de luz! ¡Oasis do el reposo
Conquistamos luchando,
Al término al llegar de la jornada,

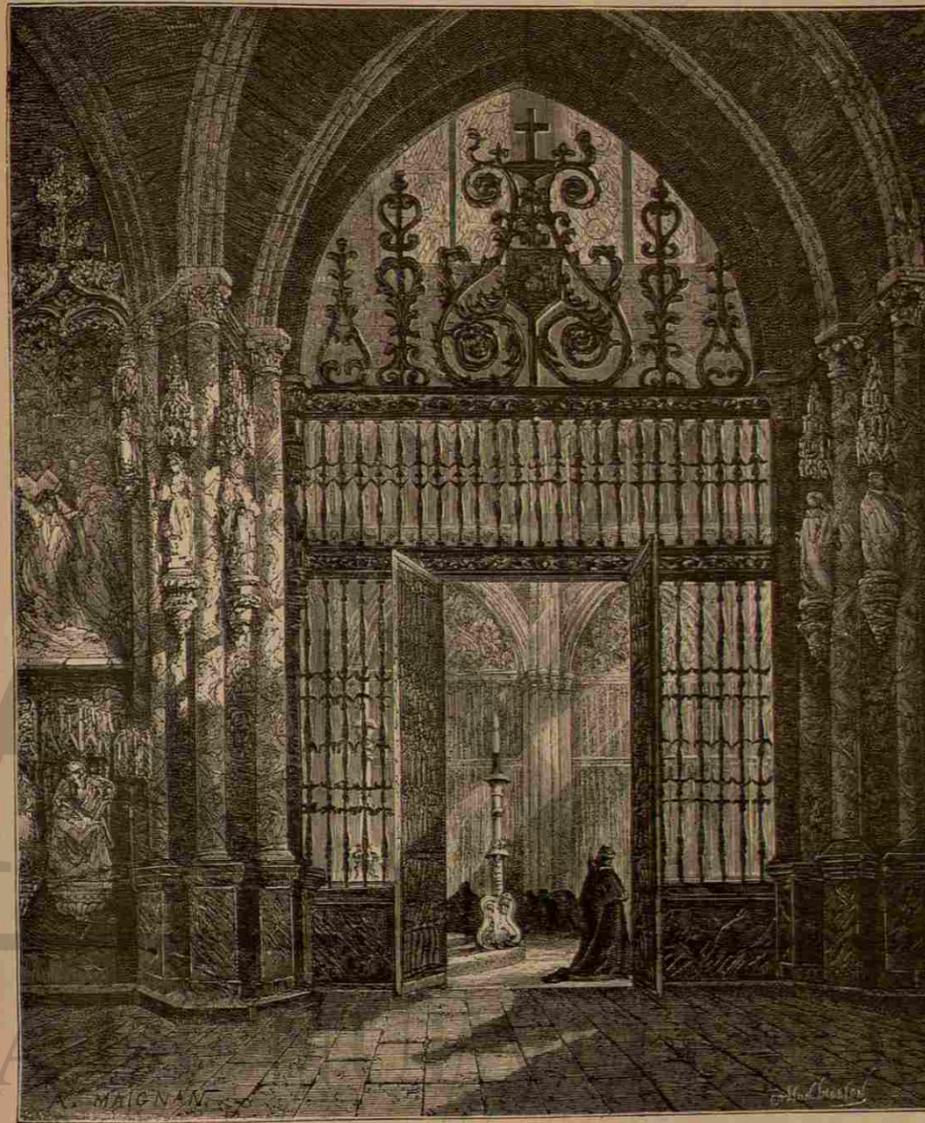
Como el soldado que tras larga brega,
Maltrecho, herido y rota la celada,
Entre el recio clamor de la victoria,
Y á través de la sangre que la ciega,
Logra mirar su frente coronada
Por el laurel invicto de la gloria!

Campeones del mal, pobres cautivos,
Vencidos siempre por dolor profundo;
Como pasan las nubes por el cielo,
Pasamos como sombras por el mundo;
Es nuestra herencia el llanto; amargo duelo
Nos punza el corazón sin tregua alguna;
Luchando siempre con la adversa suerte,
Corremos sin cesar tras la fortuna
Que nunca hallamos, y al llegar la muerte,
Dios en sus brazos nos recibe y posa
En nuestra frente, en prueba cariñosa,
Ese ósculo de paz con que la luna
En medio de la noche silenciosa
Acaricia el cristal de la laguna.

¡Ved al Dios del Calvario! Cruda tarde;
Las nubes entoldando el horizonte;
Del negro cielo el resplandor cobarde
Alumbra apenas el escueto monte.
¡Ved al mártir rendido,
Caminar abatido
Al peso de la cruz que le doblega!
¡Ved como humilde entrega
Su noble cuerpo al pueblo sanguinario
Que su existencia á destruir se lanza,
Y satisface, ardiendo en ira ciega,
El cínico placer de la venganza!

¡Vedle grande, sereno,
Con alma inmensa y fuerte,
De majestad y masedumbre lleno,
Desafiar impávido á la muerte!
Su mirada, reflejo de la gloria,
Destello de bondad, rayo fecundo;
¡Vedle acabar su vida transitoria
Colgado en una cruz infamatoria
Para salvar al mundo!

¡Tragedia horrible, escarnio de la historia
Del pueblo de Judá, torpe y demente,
Que empujado por lúgubres vestigios,
Aun á través de diez y nueve siglos
La eterna maldición lleva en la frente!
¡Cuadro espantoso! ¡Dolorosa escena!
¡Un Dios muerto en la cruz, y al pie, doliente,



CAPILLA EN LA CATEDRAL DE BURGOS.

La madre traspasada por la pena,
Mostrando en su semblante refulgente
La mate palidez de la azucena!

¡Horrible desenlace que derrama
La nostalgia en el ánimo afligido!

¡Oh sublime Jesús! ¿Quién no te ama?
¿Cuál será el corazón que conmovido
No se sienta al recuerdo de ese drama,
Y de pavor transido
No se estremezca cual la débil rama
Agitada por viento embravecido?

También por Ti, más tarde, con las manos
Unidas que se alzaban á la altura,
Morían en el circo los cristianos;
Y mientras se ensañaba hasta la hartura
En sus carnes el tigre, ellos, tranquila
Clavaban en el cielo la pupila,
Elevando á su Dios plegaria pura,
Mientras, al ver de sangre el oleaje
Surgir ardiente de la rota vena,
Vociferaba el público salvaje.

Quando la noche con su calma augusta
Sobre el mundo se extiende silenciosa,
Contempla el criminal, con faz adusta,
De su culpa el espectro que le acusa,
Y siente que el cruel remordimiento
Surgiendo en su conciencia tenebrosa
Le hiere el corazón y el pensamiento;
Llora de angustia, de pavor delira,
Y entre la obscuridad de su aposento,
Ve un ojo ardiente y fijo que le mira;
Y se retuerce en medio del tormento
Que á Cain devoraba,
Quando por frío de terror helado,
Veía en él clavado
El ojo que tenaz le contemplaba.

Ese eres tú. Justicia que fustiga,
Y premio al par que la virtud abona;
Dulce piedad y látigo que hostiga,
Severo juez que la maldad castiga,
Y padre bondadoso que perdona.

¿Quién niega á Dios? Quizá el materialismo
Con su procaz cinismo
Se atreva á desmentir su omnipotencia,
Del orgullo en el loco paroxismo,
Poniendo en parangón con él la ciencia.
La ciencia humana al fin al suelo viene
Del misterio al entrar en la penumbra,
Y humillada y vencida se detiene;
No es la suave claridad que alumbraba,
No el limpio arroyo que fecunda y baña,
Sino la roja llama que deslumbra,
El torrente que cae de la montaña.

Aun siendo inmensa el alma, en su hondo seno
Rugen las más furiosas tempestades;
En ella vibra el rayo, estalla el trueno;
Ideas locas su fulgor difunden
En la mente encendida;
Las sombras tenebrosas se confunden

Con las resplandecientes claridades,
Librando el corazón batalla ruda;
La energía decae desfallecida,
Mientras se agita en impotencia muda,
Enconada mordiendo con despecho
En el fondo del pecho
La víbora maldita de la duda.

Pero al alzar la vista fatigada
Á la región azul, la duda cesa
Al ver la inmensidad que tachonada
De luceros, parece una promesa
Que Dios ofrece al alma desolada.
¡Celestial esperanza que fascina
El corazón ardiente!
¡Lecho de vida, luz donde reclina
El Rey de reyes su sublime frente!
Tras la llanura mágica del cielo,
En áureo carro su esplendor pasea,
Quando el nublado con su denso velo
Oculta el brillo de la luz febea,
Y brama la borrasca, y cual la idea
Surge de pronto en el cerebro humano,
El campo rojo en el cenit flamea;
No es el prodigio grande y sobrehumano
De la electricidad el que le crea,
No es que le forje la tormenta sorda;
¡Es la ira celestial que se desborda!
¡La mirada de Dios que centellea!

Manda el castigo al mundo que le irrita;
Al mundo infame que su enojo excita
Con inicuas torpezas y maldades,
Y que sólo en el vicio se ejercita;
Y desata contra él las tempestades,
Y la terrible asoladora peste
Que en los espacios incremento toma,
Como un día su cólera celeste
El fuego descendió sobre Sodoma.
Y luego, compasivo
Rasga el compacto grupo de las nubes
Que oculta la mansión de los querubes;
Y hace brillar el sol, y el iris pinta
Sobre el hermoso y diáfano celaje
Residuo ya de la borrasca extinta,
Y que parece sábana de encaje
Que á trechos borda matizada cinta.

De la montaña en la escarpada roca
Alza el vesubio su penacho rojo
Que hierve y arde y en las nubes toca;
Mas llega la erupción, brama de enojo;
El fuego que en su seno atesoraba,
Se desborda en océano
De abrasadora lava,
Que la fértil campiña esteriliza,
Y en su furor insano,

Sepulta entre montones de ceniza
Las famosas Pompeya y Herculano.

¡Oh vosotros magnates de la tierra!
¡Ruines pigmeos que os juzgáis colosos,
Y que vivís con el delirio en guerra!
¡Grandes y augustos reyes!

¡Gloria, orgullo y poder! ¡Vanidad suma!
¡Granos de arena que arrebató el viento!
¡Nubes que se deshacen como espuma!

Siempre tu augusto nombre
En los labios del hombre
Vibra como un destello de esperanza:



CATEDRAL Y SAGRARIO DE MÉJICO.

¡Señores poderosos
Del orbe entero al que imponéis las leyes!
¡Inclinad humillados
La cabeza delante de ese trono,
A cuyos pies los mundos siderales
Se prosternan rendidos y asombrados!
¿Qué valen vuestros solios imperiales,
Ni qué vuestros palacios colosales
Ante ese excelso alcázar donde mora
El que con solo un soplo de su aliento
Y el omnímodo influjo de su acento,
Creó los astros y encendió la aurora?

Á Ti volvemos con temor los ojos,
Y nos abres los brazos sin enojos,
Sin ira, sin rencor y sin venganza.
Quando el alma combate
El viento del dolor, cuando la frente
Sobre el pecho se abate,
Y envuelto en negras galas
El ángel del dolor pesadamente
Sobre ella extiende sus obscuras alas,
Tu nombre el triste corazón evoca
Mientras antes el alma que la boca,
Alza ferviente la oración serena.

Al morir el ateo,
 Ese que de tu nombre ha renegado,
 Su conciencia examina como el reo
 A la postrera pena condenado.
 Recorre su pasado;
 Al ver sus culpas, con terror advierte
 Va a pasar los umbrales de la muerte;
 Y aquel hombre que nunca ha derramado
 Ni una lágrima sola,
 Gime desesperado;
 Suelta del llanto la abundante ola;
 Se retuerce en el lecho moribundo,
 Y al sentir el horrible escalofrío
 Que sólo siente el que abandona el mundo,
 Con espanto glacial grita: «¡Dios mío!»

El mar embravecido se agiganta,
 Y envuelto de la bruma en los crespones,
 Sus turbias olas con furor levanta.
 Allá va el barco que juguete de ellas,
 Arrastrado en distintas direcciones,
 Como en vertiginoso paroxismo,
 Ya toca la región de las estrellas,
 Ya se hunde en las entrañas del abismo;
 Surcan el aire cárdenas centellas;
 El trueno ronco zumba;
 Bravo y desalado rugen el viento;
 El cielo en cataratas se derrumba,
 Y el líquido elemento
 Voraz intenta convertirse en tumba.
 Mas la plegaria del marino asciende,
 El negro seno de las nubes hiende,
 Llega hasta Ti, y a poco el viento cesa;
 Irradia claro el sol, el mar desmaya;
 La ola tranquila y rumorosa besa
 Las tostadas arenas de la playa,
 Y siguiendo feliz su rumbo cierto,
 De dulces auras al impulso suave,
 Gentil y airosa la velera nave
 Llega feliz al suspirado puerto.

El preso, desde el hondo calabozo
 Donde su falta expia,
 Te llama acongojado entre el sollozo,
 Del martirio sufriendo la agonía.
 Sus penas devorando,
 En Ti el ardiente pensamiento fijo,
 Piensa quizá en el hijo
 De quien le separó la culpa odiosa;
 En la adorada esposa
 Que á verle va tras las ferradas rejas,
 Y amante y cariñosa,
 Con él confunde lágrimas y quejas.
 Y con el alma inerte,
 Sufriendo de la angustia el fiero yugo,
 Mira el negro fantasma de la muerte
 Tras la negra silueta del verdugo;
 El patíbulo ve que se levanta

Fatídico y sombrío,
 Y el llanto que se anuda en su garganta
 Surge por fin cual desbordado río.
 Atribulado en su aficción te nombra,
 Y Tú compadecido de su duelo,
 Haces brillar entre la negra sombra
 De su conciencia, el rayo de consuelo.

El corazón que ardiente te venera,
 Tu Omnipotencia admira confundido;
 Tú das á la radiante primavera
 Su manto de esmeralda
 Y sus eternos cánticos de amores;
 Haces brotar las flores
 De la montaña en la ríscosa falda;
 De color y de luz vistest la esfera;
 Por Ti el ave parlara
 Construye en la enramada el dulce nido:
 Tú prestas su esplendor á la pradera,
 Su perfume á las rosas,
 Y su música grata.
 Al arroyo que en ondas bulliciosas
 Entre el frondoso césped se dilata.

Tú, grandeza y encanto
 Que fascina y conmueve
 Das al invierno al extender el manto
 De inmaculada nieve,
 Que, cual sudario inmenso,
 Se pierde deslumbrante
 Del horizonte en el confin extenso:
 Y en los árboles, hilos de diamantes
 Haces que el hielo forme
 En la noche invernal, para que luego,
 Cuando el sol de su enorme
 Disco, la vida con su lumbré vierta,
 Á su beso de fuego,
 El prodigio inaudito se transforme,
 Y el hielo en agua pura se convierta.

Imprimes al otoño triste sello,
 Prestándole el poético destello
 De sus tardes tranquilas, en que gime
 El rumor de la brisa en el oído,
 Como ¡ay! de un alma que el pesar oprime,
 Y en que la faz del sol medio escondido
 Ya tras la cima del lejano monte,
 Amarillo fulgor deja esparcido
 Por la vasta extensión del horizonte.

¡Oh, sí! ¡Que todo tu bondad respira!
 ¡Todo en tu gloria y tu poder se inspira!
 ¡A tu inmutable ley todo se ajusta!
 Para cantar Tu Majestad augusta
 ¡¡Se transformó la creación en lira!!
 Por Ti los denodados campeones,

Abatiendo el poder de los infieles,
 De fe henchidos los fuertes corazones.
 Con la cruz por enseña en sus pendones,
 Conquistaron espléndidos laureles.
 Por Ti, en la lid reñida,
 Derramaron su sangre generosa,
 Sacrificando con placer la vida,
 Héroe ilustres que la historia aclama,
 Y divulga con voz estrepitosa
 La trompa resonante de la fama.

¡Oh Dios del Sinai, grande y severo!
 ¡Bondadoso á la par que justiciero!
 ¡Inmenso y colosal como el espacio
 Que habitas por espléndido palacio!
 ¡Tú, á cuyos pies se agitan las centellas!
 ¡Tú, á quien envuelve en alas de topacio
 El sol, á quien coronan las estrellas!
 ¡Tú, que ofreces al alma
 Tras de las recias luchas de la vida,
 Celeste oasis de perenne calma!
 ¡Tú, destello de luz que ardiente brota
 Del centro de la nube ennegrecida

Que sobre el mar de las tinieblas flota!
 ¡Tú, Ser omnipotente,
 A cuyas plantas se prosterna todo,
 Y en el suelo la frente
 Hunde el triste mortal, hijo del lodo!
 ¿Cómo podrá cantarte
 La pobre lengua humana,
 Y en sublimes estrofas ensalzarte,
 Si con sus ricas galas, es el Arte
 Polvo ante tu grandeza soberana?

La aurora en el azul resplandecía:
 Cantaba el ave, murmuraba el río:
 Blando viento los árboles mecia
 Cubiertos por las gotas de rocío,
 Y serena y magnífica se oía
 Alabando á su Dios, la melodía
 De los mundos rodando en el vacío.

LUIS DEL RÍO.



DIARIO

DE UNA

RECIEN CASADA

I.

A la mañana siguiente de la boda.

Aun me dura el cansancio, la agitación del día de ayer.

¡Y es el que llaman generalmente el más venturoso de la vida!

De mí sé decir que no recuerdo ninguno más triste, más fatigoso, más lleno de molestias y contrariedades.

Ante todo, la separación de mi buen padre, de mi amorosa madre, de mis hermanas queridas, á cuyo lado he vivido contenta, feliz, por espacio de veintidós años; después, la idea de si seré igualmente dichosa en mi nuevo estado.

Ciertamente que Enrique me ha dado muchas, infinitas, pruebas de cariño.

En primer lugar, nuestras relaciones han durado algunos meses, y en ese espacio de tiempo no se han desmentido su dulzura de carácter, su afecto, su desinterés.

No puede decirse que se casa conmigo por cálculo, porque no llevo dote; mis padres son jóvenes todavía, y cuando desaparezan del mundo no me dejarán sino una pequeña herencia.

Año y considero al que va á ser mi compañero en esta dura peregrinación de la vida; mas ¿quién sabe si en el trato íntimo descubrirá defectos que no le he conocido aún?

Estoy segura de que sabré cumplir los deberes que me impone la Iglesia: seré siempre fiel, recatada, honesta, pero ¿será él igualmente exacto en los suyos?

Los hombres creen que sus faltas no tienen las consecuencias de las de las mujeres, y se equivocan.

Una sospecha, convertida en realidad, destruye la confianza, aminora el afecto, produce la desilusión, el desencanto. ¡Dios mío! ¿Que no tenga yo jamás motivo para dudar de Enrique! ¿Que me dé ejemplo siempre de constancia y fidelidad!

II.

Ocho días después.

Lo cierto y positivo es que no nos dejan disfrutar tranquilamente de nuestra dicha.



¿Por qué no hemos abandonado la corte? ¿Por qué no hemos hecho un viaje—como tantos otros—á un sitio cualquiera, con tal de que fuese solitario?

Los parientes, los amigos, los conocidos, todos aquellos á quienes hemos enviado los dulces de la boda, se creen en la obligación de venir á visitarnos.

El portero y los criados tienen orden de no permitir la entrada en casa sino á los individuos de la familia y á los íntimos, y todos se creen con derecho para venir á fastidiarnos.

Unos recorren la casa examinando hasta los objetos más ínfimos; otros me exigen que les enseñe los presentes y regalos que he recibido antes y después de mi enlace, y algunos hasta se permiten criticar la manera como nos hemos instalado.

—Con el caudal de tu marido, que es bueno—dicen—pudierais haber alquilado una casa de más precio.

—¿Qué modista—pregunta alguna—te hizo el traje de novia?

—Fulana—respondo.

—¡Jesús! ¡No parece obra suya! La verdad es que tú tienes muy bonito cuerpo, y que aquel día estabas desconocida.

—¿No te ha regalado Enrique brillantes?

—No.

—Siempre ha tenido fama de mezquino, y no ha querido desmentirla ahora.

Otra, en tono compungido, me dice con apariencias del más vivo interés:

—¡Cuidadito! Mira que tu cónyuge ha pasado constantemente por muy veleta. No le dejes de la mano, no sea que te se distraiga pronto.

Para eso sirven las amigas: para criticarlo todo; para infundir sospechas; para crear desconfianzas.

Estoy convencida de que todo es obra de la envidia. Enrique ha sido desde que le conozco un muchacho serio y formal: habrá hecho algunas locurillas, como los demás, pero nunca ha pasado por calavera ni por derrochador.

Es verdad que nos hemos instalado modestamente, que gusta del orden y la economía—en lo cual yo estoy de acuerdo con él;—pero no parece miserable ni avaro.

Echo de menos el carruaje, del que disfrutaba en casa de mis padres; aunque somos jóvenes y robustos y no nos hace gran falta.

Además, para cuando estemos cansados, hay tranvías y coches de punto.

¡Brillantes! ¿Acaso los necesito yo? A mi edad siento mejor que nada una flor en los cabellos, un ramillete en lugar de un lujoso alfiler en el pecho.

La verdad es que mi marido hubiera podido ser algo más espléndido, y darme un brazalet de zafiros, una diadema de brillantes, como tienen tantas otras.

III.

Al cumplir el mes.

Yo, que he sido robusta, fuerte, sana, sufro por primera vez toda clase de molestias y de indisposiciones.

He perdido la gana de comer, y me canso y fatigo en cuanto doy algunos pasos.

El facultativo, á quien Enrique ha llamado en seguida, después de tomarme el pulso y de examinarme atenta y cuidadosamente, ha dicho sonriéndose:

—La enfermedad de esta señora—ya no me llaman señora—es muy vulgar y conocida. Mucho paseo, mucha distracción.... y no hay nada más que hacer.

Hemos comenzado una vida de extraordinario movimiento y animación: todas las tardes vamos á pie al Retiro ó á la Castellana, y vuelvo á casa muerta, rendida de cansancio.

Por las noches, invariablemente teatro: cuando no le toca á mi familia el turno en el Real, á la Comedia, al Español ó á Lara; el caso es que he de divertirme mucho, aunque me fastidie de veras, para no pensar en mi enfermedad.

«Enfermedad de nueve meses»,—repite el Doctor, que viene á verme cada dos ó tres días sin necesidad, porque no me ordena, no me receta nada, siguiendo con su eterna cantinela de «mucho distracción, mucho paseo».

Entretanto me desmejoro horriblemente:—cuando me miro al espejo me aflijo de verme tan flaca, tan descolorida, tan demacrada.

Enrique en cambio se muestra más satisfecho, más cariñoso que nunca.—¡Ya! ¿Como él no padece ni sufre! ¿Como, por el contrario, cada vez está más gordo y más colorado!

Yo quisiera que se interesara más en mi situación; que se mostrase triste, cuidadoso, inquieto.—Pues nada de eso: á cada instante repite las palabras del médico: «Enfermedad vulgar y conocida.»

Ayer han traído los convites para el baile del Embajador de Inglaterra.—¿Cómo he de ir yo con esta facha, con este semblante pálido y marchito?

No sé por qué las mujeres tienen generalmente tanto deseo de casarse.—¡Cuánto más feliz era yo de soltera, siempre buena, alegre y contenta, sin sentir ninguno de los achaques que ahora me atormentan tanto!

IV.

A los seis meses.

Estoy mejor, mucho mejor: he recobrado el apetito, el color, las fuerzas.

Ya no es indispensable el eterno ejercicio que me obligaban á hacer.

Algunas tardes paseo en coche con mi madre y mis hermanas: algunas noches voy á sociedad sin temor de hacer un papel ridículo desmayándome, ó teniendo que retirarme apenas he acabado de entrar.

Sin embargo, por lo común vuelvo de muy mal humor á casa, porque, sin querer ó queriendo, oigo observaciones desagradables sobre mi situación actual.

Mis buenas amigas—por envidia, por mala intención—son las que más se complacen en molestarme.

—¡Pobre Clementina!—me decía anoche Luisa.—Pareces otra. Has perdido el color, la alegría, la seriedad. Cualquiera creería que eres desgraciada en tu matrimonio al mirar la cara de disgusto que ahora tienes siempre.

—¿Qué has hecho de tu talle de sílfide?—me pregunta otra.—Has adelgazado, y no obstante, tu cuerpo ha adquirido grandes proporciones.

Y me callo, y me sonrío, y acepto estas cultas bromas como si me fuesen agradables.

Entretanto el Doctor ha vuelto á su manía de mucho movimiento, mucho ejercicio, y paseamos por la mañana, por la tarde, por la noche.

A las nueve me acuesto, porque estoy muerta de tanta locomoción.

V.

A los nueve meses.

No soy una mujer, sino un bombo. Cuando contemplo mi figura, no puedo menos de reírme de mí misma.

No obstante, cómo bien, duermo mejor, y estoy de excelente talante.

Enrique me colma de cuidados y de caricias, y me repite que pronto se hallarán colmados todos sus votos.

Ha traído de Guipúzcoa una muchachota fresca y saludable que no habla sino en vascuence.

¡Cómo nos reímos los dos cuando quiere pronunciar algunas palabras en castellano!

Es nuestra única diversión, porque ahora apenas salimos, y no vamos siquiera á casa de mamá.

«El acontecimiento», como dice el Doctor, está próximo, y tenemos que nos coja en la calle.

FILOSOFÍA CONYUGAL



¿É CASADO NO recuerda con delectación sus primeros treinta días de matrimonio? La tierra parece más hermosa, el aire más puro, el cielo más brillante. ¡Oh dulcísima luna de miel!... Pero luego vienen las amarguras, la fecundidad con sus cuidados ó la esterilidad con sus desconsuelos, los fastidios amorosos ó los antagonismos personales, la carencia de recursos ó la lucha de intereses. Y que no vengan con las envidias inherentes á las opuestas familias, el despilfarro en la mujer, el juego en el marido, los celos de una ú otro y los mutuos insultos y escándalos.

Muy despacio conviene, pues, discurrir sobre el negocio más importante de la vida. « Antes que te cases, mira lo que haces », aconseja el refrán. Y se quedó corto. Porque nada habló del « después ».

A fin de dominar ambos tiempos, bazaña superior á las de Hércules, allá va una docena de máximas, que envíe años atrás á un amigo soltero que me las pedía.

I.

Dará prueba de incauto quien llame débil al sexo femenino. Lo que no pudo á veces el heroísmo de un ejército de veteranos, lo pudo el llanto de una joven anémica.

II.

Huye de la mojigata, pero también de la librepensadora. La cristiana sin gatzmoñería representa el tipo del ideal perfecto.

III.

« Cada oveja, con su pareja ». Y lo que más pareo no es el nacimiento ó el caudal, sino la bondad y la educación. Huye igualmente de la hembra que carezca de aquellas circunstancias, porque si de *tío á tía* no va nada, de *caballero á tía* va todo.

IV.

Nadie, hombre ó mujer, debiera casarse sin previos estudios de Música, hasta dominar el fundamento de la Composición, la ciencia de los acordes, la Armonía.

V.

Fíjate menos en lo que lleve tu compañera que en lo que necesite para sus gastos. Las hay que necesitan para ellas solas su hacienda y la de su marido. Y gracias que no piensen en la de algún otro.

VI.

¡Cuántas veces el matrimonio con una rica, espejuelo de alondras, equivale á un suicidio! Se vende la libertad, la salud, la vida, á cambio de cuatro garbanzos revueltos con bilis, mascarullados al compás de regüeldos de hiena y mordiscos de vibora.

VII.

Como una dote metálica se pierde cuando menos se piensa, en tanto que las dotes personales duran siempre, resulta que una *mujer de su casa* vale más que una *mujer de dinero*. Con aquélla ó con ésta nunca olvides tu carrera ó tu oficio, que en el primer caso garantizará la independencia de ambos cónyuges, y en el segundo la tuya, contra las invasiones del

extranjero. Y excuso advertirte que el extranjero aquí suelen ser los parientes de la esposa, dados á recordar los beneficios que dispensan y á olvidar los que reciben.

VIII.

¡Una inclusera! ¡Una consorte que te ahorre el conocimiento de suegros, de cuñados, de primos!... ¿Qué mayor tesoro?

IX.

En el hogar doméstico conviene un sistema de gobierno tan distante de la autocracia de Nerón como de la anarquía de Bakounine. Al cabo, la mujer es al marido lo que el Consejo de Estado al Rey: un cuerpo consultivo. Y conste que de cien veces las setenta y cinco debemos seguir su dictamen, pero sin tomar por bueno el malo, según hizo Adán con el primer dictamen de Eva, causa de nuestra ruina.

X.

Para que tarde en extinguirse la llama del amor y sea reemplazada en su día por « la más santa amistad », que dice San Ambrosio, cuiden los casados de no abatirse en la desgracia, ni desvanecerse en la fortuna, y de tratarse siempre con el mutuo debido respeto.

XI.

Cuando dos cónyuges se hagan incompatibles, ¿ á qué insultarse y golpearse como personas de baja estofa? El inocente cubrirá de flores al que no lo es, aunque ausentándose lo más pronto y lejos que pueda. Lo cortés no quita á lo divorciado.

XII.

La enfermedad y la miseria suelen acometer alevosas los hogares más felices. Pues bien: con objeto de prevenirlas, urge prohibir indefectiblemente el matrimonio entre primos hermanos, de cuyas uniones nacen la mayor parte de los escrofulosos, epilépticos, locos y paralíticos; y urge, sobre castigar con crecida multa el celibato, prohibir el matrimonio entre ricos, á menos que éstos no dedicaran un 2 por 100 de sus capitales á facilitar los enlaces entre pobres, trabaja-

dores y honrados: contribuciones ambas que, al coadyuvar al equitativo reparto de bienes, irían cortando las garras de la esfinge internacionalista.

°°

Fiel observante de esta especie de Ley de las Doce Tablas, mi amigo, insigne pintor, vive hoy y espera continuar vi- viendo dichoso, en cuanto cabe serlo aquí abajo, al lado de una buena y linda cónyuge.

Si algo lamenta, ya que algo hayamos de lamentar todos, es la desgracia, ó suerte, de carecer de un par de chinelos á quienes legar su apellido y su estudio.

—El que muere consolado por un hijo—murmura—puede decirse que no muere, pues que deja su existencia prolongada á otras generaciones.

—¿Qué hijos más imperecederos que tus obras?—le replica su digna compañera.

Y una sonrisa de amor desvanece la única ráfaga de aquel cielo sin nubes.

¡Ojalá brillara así el cielo de algunos matrimonios!

ADDÓN DE PAZ.



1140-
B
®



EL MENDIGO

(IMITACION DE CATULO MENDES)

Á la orilla sentado del camino,
Triste, solo, y de harapos mal cubierto,
A un gran señor que pasa
Limosna pide un viejo.
— ¡Por caridad, le dice, socorredme!
Yo fui rico cual vos en otro tiempo,
Y hoy miserable vivo
Sin hogar y sin lecho.—
Una moneda de oro deposita
En sus rugosas manos el viajero,
Y «¡gracias!» el mendigo
Repite sonriendo.
— Á la vista no más de esta moneda
De mi fortuna y juventud me acuerdo
Mis ilusiones tornan,
Aun en la dicha creo.—

Precedido de bélicos clarines
Y de laureles mil doblado al peso,
Por el camino cruza
Un paladín soberbio.
— ¡Señor, grita el anciano, una limosna!
También de la victoria gané el premio,
Aunque olvidó la patria
Mi generoso esfuerzo.—
Un ramo de laurel á sus pies deja
El vencedor, la hueste deteniendo,
Mientras el pobre exclama
Señalándole al cielo:
— ¡Que os guarde siempre Dios! en estas hojas
Mis triunfos y mi nombre escritos veo;
Y al aspirar su esencia
Aun con la gloria sueño.

Una preciosa joven aparece
Del vecino castillo en el sendero,
Seguida y requebrada
Por gallardo mancebo.
Tristemente inclinando la cabeza
— Que seas muy feliz— murmura el viejo;—
Si amas y eres amada,
Ya estás cerca de serlo.
¡Ay! yo lo fui también: bellas mujeres
Reposaron cansadas en mi seno,
Y de sus labios rojos
La copa me ofrecieron.—
Conmovida la niña dice al joven:
— Si tú me lo permites, dulce dueño,
Dar quisiera á este anciano
La limosna de un beso.
— Aunque él te lo permita, yo, señora,
Del sacrificio relevarte debo—
Interrumpió el mendigo
Con doloroso acento.—
Un ramo de laurel, una moneda
Pueden las ilusiones devolvernos,
Y de perdidos goces
Evocar el recuerdo.
Mas besos ofrecidos de limosna,
En nevado erial chispas de fuego,
Resucitar no pueden
Los corazones yertos.
Pasad, alegres jóvenes, de largo,
Y pasad muy de prisa y en silencio,
Pues no hay para un difunto
Martirio más horrendo
Que sentir arrullarse dos palomas
Sobre el ciprés obscuro y macilento,
¡Inmóvil centinela
Del triste cementerio!

MANUEL DEL PALACIO.



MISTERIOS DEL ALMA

Al mirarte reir constantemente,
Todos deben creer
Que eres dichosa y para tí no existen
Hoy, mañana..... ¡ni ayer!
Pero si en el abismo de tu pecho
Lograran penetrar,
Conmigo exclamarían: «¡Desgraciada!
¡Si no sabe llorar...!»

EDUARDO SÁNCHEZ DE CASTILLA.

EL POZO DE SANTA CASILDA



I.

A principios del siglo XI, el rey moro de Toledo, llamado, según algunos cronistas, Canón, según otros, Aldemón, antecesor de Aliménón, á quien D. Nicolás Moratín hizo en toda España célebre con su romance

«Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo....»

tenía una hija, dechado de belleza corporal y maravilla de hermosura del alma.

Casilda ó Casilda, que con los dos nombres la citan los que escribieron su panegirico, aunque prevaleció definitivamente el segundo, había nacido para demostrar lo que es un ángel sobre la tierra. Desde sus primeros años la inflamaba el fuego de la caridad, que ejercía con incansable afán,

con júbilo indecible. Joyas, preseas, trajes recamados, oro, cuanto podía poseer por su estirpe y por las riquezas de su padre, todo se convertía en elemento de auxilio para los infortunados, á quienes buscaba y encontraba por muy ocultas que estuviesen sus angustias y pobreza.

Llamó su atención ¿cómo no había de llamarla? y constituyó el objeto principal de sus anhelos la tristísima situación de los pobres cautivos cristianos, que al Rey su padre llegaban con frecuencia por centenares, y encerrados en lóbregas mazmorras, como rebaños de carneros, con escaso y mal alimento, sin salir al aire más que para rudos trabajos y sometidos al palo y al látigo de sus inexorables guardianes, presentaban el aspecto de la muerte, pálidos, demacrados, sin hallar compasión de su infortunio ni otra cosa que miradas de fiera saña ó profundo desprecio para sus miradas de dolor y de intensa amargura.

Casilda se constituyó en su protectora, en otra misericordiosa Providencia: no sólo les llevaba el consuelo de su presencia, bondad y palabras de inefable esperanza, sino también abundante alimento, que les repartía con su propia mano. El rey la proveía con alta munificencia para sus gastos y los de su numerosa servidumbre, y lo primero que hacía era separar las dos terceras partes para sus protegidos cautivos. ¡Cuántas bendiciones que salían de las mazmorras volverían desde el cielo sobre aquella alma elegida!

Probablemente la envidia y el feroz espíritu de secta pusieron á la esclarecida doncella en un duro trance, del cual la sacó victoriosa la protección de lo alto, quien la había dotado de espíritu sobrehumano é infundido en su corazón el fuego de la caridad, el sople de la vida de los ángeles. Se la acusó ante el Rey de ser favorecedora y partidaria de los cristianos cautivos, á quienes todos los días llevaba personalmente un abundante alimento, del cual eran indignos, y mucho más de que lo suministrara la hija de un defensor del Profeta. El dolor y la ira que le produjo tan terrible acusación fueron tanto más grandes cuanto que amaba entrañablemente á su hija: la lucha entre el cariño y los sentimientos de creyente, entre padre y rey mahometano, fué tempestuosa: se resistía á creer en tal infideli-

dad religiosa por parte de la joven Princesa; mas las afirmaciones eran decisivas y se le ofrecía la prueba para aquel mismo día.

No quiso el Rey confiar en ajeno testimonio, y se decidió á adquirir por sí propio el convencimiento. En el sitio y hora que le habían indicado, apareció de repente, sorprendiendo á Casilda, que llevaba la antifalda llena de pan y viandas para los cautivos.

—¿Qué llevas?—preguntó airado y convencido de la certeza de la acusación.

Sin vacilar y mirando dulcemente á su padre, contestó Casilda:

—Rosas.
Mas airado por lo que suponía ser un engaño, la intima que descubra lo que lleva cuidadosamente cubierto, y encuentra ser verdad lo que le acaba de decir su hija: la antifalda estaba llena de rosas. Entonces el Rey convirtió la ira contra los calumniadores de Casilda, á quienes dió en rostro con su maldad, amenazándoles con su cólera si volvían á poner en lenguas el nombre de la inocente joven.

Dicen algunos biógrafos de la santa doncella que no fué objeto de la sorpresa y pesquisa del Rey lo que Casilda llevaba en su vestidura, sino las canastas que conducían sus servidoras, y al ser descubiertas aparecieron llenas de rosas. El asunto es mínimo y de todo pudo haber; mas los pintores, aceptando la versión de carácter más íntimo y personal, han representado á la santa sin acompañamiento y mostrando á su padre el delantal lleno de rosas.

¿Faltó á la verdad Casilda al dar á su padre la respuesta que dió? Llevaba pan y viandas y dijo que eran rosas. En aquel momento era verdad, y el suceso lo demostró cumplidamente: no era ella quien hablaba, sino quien había obrado tan maravillosa transformación. *Non estis vos qui loquimini....*

Enfermó la caritativa y angelical Princesa, y la dolencia, peculiar del sexo, hacia funestísimos progresos. Acudieron por mandado del Rey los más afamados médicos; agotaron todos los recursos de su arte y de su ingenio, mas la enfermedad no cedía; faltaban ya las fuerzas á la paciente y la vida se iba extinguiendo con lamentable rapidez. Profundamente pesados y humillados en su amor propio profesional, hubieron los médicos de anunciar al Rey que no encontraban remedio para su hija y que la muerte la acechaba ya como á una próxima presa.

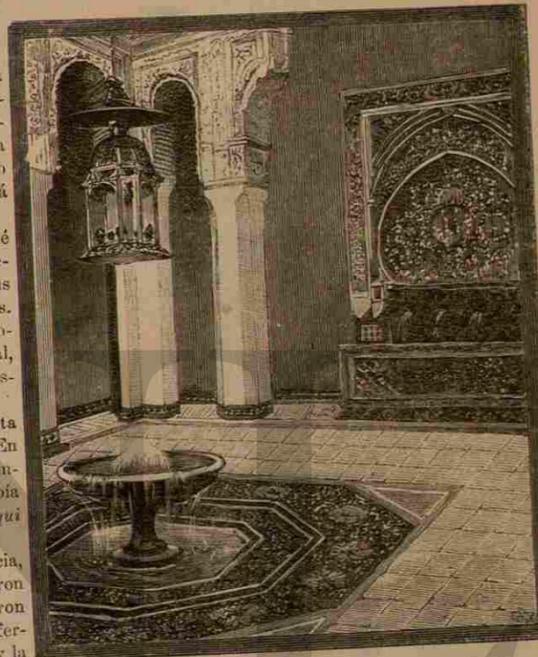
El intenso dolor de aquel padre tuvo un lenitivo en la esperanza. Difundido por el regio alcázar el rumor de tan triste anuncio, llegó á oídos de los cautivos cristianos, que agradecidos á los beneficios de la Princesa se apresuraron á hacer llegar hasta el Rey la venturosa nueva de que en Castilla, en la región de Burgos, había una fuente cuyas aguas maravillosas devolvían la salud á cuantas padecían la enfermedad que aquejaba á su hija y las análogas ó que reconociesen por causa la extravasación de la sangre.

Convencido por el testimonio de cuantos cautivos quiso oír, surgió en su ánimo una duda: ¿podría él, príncipe mahometano, consentir en que su hija pasara á tierra de infieles, aun cuando fuese para recobrar la salud perdida y librarse de la muerte que como segura y próxima habían pronosticado los entendidos en el arte de curar? El asunto era grave, y de nuevo surgió la lucha entre el padre y el sectario; del

sectario en todos los tiempos intransigente y en aquellos feroz por los odios de raza y rencores de religión.

«*Res*—dicen los biógrafos de la esclarecida doncella toledana—*ad Concilium retulit. Vicium omnibus est regie virginis saluti consulendum esse.*» «El Rey llevó el asunto á su Consejo. Todos fueron de parecer de que debía atenderse á salvar á la regia virgen; es decir, de que se la enviase á beber las aguas de la fuente milagrosa.

Aquí algunos cronistas afirman que el Rey moro de Toledo pidió al de Castilla (habría sido al Conde) el permiso



PATIO ÁRABE.

para el libre paso de Casilda por tierras de sus dominios y permanencia en el lugar ó sitio de las aguas saludables; permiso pronto y caballerosamente concedido por el castellano; aunque á decir verdad no sería necesario, si, como escriben otros panegiristas, la Princesa salió de Toledo y se dirigió á tierra de Burgos, *Deo monstrante iter.*

El hecho fué que llegó á Briviesca y de allí en seguida al término de su viaje.

II.

En lo alto de la peñascosa sierra que corre por el Norte de Briviesca y toda la comarca de la Bureba hay, y en aquellos tiempos había, un santuario erigido en honor de San Vicente, diácono, glorioso mártir de principios del siglo IV, uno de los innumerables de la persecución de Diocleciano. Entre sus milagros habían sido y eran de los más admirados las curaciones de todas las hemorragias. La devoción,

sostenida y aumentada por los prodigios, á todos visibles, hacia de aquel santuario uno de los más celebrados de España. Allí están los pozos de las aguas milagrosas, aunque



LA ORACIÓN DEL MUEZÍN.

los que han escrito del martirio y milagros de San Vicente dicen que no está la eficacia en las aguas, sino en la intervención del santo y en la fe de los que á ellas recurren.

Allá fué Casilda y allí se encontró instantáneamente libre de su terrible enfermedad y restituida á la salud, vigor y lozanía de que la había privado. No quiso apartarse ya de

aquel sitio; dispuso que junto al santuario se la edificase vivienda para sí y sus sirvientas, y después de muy larga vida, fecundísima en milagros, murió delante del altar de San Vicente, dirigiendo á Dios su ferviente y último ruego, el de que todos los que acudiesen á aquel santuario en busca de remedio para dolencia de sangre obtuvieran el beneficio que allí había recibido; la curación completa de su mal.

III.

La devoción que ya en vida inspiró la santa; el hallarse su cuerpo encerrado en magnífico mausoleo dentro del santuario, y el transcurso del tiempo, hicieron que desapareciera para los habitantes de aquella comarca la denominación de San Vicente y sólo quedara la de *Santuario de Santa Casilda*, con la cual es celebre desde hace siglos. La piadosa tradición ha conservado el espíritu de caridad que animaba á la santa titular: en su hospedería se da gratuitamente albergue á cuantos van en cristiana romería á invocar su protección.

Hay dos pozos, uno de los cuales se conoce con el nombre de *Pozo de San Vicente*; el otro, con el de *Pozo de Santa Casilda*.

Al primero, conservando fielmente la historia de los milagros que obró el santo mártir y la especialidad de su patrocinio, acuden cuantas padecen enfermedad análoga á la que afligió en su primera juventud á Santa Casilda. En sus aguas lavan las ropas interiores las aquejadas por tal dolencia, y con ello encuentran el anhelado remedio. El escepticismo y la incredulidad pueden reírse tanto de lo que yo digo aquí, como de lo que se hace allí; mas hay una observación muy sencilla para recomendar alguna seriedad á tales risueños: más de diez siglos hace que se practicaba lo que hoy todavía se practica: ¿se habría estado por más de mil años trepando á aquella altura para lavar ropa de enfermas, si no se hubiese experimentado la eficacia de semejante operación? ¿Habrían resistido cuarenta

generaciones, por grande que fuera su fe, al desconsuelo de un constante desengaño?

El segundo, el llamado de Santa Casilda, por una singularísima transformación en las ideas y tradiciones y sin que conste claramente su origen, es objeto de bien distintos votos, de especialísima devoción y verdadera fuente de es-

peranzas. Al propio tiempo que en las súplicas para la curación de enfermedades de sangre, se invoca la intercesión conjunta de San Vicente y Santa Casilda, y más la de esta celestial abogada que la del santo mártir, ha quedado el primer pozo como remedio material de la enfermedad, y el de Santa Casilda como recurso para las estériles; para la que quiere convertirse en *matrem filiorum letantem*.

La castísima doncella de Toledo se convirtió, sabe Dios cuándo, en abogada de la fecundidad.

A su santuario van, con ardiente fe, con fundada esperanza, las romeras anhelantes de posteridad, y después de orar ante el sepulcro de la Santa, pidiendo el beneficio de la sucesión, se dirigen solícitas al pozo, y siguiendo secular costumbre, ejecutan un acto al parecer de suprema puerilidad, y que no es fácil saber ni calcular cuándo y por qué inventaría la imaginación femenil. Por cada hijo que desean arrojan al pozo una piedrecita, y por cada hija un trocito de teja.

Aquí de la anterior observación. ¿No ha de causar risa al indiferente y descreído lo de la piedrecita y el trozo de teja? Y sin embargo, desde hace siglos el pozo se llena de pequeñas piedras y tejas; se limpia y se vuelve á llenar, y no hay visos de que cese esta faena. ¿Por qué será? ¿No se ha llegado todavía á difundir la idea de que todo es ilusión, ó se ha adquirido el convencimiento de que hay algo y no poco de verdad en lo que hace recordar la fábula de Dencalion, que arrojaba piedras y se convertían en hombres? La visita al santuario continúa, el pozo se llena de piedras y fragmentos de teja; yo consigno el hecho, y cada cual puede deducir las consecuencias que le plazcan.

La subida á la cumbre donde se halla el santuario se ha suavizado en los últimos tiempos; hasta mediados de este siglo se hacía la ascensión en pacientes y bien acostumbradas pollinas, únicas que sabían y podían sentar con seguridad su planta en aquella áspera y pedregosa senda y trepar hasta los riscos del santuario. Ahora, ensanchado convenientemente el camino, se sube en coche, á partir de Briviesca, hasta cierta altura en la falda de la montaña, y desde allí en las antiguas cabalgaduras ó á pie.

Hay en las inmediaciones del santuario unas piedras llamadas de Santa Casilda, de forma perfectamente exágona, de unos dos centímetros de ancho y poco más de uno de alto; su color entre topacio y venturina, y su tallado tan fino y correcto que parecen labradas por muy experta mano y con finísimo cincel; en el centro y por los dos lados tienen una punta, semejando ruedas de molino; su materia es yeso cristalizado, de extraordinaria dureza y consistencia. No hay romera que descienda del santuario sin coger algunas piedras como recuerdo de su peregrinación y de la Santa.

IV.

Era un matrimonio todavía joven: él, modesto empleado de cuatro mil pesetas de sueldo, recientemente ascendido á cinco mil.

Sólo una nube empañaba el azul de aquel cielo de felicidad: no había sucesión; mas al séptimo año de consorcio se presentaron síntomas venturosos de un cambio y legítimas esperanzas de aumento de familia.

En uno de los momentos de expansión conyugal la esposa

reveló á su marido lo que hasta entonces no había creído oportuno manifestarle: que aprovechando una de sus ausencias oficiales, había ido al santuario de Santa Casilda; le explicó lo que era tal romería, y le dijo haber arrojado al legendario pozo tres trocitos de teja y cuatro piedras.

—¡Siete hijos!—exclamó asustado el marido.—Pero, Pilar, ¿sabes lo que has hecho? ¿Un pobre empleado con cinco mil pesetas, siete hijos? ¿Cómo los mantenemos... cómo los educamos?.....

—No siempre has de tener cinco mil pesetas; hace un mes tenías cuatro mil; vas á tener un hijo y ya cuentas con mil más; de seguro que para cuando llegemos al séptimo tienes doce mil y quinientas; que serás Director general....

—O cesante sin derechos pasivos; puede el Ministro tener un sobrino ó amigo á quien dar el ascenso y disponer para ello de mi plaza; entonces estaremos bien con un cargamento de hijos....

—Ya sabes lo que se dice: que con cada hijo viene un pan á casa....

—No; el pan no viene; hay que traerlo; y ¡digo!.... ¡siete panes más, ó mejor dicho, veintitun panecillos, cuando se coman á tres por barba! ¡Siete hijos! ¿No hubieras procedido con más cordura pidiendo á la Santa que nos diera los que pudiesen convenirnos, en vez de pedirle siete ó arrojar tantas piedras y tejas al pozo? ¿Cómo salimos de tres hijas y cuatro hijos?

—No se trata ahora de salir de ellos, sino de que entren en casa; las niñas, si son bonitas y bien educadas, tendrán fácil acomodo; de los chicos, haces á uno ingeniero de montes, á otro registrador de la propiedad, al tercero médico especialista y al cuarto....

—Al cuarto, soldado, para que pueda ascender á cabo ó sargento y obtener con el tiempo un estanco ó una portería; á los otros para que consigan los destinos ó posiciones á que te refieres, les daremos las carreras.... en pelo, porque de otra manera no sé de dónde hemos de sacar el dinero para costearlas. ¿No podrías pedir á la Santa que dejara en parte sin efecto esa especie de voto....?

—Si quieres que le pida, no que lo deje en parte, sino en todo....

—Eso no, Pilar, eso no.... Siento haberte molestado.... En fin, sea lo que Dios quiera....

—Con lo que Dios te dé, con eso te encuentras....

—¡Es verdad.... es verdad.... pero.... siete hijos!....

En aquella noche no durmió el futuro padre; ardía su cabeza; imaginaba verse rodeado de un enjambre de chicos, y prescindía de los goces de la paternidad para fijarse en las angustias de su situación financiera. Casi, casi abominaba de la posteridad y aun revolvía en su mente ir al santuario de Santa Casilda, acercarse al pozo y ver de sacar las piedras y tejas que había arrojado su mujer.

Mas la empresa era imposible.

V.

Algunos meses después dió á luz con toda felicidad la esposa una niña. El padre no cabía en sí de júbilo; ya no se acordaba de los apuros que había expresado con vehemencia, ni de los hijos que pudieran venir detrás.

No había para él más mundo ni más ilusiones que su hija.

Al día siguiente la llevaron a bautizar, y su padre quiso que se le pusiera por nombre Consuelo.

Cuando la trajeron ya hecha cristiana, la cogió, la besó cien veces y dijo con el mayor entusiasmo a su madre: —¡Qué bonita es!

—Pues mira—dijo la esposa con sencillez—tengo por cierto que las otras dos han de ser todavía más bonitas.... Y cuando vengan los chicos....

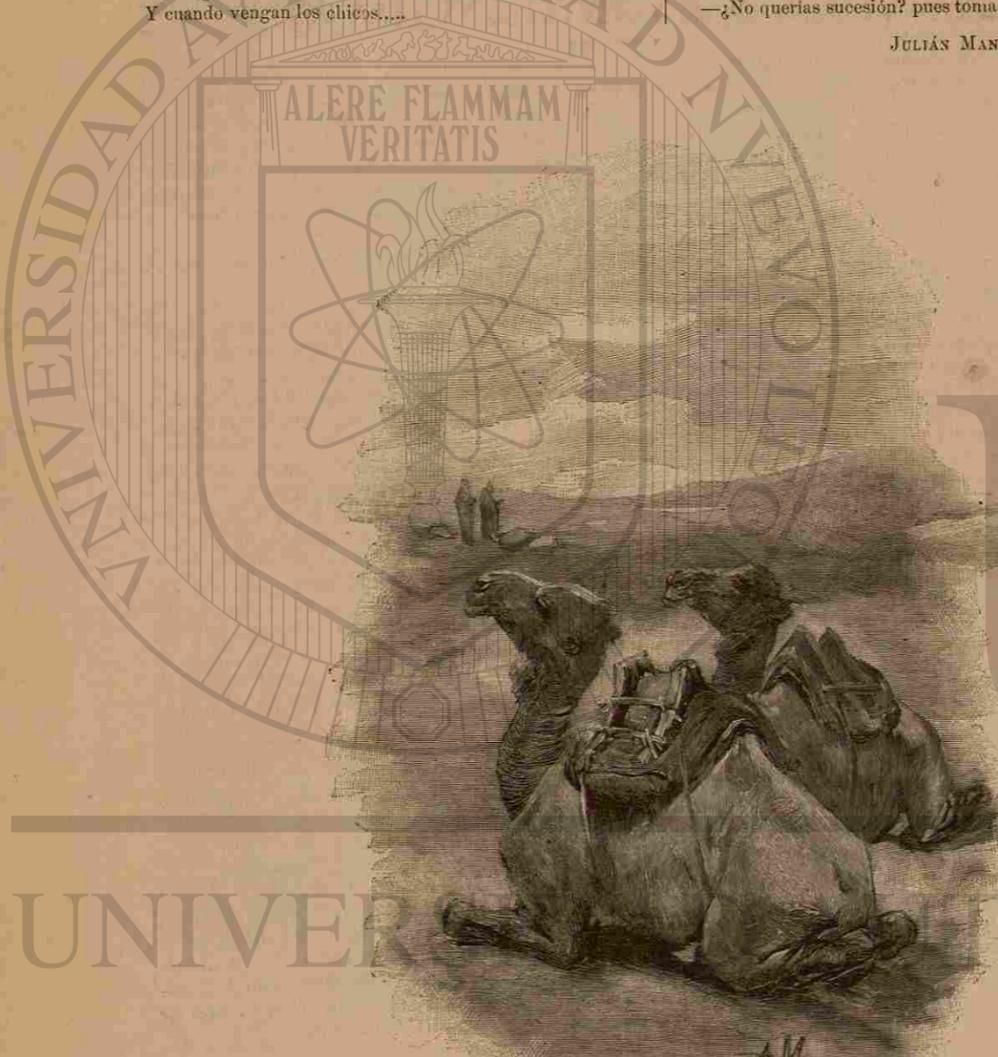
El marido, muy molino, entregó la niña a su madre, diciendo con amargura y despecho:

—En el Ministerio se hablaba hoy de un arreglo para hacer economías; si nos toca la china, podrás ir á arrojarla al pozo de Santa Casilda, para que sea uno más: la miseria repartida tocará á menos.

Y dirigiéndose á su despacho, iba diciendo:

—¿No querías sucesión? pues toma sucesión.

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.



CORRECCION MILAGROSA

CUENTO



I.

En la Cabeza de D. Pedro el Cruel había un zapatero que se llamaba Aguado. Es decir, no precisamente dentro de la cabeza del monarca, sino en el sitio que tal nombre lleva en Sevilla, ó sea en la calle del Candilejo y sus contornos. Allí cerca,

muy cerquita, está la casa de vecindad ó corral de Tromperos, cuyo propietario y administrador lo era entonces, á mediados del presente siglo, el señor Pepe, que andaba en Gibraltar, como solía decirse de quien se dedicaba al contrabando. Este señor Pepe era uno de los moralistas más feroces que he conocido: en su corral, aunque destinado á viviendas de gente pobre, sólo admitía solteros ó viudos, ó matrimonios verdaderos y hechos con todas las reglas del arte canónico: nada de

líos, ni parejitas sospechosas, ni otros gatuperios de los que tanto abundan en las más lujosas fondas de las grandes capitales. Y tan á punta de lanza llevaba su escrupulosidad en esto, que prefería tener algunas viviendas desahuyadas y no cobrar por ellas un ochavo, antes de ceder un ápice en lo que él apellidaba «la fama de los Tromperos». No pocos aspirantes á inquilinos salían echando venablos contra el señor Pepe, porque les expurgaba el linaje, como si fuesen á emparentar con el mismísimo emperador Carlomagno, según palabras de un gitano algo prestidigitador á quien no quiso arrendar ningún aposento.

Pues en este corral vivía mi héroe con su legítima consorte, que si no era una santa, de seguro no le faltaban ni dos centímetros para serlo, por la paciencia y mansedumbre

con que aguantaba los malos tratos de su marido. Pero no adelantemos los palos, y siga la narración con orden por sus trámites naturales.

El zapatero Aguado era natural de Madrid (él decía que de Madrid); y como todos los madrileños dedicados á oficio manual, desdenaba el título de artesano y apellidábase artista, sin duda porque este nombre le parecía más bonito. No era hermano, ni primo, ni cuñado siquiera, de aquel famoso Aguado que tanta celebridad alcanzó en París y Londres tocando la guitarra como un ángel, si es que los ángeles tocan guitarras allá en el cielo; ni tampoco del otro insigne Aguado, gran maestro del *cante jondo*, que así se arrancaba por oles, playeras, polos, serranas, soledades, sevillanas y malagueñas, como apuraba la voz y sentimiento en la caña, verdadera madre y raíz de todos los cantares finos de la gente del bronce. A estar emparentado con ellos, algo tendría de artista, por afinidad; mas no estándolo, cerrábasele todas las trochas y callejuelas para salir de artesano y zapatero. Aun menos que lo de artista le cuadraba lo de Aguado, pues era del agua poco devoto, y menos todavía de la que el tabernero solía poner en el vino, que fué por muchos años su delicia, hasta que encontrándolo insípido y flojillo, tomó una resolución heroica y se entregó al aguardiente. Los primeros meses bebía poco, no por templanza, sino porque á los primeros tragos solía coger la mona y quedar inútil para seguir bebiendo; más cuando llegó á tomarle el gusto de veras y á encallecerse el gaxate con el fogoso líquido, necesitaba una botella para empezar, y ya comenzadas las libaciones, hubiera tragado agarrás sin hacer gestos, si se lo hubiesen dado.

Alto. Aquí suelto la pluma y enciendo un cigarrillo. Mientras lo fumo, considero cuán propio sería de este lugar y qué fácil tarea enderezar á los lectores algunas reflexiones morales acerca de la naturaleza de los vicios y su funesta y siempre creciente influencia sobre los viciosos, hasta llevarlos por irresistible pendiente al fondo del abismo; con otros avisos tan profundos como nuevos, y tan nuevos como profundos. Y si añadía después aquello de «¿Adónde vas, desgraciado? ¡Detente, que te pierdes!», quizá algunos me

tuviesen por hombre de buenas ideas y hasta por piadoso moralista. Pero me empalagan y revientan los sermones intercalados como cuñas en los relatos, y así, prosigo mi cuento.

Desde que el zapatero se dió á empujar de firme el codo, ya en su pobre hogar no hubo amor, ni tranquilidad, ni siquiera tolerancia, y muchos días ni un triste y solo mendrugo de pan que llevar á la boca. Porque mientras Aguado se emborrachaba periódicamente los lunes, á fuer de miembro del gremio y cofradía de San Crispín, todavía el resto de la semana era consagrado á la labor, y sin levantar cabeza ni héroe ni soltar los trastos del oficio, echaba puntetas, tapas, remiendos y medias suelas con primor notable, y hasta ejercía de obra prima fabricando para aguadores y carreteros zapatonos como lanchas, guarnecidos de enormes clavos, muy semejantes á los que suelen adornar y reforzar las puertas de las iglesias. Pero cuando la embriaguez se hizo diaria ó cuasi diaria, no quedó tiempo ni humor para el trabajo, y sin trabajo no hubo dinero, y como el dinero le hacía grandísima falta, pues aun no se ha descubierto la manera de vivir sin comer, empezaron los viajes á las casas de empeños, hasta que la zapateril pareja se quedó más pelada que un perro chino. Lástima daba sólo el asomarse á su mezquino tugurio: las sillas, la cómoda, el espejillo, el arca, donde ya no había ropas que guardar, hasta la cama, todo había desaparecido en esos antros oscuros en que el logrero plebeyo extrae la última gota de sangre del menesteroso, como la araña la de la mosca enredada en su tela.

«Donde no hay harina todo es molina», dice un refrán, y tiene muchísima razón. ¡Cuántos genios endiablados y hasta cuántas dolencias reputadas por gravísimas y mortales se curarian radicalmente con aplicarse al estómago una buena cataplasma de onzas de oro ó de billetes del Banco de España! No es inverosímil, pues, que la miseria agriase el carácter del pedestre artista, convirtiéndole de Aguado en avinado primero, y avinagrado después, y, finalmente, en una especie de fiera gruñidora y rabiosa, dispuesta siempre á pelearse hasta con su misma sombra. Mientras lavaba en la pila común del patio una muchacha del corral, que así se acordaba de mi héroe como de los mártires del Japón, tuvo la infeliz ocurrencia de entonar aquella copla de:

No lo quiero zapatero,
Que se le secan los muslos;
Vale más un arriero,
Que vaya y venga en su mulo.

Y no había concluido el último verso, cuando una horma, disparada con fuerza, pasó silbando ante los ojos de la cantora; y si la acierta en la cabeza, no vuelve á entonar más coplillas, á no ser en el otro mundo. Pero un hermano de la agraviada terció empuñando un soberbio garrote, y del primer boleo dió en tierra con el señor Aguado, y gracias á la mediación de los vecinos, aquí paró la reyerta. Otras veces, por si me miraste, ó tropezaste al pasar, ó tosisste con cierta malicia y retintín, el zapatero descargaba á granél una rociada de improperios y desvergüenzas sobre tíros y troyanos, quiero decir, sobre vecinas y vecinos, poniendo á éstos de bandidos y canallas, y á ellas obsequiándolas con las más amenas frases de su vocabulario de taberna. Concluían tales

algaradas con encerrarse el insultador en su cuchitril buyendo de los ofendidos, y sacudir á su propia mujer, por vía de desahogo, una tremenda paliza. Maltratábala también aunque antes no hubiese reñido con nadie; y tomada ya la costumbre del bofetón y el varapalo, apenas pasaba día sin golpes del borracho y sin cardenales y lágrimas de su víctima y consorte la tía Juana.

—Este hombre ha de parar en presidio—decían unos al escuchar aquellas escenas conyugales.

—La horca es lo que merece—opinaban las hembras.

—Deberían arrimarle tal paliza, que no le quedasen ganas de martirizar á esa infeliz.

—Lo que debemos hacer es contarle estos escándalos al señor Pepe el casero en cuanto vuelva de Gibraltar, que ya no puede tardar mucho, para que plante á ese tuno en mitad del arroyo. El corral de Tromperos tiene tanta honra como el Palacio Real, y no está bien que por unos pierdan otros.

Tal fué la opinión de los más graves y sesudos varones de aquella asamblea, y la hubieran puesto en obra, y el señor Pepe, que no era nada blando de carácter y odiaba los escándalos, habría lanzado al matrimonio á la calle, sin las súplicas de la tía Juana para que los vecinos ocultasen al casero sus desventuras, pues decía la infeliz con más deseo que esperanza:

—Ya se enmendará mi hombre.

Con efecto, el diabólico zapatero cada semana y cada día era más borrachín y manilargo. Así se enmendaba. Seguía la víctima sufriendo, y los continuos escándalos molestando á los muchos vecinos del corral, uno de los más populosos de Sevilla.

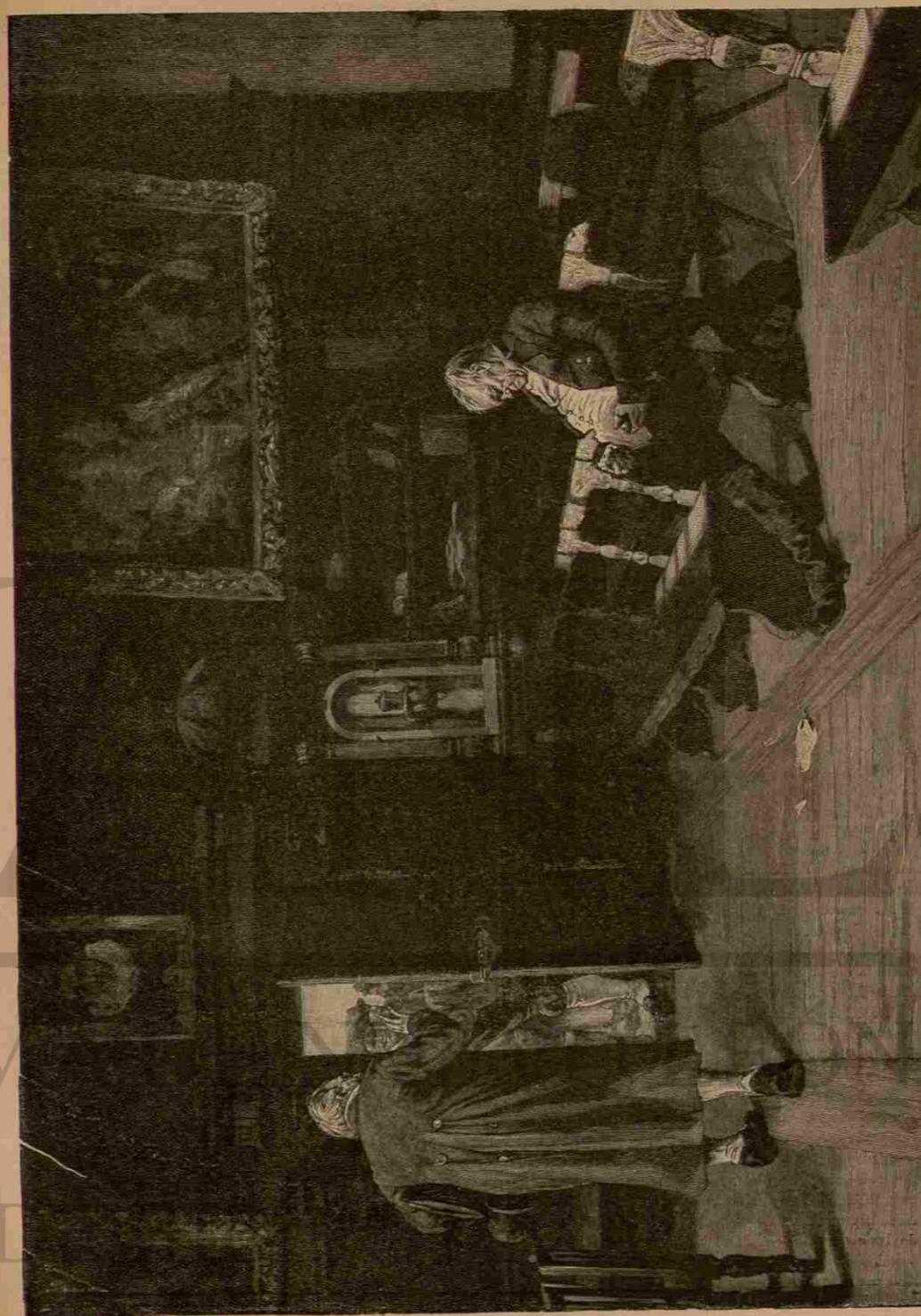
Pero no hay mal que cien años dure, ni enfermo que pueda resistirlo. Todas las situaciones muy violentas son por lo mismo inestables y transitorias; y lo fueron también las hazañas del furibundo Aguado y los padecimientos de su esposa. Pasados algunos meses y cuando menos lo esperaban, vieron sus convecinos al zapatero no borracho, ni holgazán, ni deslenguado, sino muy sereno y silencioso machacando suela, hincando la lezna y tirando de los cabos para ganarse el pan: al día siguiente lo mismo, y toda la semana igual, y aun pasó el mes entero sin achisparse una sola vez, ni pegar á la tía Juana, ni separarse del tirapié y del banquillo.

Ante cambio tan súbito y maravilloso, del que no era posible dudar, pues lo estaban viendo, perdíanse los vecinos en conjeturas para averiguar su causa y origen: quién apelaba al milagro, quién al arrepentimiento nacido de la misma conciencia, quién sostenía que el tal Aguado estuvo siempre loco y que su conducta actual era sólo forma nueva y distinta de su locura; opinión que prevaleció al cabo por el motivo siguiente.

Regresó el señor Pepe de Gibraltar, y no con los bolsillos llenos de viento, sino de oro y plata bien acuñados, cantantes y sonantes, y ganados á pulso, burlando á carabineros de mar y tierra, y suavizándolos otras veces con unto de Méjico; pues tanto el contrabandista como los del Resguardo sabían lo de

Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Para celebrar á un tiempo su llegada y el éxito feliz de sus especulaciones, convidó á varios de sus inquilinos á una



FINAL DE UNA SESIÓN.—Cuadro de Badmann.

juerga, donde hubo *menú*, y arroz con pollos, y pajeles, y lenguados, y la mar de vino y el Guadalquivir de aguardiente. Comieron, cantaron, bailaron, se cruzaron ocurrencias originalísimas y réplicas estupendas; se tributó á Baco fervoroso culto y achispáronse todos, ó se pusieron á medios pelos, en ese estado de excitación beatífica en que las abuelas parecen jóvenes vestales y hasta los dedos de la mano se nos antojan huéspedes. Todos, sí, ellas y ellos bebieron como esponjas, con la única excepción del Sr. Aguado, quien tragó como un caimán, pero en lo tocante á la bebida, sólo tomó dos ó tres cañas de Sanlúcar y una pequeñísima copita de aguardiente. Por más que le porfiaron para que siguiese empujando el codo, mantúvose inflexible en su sobriedad, y á las repetidas instancias que le hacían, contestaba siempre con estas mismas palabras:

—No quiero cuestiones con los santos; y con las santas, menos todavía.

—Pero, ¿qué tiene que ver la Corte celestial con que un hombre beba una botella, ó dos, ó cuatro?

—Yo me entiendo, y repito que no quiero cuestiones con los santos; y con las santas... menos todavía.

Y no salió de semejante canción, ni bebió una sola gota más de lo que se había propuesto.

Los comensales mirábase unos á otros con extrañeza. ¿Estará loco el pobre zapatero? ¿Querrá guasearse con nosotros? ¿Se le habrá perturbado la mollera con lo poco que ha bebido? Esto pensaban de Aguado, mirándole con lástima; pero su mujer y ex víctima la tía Juana, que se hallaba presente al jolgorio, no mostraba poca ni mucha inquietud; al contrario, sonreía como una bienaventurada.

II.

Como los orígenes del Egipto, Grecia y Roma, la primitiva época del insigne corral de Tromperos se oscurece y pierde en la sombra de los pasados siglos. Durante el xv y gran parte del xvi dió nombre á la calle en que estaba situado, hasta que á D. Alonso Fajardo, obispo de Esquilache, se le antojó destinar una gran casa suya para fundación de un convento de monjas, dedicado á las santas vírgenes, patronas de la ciudad, Justa y Rufina. Los vecinos del barrio apellidaron el nuevo monasterio de las Vírgenes, y también así vino á llamarse la calle. El convento, aunque protegido por sus no escasas rentas, por la idea religiosa y los prelados de Sevilla, acabó en Mayo de 1837; pero el corral, sin protección ni amparo alguno, siguió viviendo y todavía vive tan populoso y rozagante.

En él habitaban, por el tiempo de mi historia, dos hermanas que podrían compararse á dos soberbias palmeras, á dos perlas orientales, y, en suma, á dos cosas de mérito, por lo arrogantes y guapas, si no lo recuerdo mal, pues era yo entonces muy mozo. Sus vecinos, al verlas tan hermosas y de gallardas proporciones esculturales, bautizaronlas con el apodo de las *estautas* ó estatuas, y así eran conocidas. La mayor de ellas estaba medio casada; y digo medio, porque su marido era timonel de un místico y andaba la mitad ó

más del año dando tumbos por los mares; y mientras aguardaba á su errante Ulises, trabajaba esta Penélope de cigarrera en la Real Fábrica de Tabacos. Quizá desde que el armenio Juan Bautista Carrafa empezó en Sevilla á elaborar las aromáticas hojas de Cuba en 1620, habrían existido pocas, muy pocas cigarreras de igual pelaje y semejantes bríos. Su hermana era moza y costurera, y ambas *estautas* vivían juntas en sana paz, con desahogo y cierta abundancia relativa. Eran alegres sin liviandad, y económicas sin miseria. Como buenas vecinas, ayudaron y socorrieron no pocas veces á la tía Juana, compadeciéndola tanto como aborrecían y menospreciaban al borrachón del zapatero, que no contento con gastar lo necesario para el pan en ponerse el estómago hecho una cantimplora de aguardiente, todavía el muy condenado agravaba su mala conducta con la ruindad de pegar á su mujer antes de tenderse á dormir la mona. Mientras duraba el vapuleo, no se defendía la víctima por miedo de irritar y enfurecer á su verdugo, y que éste pudiera tirar de la *pluma* (navaja) ó empuñar alguna chaveta del oficio y despanzurrala y abrirla en canal, echándola fuera las asaduras y mondongos.

Pero si no se defendía con las manos, tenía suelta la lengua y vigorosos pulmones, gracias á Dios, y su voz resonaba como un clarín, y es fama que algunos de sus alaridos se oyeron en la Alfalfa, en la Casa de las Águilas y hasta en la de Pilatos; lástima grande que con órgano tan sonoro no se hubiese dedicado á la ópera italiana! Así, por falta de cultivo, las mejores aptitudes suelen quedar estériles y perdidas para el mundo.

Claro es que oyéndose á medio kilómetro los gritos de la paciente, mucho mejor se oirían de cerca, y como las referidas *estautas* eran de carne y hueso y nada sordas, no dejaban de percibir ni un golpe, ni un quejido. Indignábanse de veras las varoniles hermanas de tan inmotivados castigos, y más de una vez estuvieron á punto de intervenir, como parte activa, en las conyugales reyertas, administrando al flacucho y enclenque zapatero tal paliza, que no le quedasen humor ni ganas de armar nuevos escándalos. Pero conteníanse por temor al *qué dirán*, tan poderoso en las casas habitadas de muchos vecinos. Con todo, es grave cosa que en el cerebro penetre una idea, y la voluntad la acaricie, y á menado la memoria nos la presente. Porque entonces de seguro, si no es un día, vendrá otro en que la realicemos, siquiera para vernos libres de su obsesión continua, más inaguantable y pesada que pegajosa mosca en fines de verano. Hombre hubo en quien la idea del suicidio estuvo labrando y abundando meses y años enteros, hasta acabar por arrojarse de una torre ó dispararse un pistoletazo. Y las *estautas* habían concebido y acariciado el saludable propósito de arrimarle un buen jabón al desalmado zapatero.

Cierta noche velaban en su salita sentadas á la copa (braseo), y repasando algunos trapitos, mientras en los largos corredores y el anchuroso patio próximo caía la lluvia con fuerza. Hablaban de sus cosas y recordaban al ausente marido, que en noches semejantes de viento y agua vería caer los rayos y centellas y hervir las olas del mar siempre agarrado á la caña del timón, y siempre menospreciando los peligros para ganar un pedazo de pan y retirarse á comerlo con su familia; pero interrumpió tales pláticas la tía Juana.

Entró con pie silencioso, los ojos encendidos como de haber llorado, y se sentó en un rincón sin decir palabra, aunque su aspecto abatido y la expresión de su rostro manifestaban claramente sus pesares.

—Gracias á Dios, tía Juana, que al cabo de nueve ó diez días la vemos por aquí—dijo la cigarrera.—Pero trae usted una cara, que sólo de verla dan ganas de llorar. ¿Qué ha pasado? ¿Sigue lo mismo ese hombre?

Por toda contestación la tía Juana alzó las mangas de su pobre vestidillo, mostrando los brazos morenos y delgados como dos palitroques, y llenos de cardenales y contusiones. Conociase que le habían servido de escudo y defensa contra los golpes del borracho. Al mismo tiempo se echó á llorar con el mayor desconsuelo. Sus vecinas se indignaron, y la mayor de ambas hermanas exclamó no sin dureza:

—De todo eso tiene la culpa el tunante, y usted la tiene también.

—¿Yo? ¿yo? Muchas gracias, vecina; muchas gracias por el consuelo. Pues ¿qué quiere usted que haga? En todo le obedezco y le llevo la corriente. Si no hay que comer, lo busco fiado; si empeña nuestras últimas ropas y hasta los colchones, yo callada como una muerta; si después de maltratarme cae como un tronco y duerme diez horas seguidas, no intento vengarme y le guardo el sueño; trabajo hasta reventar, y no hubiera comido muchos días sin la caridad de ustedes y de otras buenas personas... en fin, ¿qué queréis que haga? ¿Que me vuelva loca, ó me tire de cabeza por un barranco?

Y la infeliz mujer volvió á sus lágrimas y suspiros.

—Tía Juana—contestó pausadamente la hermosa cigarrera—ni mi hermana ni yo, ni nadie en el mundo queremos que se le vuelva el juicio, ni se tire á ninguna parte, ni haga nada contrario de lo que es regular y justo. Lo que si deseamos todos cuantos la conocemos y sentimos sus pesares y la mala vida que lleva, es que esos pesares concluyan, y esa vida cambie, y su marido se enmiende; y en vez de manejar el palo, maneje las herramientas de su oficio para ganar de comer. Creo que esto no es pedir ninguna injusticia, ni tampoco ningún imposible.

—Injusticia, claro está que no; pero imposible sí lo es, y de los más grandes. Si ustedes supieran las partes de rosarios que llevo rezadas, y rosarios enteros á todos los ángeles y arcángeles, santos y santas del Paraíso, para que á mi hombre se le mude el corazón... se asombrarían ustedes... y consigo mucho, porque de cada día es más devoto del aguardiente, y más aficionado á pegar que un maestro de escuela.

Ambas hermanas se miraron de acuerdo, con imperceptible sonrisa, y la menor, que hasta entonces no había terciado en el coloquio, dijo dulcemente:

—Vamos, vamos, tía Juana: el remedio no está en rezar mucho, sino en elegir buen patrono y saber á quién se reza. Lo que un santo no hace, quizá pueda y quiera hacerlo otro. ¿Quién lo duda? Además, que cada cuál sirve para su cosa. ¿No están ahí San Roque para las llagas y la peste, Santa Lucía para los ojos, San Blas para las enfermedades de la garganta, Santa Polonia para los dolores de muelas, y otros muchísimos que he oído ponderar y de que ahora no me acuerdo? Pues las benditas y santas hermanas Justa y Rufina tienen la virtud de arreglar matrimonios desaveni-

dos y dejarlos tranquilos y en paz, como una balsa de aceite. Díganos la verdad. ¿Se ha encomendado á ellas?

—No, hijas mías: por lo menos yo no recuerdo ahora....

—Entonces no hay que hablar: ya pareció la falta. Y sepa usted que si las benditas hermanas son patronas de Sevilla, lo son más todavía de los vecinos de esta calle, que lleva su nombre, y donde tuvieron su iglesia hasta hace trece ó catorce años, pues yo la conocí siendo muy niña. Conque, tía Juana, déjese de lloriqueos y tenga confianza. Cuando su marido se achispe y quiera maltratarla, no rece á los arcángeles ni á los niños del Limbo, que ya está visto que no dan juego, sino llame á las benditas hermanas Justa y Rufina, y ellas la favorecerán y sacarán de apuros.

—Así lo haré—dijo la mujer del zapatero sólo por decir algo, pues no tenía la menor fe en las intervenciones milagrosas.

Después cenó en compañía de las *estautas* y se retiró á su tugurio.

Entre tanto, el benemérito Sr. Aguado seguía desacreditando su apellido, más borracho hoy que ayer, y disponiéndose á serlo mañana más todavía, si es que en lo perfecto y absoluto cabe progresión alguna. Lo que no admite explicación es cómo sostenía el vicio de la embriaguez, sin recursos para pagarlo. ¿Le daban de balde la bebida? No es creíble. ¿Se la fiaban? No es probable. ¿Le convidaban los amigos? El pobre suele no tenerlos. Sin embargo de todos estos razonamientos lógicos, mi héroe seguía bebiendo, y el líquido ardoroso produciendo sus resultados naturales, á saber: perturbación del juicio, y pescozones y puntapiés y aun garrotazos á la tía Juana, con cuyo brutal tratamiento iba haciéndosele muy difícil y penosa la vida á la infeliz zapatera.

Llegando días y pasando días, no fué ya difícil y penosa, sino imposible del todo, á no tener cuerpo de bronce y vocación de mártir. Porque los golpes, sobre más frecuentes, eran de cada vez más duros y espesos como granizo y capaces de dejar señales en la piel de un buey. Acompañaban el vapuleo á manera de salmodia los improperios y amenazas, tal como en la ópera la música y la letra se conciertan y ligan, apoyándose mutuamente para producir mayor efecto.

Lamentábase la zapatera de su desventurada suerte con sus vecinas *las estautas*, quienes le contestaban.

—Oiga usted, tía Juana, por más que diga y se queje, á nosotras se nos figura que á usted le gusta la leña, y hasta se relame y se chupa los dedos de júbilo cuando le atizan, porque de otra manera....

—¿Qué me ha de gustar, si tengo esta paletilla que me echa fuego? Y tampoco me gusta que salgan ustedes por ese registro. ¿Soy yo alguna bestia? Pues ni á las bestias les parece bien que las aporreen y maltraten, y mucho menos á los cristianos.

—Pues entonces, tonta y retonta, ¿por qué lo sufre usted un día y otro, teniendo en sus propias manos el remedio? ¿Por qué no llama á las benditas hermanas Justa y Rufina para que la favorezcan y socorran?

—Porque estas santas serán como las demás y como los santos, que ya estoy cansada de pedirles y suplicarles y encomendarme á ellos; y si no son sordos, tanto valen para el caso, según el poquísimo ó ninguno que hacen de mis ora-

ciones ni de mis lágrimas. Bien dice el refrán castellano: «Fiate de la Virgen y no corras», y además...

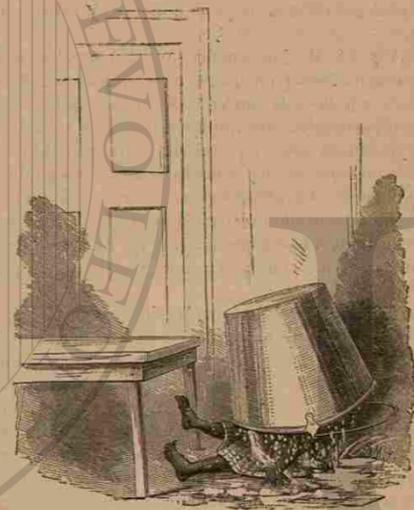
—Tía Juana, no hable picardías, tenga fe y acuérdesse de las santas: ya hace lo menos dos meses desde que se lo dijimos, y desde entonces podrían haberse acabado las borracheras y las palizas, y ya estaríais viviendo en paz como los ángeles.

Pensativa quedó la tía Juana escuchando tales afirmaciones. La inutilidad de sus anteriores plegarias y rezos, aunque dictados por la más sana fe religiosa y nacidos del corazón, sirvió para socavar los cimientos de su confianza en los intereses celestiales, infundiéndola cierta levadura des-



digios. ¿Acaso, con el fin de engañarla á ella, pobre y desconocida, estaría de antemano confabulada tanta gente? Sólo el imaginarlo era absurdo. Mas, en caso favorable, ¿qué harían las santas? ¿Tocar y mudar el corazón del zapatero? ¿Lanzarle un rayo y convertirle en ceniza? La bondadosa tía Juana, aunque justamente resentida, no deseaba esto ahora, ni lo deseó nunca. Hubiéransele aplicado con acierto estas divinas palabras: «No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.»

Como no estaba acostumbrada á reflexionar tanto y en materias tan profundas, estas cavilaciones sólo la produjeron un dolor de cabeza algo más que mediano y un pertinaz



creída y espíritu volteriano, sin necesidad de haber conocido á Voltaire, ni leído sus excomulgadas obras. El refrán de «Fiate de la Virgen» expresaba el estado de su ánimo. Pero, por otra parte, la insistencia de la cigarrera y la costurera, la seguridad y aplomo con que repetían sus afirmaciones y el natural deseo de que el Sr. Aguado se enmendase, lababan el cerebro de la atribulada mujer, llenándolo de dudas y confusiones. ¿Sería verdad? ¿Podrían las benditas santas, alfareras y mártires, lograr la corrección ó conversión del zapatero? Y ¿por qué no habían de poder? ¿Acaso ella misma por sus propios ojos no veía todas las tardes, al pasar de la calle de Alcuceros á la plaza del Salvador, la capilla de los Desamparados llena hasta el mismo techo de ex-votos de cera, ojos, cabezas, manos, brazos y piernas, en perenne memoria de milagrosas curaciones? ¿Y aquellos cuadros puestos allí también para perpetuar otras semejantes maravillas? Y cuenta que de los cuadros de lienzo y figuras de cera podían, de seguro, cargar carros enteros, pues eran muchos miles, y esto, en buena lógica, suponía muchos miles de personas que los habían llevado para atestiguar estupendos pro-

insonnio. Los primeros ratos que logró dormir tuvo sueños estrambóticos y fatigosas pesadillas. Imaginábase ya que las santas con un descomunal machete abrían en canal de arriba abajo al zapatero, le sacaban el corazón, y en un gran lebrillo de lavar le daban una jabonadura, dejándolo limpio como el oro y volviendo á colocarlo en su sitio: ya que lanzaban rayos sobre el corral de Tromperos y lo reducían á menudo polvo, pereciendo en la catástrofe hasta las chinches: ya, por último, que en figura de gigantes y con sus respectivos pucheros, semejantes á tinajas manchegas, metían en uno de ellos al Sr. Aguado en la agradable compañía de culebrones, víboras y lagartos de seis ó siete colas. Finalmente, soñó tantas y tan disparatadas cosas, que al despertar era su cabeza algo así como una jaula de grillos.

Cierto día, ó hablando con exactitud, cierta noche, volvió á sus domésticos lares el tuno del zapatero más bebido y peor humorado que nunca. No faltaron reconveniones, gritos, improperios ni amenazas. Y para corona y remate de la función, cogió la vara y empezó un recorrido sobre el pellejo de su costilla y consorte y adjunta persona, que al

principio sufrió resignadamente tales caricias; pero no las pudo resistir luego, y prorrumpió clamando con desaforadas voces:

—Padre mio! ¡Jesús Nazareno! ¡Bienaventuradas santas Justa y Rufina!

Y el vapuleo continuaba como si tal cosa.

—Pero ¿no habrá quien me socorra? ¡Oh santas hermanas Justa y Rufina!

Esta vez no habió con sordos. Aunque la puerta del tugurio estaba cerrada, se abrió de un violento golpe que hizo saltar el pestillo, y de súbito aparecieron altas, magníficas, con sus tocas azules y blancos vestidos, tal como pintores y escultores las representan, las dos jóvenes hermanas, patronas de Sevilla. El zapatero quedóse atónito y estupefacto, y la propia víctima desconoció un momento á las estautas, sus vecinas y favorecedoras. De la primer bofetada, la vigorosa cigarrera hizo dar vuelta y media al cruel borracho, dejándole tres ó cuatro muelas columpiándose como campanillas; y su gentil hermana, que tampoco era manca, recogió del suelo la vara de acebuche y sacudió con ella diez ó doce palos al machacasuelas, que de la chaqueta le salía humo, hasta que al fin, derregado, sin sentido y sin aliento, cayó como inerte masa en un rincón, mientras su esposa y víctima, comprendiendo la farsa, pero algo asustada por la violencia de los golpes y temiendo quedarse viuda, gritaba con el eco y resonancia de una trompeta:

—¡Basta ya, benditas vírgenes! ¡Perdón! ¡No volveré á pegarme! ¡No se emborrachará nunca! ¡Piedad, Justa y Rufina!

Y tuvieron piedad y se fueron.

Después de dormir la mona, se levantó al otro día mi héroe ya despejado, pero con el cuerpo molido y contuso: lavóse en un barreño de agua fresca, y los verdugones y cardenales de que vió adornada su piel, y las medio desquiciadas muelas, le convencieron *ad hominem* de que la aparición de las santas y la fenomenal paliza que le arrimaron no eran cosas de sueño y fantasía, sino de pura verdad y dolorosa experiencia. Se vistió sin decir esta boca es mía, y se puso al trabajo hasta la hora de comer. Su víctima estaba maravillada.

Cuando se acomodaron frente al puchero, el Aguado miró con amor á la tía Juana y la besó cariñoso, exclamando:

—Eres de lo más bueno que hay en el mundo, y yo soy un infame. Gracias, mujercita mía, muchas gracias, un millón ó dos millones de gracias.

—Pero, hombre, esas gracias... ¿á qué vienen?

—¿A qué vienen? ¡Friolera! A que sólo llamaste á las benditas santas Justa y Rufina; que si por casualidad se te ocurre llamar á las once mil vírgenes, de fijo me revientan.

NARCISO CAMPILLO.



®



LA MUSA ABANDONADA

CANTO

Á MI QUERIDO AMIGO EL BRILLANTE POETA

MANUEL REINA

LA MUSA.

¡Cuántas veces en esta misma estancia,
De tu pesar y tu trabajo templo,
En alas de la bella poesía
Y arrebatada por brillantes sueños,
Juzgué que dicha interminable fuese
La que trocada en desventura veo!
¡Ah, fiel amigo! En tu lealtad confío:
Nada me resta ya sino tu afecto.
Sé que mi llanto y soledad contemplas
Con amargura, y á pedirte vengo
Que escuches mi aflicción. ¿Quién sospechara

Que, en aquel corazón fogoso y tierno
De mi amado poeta, se hundirían
Mis ardientes caricias y mis besos,
Como en el fondo del abismo? En vano
He pretendido devolverle el fuego
Que le animó otras veces. Nada basta
Á romper de sus labios el silencio.

Ya ni esperanzas en mi pecho abrigo;
Ya sólo guardo, de su fe en recuerdo,
Hondas arrugas en mi noble frente
Y nieve prematura en mis cabellos;
¡Pero ni odiarlo en mi delirio logro,
Ni en el olvido sepultarlo puedo!

EL AUTOR.

Déjame que te abraze, Musa amiga;
¡Oh! bien se explica tu dolor inmenso;
Bien se comprende la profunda pena
En que te hundió el olvido de aquel páfido
Á quien tú consagraste tus primicias,
De quien tú recibiste el primer beso,
Y á quien abriste, como fresca rosa
Abre sus hojas al naciente Febo,
Tu virgen corazón, que, cual entonces,
Arde en el mismo amor puro y sincero.

Mas ¿por qué no le buscas y recuerdas
Los nupciales dichosos juramentos,
Y sus gritos de vivido entusiasmo
En los pasados juveniles tiempos,
Cuando llenaban su exaltada mente
La luz, la inspiración, el sacro fuego
Que tu amor y tus ojos despedían
Produciendo la fiebre en su cerebro?

¿Por qué no le recuerdas que te dijo
«Soy poeta», es decir, «entra en mi pecho,
No me abandones, nuestro amor es grande
Como el humano espíritu, y eterno?»

Imposible será que no te escuche,
Que desatienda tus amantes ruegos
Y que siga impasible, mudo y frío,
Como el célebre monje en el desierto.
Muéstrale tu pasión; ciñan tus brazos
Con ardoroso afán su erguido cuello,
Que, bajo el peso de tan leve carga,
Se inclinará sobre tu blanco seno,
Y estallen tus sollozos de manera
Que se confundan con su propio aliento.

Aproxima tus labios á su frente;
Estampa en ella apasionado beso,
Y sea, no más, esta vibrante nota
La que rompa el extático silencio
En que sumidos estaréis, ¡oh Musa
Que causabas la fiebre en su cerebro!

LA MUSA.

No me engañaba el corazón: no en vano
Buscaba en tu amistad dulce consuelo
Esta infeliz, abandonada Musa,

Reina y señora ayer, hoy triste ejemplo
De lo que son las glorias que se fundan
En el amor de un hombre;—falso fuego
Que, aunque parece inextinguible hoguera,
Inagotable manantial, eterno
Foco de luz y de calor, es sólo
Débil neblina que arrebatada el viento;
Leve fosforescencia que, en la noche,
El rastro va marcando del insecto,
Y, al rosado fulgor de la alborada,
Se disipa y se borra como un sueño.

EL AUTOR.

No prosigas ¡oh Musa! ese camino:
Sella tus labios si han de ser blasfemos,
Ó, al exhalar tus quejas, haz que sean
Nacidas del amor, no del despecho.

Opón á tu presente desventura
La risueña esperanza como freno,
Y vuelve á tu memoria aquellos días
De caricias y goces cuyo término
Ni sospechaste que llegar pudiese,
En la santa embriaguez del himeneo.

No temas que el recuerdo del pasado,
Por ser del bien, te cause desconsuelo,
Ni te irrite del mal que te acongoja
El espantoso, abrumador tormento;
Que la esperanza dulcifica, hermosa,
Hasta hacer apacible el dolor fiero,
Y el bien pasado vigoriza el alma
Cuando quien nos lo trajo no está muerto,
Y es fruto sólo de fugaz capricho
Y no de una pasión su alejamiento.

LA MUSA.

No sé qué ilusión extraña
Tu voz en mi mente crea.
Cuando te escucho, parece
Que terminaron mis penas,
Y, al morir éstas, figúrome
Que el amor en mi alma reina
Con sus alegres sonrisas,
Sus palabras placenteras,
Sus besos y sus abrazos,
Gratos cual divino néctar.

Mas mi ilusión es tan grande,
Qual mi dicha, pasajera;
Pues si en un momento gozo
De felicidad completa,
También en un solo instante
Caigo del cielo á la tierra;
Y mis alegres cantares
Se tornan amargas quejas,
Y mis soñados idilios
Se convierten en tragedias,
Y mi espíritu, agobiado
Por el dolor, se revuelca,
Y de mi frente, quebrada

Cae mi corona de estrellas.
Entonces ¡ay! me contemplo,
Sumergida en las tinieblas,
Nueva víctima arrastrada
Por la fatal *ola negra*,
Mientras él, tras breve lucha,
Contra la naturaleza
Se deja llevar, tendiendo
Sus brazos con complacencia
A la infame cortesana,
A la meretriz siniestra
Que toma el nombre sagrado
De la Patria, á la que execra,
Y con la risa en los labios,
Impúdica bayadera,
Mostrando amor que no siente
Oculta sus llagas fétidas.

EL AUTOR.

Esa que llamas cortesana infame
—Sin duda obedeciendo á la fiereza
De los celos horribles que desgarran
Tu amante corazón y lo envenenan—
Es la excelsa matrona siempre joven,
Siempre amante infeliz y siempre bella:
Es la desventurada de albo seno
Donde grato calor el hombre encuentra;
La que brinda su amor al desvalido;
La que abate la frente de los déspotas.
Ella manda labrar á Cincinato;
Del estóico Catón arma la diestra;
El puñal parricida entrega á Bruto,
Y á Cicerón inspira sus arengas.
Por ella da Solón sus sabias leyes;
Parte Esquilo á luchar contra los persas;
Marcha sereno el inmortal Leonidas
Á encontrar en la muerte vida eterna,
Y, antes que ser del extranjero esclavas,
Cantando mueren las hermosas griegas.

LA MUSA.

¡Un desengaño más! ¿Quién me diría
Que tu labio, tan lleno de promesas
En el dorado tiempo en que cantabas
El arte, la feliz naturaleza
Y el amor, el amor casto y sublime,
Hoy ronco profanara la suprema
Celeste poesía? ¡Vate iluso!
La seductora voz de la sirena
Te arrastra al mar, al mar fiero y terrible.
¡Detente y mira! La sagrada y bella
Virgen que divinizas en tu canto;
La matrona inmortal de frente austera
Y ojos de luz; la férvida y valiente
Musa de las grandiosas epopeyas,
Es la bacante impura, la traidora
Desenfrenada meretriz que vela
El lascivo fulgor de su mirada

Y de su torpe labio la impudencia
Para engañar mejor: su blanca veste
Cubre fango no más. Ahora, poeta,
Ciñe su frente de laurel; levanta
Soberbio altar á su hermosura excelsa;
Y olvídamme por siempre.... Ella es el oro,
La gloria y el poder.... ¡Yo la pobreza!

EL AUTOR.

No hay deslealtad en mis palabras, copia
De las que pronunciaste en otras épocas,
Cuando tu labio rebosaba besos
Y resplandores tu pupila espléndida.
Entonces el dolor—ave sombría—
No anidaba en tu pecho, del poeta
Dulce y casto refugio, tierno asilo
Donde corrió su juventud serena.

¿No lo recuerdas? Soñador y pálido,
Reclinada en tu seno la cabeza,
Por su boca vagaba una sonrisa
Marcando de su paso leve huella;
Y en su rostro, á la par de la ventura
Que el amor satisfecho á veces deja,
Se reflejaba la que siempre nace
Cuando el artista con la gloria sueña.
Entonces, en arranque generoso,
Desplegaste á los vientos la bandera
De la sublime libertad, del arte,
Del amor á la Patria—las ideas
Que encarna y simboliza con su nombre
La Diosa que maldices y detestas.

Á impulsos del amor y la ternura,
En brazos tuyos se elevó el poeta
Y, dejando el laúd y las canciones,
Á la lira arrancais notas épicas,
Preludios nada más, sólo esperanzas;
Que sólo flores da la primavera.

Después.... ¿á qué seguir? En la memoria
Vive, no más, la abnegación aquella,
Aquella abnegación que al extinguirse
Extinguió en vuestros cantos la grandeza;
Que, á medida que el alma se levanta
Y de la lucha personal se aleja,
Aumenta el corazón con sus latidos
Las vibraciones de sus notas tiernas.

¡Siempre es bello el amor que en una funde,
Desgraciado ó feliz, dos existencias!
Más ¿qué son las pasiones que el deseo
Y las fiebres eróticas engendran,
Junto á aquella que, pura, resplandece
En el gentil amante de Julieta?
¡La escala del amor llega hasta el cielo!
Y extiende y profundiza su influencia
Sobre la humanidad quien más peldaños
Logra subir de la espiral inmensa.

¿Cómo olvidar el generoso ejemplo
Que, en aras del hogar, nos da Lucrecia
—Suprema encarnación de esposa y madre—
Prefiriendo la muerte á la vergüenza?

¿Y el que ofrece Guzmán cuando en Tarifa,
En vez de abrir de la ciudad las puertas
—Que fuera al extranjero dar la patria—

Como una inundación en las conciencias?
¡Amor, sublime amor, pródiga fuente,
Eterno manantial de la belleza!



AMOR QUE EMPIEZA.—Cuadro de Kellerbach.

Á los muros se asoma y, con fiereza
Sus entrañas de padre desgarrando,
Arroja la cuchilla que cercena
Del hijo amado el inocente cuello?
¿No ves brillar sobre la escala enhiesta
La luz que Cristo, al expirar, derrama

En tu corriente cristalina hallaron
Fecunda inspiración, que nos revelan
En sus divinos cánticos, los vates
Que, cual faros, los siglos atraviesan....
De esto te has olvidado, Musa amiga,
Y acaso el signo de los tiempos sea.

¡Triste signo! Por él vierten mis ojos
Lágrimas ¡ay! que mis mejillas queman;
Pues no eres sola, no, la que desmaya,
Si no se rinde. ¡Hasta la Musa austera,
La austera Musa de dolor callada,
Sobre verdes laureles se requesta,
Quizás luchando con su fe gloriosa
Y el fatal desencanto en que se anega!
¡Si; mira á tus hermanas! — Unas duermen
Desde que, terminada la pelea,
Lanzaron en los Gritos del combate
Á la turba incendiaria su anatema,
Grabado en bronce para eterna gloria
Del arte, de la patria y la conciencia.
Otras, envilecidas, se vendieron.
— ¡Pluguiese al cielo que jamás nacieran! —
Otras, en los rincones tenebrosos
De los clubs y los antros, merodean
Vertiendo de su boca abominable
La baba de la envidia y la impotencia.
¡Ha muerto el entusiasmo! ¡Negra noche
Envuelve á la Nación! ¡No hay una estrella
Á donde dirigir los turbios ojos;
Nada que nuncio de esperanza sea!
De la gigante victoriosa lucha
Contra el tirano y el error, ¿qué resta?
En los campos, la sangre derramada;
En el Estado, leyes que vulneran
El venal gobernante que se olvida,
Como histrión, del papel que representa,
Y el pueblo que sarcástico sonríe,
Ó lo ve con glacial indiferencia....
¡Y aparece triunfante el Bajo Imperio!
¡Todo arroja doquier sombras funestas!
La concusión y el agio prevalecen:
La honrada condición se llama necia:
El sainete procaz mató el idilio:
La lumbre del hogar ya no calienta....
¡Todo es negrura y maldición!

¿Qué gritos,
Qué lejano clamor hasta mí llegan?
¿Qué tenue claridad todo lo inunda,
Semejante á la luz cuando alborea?....
Á su contacto la esperanza brota,
La fe renace, el corazón se eleva....
¡La lámpara sagrada está encendida!
¡Aun brilla en la tribuna la elocuencia!
Y á sus fulgores los siniestros buhos
Se agitan sin cesar, revolotean,
Quieren ahogar con sus graznidos lúgubres
La voz del genio que, inspirado, truena.
¡Pero todo es en vano! Dios dispuso
Que la radiante luz rompa la niebla,
Y allá, á lo lejos, se divisa el carro
Donde la augusta Libertad se ostenta,
En una mano la balanza, en la otra
La verde oliva, de la paz emblema.
¿Y ante tal espectáculo, impassibles
Las Musas seguirán? Decid, ¡poetas!
¿Será preciso que la sangre corra

Vertida por las huestes extranjeras,
Ó que la lucha fratricida estalle
Para que despertéis? ¡Sólo la guerra
Hará vibrar las empolvadas liras
Arrancando lamentos á sus cuerdas
Y ecos de indignación, en cuyo fuego
Los pechos varoniles se enardezcan?

En torno de la madre que agoniza,
Los hijos, deponiendo sus querellas,
Por el materno amor santificados,
Sollozando se abrazan y se estrechan:
Convierten en altar el pobre lecho
Donde yace la madre casi muerta,
Y entre suspiros que el dolor arranca
Del corazón, y la rodilla en tierra
Como los fieles en el sacro templo,
Mudas plegarias á su Dios elevan.

Así también cuando la madre Patria,
Del desaliento y de los vicios presa
Yace, sin despertar en quien la mira
Sino desprecio, repugnancia ó befa,
Y muestra por las rotas vestiduras
Exhausto el seno, que el dolor flagela,
Tan sólo callar puede el egoísmo
Que busca en el silencio recompensas;
Mas no las almas dignas y elevadas
Que al amor de la Patria se caldean
Y ante sus aras, de fervor bechidas,
Gloria, poder, felicidad desprecian.

¡No callarán! Y sus dolientes cantos,
Al remover la popular conciencia,
Serán como la hoguera en el invierno,
Como astro vivo en noche de tormenta,
Cual voz de sacerdote que, piadoso,
En el trance fatal ora y consuela.

¡No más silencio! Las vibrantes liras
En son de lucha los espacios hiendan.
Envueltos en el lodo de su infamia
Salgan los mercaderes de la iglesia:
Acabe para siempre en este suelo
La vil degradación. ¡Cantad, poetas!
Y, á la manera que los Reyes Magos,
Según dice la bíblica leyenda,
Marchaban por el árido desierto
En busca de su Dios, hacia Judea,
Teniendo como norte los fulgores
De misteriosa y esplendente estrella,
Seguid, el pensamiento en las alturas
Y en el pecho la fe, por la agria senda
Á cuyo extremo, fatigada y triste,
Pero siempre amorosa, la hora espera
La diosa de la Patria en que la llamen
Para sus alas extender benéfica,
Sin mirar, como madre, á quién cobija.
Que, como el sol al universo presta
Su fuego, y vivifica con sus rayos
Hasta las nubes que ocultarlo intentan,
La Diosa da su generoso amparo
Aun al infame que la ultraja ó niega.

¡Cantad! ¡Cantad! En entusiasmo ardiente
Truéquese el tedio, y en perdón la ofensa.
Y así que se despierte el noble pueblo
Donde vimos la luz para honra nuestra,
Resuenen vuestras arpas vigorosas,
Salvando de la Patria las barreras,
Con el himno inmortal de la esperanza
Cuyos acentos la semilla sean
Del nuevo oriente de la Paz....

Las notas
De vuestros cantos sirvan de piqueta
Para hundir el palacio suntuoso
Que ennegreció el tirano á quien alberga.

Y de las ruinas del palacio surja,
Signo de redención, la dulce y bella
Imagen de Jesús, cuya mirada
Disipe de las almas las tinieblas,
Quebrante las cadenas del esclavo,
Trueque en esposa la infeliz manceba,
Convierta en polvo las egregias sienes
Que ciñó de coronas la soberbia,
Y cubra con el manto immaculado
De la fraternidad, toda la tierra.

Esta es ¡oh Musa! la misión más grande,
¡La más grande misión de los poetas!

LA MUSA.
Es verdad, es verdad. Corramos pronto

Á buscar á mi amado: una bandera
Nos cobije á los tres, y en ella envueltos,
Muramos, si es preciso, en la contienda.

EL AUTOR.

Más tarde os seguiré.

LA MUSA.

¿Y al entusiasmo,
Févido campeón, por qué dar treguas?

EL AUTOR.

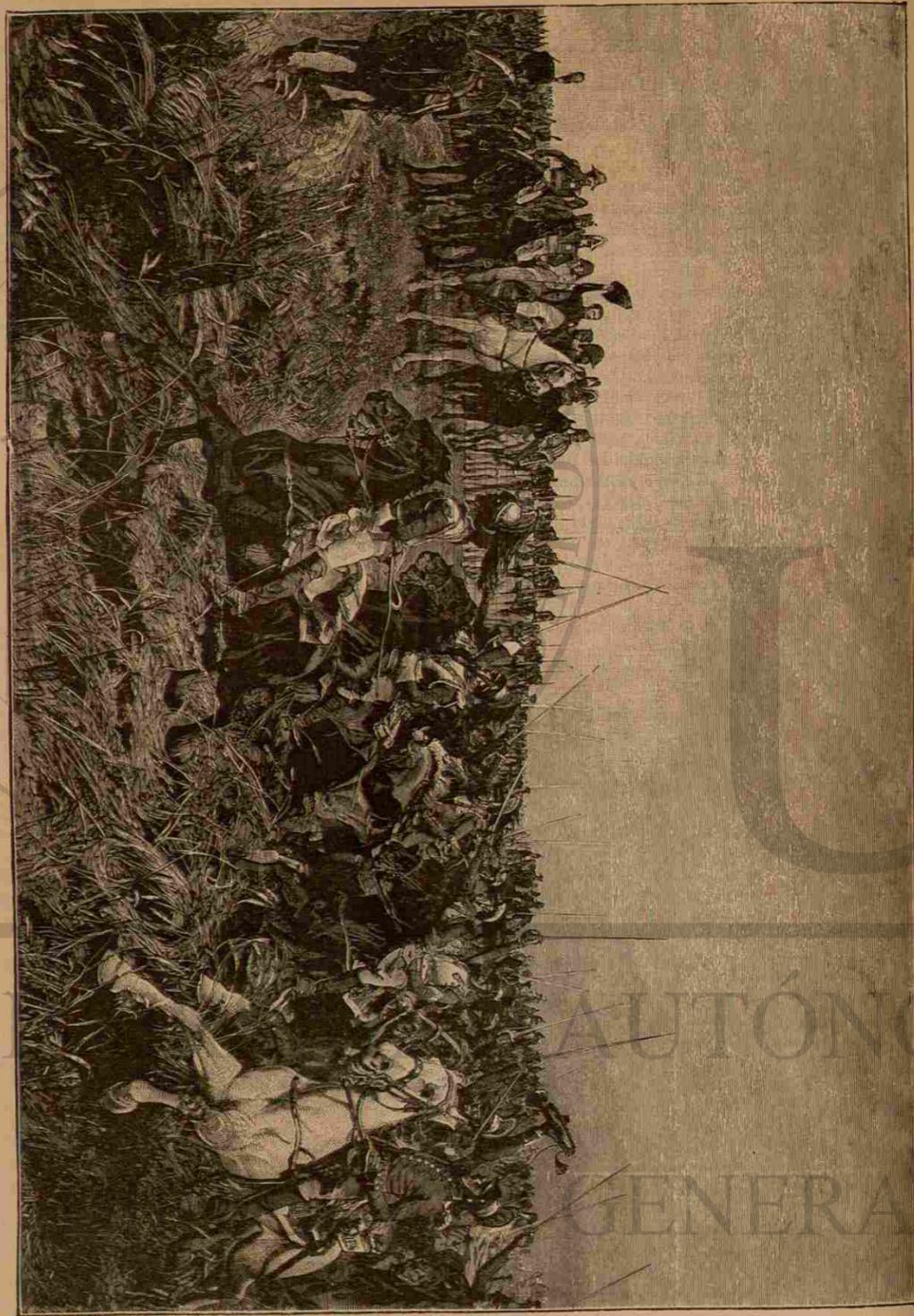
Amigo y ciudadano, ahogué en mi pecho,
Con la voz del deber, mi amante pena:
Dejadme, por piedad, que un solo instante
Á mis recuerdos amorosos vuelva.
¡Tal, en campaña, el infeliz soldado
Coge el retrato, que consigo lleva,
De la mujer á quien su fe consagra;
Al estampido del cañón lo besa,
Y, paso abriendo á su dolor, suspira,
Y prosigue bizarro la pelea!

FEDERICO ORTEGA DE LA PARRA.

Madrid, 1890.



®



1807. — Cuadro de Meissonier.



EPÍSTOLA

AL AUTOR DE «LA MUSA ABANDONADA»



¡Salud, cantor de fuego! tu poesía
Ha reanimado la luciente llama
Que, ya triste, en mi mente se extinguía.

Y despliega el brillante panorama
Del tiempo de la luz y de las rosas,
Cuyo recuerdo el corazón me inflama.

Horas risueñas, noches deliciosas
Consagradas al arte y la locura,
¡Ay, cuanto más distantes más hermosas!

¿No recuerdas la plácida lectura
De Hugo, de Heine, Bécquer y Espronceda,
Suspendida al pasar una hermosa

Cuya falda gentil de encaje y seda
Resonaba tan dulce en nuestro oído
Como el murmullo de la brisa leda?

Deslumbradora edad, tiempo querido
En que eran más espléndidas las flores,
Más claro el cielo, el sol más encendido,

Y en que abrasado el corazón de amores,
Lleno estaba de alegre melodía
Como un nido de arpades ruiseñores.

¿Te acuerdas.....? Nuestra ardiente fantasía
Por regiones serenas y estrelladas
Sus alas poderosas extendía,

Y nuestro labio, en rimas inspiradas,
Cantaba el arte, la beldad suprema,
La patria y libertad immaculadas.

Nuestra vida era entonces un poema
De soberbias estrofas centellantes
Y de glorioso y levantado lema;

Mas ¡ay! las ilusiones delirantes,
La fe, la pasión viva, los albores
De aquellos verdes años rutilantes,

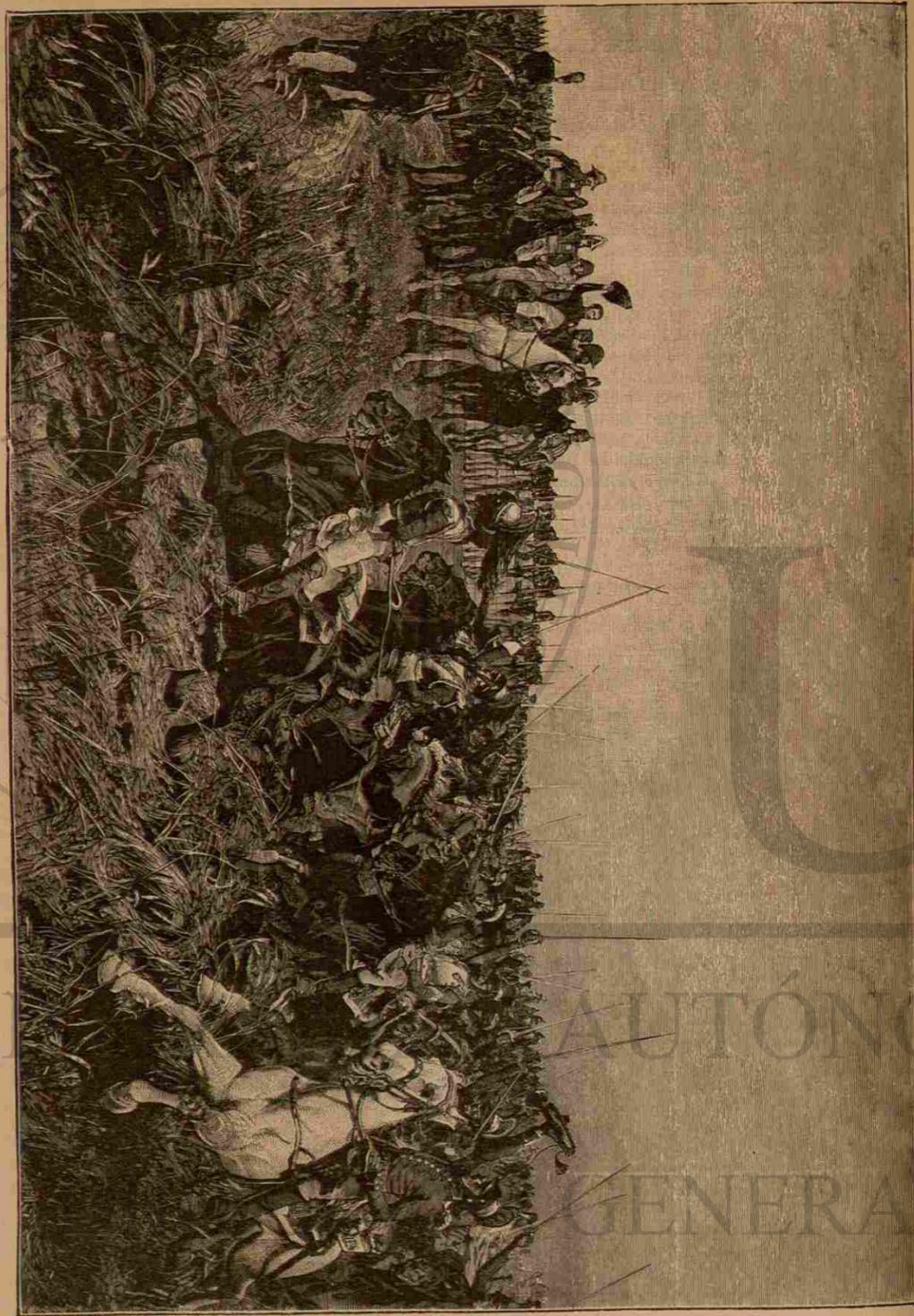
Huyeron con sus iris y colores
Para no volver más.... Y en nuestros pechos
Entraron como espadas los dolores.

Allojáronse entonces los estrechos
Vínculos con que el arte nos unía,
Y en polvo miserable vi deshechos

Los palacios que alzó mi fantasía,
Que al recio choque de la horrible pena
Perdió su pompa, brillo y lozanía.

Y mi musa calló. Y entré en la arena
Parlamentaria, de entusiasmo henchido,
Y de noble ambición el alma llena.





1807. — Cuadro de Meissonier.



EPÍSTOLA

AL AUTOR DE «LA MUSA ABANDONADA»



¡Salud, cantor de fuego! tu poesía
Ha reanimado la luciente llama
Que, ya triste, en mi mente se extinguía.

Y despliega el brillante panorama
Del tiempo de la luz y de las rosas,
Cuyo recuerdo el corazón me inflama.

Horas risueñas, noches deliciosas
Consagradas al arte y la locura,
¡Ay, cuanto más distantes más hermosas!

¿No recuerdas la plácida lectura
De Hugo, de Heine, Bécquer y Espronceda,
Suspendida al pasar una hermosa

Cuya falda gentil de encaje y seda
Resonaba tan dulce en nuestro oído
Como el murmullo de la brisa leda?

Deslumbradora edad, tiempo querido
En que eran más espléndidas las flores,
Más claro el cielo, el sol más encendido,

Y en que abrasado el corazón de amores,
Lleno estaba de alegre melodía
Como un nido de arpades ruiseñores.

¿Te acuerdas.....? Nuestra ardiente fantasía
Por regiones serenas y estrelladas
Sus alas poderosas extendía,

Y nuestro labio, en rimas inspiradas,
Cantaba el arte, la beldad suprema,
La patria y libertad immaculadas.

Nuestra vida era entonces un poema
De soberbias estrofas centellantes
Y de glorioso y levantado lema;

Mas ¡ay! las ilusiones delirantes,
La fe, la pasión viva, los albores
De aquellos verdes años rutilantes,

Huyeron con sus iris y colores
Para no volver más.... Y en nuestros pechos
Entraron como espadas los dolores.

Allojáronse entonces los estrechos
Vínculos con que el arte nos unía,
Y en polvo miserable vi deshechos

Los palacios que alzó mi fantasía,
Que al recio choque de la horrible pena
Perdió su pompa, brillo y lozanía.

Y mi musa calló. Y entré en la arena
Parlamentaria, de entusiasmo henchido,
Y de noble ambición el alma llena.

Allí por el progreso he combatido,
Y en la inflamada lid he relegado
El estro y las canciones al olvido.

Pero hoy, que tú descorres del pasado
El velo de oro, y que tu voz vibrante
Lanza á los vientos himno arrebatado,

Mi noble musa yérguese triunfante,
Y canta al recordar los áureos días
De su dichosa juventud radiante.

Mas ¡ay! que en sus cadencias y armonías
Late el clamor, el lúgubre y sonoro
Clamor de las solemnes elegías.

Ya no ostenta la púrpura y el oro
Mi musa como ayer; negros cendales
Viste, y derrama ensangrentado lloro.

Ante los pavorosos funerales
De lo bello, lo grande, lo elevado,
De todos los sublimes ideales....

El paraíso de cristal, soñado,
A la firme y potente sacudida
De la ciencia, se ha roto y desplomado.

Y hoy, como débil nave combatida
Por fiera tempestad, la raza humana
Cruza incierta los mares de la vida.

¿Qué fué de aquella juventud lozana
Que llevaba en el pecho el heroísmo,
Y en la mente el fulgor de la mañana?

Presas del insaciable escepticismo,
Cambió la fe gigante en osadía,
Y el entusiasmo férvido en cinismo.

En las almas ha muerto la alegría;
De su trono cayó la augusta diosa
De la inmortal, excelsa poesía.

Hasta la ingenua risa generosa,
Que cantaba el satírico valiente (1),
La risa placentera y bulliciosa,

Fresca como el raudal de oculta fuente,
La risa juvenil, dulce y perlada,
Se ha vuelto impura, trágica y doliente.

Cruje en los aires formidable espada
Anunciando la guerra; sus terrores
Extiende por doquier la noche helada.

(1) Augusto Barbier.

Trocáronse los himnos en clamores,
Y vuela por el mundo, desatado
Huracán de perfidias y rencores.

¡Todo ruinoso está, todo infamado!
La verdad en el suelo escarnecida,
El ara rota, el arte profanado.

¿Dónde posar la frente dolorida?
¿En qué corriente plácida y serena
Bebet la inspiración y hallar la vida?

¿Qué onda reverberante, aun la más llena
De frescura, de luz y de rumores,
Traidora, no corrompe y envenena?

¿Quién canta entre rugidos y furores?
¿Cómo volar, cuando en el aire estalla
La tempestad con todos sus horrores?

¿Comprendes ya, comprendes por qué calla
Tu pobre amigo? ¿Quién le escucharía
En medio del fragor de la batalla?

No canto, pero adoro la poesía
Como en mis tiernos voladores años;
Con ciego amor, con loca idolatría:

Que ni angustias ni fieros desengaños
Pueden matar pasión tan acendrada,
Vencedora de males y de daños.

La adoro, sí, lo mismo cuando airada
Por defender la libertad querida
Convierte el plectro en vengadora espada,

Que cuando clama, en cólera encendida,
Al mirar con espanto, horror y pena
A la patria ultrajada y abatida.

La adoro, sí, no sólo cuando truena
Como la nube lóbrega y rugiente,
De sombras, rayos y furores llena,

Sino cuando contempla sonriente,
Su cuerpo virginal de nieve y rosa
En la linfa de un lago transparente.

Siempre la encuentro espléndida y grandiosa:
Arrebatando al pueblo en la tribuna;
Vertiendo llanto al borde de la fosa;

Cantando, en noche de argentada luna,
Un canto melancólico de amores,
Al pie de la feliz reja moruna;

Maldiciendo á tiranos y traidores,
Ó en brazos del deleite adormecida
En blando lecho de olorosas flores;

Ya de celeste resplandor vestida,
Ya con negros crespones enlutada
O la armadura bélica ceñida;

Lo mismo en el taller que en la enramada;
En la vivienda humilde y venturosa
Como en la altiva catedral sagrada;

En la bóveda ingente y luminosa
Como en el ancho mar: la poesía
Siempre es grande, magnífica y hermosa.

Pero hoy do la prefiere el alma mía
Es en el patrio hogar, caliente ni lo
Bañado de fulgores y armonía;

En el hogar seguro y escondido,

Severo templo de virtud, distante
De toda pompa y mundanal ruido;

Adonde hoy llego triste y anhelante,
En busca del reposo y la dulzura
Para el enfermo corazón amante.

Sólo aquí la existencia es noble y pura;
Aquí alienta la virgen poesía
Rica de juventud y de ternura.

¡Aquí, amigo del alma, la sombría
Noche que cubre el mundo desaparece
Al divino esplendor del claro día
Que en la faz de mis hijos resplandece!

MANUEL REINA.

Julio de 1890.



ODALISCA

UNA INDICACIÓN

ECHADA EN SACO NO ROTO



CUANDO en el año de 1883 publiqué en el ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA mi artículo intitolado *Trabas del ingenio*, ¿quién me había de decir que la idea verídica al final de dicho artículo, por lo referente á mi creencia de que prestaría no pequeño servicio á las letras patrias quien se tomara el trabajo de coleccionar todas ó las más clases posibles de las producciones de este jaez, había de hallar eco algún día, ó no quedar reducida á la triste condición de *ecce clamantis in deserto*, como pasa con tantas otras cuestiones de más importancia, dignas, por ende, de mejor suerte?..... ¿Quién me había de decir á mi, pobre cultivador literario, que semejante semilla había de caer en tan buena tierra?..... Ello es lo cierto que el eco que respondió á mi débil voz y el terreno que recibió aquel pequeño germen ha dado por resultado y fruto un sonido brillante y un pasto sabroso: sonido y pasto que, bautizados con el nombre de *Esfuerzos del ingenio literario*, para deleite del oído y nutrimento de la inteligencia juntamente, acaba de dar á luz el joven D. León María Carbonero y Sol y Merás, entre los arcades, *Teofilo Pallanzio*, obrando este señor, por lo tanto, de acuerdo con lo que su instituto de pastor le impone: la avena y el cayado.

Ya sabe lo que se ha hecho el novel escritor en dedicar sus trabajos, tocante al particular que nos ocupa, á sólo la esfera del *ingenio literario*; que de haber pretendido entrar en las honduras de otros terrenos, quiero decir, el científico y el artístico, ni su obra hubiera resultado tan amena, ni su redacción y publicación tan relativamente breves, en cuanto al volumen y al tiempo. Quédese esta cuestión, que acabo de iniciar aquí, para asunto de otro artículo, que me prometo, Dios mediante, publicar en su día, y vengamos ya á hacer unas cuantas observaciones acerca del curioso libro que da margen á los presentes ligeros y mal trazados rasguños.

Sabido es que toda primera edición de una obra original, esto es, que recorre un camino no andado antes por nadie, no

es otra cosa que un borrador puesto en limpio, sujeto á experimentar en su día ciertos retoques que la mejoren ó aumenten, por lo cual se hace acreedora á todo linaje de consideraciones: en este caso se halla la que actualmente tenemos á la vista. Ahora bien, al sentar nosotros aquí unas cuantas reflexiones de las varias que su detenida lectura nos ha sugerido, entiéndase que lo hacemos con el doble sano intento, ó bien de aumentar el fondo de producciones de este jaez que archivado tiene su autor, por si es que no las posee ó conoce, ó ya de proporcionar á su fresca y lozana inteligencia algunos puntos para que los recapacite en el silencio del gabinete, por si los estima aprovechables para una segunda edición de su bonito libro, si llega á hacerla, que si la hará. Al dar, pues, comienzo á nuestro trabajo de investigación, conste que lo haremos saltando, cual abeja, de flor en flor, sin orden ni método preconcebido. Y como por alguna parte se había de empezar, sea por la cuestión de los *ecos* que repercuten los *ovillejos*.

La Iglesia por delante.

Sáleme, en efecto, al encuentro la beata Maria Ana de Jesús, en cuya *Vida*, escrita por el R. P. Fr. Juan de la Presentación, mercenario descalzo, leo, y de la cual copio, los siguientes

POEMAS Á LAS VIRTUDES.

¿Cómo seré más prudente?
Obediente.
¿Cómo mi vida se engasta?
Casta.
¿Cómo seré que más sobre?
Pobre.
Pues, mi Dios, vuestro amor obre,
Que, para no me perder,
No hay juro mejor que ser
Obediente, casta y pobre.
¿Quién causa seguridad?
Humildad.
¿Quién me corona en presencia?
Paciencia.
¿Y quién arrebató el cielo?
Cielo.



Almanaque de La Ilustración Española.

Chromotypographie & Imprimerie Boussod, Valadon & Cie.

« BUENOS AMIGOS »

POR GARLAND.



DAMA DEL SIGLO XVI

fué erigida mediante la munificencia de los reyes Fernando VI y Felipe V, monarcas de España, le doy yo á roer el hueso de que averigüe pronto y sin vacilar la fecha de semejante erección; fecha tan artificiosa como premiosamente incrustada en el dístico arriba propuesto.

Por lo que respecta á aquel esfuerzo del ingenio literario que consiste en hacer composiciones en que sólo intervengan vocablos monosilábicos, dice el Sr. Carbonero que he dicho yo «que no abundando la lengua castellana en voces de esta clase, que sean de suyo significativas, creo es sumamente difícil, si no imposible, el que nadie llevara á cabo semejante empeño.»

Empiezo por objetar que yo no he dicho semejante cosa, y la prueba se puede ver en el ALMANAQUE de 1883, página 144, col. 2.^a, donde á continuación del pasaje preinserto entre comillas, se añade precisamente aquello cuya omisión por parte del Sr. Carbonero desvirtúa el sentido genuino de mi aserto, á saber: «TRATÁNDOSE DE UNA OBRA DE TAL OUAL EXTENSIÓN.» Es así que sigo no conociendo ninguna en lengua castellana que posea dicha circunstancia de tal cual extensión, v. gr. como la valenciana de *Deu y lo mon*, que alcanza á 83 octavas reales; luego sigo insistiendo en mis trece, y aun en mis catorce, acerca del particular, en tanto que no se me exhiban las competentes pruebas que así lo evidencien.

Tratemos ya de otros ramos de este linaje de literatura, que creo no merecen ser expulsados de este lugar.

Dicho se está que no pretendo agotar la materia, ni mucho menos, limitándome á exponer aquí unos cuantos de los asuntos aludidos, conforme se me vayan ofreciendo á la mente. Y sea el primero de ellos el *remedo del lenguaje arcaico*.

Grandes conocimientos de la historia de la lengua castellana se necesita poseer, y no poca destreza y habilidad por parte de un escritor de hogaño que pretenda imitar el estilo de los autores de antaño, si no quiere exponerse á incurrir en inconvenientes tan ridículos como lo son los anacronismos. Prueba al canto.

En una obra publicada el año 1872 en vida de su autor, obra de no escaso ingenio y merecimiento, que figura haber sido escrita en el siglo XVII, y en la que se imita á maravilla el dialecto murciano, se hace uso de la palabra *paquete*, cuya introducción en España tardó algunos años en verificarse.

Como modelos en este género, pueden ser consultados: la fábula *El Retrato de golilla*, de D. Tomás de Iriarte; la de *El Mur de Guadaluja y el Mur de Monferrado*, de D. Juan Eugenio Hartzenbusch; la de *La Carta blanca*, de D. Cayetano Fernández; las *Trovas* compuestas por don Agustín Durán, etc.; modelos de que no se da aquí traslado por no alargar en demasía el presente artículo, así como por andar en manos de todos.

La costumbre que antiguamente había de dar *vejámenes* ó reñir gallos en las Academias literarias que se celebraban

en nuestro suelo, era asunto para poner en un brete al más pintado; porque, la verdad sea dicha: eso de andar zahiriendo ó motejando á cada quisque en su cara las composiciones de su cosecha que acababa de leer, no sin sazonar la vianda con la pimienta, ó mostaza, de algunas indirectas, ó directas, referentes á vicios personales, demandaba gran pulso y discreción para no dar lugar á hacer bueno una vez más el refrán de *las cañas se vuelven lanzas*.

Composiciones de este jaez, ya comprenderá el juicioso y erudito lector que, por su demasiada extensión, se niegan igualmente á ser insertas en este lugar. Baste el dejar consignado como su índole especial y característica las elevaba á la categoría de uno de los esfuerzos de ingenio más comprometidos que en sus anales registrara el talento humano, que es lo que en esta ocasión me proponía advertir.

El hablar ahora de los *sermones de circunstancias*, cuya costumbre no es del todo pasada entre nosotros, especialmente en algunos pueblos, sería asimismo tarea enojosa, si quiera cae bajo la jurisdicción y competencia del asunto que nos ocupa. Hartas pruebas de ello se encontrarán en el *Fray Gerundio de Campazas*, del famoso P. Isla, así como en varios sermones de esta naturaleza, ya impresos, ya manuscritos, en los cuales se echa de ver la tortura en que ha tenido que poner el pobre predicador su entendimiento, para amalgamar y cohesionar en su oración asuntos que nada tienen de común entre sí.

De propósito he dejado para el fin y remate de este desaliñado trabajo el tratar de la *traducción*: empresa cuyo acometimiento ha puesto siempre pavor á los talentos más esforzados, y que en los tiempos que alcanzamos se reputa por la generalidad como cosa baladí; de ahí que, la mayor parte de las veces, el vino servido en tales calabazas se haya tornado vinagre.

Algo de ello tengo dicho en más de una ocasión, y de un modo concreto y extenso en mi *Intraducibilidad del Quijote*. Mas como quiera que la dolencia no mejora, antes al contrario, que se agrava de día en día, y dado que la tarea de traducir es una de las más arduas, comprometidas y espinosas para el talento humano, si es que ha de ser desempeñada á ciencia y conciencia, síguese que no podía yo pasar por alto ahora la conmemoración de semejante doble atentado: uno, contra el sentido común; otro, contra el bolsillo del comprador, quien no gusta, en achaque de cualquier linaje de manjares, de que se le dé gato por liebre; si ya no es que, por efecto de andar algo estragado el paladar de muchas personas, tomen igualmente la paja que el grano.

Demos ya de mano á nuestra tarea, no sin formular antes la síntesis siguiente.

Congratúlome por no haber sido palabras lanzadas al viento los conceptos que vertí en mi consabido artículo *Trabas del ingenio*, así como envío mi parabién al sujeto

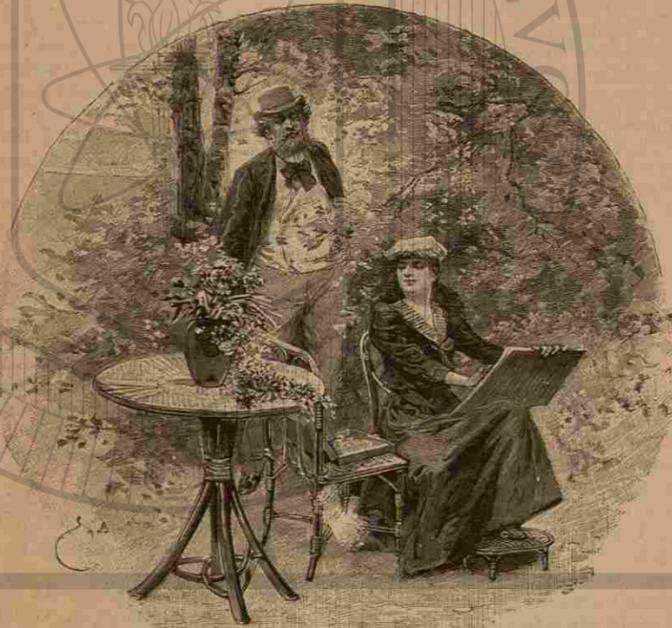
que recogió mi indicación, por el acierto con que desempeñara su cometido al compilar los *Esfuerzos del ingenio literario*.

Juzgo que la materia de que se trata préstase á muchas mayor latitud, y asimismo la reputo acreedora á que la obtenga; de ello acabo de aducir pruebas, las cuales hubiera podido muy bien haber ampliado, trayendo á colación, v. gr., los asuntos *parodiados*, aquellos otros en que, por ser la acción múltiple, exigen de parte del autor cierta travesura de ingenio, y, por ende, cierta tortura de la mente,

para poder llevar á cabo con acierto el desenlace de la maraña, etc., etc.

Ultimamente, de acuerdo con lo prometido arriba, queda contraído el compromiso por parte mía, tocante á ocuparme más adelante en la cuestión de las *trabas impuestas al ingenio científico y al artístico*. Veremos si, llegada esa ocasión, *Deo valente*, hay quien, como en el caso presente, se apresure á *acoger los votos* (que no es lo mismo que si se tratara de *recoger votos*) de

JOSÉ MARÍA SEABEL.



LA MARIPOSA Y EL CARACOL

EN UN ALBUM

Yo dudé que bajarán á la tierra
Los ángeles del cielo....
Te vi salir ayer de mañanita....
Y de haberlo dudado me arrepiento.

RICARDO SEPÚLVEDA.

LA MÚSICA

Las penas que se ocultan; los ecos de ese idioma
Que hablan la flor.... y el ave, cuando de loma en loma
Publica por los aires secretos de su amor;
Los tristes ignorados acentos misteriosos,
Suspiros que no se oyen, y mueren silenciosos;
Los gritos, que, en el fondo del alma, da el dolor;
Todo lo que en el pecho desconocido muere;
Todo lo que las fibras del sentimiento hiere
Y en el lenguaje humano jamás podrá caber,
Tiene, para el espíritu del cielo desterrado,
Una expresión: la música, ese cantar soñado
Que de anheladas dichas inunda nuestro sér....

RICARDO SEPÚLVEDA.

LA ÚNICA PAZ

Vana quimera el temporal reposo
Que es el presente, bien jamás logrado,
Postrera despedida del pasado
Y aurora del futuro pavoroso.
Molecular poder vertiginoso
Anima al Universo ilimitado,
Y todo gira y rueda, despeñado
Por el profundo abismo tenebroso.
Del eterno luchar el movimiento
La negación proclama de la inercia.
¡Oh sombras del humano entendimiento!
¿En donde está la paz de la existencia?
¿En vano busco el sideral asiento,
¿Que sólo hay paz en la divina eseneta!

NILÓ MARÍA FAERS.

LA CREACIÓN

¡Nunca el acaso! Voluntad pensada,
Meditación de Dios el Orbe ha sido.
Sólo pudo formarle de la nada
Teniéndole en su mente concebido.

M. ORTIZ DE PINEDO.





SALA DE LA BARCA, ANTES DEL INCENDIO OCURRIDO EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1890

LA ALHAMBRA

¡Granada! patria hermosa del sol y de las flores
Que arrullan mansamente el Darro y el Genil;
Donde la luz esparce más vivos resplandores,
Donde la blanca nieve corona sus alcores,
La patria, tan llorada, del misero Boabdil.

Yo he visto de tu cielo la plácida alegría;
Yo he visto de tu vega la fértil extensión
Cubierta de esmeralda, perfumes y poesía,
Donde las aves cantan la aparición del día,
Y el alma se embelesa y late el corazón.

Dejad que vuestras brisas ¡oh espléndidos verjeles!
Aspire el bardo errante que se encantó al pasar,
Creuyendo ver doquiera los blancos alquiceles
Que en tu recinto augusto llevaban las infieles
Saltanas de ojos negros de lánguido mirar....

Historias de otros días, musulmicas grandezas,
Suspiros del Oriente, venturas del amor,
Añejas tradiciones sembradas de proezas,
Deidades do palpitan encantos y bellezas,
Llegad hasta la lira del viejo trovador.

Venid, en alas siempre de extraña fantasía;
Llegad, ocultos silfos, amigos del rosal;
Salid, inquietos gnomos, decidme con el día
En dónde está esa Alhambra dechado de poesía,
En dónde está esa joya del numen oriental.

¡Aquí! dicen los silfos con charlas peregrinas;
¡Aquí! dicen los gnomos henchidos de placer,
¡Aquí! con lenguas de oro las luces matutinas,
Y el coro, siempre grato, de oscuras golondrinas,
Con jubilosos ecos del África al volver.

La veo al fin; mis ojos se cierran dulcemente,
La maga de los sueños me toca al corazón,
Las auras acarician mi ya abrasada mente,
Y flota por mi espíritu la viva luz de Oriente,
Y escucho de la guzla morisca el grato son,

Después siento que llegan las brisas de la aurora,
Y me hablan dulcemente de amores al pasar,
Y fijo ver delante visión encantadora,
Y de sus puros labios abeja libadora
Aspira los efluvios que tiene el azahar.

«Soy, dice luego, el símbolo de amor y poesía,
El hada misteriosa del Darro y el Genil,
La musa de los árabes, la bella Andalucía,
Que dió vida á sus sueños de rica fantasía
En un palacio orgullo del andaluz pensil.

»Obreros de mi idea busqué como á un tesoro,
Los genios que aun ocultos en ella vivirán,
Los que la piedra encaje tornaron de azul y oro,
Y en camarín lujoso que el indolente moro
Bordó con inscripciones tomadas del Korán.

»Calados ajimeces para soñar amores,
Arcadas y columnas esbeltas por igual,
Y patios con mil fuentes de altivos surtidores,
Jardines donde cantan los pardos ruiñeñores,
Y torres más esbeltas que la palmera real.

»¡Miradla! no es que, ciega, pondere su belleza.
Alcázar misterioso, privilegiado edén,
Concluye donde el arte su concepción empieza;
Con Alhamar, celoso, más crece su grandeza,
Y la nevada sierra admirala también.

»Le envían sus aromas las delicadas flores
Que culto fiel le prestan por cima del Padul,
Conciertos matutinos los pájaros cantores,
Las rosas y claveles sus toldos de colores,
Deseñ brillante el cielo eternamente azul.

»De sus caladas torres es hijo centinela
El astro de la noche, que nos convida á amar;
La luna que á los tristes con éxtasis consuela
Y baña con sus luces la torre de la Vela,
Fantasma sempiterno envuelto en azahar.



SALA DE LA BARCA, ANTES DEL INCENDIO OCURRIDO EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1890

LA ALHAMBRA

¡Granada! patria hermosa del sol y de las flores
Que arrullan mansamente el Darro y el Genil;
Donde la luz esparce más vivos resplandores,
Donde la blanca nieve corona sus alcores,
La patria, tan llorada, del misero Boabdil.

Yo he visto de tu cielo la plácida alegría;
Yo he visto de tu vega la fértil extensión
Cubierta de esmeralda, perfumes y poesía,
Donde las aves cantan la aparición del día,
Y el alma se embelesa y late el corazón.

Dejad que vuestras brisas ¡oh espléndidos verjeles!
Aspire el bardo errante que se encantó al pasar,
Creiendo ver doquiera los blancos alquiceles
Que en tu recinto augusto llevaban las infieles
Saltanas de ojos negros de lánguido mirar....

Historias de otros días, musulmicas grandezas,
Suspiros del Oriente, venturas del amor,
Añejas tradiciones sembradas de proezas,
Deidades do palpitan encantos y bellezas,
Llegad hasta la lira del viejo trovador.

Venid, en alas siempre de extraña fantasía;
Llegad, ocultos silfos, amigos del rosal;
Salid, inquietos gnomos, decidme con el día
En dónde está esa Alhambra dechado de poesía,
En dónde está esa joya del numen oriental.

¡Aquí! dicen los silfos con charlas peregrinas;
¡Aquí! dicen los gnomos henchidos de placer,
¡Aquí! con lenguas de oro las luces matutinas,
Y el coro, siempre grato, de oscuras golondrinas,
Con jubilosos ecos del África al volver.

La veo al fin; mis ojos se cierran dulcemente,
La maga de los sueños me toca al corazón,
Las auras acarician mi ya abrasada mente,
Y flota por mi espíritu la viva luz de Oriente,
Y escucho de la guzla morisca el grato son,

Después siento que llegan las brisas de la aurora,
Y me hablan dulcemente de amores al pasar,
Y fijo ver delante visión encantadora,
Y de sus puros labios abeja libadora
Aspira los efluvios que tiene el azahar.

«Soy, dice luego, el símbolo de amor y poesía,
El hada misteriosa del Darro y el Genil,
La musa de los árabes, la bella Andalucía,
Que dió vida á sus sueños de rica fantasía
En un palacio orgullo del andaluz pensil.

»Obreros de mi idea busqué como á un tesoro,
Los genios que aun ocultos en ella vivirán,
Los que la piedra encaje tornaron de azul y oro,
Y en camarín lujoso que el indolente moro
Bordó con inscripciones tomadas del Korán.

»Calados ajimeces para soñar amores,
Arcadas y columnas esbeltas por igual,
Y patios con mil fuentes de altivos surtidores,
Jardines donde cantan los pardos ruiséñores,
Y torres más esbeltas que la palmera real.

»¡Miradla! no es que, ciega, pondere su belleza.
Alcázar misterioso, privilegiado edén,
Concluye donde el arte su concepción empieza;
Con Alhamar, celoso, más crece su grandeza,
Y la nevada sierra admirala también.

»Le envían sus aromas las delicadas flores
Que culto fiel le prestan por cima del Padul,
Conciertos matutinos los pájaros cantores,
Las rosas y claveles sus toldos de colores,
Deseñ brillante el cielo eternamente azul.

»De sus caladas torres es hijo centinela
El astro de la noche, que nos convida á amar;
La luna que á los tristes con éxtasis consuela
Y baña con sus luces la torre de la Vela,
Fantasma sempiterno envuelto en azahar.

»Miradla, si! es mi Alhambra mansión esplendorosa
Que entre floridos cármens se ostenta cual joyel;
La que en tranquilo lecho primaveral reposa;
La que al dictado, siempre, responderá de hermosa,
Y llorarán, ausentes, los hijos de Ismael!»

»En ella el pintor busca espléndidos colores,
El músico, armonías; el vate, inspiración;
En sueños, el que sufre; el corazón, amórcs;
Quien piensa, siente y quiere, encantos seductores;
El alma no dormida, eterna a piración!

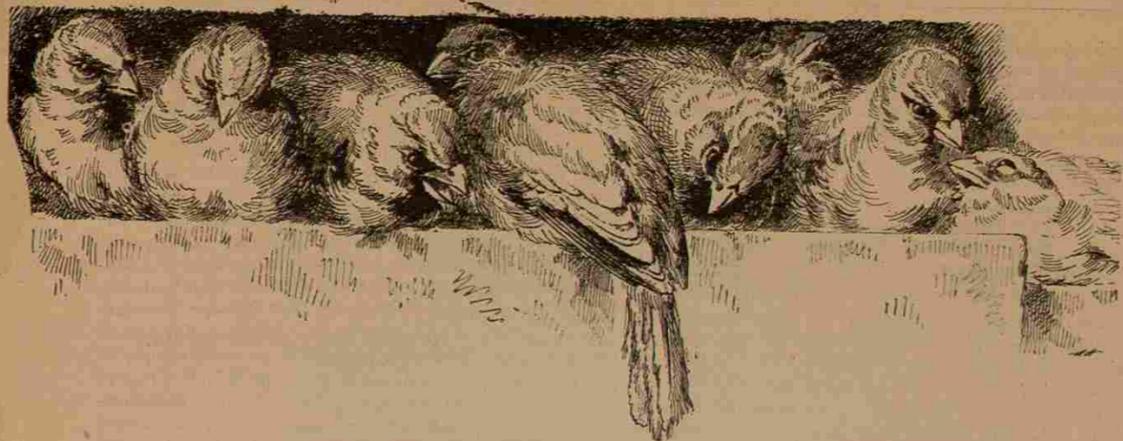
»Dejaste de ser mora mansión del Islamismo?
¿Esclava del cristiano? No pudo nunca ser;
Que llevas en tí el sello de antiguo orientalismo,
Nacida para emblema de eterno sensualismo,
Es tu recinto mágico el nido del placer.»

Enmudeció la Musa; la luz de blanca aurora
Borró con tintas suaves la extraña aparición:
Llegó hasta mí un suspiro desde la costa mora,
Y obscura golondrina, su fiel embajadora,
Tradujo en dulces trinos, alegre, su misión.

JULIO VALDELOMAR Y FÁBREGUES.



EL DESCANSO DE LA FAVORITA.—Dibujo de D. Manuel M. Bringás.



«LA BÊTISE HUMAINE»

SEGUNDA PORCIÓN (1)

No se reparten
esquelas.

Las majaderías humanas, que parecen patrimonio de los vivos, suelen trascender en ocasiones á los muertos. Y es que ni siquiera los muertos se sustraen al espíritu de imitación y á la servidumbre de la vulgaridad.

Constantemente se lee en los anuncios de defunciones notables la cláusula de que no se reparten esquelas por encargo expreso del difunto. Esto, que á primera vista resulta humilde, no es en la práctica sino una guerra sorda contra los litógrafos. Antes, al ocurrir un fallecimiento, se volaba á la litografía para que, en el más breve espacio posible, un papel impreso anunciase á deudos y amigos la ocurrencia fatal; y al pedirles oraciones, pedíaseles también su concurso en el acto terrible de dar sepultura al muerto. Los litógrafos tenían las piedras preparadas con su orla y su cruz; un calígrafo permanecía de centinela para acudir á este servicio á la media noche; el tórculo entintado aguardaba la plancha para reproducir ejemplares; los sobres estaban hechos, los

repartidores prevenidos: era un gusto espirar, sabiendo que á las pocas horas habían de emocionarse con la noticia las contadas personas de nuestro verdadero afecto y especial cariño. Podíase estar seguros de que al recibir la esquela, el que menos habría de decir: ¡pobre Fulano! y los más llevarse las manos á los ojos para recoger sus lágrimas.

Hoy, por el contrario, se anuncia el fallecimiento á todo el mundo, lo mismo al que ha de encogerse de hombros y decir, ¡á mí qué! que al individuo ausente de la familia, cuya sorpresa puede ser horrorosa. Largas filas de anuncios mortuorios en los diarios de gran circulación, trasunto ya de los nichos alineados en los cementerios, ocasionan plegarias como las siguientes:—«¿Qué apellido tan raro! ¿Por allá nos aguarde larga fecha! ¡Apenas tiene cruces! Éste debía ser tonto», etc., etc.

Pero, eso sí; no se reparten esquelas: la humildad sobre todo. Hasta por economía es útil este método, puesto que acrece la herencia de la familia. Las esquelas cuestan treinta ó cuarenta reales, y los anuncios de los periódicos suelen costar treinta ó cuarenta duros: en cambio las esquelas no podían menos de leerse al recibirlas, y los anuncios suelen escaparse á la investigación del más interesado.

Humildad hemos dicho; ¿quién duda de la humildad que envuelve la prohibición de repartir esquelas? No hay sino leer el final del anuncio en que se suplica el coche. De las esquelas puede prescindirse por expresa voluntad del difunto; del coche no, aunque vaya vacío. ¿Qué clase de entierro es ése en que no caminan muchos coches detrás? Ciertamente

(1) Véase el Almanaque de 1899.

perseguidores, como lo prueba que alguna vez los roban por equivocación ó les dan de palos sin saber lo que hacen. Ha sido una buena idea esa de que la autoridad se despoje de todo prestigio externo para ejercer mejor su bienhechora influencia; algo así como del lobo que se viste de cordero para que se lo coman los otros lobos; buena idea, ciertamente, buena idea.

La sociedad la ha tomado de los gobiernos, ó, por mejor dicho, los gobiernos deben haberla tomado de la sociedad. *La Vieja del candilejo* es el primer documento histórico de policía secreta aplicada al servicio del Estado.—Efectivamente, esa mujer que pasa la vida observando por la entreabierta ventana ó tras los visillos de su balcón lo que acontece á vecinos y transeúntes, para adquirir datos y forjarse historias que luego repite como artículos de fe, ¿no es un perfecto ejemplar de policía secreta?—Ese solterón desocupado, que entretiene los días en visitar comadres, interrogar conocidos, cazar palabras al vuelo y zureír con antecedentes mancos y consecuencias cojas el cúmulo de novedades que de continuo ofrece á cuantos quieren oírse las, ¿no es un policiazo de primera magnitud?—Pues qué, ¿hay que disfrutar sueldo ó percibir interés para revolver el mundo por gusto de revolverlo, y hacerse el personaje siendo un quidam?

Doña *Fulana* se ha quedado soltera, pasa con mucho de los cuarenta años, y no disfruta grandes atractivos femeniles. Por las noches acude desde primera hora á la tertulia, se sienta y habla poco; pero ¡qué miradas sobre los ojos de Pepita, qué observaciones sobre las sonrisas de Juanito, qué reparos con las toses del militar, qué cuenta con el sitio en que se coloca el marqués, qué alza y baja de los trajes de todos, qué apuntes, qué tijeras para levantar el pellejo al día siguiente á sus queridos amigos en la portería de las *Cuarenta horas!* Eso se llama ser policiaza de afición, ó si se quiere, de plantilla.

Peranzules es joven y haragán; por consiguiente, ha perdido la carrera. No sabiendo escribir, se echa á redactor de periódicos, y como en el ejercicio de la profesión le estorba lo negro, acepta el papel de buscar noticias. Él es el autor de esos sabrosos artículos en que abunda la prensa contemporánea, y que por ejemplo dicen:—«Anoche estuvo el general *Citano* más de una hora con el Ministro de Marina á puerta cerrada. Se hacen muchos comentarios sobre esta conferencia.—Ayer llegaron por el Norte el Duque, la Duquesa y sus hijos, dos frailes franciscanos y un destacamento de tropas.—Se han repartido papeletas para una reunión mañana en el círculo X. Aun cuando los socios guardan gran reserva sobre el objeto de esta junta, corren rumores de que ha de ser interesante.—Han recibido la bendición nupcial de manos de un virtuoso sacerdote, la simpática señorita R. y el aplicado joven Q. Fueron padrinos el padre de la novia y la madre del novio, quienes después de derramar abundantes lágrimas, se fueron á almorzar al *Caballo blanco*.»—Ya se ve, el hombre no ha pasado de la puerta del Ministerio, ni del andén de la estación, ni del atrio de la iglesia, ni le dan cuenta de nada sino á retazos; es un policia perdiguero, que corre, se para, husmea y escribe. ¡Pero qué policía tan útil en nuestra época! Sus chismecillos constituyen uno de los mayores encantos de la generación actual, pues, según ha dicho un filósofo, nada es

tan interesante como contemplar un edificio tras de cuyas paredes se supone que debe pasar algo.

La policía secreta, masculina ó femenina, puede ser comparada con esas salsas picantes que se aplican modernamente á los condimentos, y sin las cuales parecen sosos todos los guisados. El día en que la sociedad caminara por sus trámites naturales, sin que ciertas gentes, por afición las unas, retribuidas las otras, ejercieran una vigilancia sobre las demás, para que con un gesto de aquí, un guiño de allí, una palabra suelta de otro lado y la aguda inventiva del curioso observador se formasen historias que, aun cuando no fuesen ciertas, fueran verosímiles; ese día el mundo, lejos de progresar y ser divertido, retrocedería á los tiempos bucólicos, en que los hombres no sabían qué hacerse. El mayor adelanto de la especie humana consiste en espiarse unos á otros, para que el segundo y el tercero cuenten al primero lo que el tercero y el primero han averiguado del segundo. De este modo hay tanto que hablar, tanto que escribir y tanto que leer. Desterrada de un pueblo la chismografía, y adiós, pueblo; desterrada de la política, y adiós sistema representativo; desterrada de las naciones, y adiós historia universal. Eso de la *balsa de aceite* es una agrupación de criaturas en que nadie se meta más que en lo que le importa.

No es, pues, la policía secreta una de esas instituciones que hay que mirar por encima del hombro. Desde su representación más sublime, que la constituyen la diplomacia y la estadística, hasta el mozo que vimos por la plaza disimulando su oficio, la policía secreta nos abarca y oprime por todas partes. Los parentescos temibles, la suegra y los cuñados, son policía secreta; la doncella de la señora y el ayuda de cámara del señor, policía secreta también; el mozo de recados y el portero, policía secreta; son policía secreta la modista y el sastre, el vecino de enfrente, el tendero de comestibles; pero ¿qué más? lo son el médico y el sacerdote; sólo que éstos, al fin y al cabo, el uno cuida de la salud del cuerpo, y el otro se dirige á la salud del alma.

Cantidad y forma.

Los contrasentidos humanos se reducen ordinariamente á cuestiones de forma ó de cantidad. Meditemos.

¿Qué diría el lector si le asegurásemos que hemos visto á un coronel de la Guardia civil, vestido de uniforme, con la cruz laureada de San Fernando al pecho, oírse llamar en público canalla, sinvergüenza y cobarde, y que se lo tragó todo como un recluta? Diría que aquellos insultos se le dirigieron por un demente ó por un borracho. Pues no, señor; ni ebrio ni loco era el que se expresaba así. Fué un majo, que al atravesar el tendido de una plaza de toros tropezó y se dió de bruces contra una vieja, ante lo cual los de la grada de encima soltaron á reír. Rehecho el hombre, se encará con los de arriba y les dijo:—«Todos los que están en esa grada son unos canallas, sinvergüenzas y cobardes; y si alguno es hombre, que baje aquí y nos veremos.» El coronel estaba entre los insultados; recibía la calificación de canalla, sinvergüenza y cobarde; pero como entre tanta gente tocaba á poco, se calló.

Cuestión de cantidad.

—¿Comprarian ustedes en una almoneda ropas de cama usadas?

—No, señor.

—¿Y peines servidos?

—Mucho menos.

—Pues no duerman ustedes nunca en ningún hotel, ni entren á peinarse en ninguna peluquería.

Cuestión de forma.

Pedir á una señorita honrada correspondencia amorosa por veinticinco duros al mes, es más que un agravio; es una injuria, casi un atropello, en el cual deben intervenir para su castigo todos los hombres de la familia. Pero si en vez de un aspirante sin fortuna, aunque sea muy discreto y muy guapo, se presenta un vejete de mala vida y costumbres, con corona nobiliaria y miles de duros de renta, entonces es una dichosa ventura la que se entra por casa, á cuyo logro deben contribuir deudos y amigos.

Cuestión de cantidad.

Á un señor que tenía una habitación muy hermosa, pero con un ropero muy chico, se le ocurrió cubrir las paredes de éste con puertas de armario provistas de cerraduras y goznes. Todo el que entraba allí después, decía: «¡Qué ropero tan grande!»

Cuestión de forma.

—¿Se bañarían ustedes en el agua de una tina donde se hubiese bañado otro?

—No, señor.

—¿Y en una alberca donde se bañase un regimiento?

—Mucho menos.

—¿Y en una playa del mar?

—¡Oh! eso sí.

Pues en la playa se reúnen las suciedades de cientos de bañistas y las que traen las olas de otros muchos lados; pero como hay tanta agua, se toca á poco.

Cuestión de cantidad.

Una señora mandó hacer á su cocinera arroz con leche para cuatro personas, cuando de improviso se le vinieron tres convidados más. Ella, sin inmutarse, dió orden de que en vez de volcar la cacerola del arroz en una fuente, la volcaran en un plato á modo de cucurucho, reforzado con huevo y harina. Y resultó que, si como arroz con leche no

había para siete porciones, como *pudding* de arroz se pusieron todos los convidados y sobró la mitad.

Cuestión de forma.

—Necesito que me preste usted dos mil duros.

—¡Hombre, no puedo!

—Mire usted que es cuestión de honra.

—Lo siento; pero me es imposible.

—Mire usted que me voy á pegar un tiro.

—Lo siento mucho más; pero no tengo esa suma. ¡Si fueran dos mil reales!...

—Démelos usted, é iré pidiendo á otros amigos para salvar mi honor.

Y el hombre da dos mil reales, muy contento, el día en que no hubiese prestado á nadie una peseta.

Cuestión de cantidad.

Á un propietario rico dejan de pagarle unas rentas, y al cabo de cierto tiempo no se acuerda del cuándo ni del cuánto. Pero un día que estrena frac para un banquete, se lo mancha el criado de grasa. Veinte años después, dice el hombre:—«¡No saben servir! ¡qué brutos! A mí me mancharon un frac nuevo en la boda de D. Fulano.» El frac valía cuarenta duros, y las rentas importaban cuarenta mil reales. Pero ¡qué bruto el criado aquél! ¡qué bruto!

Cuestión de forma.

No concluiríamos nunca si fuésemos á aducir todos los ejemplos que se nos ocurren. Bastará, por vía de indicación para encontrarlos, exponer aquí dos apotegmas que andan en boca de todo el mundo:

PRIMERO.

«Yo no perdonaría jamás una bofetada. ¡Si fuese un bastonazo!»

Cuestión de forma.

SEGUNDO.

«Yo no me empringo en una porquería. ¡Si fuese una fortuna!»

Cuestión de cantidad.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



ALEGRÍA

(POEMA)

CANTO QUINTO

I.

Sedienta de rocío
Se entreabre la tierra, recocida
Por los últimos soles del estío;
Muere, por las arenas absorbida,
La fuente que antes engrosaba el río;
Nubla la luz el humo del rastrojo;
Del bosque la frondosa cabellera
Se va tiñendo de amarillo y rojo,
Y parece que escápase la vida
Tras el ave de estío pasajera
Que en busca de su tierra prometida
Las alas fugitivas acelera.
Mas si áridos los montes y campiñas,
Afrentando á las verdes esmeraldas,
A un tienden de las lomas por las faldas
Sus retorcidos pámpanos las viñas,
Y el racimo apretado,
Encendido el color, se acaramela

Por los rayos solares retostado,
El robusto olivar sus ramas mece,
Oreando su fruto regalado,
Que al madurar se ablanda y ennegrece;
Esparece su perfume el membrillero,
El jugoso abridor se aterciopela,
Se reviste de azahar el limonero,
Y por ricos azúcares hinchada,
Como boca que se abre á la sonrisa,
Revienta la dulcísima granada.

II.

—¡Alabado sea Dios!
—¡Por siempre!
—¡Aprisa!

Caballero en un burro
Gritaba, golpeando con su porro
La carecomida puerta de un ventorro,
El viejo cabrerizo señor Curro.
Con lentos pasos acudió el ventero,
Su carilla de zorro
Alegrando con gesto zalamero;
Y puestos los dos héroes frente á frente,
Al azulado alborear del día
Entablaron la plática siguiente:
—¡Qué modo de llamar, Ave María!
¡Si viene usted más súbito que un tiro!
Amarre usted la bestia á la ventana,

Entre y tome respiro,
Que va á ser calurosa la mañana.
—No puedo, señor Juan, traigo ganado.
Y, hambriento como va, se descarria
Y se zampa á comer en lo vedado.
—Déjelo usted engordar á costa ajena!
—¡Gran cuenta me tendría!
Mas eche, señor Juan, del champurrado.
—¡Ahí va una copa llena!
—¡Jesús, qué amargo sabe!
—¿Qué dice usted? El paladar le engaña.
¡Si es un licor más dulce que el jarabe,
Hecho por mí con marrasquino y caña!
Tome otra copa y lo hallará suave.
¿Lleva usted muchas reses á la feria?
—Todas las cabras de señor Jeromo,
Que camina á buen paso á la miseria.
—¿No se encuentra mejor?

—¡Ni por asomo!
Tan consumido se halla el pobre viejo,
Que tiene despegada
De las carnes la piel como el conejo.
—¿Y su casa del pueblo?

—Está cerrada.

—¿Á su nieta no ha visto?
—Ni la verá por nadie ni por nada.
—¿Qué tesón tiene el viejo, voto á Cristo!
El dice que es un hombre de conciencia,
Que al ver su honra perdida
Imposible se le hace la existencia.
—Amar la honra hasta perder la vida
Es dejar la candela por el humo.
Bueno es quererla, sí; mas la naranja
No ha de estrujarse hasta que amargue el zumo.
Menos la muerte, todo mal se zanja.
—Eso ansío meterle en la cabeza,
Pero ¡quía! no le alegro;
El quererle sacar de su tristeza
Es más inútil que lavar á un negro.
—Quizás el casamiento de la moza....
—¡Quite usted! La perrada de su hijo
Es lo que más el alma le destroza.
—¿Pero sabe?....

—Un malvado se lo dijo.

—Ahora sí que en su negra angustia creo.
¡Pobre señor Jeromo!
—Tanto sufre, que el día en que le veo
Se me vuelve vinagre lo que como.
Vaya, echemos la espuela.
—¿Tan pronto? ¡Qué presura! ¡Ni el correo!
—¿No ve usted que ya el sol viene que vue!a?
¡La paz de Dios, amigo!
—¡Vaya usted con la Virgen, señor Curro!

Platicando consigo
En la trastienda se metió el ventero:
El hato congregado ante su burro,
Hacia la aldea lo aguijó el cabrero,
Y como sale el hierro de las fraguas,
El sol enrojecido
Se levanta del seno de las aguas.

III.

Á unos veinte minutos de la aldea,
A orillas de un atajo concurrido,
Aquel albergue venteril blanquea.
Un corralón, en huerta convertido,
Con sus frescos verdoros lo hermosea,
Y alégralo el simpático chirrido

De una noria abundante,
Que presta dulce savia á la hortaliza,
Copioso abrevadero al trajinante
Y rocío cristiano
Al vino, que el ventero allí bautiza,
Porque no entre en su casa mahometano.
Hace parada allí todo arriero,
Y por tenerlo á mano
Visítalo también el marinero.
Murmúrase que sirve de escondrijo
A cualquier infeliz contrabandista
Que echa en la playa próxima un alijo;
Y cuenta de sus socios en la lista
Á la gente á comer aficionada,
Por no haber otro que aderece un sollo,
Alíñe un salpicón y una ensalada,
Haga una caldereta ó guise un pollo
Con el primor y gracia que el ventero;
Artista culinario tan sencillo,
Que halaga el paladar del pueblo entero,
Sazonando los guisos con hinojo,
Almoraduj, orégano y tomillo,
Jamones, como él dice, de rastrojo.

Si triste el interior del ventorrillo,
Como viejo caduco, por afuera
Sonríe con la gracia de un chiquillo.
Allí el asno que tira de la noria
Revuélcase, respinga, y si se altera
Prorrumpen en arrebatos de oratoria;
Cacareando en su jaulón de caña,
Un gallo inglés se vuelve á todos lados
Alguien buscando en quien saciar la saña;
Roncan, puestos al sol, dos perros fieles;
Cantan los jilgueros embragados
Que sirven en la caza de cimbeles,
Y una urraca doméstica (ladrona
Que se suele encontrar lo no perdido
Lo mismo que si fuera una persona)
Del gato, su rival, teniendo enojos,
Al punto en que lo juzga adormecido
Corre callada, pícale en los ojos,
Y al tejado subiéndose de un vuelo,
Chilla sin fin como asustada monja;
Mientras el gato bufa enfurecido,
Hinca las corvas uñas en el suelo,
El lomo enarca, y cual erizo esponja
Su finísima piel de terciopelo.

IV.

Pensando en su entrevista
Con el cabrero, se encontraba solo
Aún señor Juan, cuando al alzar la vista
Hallóse frente á frente con Manolo;
Y aunque hombre, por su oficio, acostumbrado
Á bregar con jayanes y bribones,
Evitar no logró que el desagrado
Contrajese sus ásperas facciones.
Manuel, como un doctrino,
Cortado y mudo, se plantó en la puerta
Con la vista clavada en el camino;
Pero el ventero astuto,
Lince ó grulla en hallarse siempre alerta,
No apartaba los ojos de aquel bruto,
Dispuesto á defender, cual fiero brava,
Temeroso de un robo, el dinerillo
Que en el cajón del mostrador guardaba.
De este negro pensar sacóle á poco,
Moviéndose y chillando como un grillo,
El rapabarbas ruin, que con descoco

De repente se entró en el ventorrillo.
—¿Sabe usted, señor Juan, á lo que vengo?—
Dijo, sin esperar pregunta alguna.—
De un empeño que tengo
A que me saque pronto y con fortuna.
Prometí una merienda de marisco
A mi parroquia, y ni una cañadilla
He podido encontrar. ¡No va á ser cisco
El que me arme á la noche mi pandilla!
¡Ya la conoce usted! Bastían el tuerto.
El fiel y el contador de los consumos,
El hijo del alcalde, don Mamerto....
¡Gente de pelo en pecho y muchos humos!
Con que me dije: «Es menester que vaya
A ver si señor Juan, que las primicias
Recibe diariamente de la playa,
Con bocas ó cangrejos me da albricias.»
Déme usted bogavantes, ostiones,
Almejas, langostinos.... me contento
Con gambas, ó si no con camarones....
Con algo que del mar eche el aliento,
Erizo, lapa, morcillón, coquina....
—¡Jesús, qué despilfarro!—
Le interrumpió el ventero—para el carro
Y no me toques más á la marina.
Pollos tengo, aceitunas,
Queso emborrado, longaniza, lomo....
Pero bichos de mar? en estas lunas
Ni regalados que los den los tomo.
¿Quieres que te haga un guiso de carnero?
—Ni de perdices, vaya.
Marisco ó nada—contestó el barbero.
—Pues á buscarlo tirate á la playa—
Amostazado replicó el ventero.
Cambió de tono entonces el tunante,
Y dijo:—Pues tomemos aguardiente.
Manolo, ¿quieres ser mi acompañante?
Pues vámonos adentro, que aquí fuera
Hace un calor que el diablo que lo aguante.—
Y encerrados los dos en un cuartucho,
Habló de esta manera
A Manuel aquel pèrido avechuelo:
—Que fui siempre tu amigo
Y que lo soy, Manolo, todavía,
Te lo prueba el que vengo á hablar contigo.
Hoy es el casamiento de Alegria.
¡No te alteres así! Vámonos, cachaza.
¿No da lo mismo ahora que otro día?...
Perico llegó ayer. Hijo, en la plaza,
De orgulloso que viene no cabía.
¿Que es un tuno dirás? Pues la Marquesa
Que, cual todos los ricos y beatos
Sólo por los pillastres se interesa,
Está loca por ese pelagatos.
Librólo del servicio,
Y esta tarde lo casa con la niña.
¿No es, dime tú, para perder el juicio
El que esos dos bribones
Que están matando á penas á tu padre
Y te han perdido á ti, sin más razones
Se metan en la casa de tu madre?
¡Lo que te digo, sí! Tras la comida
Que la Marquesa les dará en su casa,
A la tuya se irán de recogida.
¿No te exaltes! Paciencia.
¿Qué te importa? Hazte el bobo,
Que no hay mejor virtud que la prudencia.
Asómate, Manuel, al ventanillo.
¿No es el cura el que pasa en aquel mulo?
¿Adónde irá ese padre zarandillo?
Sin duda á confesar á Juan, el Chulo,

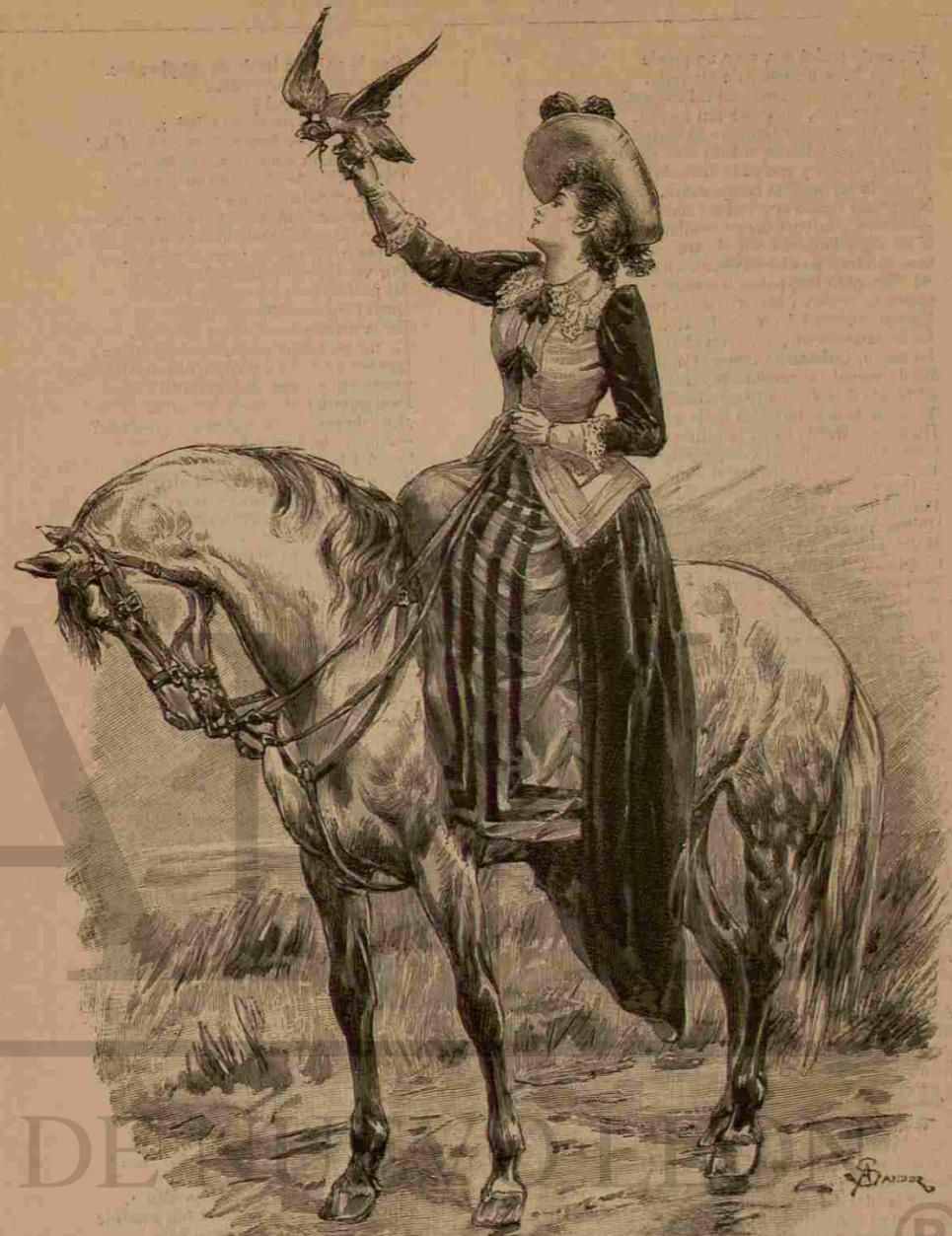
Que muriéndose está de tabardillo.
¡Ya se ve! mayoral de la Marquesa,
¿Cómo no iría á visitarlo el cura?
Al pobre, por quien nadie se interesa,
No le dan confesión ni sepultura.
Con que ya sabes; á las siete, boda;
A las ocho comida, y á las once....
—¡Calla!—gritó Manuel enfurecido—
Si á estacazos no quieres que te tronche!
—Pues no se me incomoda—
Articuló el barbero sorprendido—
Cuando para evitar una desgracia
Y á consolar su espíritu he venido!
Ayer, para mi sayo, me decía:
«Ya que Manuel no tiene quien le imponga
De la suerte que corre su Alegria,
Yo se la iré á decir, aunque me exponga
A que murmuren de la fama mía.»
Te cito, te hablo, de tu mal me duelo....
Y me das este pago
Cuando vengo á servirte de consuelo!
—Estoy loco, no sé lo que me hago—
Manuel balbuceó;—gracias, amigo.—
Y perdida la calma,
Al campo se lanzó por el postigo,
De veneno mortal henchida el alma.
Tras mucho alborotar, fuése el barbero,
Que estaba, por la pita, entre dos luces,
A quien al irse le gritó el ventero
Haciéndole mil cruces:
—Anda con Dios, y muda de sendero,
Ó en los infiernos te hundirás de bruces;
Que tienes una lengua, niño mio,
Más ardiente que caldo de altramuces,
Que, como el vitriolo, quema en frío.
Si sigues con injurias y denuestos
A cuanto Dios crió, ten por seguro
Que has de morir con los zapatos puestos.
No te acuerdes de mí ni de mi venta;
Que aunque soy hombre yo que no me apuro
Por mucho que retumba una tormenta,
El día maldicido en que te veo
De que vi á Lucifer me hago la cuenta,
Pues me queda en el alma el cosquilleo
Que produce en los labios la pimienta.—
Siguió impávido el mozo su camino
Y se perdió entre verdes olivares;
El ventero á su hogar volvió mohino
Comentando del día los azares,
Y convertido en húmedo bochorno
Por el viento marino,
El calor del terral, que era el de un horno,
Espesa nube que del mar venía,
A poco sobre el campo mortecino
En fresco chaparrón se deshacía.

V.

Entretanto en la hacienda de Jeromo,
Sentados á la puerta del sombrero
El viejo en un chupón y el señor cura
En un dornillo puesto boca abajo,
Hablaban de esta suerte:

—La amargura

Es la piedra de toque de las almas.
Sólo ante Dios es bueno
Y blandir logra victoriosas palmas
Quien sufre los dolores resignado.
Quien no abrigó desgracias en su seno
Y de ellas no salió purificado,



DIANA CAZADORA

Un santo podrá ser, pero no puede
A boca llena blasonar de honrado.
—Ni oyendo á su merced mi angustia cede,
Es, señor cura, mi pesar tan hondo,
Que no hay poder humano ni divino
Que alcance á llevar mieles á su fondo.
Sembre alazor y me salió anapelo,
Y con la fe, perdida la esperanza,
No querer consolarme es mi consuelo.
—Entera pon en Dios tu confianza,
Y en seguida darás con el camino.
Que conduce á la bienaventuranza.
Al cielo pide luz, pobre insensato;
Quien se erige en maestro de sí propio
Enseña vanidad á un mentecato.
La fe tan sólo alivia y cura el alma;
La razón, traicionera como el opio,
Le da veneno al procurarle calma.
Abrazate á la fe con firme anhelo,
Y en las luchas terribles de la vida
Hazla que tienda hacia la altura el vuelo,
Como alondra que, al verse perseguida,
Para salvarse se remonta al cielo.
—¿Me toma su merced por un hereje
Porque juzgo mis males sin consuelo?
¡Por la Virgen! de tal no me moteje.
Habré sido en mi vida loco, vano,
Charlatán, orgulloso, testarudo....
Pero nunca dejé de ser cristiano.
Mándeme su merced, y ciego y mudo
Le rendiré obediencia;
Mas no me lance al mundo, padre mio,
Llevando la deshonra en la conciencia.
—El rostro lleva alzado;
La desgracia, Jeromo, no envilece
A quien, cual tú, está libre de pecado,
Sino á aquel pecador que la merece.
—Mejor ó peor serás porque te alabe
Ó vitupere la opinión mundana.
Que ni siquiera sabe
A dó camina ni de dónde emana?
—Su merced, señor cura, me confunde,
Pero no me convence,
¿Cómo, si mi deshonra se difunde,
Querer que no me duela ni avergüence?
Lo haría su merced, porque es un santo;
Pero á un hombre cualquiera, señor cura,
No le da el cielo fuerzas para tanto.
Además, ¿por qué á mi tanta amargura,
Mientras vive el perverso sin quebranto?
—¿Dichosa la criatura
A quien sustenta Dios con pan de llanto!
Bendice el torcedor que te sofoca.
Cuando la angustia el corazón te oprime
Es porque el dedo del Señor lo toca
Y en él la cruz de su martirio imprime.
Deja que pida á Cristo el fariseo,
No el dolor que á su diestra nos coloca,
Sino el placer que le mintió el deseo;
Que le busque con gozo y ansia loca
Para comer su pan, y que rehuya
Llevar la hiel del cáliz á su boca;
Que le siga con palmas é incensario
En su entrada triunfal, y que le huya
Cuando marcha vencido hacia el Calvario.
Se hundirá en el abismo con asombro;
Que para alzarse al cielo, es necesario
Cruzar la tierra con la cruz al hombro.
En cambio, tras la vida pasajera,
El alma que por Dios ha padecido
Al cielo se dirige más certera

Que la paloma hacia su propio nido.
—No más, amado padre,
El corazón vencido
Con saetas divinas me taladré.
¡Perdóneme el Señor si le he ofendido!
Oyendo á su merced, mi rebeldía,
Como la nieve al sol, se ha derretido.
La ignorancia razones me mentía,
Y á desoir á un santo me arrastraba,
¡Loco de mí! cuando besar debía
El polvo vil que su merced pisaba.
Por ver de complacerle la manera,
Mi pecho late ya con más anhelo
Que el corazón del ave prisionera
En la mano tirana de un chicuelo.
En mi pecho ha prendido su doctrina,
Que ser no puede, aunque el error lo agite,
Cedazo que pasar deje la harina
Para guardar el áspero acemite.
¿Qué de este viejo su merced pretende?
—Ante todo, hijo mio,
Que á Dios bendigas, que de nuevo enciende
Tu corazón que aletargaba el frío;
Que olvidando pesares y rencores
Y perdonando con afán profundo,
Abra tu corazón á los amores
Y los cierres al tráfago del mundo;
Que á aquella niña vuelvas á tu gracia....
—¿Me ha deshonrado!
—¡Calla! Yo la abono;
La pobrecilla, más que su desgracia,
Las tuyas ha llorado y tu abandono.
—¿De veras?
—Y repite sin consuelo
Que honrada ser no puede ni dichosa
Si no la vuelve á bendecir su abuelo.
Marchitándose va como una rosa
Por causa tuya....
—¿Mia?
—No te digo
Que es su vida una muerte dolorosa
Por no poderla compartir contigo?
—Sin razón, padre mio, se querella.
¿Quién dió origen á tanta desventura?
¿Quién se huyó de mi casa sino ella?
—Por eso es más terrible su amargura.
Culpable arrepentida,
Voraz remordimiento
Le consume la vida,
Y morirá la triste en el tormento,
A no volverle la perdida calma
De su abuelo el perdón ambicionado,
Que daría en el fondo de su alma
Como lluvia de Abril en el sembrado.
—¿Es necesario? Bien. Yo la perdono.
—Pero no así, no á medias,
No con esa altivez y falso entono
De galán de comedias.
—¿Pues cómo se perdona, señor cura?
—Bajándose al caído
Para elevarlo á nuestra misma altura.
—Dar perdón tan humilde y tan rendido
Á esa traidora, de lo humano pasa.
—¿Cómo la ha perdonado su madrina?
Su corazón abriéndole y su casa.
Y yo ¿cómo? Evitando su ruina.
—Y te vienes con falsos pareceres,
Tú, su padre, su abuelo, el obligado!....
—¡Acaba de decir que no la quieres
Y de una vez habremos terminado!
—¿Jesús! ¿que no la quiero,

Y sólo al recordarla, padre mio,
Me dan unas angustias que me muero?
¿Cómo por mí no amada,
Cuando enjugué su lágrima primera,
La luz gocé de su primer mirada,
Dió de mi mano su primer carrera
Y fué, padre, mi nombre lo primero
Que articuló con lengua chapucera?
¿Qué influjo en mí ejercía tan certero!
Cuando un disgusto grave
A rabiar me obligaba como un lobo,
Viendo á mi con su pasito de ave,
Dábame un beso y me dejaba bobo.
Cuando cerrado el porvenir creía
Por algún contratiempo, la miraba
Y el cielo de repente se me abría.
Su sonrisa causábame embeleso,
Su voz de ruiseñor me enajenaba,
Y el sonoro chasquido de su beso
A música celeste me sonaba.
Trocados los papeles, no sé cómo,
Ella la abuela regañona era,
Y el nieto jugueteón señor Jeromo.
¡Llé á su lado, si, cuando ella quiera;
Mas antes que me jure, padre mio,
No dejarme hasta el día en que me muera;
Porque viejo, y enfermo y acabado,
Se me helaría el corazón de frío
Si otra vez se alejase de mi lado!
Si es cierto que mi enojo la tortura,
Que de pena está mala,
Condúceme á su lado, señor cura,
Y que se vaya el mundo noramala.
—Hoy es de feria alborotado día,
Por eso no te llevo en este instante
Al lado de Alegria.
—¿Y cuándo la veré?
—Más adelante;
En ocasión que al pueblo tu presencia
No dé que hablar.
—Me faltará el aguante.
—Cuando la veas la hallarás honrada.
Esta tarde la caso con Perico.
—¿Con el tuno?....
—La lengua ten atada.
Aunque algo calavera, es muy buen chico,
Y el único además que lavar puede
De su honor la mancha.
—¿Pero mi nieta al sacrificio accede?
—Tu candidez, Jeromo, maravilla!
¡Si por ese buen mozo
Está loca de amores la chiquilla!
¡La Marquesa los casa con un gozo!
¿Qué mujer tan completa!
No hay día en que no haga un beneficio.
Ella cual madre recogió á tu nieta,
Libró á ese tarambana del servicio,
Y ahora, al casarlos, á la chica dota
Y da al soldado lucrativo oficio.
—¿Es una santa!
—Lo será de nota,
Que hace el bien de manera tan sublime,
Que al triste corazón, ni aun con el peso
De la debida gratitud oprime.
—¿Cómo le pagaré tantos favores?
—Celebrando con ella este suceso.
¿La quieres complacer?
—Con mil amores.
—Pues á eso de las diez, vete á tu casa,
Que allí irán á buscarte los muchachos.
No pongas á tu amor al verlos tasa.

¿Fuera enojos y empachos!
Al llegar, los abrazas, los bendices,
Hablas con ellos, y á la media hora
Serás feliz haciéndolos felices.
¿Irás?
—Lo juro.
—En tu palabra fio.
Adiós entonces.
—No, dígame ahora
Qué he de hacer con el perdido hijo mio.
—Veremos la manera
De volverlo al redil.
—Es una fiera
Cuya infame conducta me asesina.
—Todo se arreglará; paciente espera
Su redención de la bondad divina.
—¿Oh, cuánta dicha á su merced le debo!
—A mí, Jeromo, no me debes nada,
Y que juzgues favores desapruebo
Actos que son mi obligación sagrada.
—Por más que su merced lo disimula,
Es, ha sido y será mi Providencia.
—Calla, tonto, y acércame la mula,
Que el día está sufriendo gran trastrueque.
—Me voy á remojar, si la querencia
No hace andar á esta pánfila de modo
Que me ponga en mi casa antes que trueque
Un chaparrón la polvareda en lodo!
—No estoy para estos trotes!
—Soy un vejete ya! ¡La cincha afianza!
Con que ya sabes, ¿eh? No te alborotes.
Mucho amor, mucha fe, mucha esperanza,
Y encontrarás consuelo.
—Déjeme su merced que sus pies bese.
—Quita, Jeromo, ¿qué arrebatos es ese?
—Al orar y al gemir se mira al cielo!—
Y enjugando una lágrima furtiva
Que arrancóle la angustia del abuelo,
A su bestia pasiva
Tanto dió con los pies y con la rienda,
Que á pesar de ir sendero cuesta arriba
La sacó galopando de la hacienda.

VI.

A la mitad se hallaba del camino
Cuando cerróse el claro firmamento;
La hojarasca arrastrando en remolino,
Como una furia desatóse el viento:
Las nubes, agrupándose en montones
Y rasando la tierra cual la bruma,
Rompieron en pesados goterones;
La mar, picada, se cubrió de espuma,
Y ardiendo en el relámpago rojizo
Al pavoroso retumblar del trueno
El cielo en cataratas se deshizo.
—¿Todo sea por Dios!—no más decía
El Padre Manolito muy sereno,
Mientras la lluvia torrencial sufría;
Y á la mula aguijaba
Que ante el turbión, de espanto temblorosa,
En vez de ir adelante, reculaba.
Contra el pobre señor todo se unía.
La lluvia tormentosa
Hasta el hueso calábale, le hacía
Su juguete la mula recelosa,
El firmamento en fuego le envolvía,
Y en lugar de rendirse á tanto azote,
Su—¡Todo por Dios sea!—repetía
Cada vez más tranquilo el sacerdote.

Aeste punto, del áspero vallado
Que orillaba la senda
Saltó un hombre al camino apresurado
Y sujetó la mula por la rienda.
—¡Jesús! ¿Qué quiere este hombre?—
El cura murmuró sobresaltado.

—Su merced no se apure ni se asombre—
Se apresuró á decir el asaltante:—
Sólo librarle quiero
Del peligro que corre en este instante.

—Pues si es Joaquín el fiero!
Reconociendo al hombre, dijo el cura.—
Y el bandido exclamó:—¿Teme mi fama?

Su merced, por ventura?
—El corazón te engaña:
Nadie infunde temor ni nada apura

A aquel que lleva á Cristo por compañía.
—Pues déjese guiar de este bandido
Que á su merced venera

Porque el sostén de su familia ha sido.—
Y como el que de un niño se apodera,
Lo abrigó con su manta jerezana,
Y agarrando el cabestro

De la mula tirana,
De aquel mal paso la sacó del diestro
Y la puso obediente en tierra llana.

—Toma la manta—el cura entonces dijo.
—Después de haberla su merced usado,
No la debo usar yo.

—¿Qué dices, hijo?
—Que se la entregue su merced á un pobre
Que esté desabrigado.

—¿Pero y tú?
—Yo soy fuerte como un roble.
¡Con Dios, padre!

—¿Un favor?
—¿Cuál, señor cura?

—Que te arrepientas de tu mala vida.
—Si pudiera borrarse lo pasado!
—El cielo, al perdonar, todo lo olvida.

—Padre mío!... La Virgen lo acompañe.
—Pues hazme otro favor.

—¿Cuál?
—Que me lo,

Vuelva á su hogar, y el corazón no dañe
De su padre afligido....

—Descuide su merced—dijo; y de nuevo
En los breñales se perdió el bandido.
Nadie en verdad creyera
Que un señor tan longevo,

Tanta emoción y azote resistiera;
Mas fué de ver, el aluvión pasado,
Lo alegre y arriscado
Que pasó con su mula casquivana
Por en medio del pueblo alborotado
Ostentando su manta jerezana.

VII.

Pasado el riego de la lluvia santa,
¿Cómo la tierra de placer sonríe
Y con cuántos colores se abrillanta!
La fuente brota, el arroyuelo rie,
Un hálito del snelo se levanta
Que los sentidos con su aroma engrie;

Todo luce y trasmina,
Desde la flor hasta la inerte piedra,
Y se adorna la planta mortecina
Con el verdor lustroso de la hiedra.

Las cortezas de líquenes cuajadas
Hacen que de los árboles los troncos
Relumbren cual columnas bronceadas;
Recobran su esbeltez los tallos broncos,

Y por las tibias hojas palpípanes
El agua rueda en desgranados hilos
De lucíferas perlas y brillantes.

Entonces la tarea
Toma la hormiga de limpiar sus silos,
Y de arenosos montes los roden;

Las viudillas pintojas
Que del furor del agua se defienden
En el reverso de las anchas hojas,
Las alas sacan y á la luz las tienden;

Se bañan los gorriones en los baches,
Y las limpias pezuñas del ganado
Relucen como negros azabaches,
De sus alas abriendo el abanico,

El plumaje mojado
Se atusan las palomas con el pico.
Todo es luz, movimiento y alegría;

El mundo, de ventura enajenado,
A los cielos eleva su armonía,
Y, símbolo de paz, la ardiente espada
De célico querube,

En el nimbo de Dios tornasolada,
El iris pinta en la rasgada nube.

JOSÉ VELARDE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SAMORA



BIBLIOTECA

0
0